



Una vida
que no es mía **Olivia
Sudjic**

DESTINO

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Cita	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Alice Hare tiene veintitrés años, acaba de terminar Filosofía y decide regresar a Nueva York para pasar tiempo con su abuela enferma y dejar atrás la Inglaterra en la que ha crecido, y con ella su complicado pasado familiar (un padre desaparecido, una madre manipuladora y obsesiva...).

Alice idealiza una breve época de su infancia en que vivió con sus padres en Japón: dado que era demasiado pequeña como para recordarla, siente que tiene total libertad para inventársela. Y es entonces cuando Alice se cruza con Mizuko Himura, una misteriosa escritora japonesa que exhibe su vida como forma de arte en Instagram y que Alice siente –al menos desde el iPhone– como suya. Después de una prolongada persecución a través de las redes sociales, Alice y Mizuko se cruzan por fin en lo que parece un encuentro casual.

UNA VIDA QUE NO ES MÍA

Olivia Sudjic

Traducción de Ariadna Molinari Tato

Ediciones Destino

Para Pat

Si ni la misma hierba en la montaña apenas puede
conservar la forma de donde ha estado la liebre tendida.

W. B. YEATS

No me importaría ser un triste peón, con tal de poder
participar.

ALICIA

No estaba con ella cuando empezó la fiebre. Ni siquiera estaba al corriente de que estuviera enferma. Hasta entonces lo sabía casi todo sobre ella y podía recordar hasta el más mínimo detalle de cualquier día, lo hubiera pasado conmigo o no. Durante meses, su presencia y su telepresencia dieron forma a mi nueva vida en Nueva York. Y ahora, con tan sólo mover un dedo, se había ido.

«Dejar de seguir.» Se considera únicamente un gesto simbólico, un «jódete» simbólico, teniendo en cuenta que yo todavía gozaría de cierto nivel de acceso público. La observaba de ese modo desde mucho antes de conocerla, pero parecía que desde entonces su configuración de privacidad había cambiado; muy recientemente, suponía. Me alarmaba su inhibición, o lo que implicaba que tuviera que esconderse. Antes cualquiera podía encontrarla. Con tan sólo teclear su nombre se podía obtener una sinopsis instantánea de su vida: la pulcra disposición de sus fotografías, con sus pensamientos y sus sentimientos al pie, etiquetadas con la ubicación y la fecha. Cualquiera podía rastrear su recorrido por la ciudad, o regresar a su pasado, a sus vacaciones y a sus graduaciones. No podía ser yo la única que hubiera conseguido hacerlo con tanto éxito. Pero ahora ya no tenía acceso. Un muro blanco había descendido, vacío salvo por el icono de un candado.

Más que su ausencia física, lo desconcertante era ese bloqueo total. Pocas evidencias indicaban el paso del tiempo: no había noticias de sus mañanas, de sus comidas ni de atardeceres o estrellas con filtro. Conforme caía la oscuridad en mi mundo, el resplandor del suyo me atormentaba con su blancura de hospital. Golpeé el muro con el dedo índice en repetidas

ocasiones, pero su boquita desafiante, apenas visible en el pequeño marco que contenía su foto de perfil, volvía mi gesto simbólico en mi contra: «Jódete». Todo era simbólico. Toqué su boca: estaba dura y no admitía réplica. Su rostro también estaba duro: no negaba ni sentía nada. Que la apretara con más o menos fuerza no suponía ninguna diferencia. No había nada que pudiera presionar excepto «Seguir» o «Atrás». No podía decidirme por alguna, así que esperé con la ilusión de que la infeliz elección me fuera retirada. A veces cubría el brillo con la palma de la mano y anulaba su luz por completo, oprimiendo los nudillos unos contra otros. Contaba hasta sesenta y volvía a abrirlos, con la esperanza de que ese movimiento expansivo hubiera abierto el candado, o de descubrir que el muro sólo había sido una medida temporal y ya había restaurado su configuración anterior. Al ver que no era así, probaba rutas más creativas: en lugar de teclear su nombre, como cualquier tonto, buscaba otros que conocía —los de sus amigos— y llamaba a cada puerta trasera que se me ocurría para ver dónde estaba y con quién, pues confiaba en encontrarla refugiándose en las fotografías de los demás. Ninguno de ellos la veía, o, si lo hacían, lo ocultaban. O quizá ella se escondía en algún lugar de ese laberinto hecho de vidas ajenas, pero detrás del objetivo.

Mi determinación no tardó en desfallecer; entonces, tras admitir mi derrota y pulsar «Seguir» otra vez, el tiempo que esperé a que ella aceptara mi solicitud transcurrió con una lentitud inimaginable. Pasé minutos enteros convenciéndome de que era lo mejor que podía sucederme, de que ésa era, en efecto, la única salida: no volver a saber nada más de ella a partir de ese instante. Sin embargo, era inútil. Ya sabía demasiado y, durante las largas horas que transcurrieron entre esos minutos, me torturé con oscuras fantasías sobre lo que ocurría detrás del muro mientras esperaba a volver a tener acceso.

El botón de «Seguir», que antes era blanco, lucía ahora de un gris fascinante, y esa palabra fue reemplazada por «Solicitud enviada». Sentí que

esa nueva frase no reflejaba la urgencia correcta. La observé mientras estaba tumbada en mi cama, convencida de que mi mensajero no estaba transmitiendo mi solicitud con la insistencia necesaria. Me pregunté cómo podía recuperar el control. Las pocas noches que pasábamos separadas, mantenía abierta nuestra conversación para que su nombre apareciera como conectado o desconectado en la barra gris de la parte superior de la pantalla, y la presionaba cada tanto para mantenerla encendida. Al hacerlo, pensaba que la sentiría como si la tuviera junto a mí, como si respirara tumbada a mi lado, pero al final ese truco se parecía más a recostarme junto a un cadáver buscando consuelo.

Cuando no miraba el muro blanco, veía la barra gris. Ahí, por lo menos, transcurría el tiempo. No daba la hora real, sino que decía cuánto había pasado desde que ella había desaparecido. Quería respirar en su misma atmósfera. Abrí las ventanas tanto como pude; sentí las corrientes de aire que se movían entre los rascacielos y me imaginé licuándolas, creando entre nosotras un sistema hidráulico, de manera que yo pudiera colocar y empujar su dedo hacia abajo con sólo poner el mío sobre el botón. Una vez estuve segura de que su estado había cambiado de «Última vez» a «En línea», y de «En línea» a «Escribiendo...»: una señal de vida, como vapor en un espejo. Entonces parpadeé con fuerza, y de nuevo la barra gris, la lápida sobre nuestra conversación, me confirmó que ella no estaba.

Esperé a que apareciera durante tanto tiempo que de vez en cuando tenía que ponerme boca abajo y dejar caer la mano con la que sostenía el aparato para que la sangre circulara hacia los dedos. Si lograba quedarme dormida, mi mente hacía malabares con nuestros posibles encuentros, y la seguía por cada intersección del Upper West Side. Dependiendo de la intensidad de mi desolación, las calles nos conectaban o nos alejaban y, aunque apenas me movía, cada vez que despertaba estaba exhausta y tenía los dedos empapados en sudor, como si hubiera pasado la noche acechándola por las cincuenta manzanas que nos separaban.

Ese período de limbo me enseñó todo lo que hay que saber sobre el terreno que separa el deseo del asco. En el punto donde se encontraban, sentía que un calor enfermizo emanaba desde el colchón. Siempre que me hallaba ahí tenía la sensación de haberla poseído durante un instante, como un tirón en el cuello o un violento espasmo muscular. Justo en ese punto, de repente nuestros cuerpos se alineaban, y por un momento yo estaba haciendo lo mismo que hacía ella mientras ignoraba mi solicitud.

Si pienso en el limitado conocimiento que tenía en aquel entonces de sus actividades, aquel calor enfermizo cobra sentido. La sensatez llegó después, de manos del portero del edificio en el que vivía, en la 113 Oeste. Me contó que para cuando ella llegó, con fiebre alta, por sus propios medios al hospital que estaba a dos manzanas, tenía un parásito alojado en el cerebro. Explicó que todo comenzó, como suele suceder con las cosas que llevan a la muerte sin que te des cuenta, con «unos síntomas como de resfriado», y el primer médico se despidió de ella con ese diagnóstico. La mandó a comprar un antigripal. La segunda visita la hizo en ambulancia. Fue el portero quien llamó a emergencias. En Estados Unidos, me informó con seriedad, las ambulancias se reservan para los que están inconscientes y para los muy ricos, pero concluyó que ella cumplía los dos requisitos.

—Quizá comenzó el viaje que sería su vida en el fondo del océano, dentro de un crustáceo. Logró abrirse camino hasta algo así como una rana y, de ahí, pasó a algo como una serpiente, y luego un ave...

—U otra criatura —interrumpí.

Me examinó durante un instante. Casi no había hablado con nadie durante días y reservarme mis teorías se había convertido en una lucha.

—Claro —continuó—. Antes de que ella se lo comiera o lo adoptara como mascota. Le encantaban las cosas adorables, ¿verdad?

—Sí.

—Ese demonio... —Puso los ojos en blanco y yo asentí. Su gata era un peligro, sin duda alguna.

Tras la operación, la trasladaron a una habitación de la UCI con una vista privilegiada del Hudson. Era el primer día de octubre. Recuerdo que fuera el aire todavía era tibio y al sol hacía calor. El verano, nuestro verano, aún sobrevivía bajo la luz tenue y el denso calor del final del día, aunque ella conservaba pocos recuerdos de aquella jornada. Le habían extirpado la segunda mitad de julio, todo agosto y septiembre junto con el parásito. Nos conocimos en agosto, y después ella me aseguró que el parásito devoró mi papel en todo el asunto, o que lo chamuscaron en el quirófano.

En un cuento que escribí tras lo sucedido, poco después de que me fuera de Nueva York, afirma que no recuerda nada más que su despertar: una «sensación de quemazón», el «florecimiento húmedo» de sus propios párpados, pegajosos por la cinta quirúrgica, visto desde el interior, mientras «nadaba hacia la conciencia» en aquel cuarto brillante. El recuerdo, sospechosamente literario, excluye a su madre, quien había viajado desde Tokio para cuidarla. O el florecimiento húmedo había sido una invención y no recordaba despertar en ese cuarto, o había borrado a su madre de la escena a propósito. Sin duda, la madre estaba allí; incluso sacó una foto de su hija cuando volvió en sí y la transmitió a la generación anterior, a su propia madre, que en ese momento aún dormía en la curva de su archipiélago ancestral. La fotografía estaba acompañada de la palabra «¡Despertar!» en japonés: «*Kakusei!*».

De regreso en el vestíbulo del edificio donde vivía su hija para devolver el duplicado de las llaves, la madre le mostró la foto al portero junto con una radiografía que revelaba el extraño camino circular que había descrito el parásito. Le dio las gracias por su ayuda. Sin duda, había salvado la vida de su hija. Pronto le darían el alta. Cuando regresara, sólo tendría que caminar dos manzanas, o quizá podría tomar un taxi. Durante las semanas siguientes tal vez necesitaría más ayuda que de costumbre.

Seguro que habréis visto la fotografía *Kakusei!* Apareció en las noticias. Ella no salió demasiado guapa. Su rostro decidido está rojo, tiene la

mandíbula desencajada, aunque supongo que su belleza es un hecho tan absoluto que está más allá de la vanidad. Es la primera foto que aparece si la buscas ahora: «Mizuko Himura». He puesto un millón de trampas para ese nombre. En cuanto diga o haga cualquier cosa, o en cuanto cualquier persona diga o haga algo relacionado con ella, aunque sea al otro lado de cualquier océano, su nombre me llegará en una alerta de Google. Cada vez que navego por la red, alcanzo un estado de éxtasis por un segundo, pero luego me abrumba una náusea aguda. Leo conteniendo la respiración, escaneando para ver si alguna de sus palabras es sobre mí o va dirigida a mí en secreto, y siento una humillación alarmante cuando nada destaca y ella vuelve a sumergirse en el agua. Todavía espero un mensaje suyo —incluso hoy, aunque ya ha pasado más de un año—, pero debo asumir que la falta de mensaje es el mensaje mismo, y que su largo silencio contiene todas las respuestas que necesito.

Al ver las fotos que le hicieron desde entonces, observo que algo ha cambiado. Su encanto se ha vuelto extraño —más agudo, si es que eso es posible—, aunque quizá sea producto de la distancia, o de un maquillaje profesional, o de mi interpretación de su rostro a partir de lo que sé que ocurrió, o de todas las anteriores. Sus facciones parecen deshabitadas, menos simétricas, como si contemplaras las ruinas de algo perfecto pero no pudieras recordarlo en su totalidad. Sigo sin saber lo que en realidad sentía por mí. He repasado todos los recuerdos que guardé: no prueban nada, son como restos de un naufragio que podrían significar todo o nada. Estoy segura de que hay algo profundo, muy por debajo de la superficie, que, si se altera o se perturba, al fin podría salir a la luz. Antes era capaz de lograr que las cosas aparecieran de esa manera, atrayéndolas hacia mí con hilos invisibles, haciendo que el cielo se volviera denso, como una febril pantalla azul que temblaba por todo lo que yo quería mantener cerca. De hecho, antes de irme a Estados Unidos, mi madre me dio ese poder, una herencia singular. Se asomó por la puerta de mi cuarto, donde llevaba semanas atrincherada haciendo el equipaje sin

descanso. Me había acostumbrado a caminar por encima o a rodear las dos mitades de una maleta que estaba abierta en el suelo y me había olvidado de que en algún momento tendría que *a)* cerrarla, y *b)* transportarla sin ayuda. Después de observarme en silencio durante un momento mientras yo doblaba ropa, frenética y sin levantar la mirada, me aconsejó que intentara llevar una vida «más ligera» en Nueva York. En aquel entonces, sin saber lo que me esperaba, supuse que esa pizca de sabiduría iba dirigida a mi maleta, que aún estaba abierta dejando que se desperdigaran por la alfombra mis densos libros (Baudrillard, Deleuze) y mis conjuntos cuidadosamente elegidos. Luego me estrechó contra su pecho, el primer abrazo que recuerdo de mi vida adulta, y sentí cómo me impregnaba su poder. Ella, claro está, no llevaba una vida ligera. Sufría una apofenia incurable.

—En Manhattan —me explicó— tienes que ser ligera, tanto como si flotaras por encima de la ciudad como una espora solitaria. O, de lo contrario —y ésa fue la repentina contracara de su advertencia, la parte que se grabó en mi mente—, tienes que ser muy muy pesada y atraer hacia ti todo lo que haya.

Cuando miro su fotografía *Kakusei!* del hospital, recuerdo la primera vez que dormí en su cama y esperé a que despertara. Fue en agosto. Permanecía allí tumbada durante horas, hasta que el sol matutino que entraba por la ventana se volvió doloroso; estaba ardiendo, pero era incapaz de moverme. Con muchísima lentitud, me di la vuelta para poder verle la nuca. El broche del collar le había dejado una marca como de dos pequeños dientes.

Intenté recordarlo todo, cada mínimo eslabón de la cadena que nos había llevado hasta ese momento, ese lugar, a mi mirada en su espalda y su silueta más definida que en las fotografías. Era extraño no poder extender el brazo y tocar su cuerpo, empujarla hacia el otro lado o darle la vuelta con la mano. Hasta entonces, después de deslizar el dedo por sus fotografías durante horas interminables, día tras día, pensaba en ella más bien como un líquido o un gas, pero en realidad era sólida. También era extraño verla desde nuevos ángulos. En pocas palabras, era extraño estar tan cerca de ella. No me refiero a la manera en que se pasa de ser extraños a ser amantes, sino todo lo contrario. Era más bien como si hubiera pasado de ser su amante (íntima, cómoda en su compañía, a pesar de que jamás supo que yo estaba allí) a ser una extraña. No sabía nada de mí, y eso me parecía poco razonable y sorprendente. También me resultó difícil aceptar que la Mizuko que conocía de tantas imágenes en miniatura fuera una persona de carne y hueso. Supongo que sería lo mismo que despertar junto a Jesús o Santa Claus, o cualquier representante de un antiguo culto que murió hace mucho. Te sabes de memoria cada palabra de cada doctrina, pero luego ves sus uñas, sus encías y

sus vértebras, no por partes, sino todas juntas, y es muy difícil no perder la cabeza.

Rastreaba todos los comentarios que había debajo de sus fotos; la mayor parte eran de chicas a las que ella no conocía y que, como yo, habían notado lo imperceptibles que eran sus poros y alababan su piel porque se parecía a la de un bebé. En varios perfiles breves suyos en revistas literarias de moda también había leído frases horribles, como «integrada en Manhattan» o «*enfant terrible* de una dinastía de banqueros japoneses». Parecía que en internet había más perfiles de ese tipo que textos escritos por ella. Es cierto que durante el tiempo en que la conocí no trabajó ni escribió mucho. Por aquel entonces no pasaba la mayor parte de su valioso tiempo logrando cosas, sino colgando imágenes de lo que quería y dando «Me gusta» a las fotos que publicaban desconocidos. Rara vez le decía que no a la gente, pero no porque fuera amable, sino porque sabía cómo conseguir que todo resultara a su favor, convertirlo en algo que pudiera usar, lo que, por lo general, era en pinceladas de un cuento. Supongo que en japonés habrá un término muy específico para ese tipo de persona. Debería haberle preguntado.

Hubo una época en la que, si quería hacerle una pregunta así de estúpida, no tenía más que volver la cabeza, porque ella estaba, literalmente, justo ahí. Ahora apenas puedo imaginarlo. En ocasiones siento que está de pie detrás de mí, viéndome batallar con las palabras o retándome a usarlas; a veces, mientras escribo en el ordenador, tengo esa sensación típica de la noche, cuando las ventanas se convierten en espejos y sientes que te observan, que tu brillante mundo interior está siendo inspeccionado por unos ojos que no ves. Siempre que me invade, miro mi reflejo con furia para que quien sea que esté allí fuera piense que lo he descubierto. En estos momentos vivo sola en un apartamento de una habitación en Wood Green, Inglaterra, una pecera subterránea con una iluminación tenebrosa que se ve desde la calle. Por si acaso hay alguien al otro lado del cristal oscuro, escondido tras mi reflejo, bajo la persiana con misteriosa resolución y contemplo con enojo mi imagen

en la ventana, aunque en realidad estoy viendo a mi acosador imaginario a través de mí.

Pero ¿cómo llegué a estar en la cama, junto a ella, aquella primera vez? Aquella mañana —era el 11 de agosto— no me sentía moralmente diferente de como me sentía la noche anterior, el 10 de agosto, mientras caminaba hasta su casa desde el restaurante de sushi. Sólo la seguía sin saber adónde iba en realidad; una de las pocas cosas que aún no sabía sobre ella era su dirección exacta. Troté con obediencia de un lugar a otro sin notar que me desplazaba demasiado. En realidad, eso fue lo que sentí durante todo el tiempo en que la conocí, hasta que llegué al final y miré atrás. En retrospectiva, por supuesto, llego muy atrás.

Cuando la descubrí aquel verano en que yo tenía veintitrés años, Mizuko tenía treinta y dos. Tengo un correo que fecha el descubrimiento el 23 de julio. Se veía como una niña, sin duda parecía más joven que yo. Dos semanas después nos vimos en el café húngaro que está frente a la catedral de San Juan el Divino. En junio me mudé del Upper East Side a su barrio, Morningside Heights, cerca de la Universidad de Columbia. Antes de conocerla, ya sabía la mayor parte de lo que hoy sé sobre ella. Nació y creció en Japón. Su abuelo fundó Himura Securities. Su madre tenía su propia empresa en Tokio. Vivía en Nueva York desde que había cumplido los dieciocho. Siempre había estado segura de la profesión a la que quería dedicarse, y ahora era una escritora con su propio agente e impartía varias clases en el programa de posgrado de Escritura Creativa de Columbia, que ella estudió unos años antes. Por aquel entonces su cuento más exitoso era «Kizuna», o «Los lazos que unen»; además, era el que más me gustaba. Por esas fechas trabajaba en una novela cuyo título provisional era *Kegare*, que me tradujo como «Impureza», aunque nunca me permitió leerla.

«Las historias sobre los orígenes nos hacen sentir seguros; desentrañarlas puede destruirnos»: ésa es la primera frase de «Kizuna». También fue el primer texto suyo que leí.

«Por supuesto —pensé—. Sí, claro.»

Incluso comencé a imaginar que había sido yo quien había escrito esas palabras. Leer sobre su vida era como apretar mis manos una contra la otra. Parecía mi otra mitad. La convertí en una historia acerca de mi propio origen, una manera de explicarme, como si en todo el universo sólo ella pudiera dotarme de una razón de ser.

Nací en Nueva York; por eso regresé, y por eso la conocí. Llegué con la esperanza de encajar. Era la primavera de 2014. Un vuelo de Malaysia Airlines acababa de desaparecer, y durante el viaje de ida me aterrorizó la idea de perderme en el gris océano y evaporarme para siempre. Como resultado, a bordo de ese avión tuve algunos de mis mejores pensamientos existenciales, suspendida, desconectada, estática, pero desplazándome por los cielos a cientos de kilómetros por hora, incapaz de lograr algún cambio.

Recordé el momento en que oí por primera vez la expresión «Todo lo que sube tiene que bajar», cuando mi madre estaba discutiendo las consecuencias de no sé qué. Ahora pienso en aquel vuelo al aeropuerto JFK y el camino que recorrí desde entonces, viviendo en apartamentos en plantas que estaban cada vez más cerca del suelo, hasta que me mudé a un sótano. «Todo lo que sube tiene que bajar» es una máxima que he oído durante toda mi vida, con mucha frecuencia y de muchas bocas, como un vidrio que el mar ha hecho más grueso, pero también más opaco. En el avión la entendí de una forma nueva que me dejó alucinada con la verdad simple y universal que contenían esas palabras. Cuando el capitán anunció que por fin comenzábamos el descenso, reaccioné ante esa inevitable noticia como si me pidieran que yo hiciera aterrizar el avión. Aunque sólo se veían nubes densas y blancas, tuve que cerrar los ojos con fuerza. Cuando se apagó el letrero de los cinturones de seguridad y en todas las filas se desató un frenesí de ruidos de dispositivos electrónicos, yo era la única que seguía en su asiento. Me quedé allí hasta que el último pasajero pasó por mi lado y leí el formulario de llegada varias veces, digiriendo cada uno de los objetos prohibidos: frutas, verduras,

insectos, cultivos, agentes patógenos, caracoles, tierra. Con mucho cuidado, copié la dirección de Silvia de una de sus cartas, a pesar de que me la sabía de memoria. Revisé el formulario una vez más. ¿Apuestas? Sí. ¿Pornografía violenta? Sí. ¿Depravación moral? No tanta.

Terminé por alargar mi visita unos meses más de los que me permitía mi visado (cuatro), con lo que incurrí en algo llamado «estancia irregular», lo que implica que tengo prohibido volver a Estados Unidos durante tres años. A pesar de que en la sala de aduanas el aire acondicionado estaba al máximo, no paraba de sudar y, ante la pregunta por el motivo de mi visita, me quedé en blanco. Como nací en Nueva York, antes tenía un pasaporte estadounidense, pero mi madre afirmó que por razones fiscales debía renunciar a mi nacionalidad norteamericana y obtener un pasaporte británico como el suyo. El funcionario del mostrador me hizo una fotografía y luego fingió interés en los sellos que había acumulado durante mi año sabático, supongo que para demostrar que era más humano de lo que sugerían sus desproporcionados hombros.

—¿Camboya? Allí comen todo tipo de cosas disparatadas. Cualquier cosa que se les ponga por delante.

—Sí —contesté con una gran sonrisa, aunque no comparto esa opinión. Estaba lista para imitar, aprender las costumbres, complacer.

Tras familiarizarme otra vez con el gran tamaño de mi maleta, decidí no viajar en metro todavía. En la pantalla instalada en el panel divisorio del taxi, una cinta de texto se deslizaba de izquierda a derecha con noticias sobre la huida de un elefante y un tiroteo desde un vehículo en movimiento en Queens. Aunque el idioma era el mismo, no estaba preparada para lo ajeno que me parecía todo. Tuve que decirme que aquél era un lugar que una vez había estado poblado por nativos americanos, donde había puntas de flechas en el suelo. Me lo recordé con frecuencia durante el tiempo que estuve allí. Cada vez que algo me hacía sentir que no encajaba, pensaba en las flechas de

los nativos americanos; una sensibilidad particular se filtraba desde la tierra hasta el agua que salía del grifo, y sabía muy distinta.

Durante casi todo el camino hasta Manhattan nos acompañó un vehículo de la policía, una camioneta a lo largo de cuyo lateral se leía CORRECCIONAL en azul. Era el tipo de vehículo del que esperarías ver saltar a John Malkovich y huir en dirección al cementerio que estaba junto a la carretera. De inmediato me quedé anonadada: dondequiera que mirara veía películas. Había patios traseros, garajes, pórticos enormes, casas de madera; las palabras SOHO, TRIBECA, HARLEM, también enormes como troncos. Llevaba conmigo un pequeño diario marrón. Me lo había recomendado Silvia, que tenía más de ochenta años e iba a ser mi anfitriona, con la sugerencia de que, al igual que ahorrar dinero, podría ayudar a recuperarme. Fui a la primera página y, con un interés especial en los efectos de la luz, escribí: «En el Van Wyck Expressway, la luz hermosa del mantecoso sol de la tarde baña mi frente». Tiempo después, Mizuko se burló de mí cuando se lo mostré, pero así fue exactamente como lo sentí: un antiguo brillo solar que había bañado a muchos otros antes que a mí, otorgándoles una segunda o tercera oportunidad para comenzar de nuevo.

Fuera del edificio de Silvia, el aire era húmedo y delicioso, con un aroma difuso, como de un misterioso bocadillo del cine, un aire irritante como de palomitas que me mareó. Olvidé dar propina. Mientras cerraba el maletero y los gases del tubo de escape calentaban mis vaqueros, me di cuenta de que estaba lista para dar vueltas sin fin en coche a lo largo de kilómetros o para sufrir un colapso justo donde estaba parada. El edificio, de cristal y espejos, estaba en la 72 Este, y lo vigilaban tres hombres idénticos —todos, creo, llamados Tony— que en teoría se turnaban, aunque siempre estaban juntos detrás de un mostrador en el vestíbulo.

—Sube —dijeron al unísono—. Piso veintitrés, apartamento A.

El ascensor era muy eficiente. El estómago se me revolvió y estiré los brazos hacia atrás. Quise bajarme en otro piso para tener más tiempo. No

había preparado lo que diría al cruzar el umbral. Había ensayado grandes conversaciones, pero no el inicio ni el preámbulo de ellas. Llamé unas cuantas veces a su puerta, pero no hubo respuesta. Pensé en volver al vestíbulo, pero luego probé a empujar la manija y la puerta se abrió.

—¿Hola? —llamé mientras sujetaba mi maleta—. Soy Alice.

Esperé a que alguien se diera por enterado. Un calor intenso emanaba desde el interior. Poco a poco me di cuenta de que las paredes del pasillo estaban tapizadas con espejos que relucían con una cierta oscuridad, y con alfombras persas en el suelo. Caminé con cautela mientras llamaba a Silvia. Se me ocurrió que podía ser una trampa. Cabía la posibilidad de que hubiera mantenido correspondencia con un estafador nigeriano muy inteligente y comprensivo, quien durante dos años había logrado imitar la forma de escribir a máquina de una abuela con cáncer; era posible. Una vez mi madre recibió un correo electrónico que describía de una manera hermosa que un astronauta nigeriano había sido abandonado en la Luna en los años setenta y, aunque mantenía un buen ánimo, estaba listo para volver a casa con su ayuda. Sin duda, me dije, ni siquiera alguien tan creativo usaría una máquina de escribir.

La primera puerta a la que llegué estaba entreabierta. Parecía que había alguien bajo una sábana, tumbado en el sofá. Me habían enseñado a no molestar a quienes duermen, así que me retiré. Después de algunos minutos, decidí que debía hacer algún ruido y localicé el baño. Del suelo al techo, estaba cubierto de fotografías enmarcadas de Silvia y su difunto esposo. El área que rodeaba el lavabo estaba plagada de caramelos de canela, y había varias versiones de un aparato de plástico, una especie de gotero gigantesco, colgadas alrededor del lavamanos. Tiré de la cadena, pero el ruido fue demasiado amable, como un suspiro. Cuando salí, el cuerpo aún dormía.

Recorrí el resto del apartamento de puntillas. Sentí como si estuviera invadiendo el set de una telecomedia estadounidense y me sorprendí al ver que cada habitación conducía a otra, con ventanas enormes que permitían ver

kilómetros y kilómetros de ciudad. Había tres dormitorios, dos de ellos con baños completos. Era evidente que uno había pertenecido a un hombre, aunque ahora estaba acondicionado como estudio. Otro estaba lleno de cajas. El último era el de Silvia, aunque nunca dormía ahí, y después me dijo que yo debería instalarme en él, pues era el que tenía la mejor cama y, de todos modos, ella siempre dormía en el sofá. Había una sala que también funcionaba como comedor; unas puertas de vaivén llevaban a la cocina, al baño de visitas que había usado y al estudio en el que Silvia estaba dormida con la televisión en el canal TCM y sin sonido. De vuelta en la sala, cogí unos prismáticos de la mesa de centro. La ciudad seguía ahí. Tras veinte minutos, me senté en el sillón de la sala y de inmediato me quedé dormida.

Cuando desperté, el cielo estaba oscuro, pero al piso llegaba el fulgor anaranjado de las farolas de la calle. Silvia estaba de pie frente a mí.

—¿Quién eres? —preguntó mientras me observaba.

—Alice —contesté entre las otras palabras de mi sueño.

—¿Quién?

—Alice. —Y agregué—: Hare. Ya he llegado.

—Se suponía que no debías llegar hasta mañana.

—Oh —exclamé, y empecé a enderezarme.

—No quería que llegaras antes de mañana. Me han operado.

—Lo siento... —comencé a hablar y a intentar ponerme de pie.

—Está bien —respondió, y regresó a su estudio.

Escuché y esperé. Parpadeé en la oscuridad que iluminaban las luces de la calle y sentí que todo estaba del revés. Tras unos minutos en los que oí cómo se quedaba dormida de nuevo y retomaba la respiración superficial, me tumbé e intenté respirar profundamente, pues sentía que estaba a punto de padecer el ataque de ansiedad que en el viaje había amenazado con desatarse cada vez que pensaba en aquel avión que había desaparecido. Me sentía irreal, como si fuera un fantasma en aquel apartamento que acababa de recorrer. Mis respiraciones se volvieron más cortas y rápidas —como si

estuviera sorbiendo por una pajita sin aberturas—, hasta que noté que los pulmones se me habían expandido tanto que cuando intentaba exhalar sentía como si estuvieran pegados y se desgarraran por el esfuerzo de despegarse. Luego empecé a llorar, a llorar y a ahogarme. Entonces, cuando nadie acudió a ayudarme, las lágrimas se detuvieron y me quedé muy quieta y en completo silencio, como un bebé que se ha quedado sin palabras ante la impresión causada por un reflejo de algo brillante en el techo, aunque lo que en realidad sucedió fue que el sonido de la calle hizo que cayera en la cuenta, me ubicara y recordara el lugar del mundo en el que estaba, que de veras estaba ahí, y eso me dejó anonadada.

Me acomodé en la almohada y recordé el inicio de mi correspondencia con Silvia, o con el estafador que se había hecho pasar por ella, hacía casi dos años: julio de 2012, el verano anterior a mi último año en la universidad. Devoraba una lista de lecturas al aire libre, sobre un saco de dormir de color café que había comprado en una tienda de artículos militares. Casi todos los muebles que teníamos eran, de una forma u otra, portátiles. Cuando oí gritos, entré. Mi madre estaba de pie frente al televisor. Vimos que un grupo de físicos hacía oficial el descubrimiento del bosón de Higgs. Peter Higgs, un hombre de aspecto amable y nariz puntiaguda, derramó una lágrima. Mi madre también lloró, mucho más que Higgs.

—Está bien —la tranquilicé, dándole unas palmadas en la espalda—, aunque en realidad no tiene nada que ver con nosotras.

Una semana después recibí una carta desde Nueva York, con matasellos con fecha del día del hallazgo.

Querida Alice:

Resulta que estamos sumergidos en un océano. Sin duda habrás leído acerca del descubrimiento de la partícula de Higgs. Me duele el cerebro sólo de pensar que una máquina tan grande —no dejan de repetir que es del tamaño de la catedral de Chartres— encontró la partícula más pequeña que existe. ¿Hablan de ello en tu escuela? Discúlpame, ya has

acabado. ¿Sigues estudiando? Me pregunto en qué clase de niña te habrás convertido. Te vi por última vez cuando eras muy pequeña, y supongo que ahora serás mucho mayor. Imagino que te preguntarás por qué contacto contigo después de tanto tiempo. Bueno, no tengo ganas de entrar en detalles, salvo que quieras saberlo. Si es así, escíbeme de vuelta.

Atentamente,

SILVIA WEISS

No tuve muchos problemas para apropiarme de partes de la historia sobre el origen de Mizuko, ya que, en la práctica, la historia sobre mi propio origen no era mía y estaba en constante evolución. Si preguntaba por cualquier cosa — fechas, nombres, lugares—, mi madre no contestaba con una respuesta, sino con una pregunta sobre por qué no iba a buscar a mis verdaderos padres y la dejaba en paz. Se refería a mis padres biológicos, y las dos sabíamos que eso era imposible: una estaba muerta y el otro había estado en la cárcel, aunque tal vez también habría muerto ya. Apenas sabía nada más sobre ellos.

La memoria es nuestra primera herramienta. Nos aprendemos el rostro de quien nos alimenta, pero también aprendemos otras cosas menos corporales. Recordamos sentimientos o dudas insistentes. Después comienza a hacernos tropezar, a manipularnos y a confundirnos. Supongo que se podría decir que esa primavera fui a Nueva York porque quería escapar de Inglaterra, de lo que la terapeuta de Mizuko llamaba un «ciclo tóxico de duda sobre uno mismo». Quería encontrar una narrativa única y coherente que explicara quién era y qué era lo que debía hacer.

De hecho, mis dos madres tenían una actitud dominante sobre los hechos. Con la segunda, cada detalle, si lo registras y lo comparas, resulta contradictorio. El enfoque principal siempre es su marido ausente, mi segundo padre ausente: Mark. A veces lo ve como un desertor y desprecia e insulta su recuerdo; otras veces puede ser una especie de destino que es adorado y llorado. Mi lugar en el panorama cambia con frecuencia: puedo ser la salvadora o la destructora de su matrimonio. Lo único que siempre es

constante es que arruinaré todo lo que toque. No le he contado casi nada sobre el año pasado.

Cuando Mizuko me pidió que resumiera mi infancia en una palabra, le respondí *claustrofóbica*. Me aseguró que Susy jamás me dejaría ir. No obstante, debería haber dicho *contradictoria*, pues en ocasiones era justo lo contrario. A veces vagaba sola por nuestra casa o me quedaba en el desván, donde ella guardaba innumerables fragmentos de hechos en cajas sin abrir. El volumen de información era abrumador, tanto que era casi inútil, y sospecho que así lo quería ella, para evitar que me adentrara en la búsqueda. A un millón de robots les llevaría un millón de años reconstruir en ese desván lo que nos pasó.

En sus cartas, Silvia me dio su versión de los hechos:

Comenzaré con tu nacimiento: Manhattan, 1991. Te llamaba Conejo. Así era como llamaba también a Mark cuando era pequeño.

Lo de *Conejo* se quedó, por lo menos para mí, en mi cabeza. A veces me lo digo en voz alta, o fuerte, pero en mi cabeza: «Conejo». Lo prefiero a Alice Hare, y me sentí en el paraíso cuando también Mizuko empezó a llamarme así.

Puede que tuvieras otro nombre antes de llamarte Alice, pero tu verdadera madre huyó con su bata verde del área de maternidad del hospital Lenox Hill y se guardó ese detalle (entre otros)...

Me la imagino con una barrigota enorme por delante y el trasero al aire.

... para sorprender al conductor de un camión rojo de mudanzas que iba rumbo al centro. En cualquier caso, la partió como una sandía antes de que alguien pudiera preguntarle qué deseaba para ti. Dado su gusto por las sorpresas, tampoco le había contado a tu padre de tu existencia. Él, que despreciaba a las mujeres y a la autoridad, tampoco habría seguido sus órdenes de todos modos. Estaba encarcelado en el centro

penitenciario Baybram por crímenes que requerían, dada su exitosa ejecución, algo tan poético como un «corazón desenfrenado y maligno». Estaba claro que tu verdadera madre, que ni siquiera tenía dinero para el parto, no planeó para ti nada que las autoridades pudieran ejecutar, aunque revisaron sus efectos personales en busca de alguna pista.

Por lo que me dijo Silvia, sé que en el interior de la panza hirviente de la que yo acababa de salir sólo encontraron col, judías verdes, pescadilla y licor, y que aquellos que presenciaron el accidente dijeron que las últimas palabras de mi madre apenas fueron comprensibles y, al parecer, las pronunció para sí: «Negro, déjame en paz, déjame. Mi hijo te volará los sesos».

«Las mejores historias siempre comienzan así —me dijo Mizuko cuando se lo conté—. Qué suerte tienes.»

Te dieron en adopción. Mi hijo, Mark Hare, y su esposa, Susy, te acogieron. Ya tenían un nombre preparado: Alice. Yo estaba allí cuando te entregaron, eras una bolita de puños y pelusa, con una vida entera de nudos en el cabello. Eran mayores que los padres habituales. Mark era profesor de Física y Susy, ilustradora, por lo menos eso decía en los documentos de adopción, y vivían cerca de su trabajo en la Universidad de Columbia, en Morningside Heights.

Ésa era la parte que Susy me contaba una y otra vez. Sabía que se habían conocido en la universidad, durante las protestas estudiantiles de 1968. Me habían repetido esa historia muuuuchas veces. Creo que cualquiera que haya tenido el más breve encuentro con mi madre la ha oído.

Su primera conversación fue durante una emisión en la radio estudiantil, la WKCR. Susy, entonces Susannah, de dieciocho años y estudiante inglesa de primer año, entrevistó a Mark.

«Era muy alto, con los brazos fuertes, tenía levantado uno de ellos con el

puño cerrado, como vara de zahorí» (la vara de zahorí, un clásico, es uno de los pocos puntos fijos en la historia de Susy). Me gustaba que, cuando comparaba las cartas de Silvia con los hechos, todos sus detalles estaban conectados, enraizados en la realidad, y los repetía casi palabra por palabra. Hacía que Silvia me pareciera reconfortante, como si con ella por fin pudiera pisar tierra firme. En aquel entonces no tenía razones para desconfiar del medio, que veía como algo tranquilizador, impersonal, objetivo, sin sesgos ni rencores: Google era el mediador de la verdad.

Susy quería estudiantes para su sección en Columbia en crisis. Gran parte de la generación del 68 usó su graduación como plataforma para otra protesta. Ese año la ceremonia se llevó a cabo en Saint John, y muchos estudiantes escondieron radios en sus togas y guardaron silencio hasta que hicieron que sonara Bob Dylan de un modo ensordecedor cuando la WKCR puso The Times They Are A-Changin' y los estudiantes se fueron marchando bajo el sol.

Se casaron en 1976. Tu madre parecía un pastel. Mark comenzó a trabajar con el objetivo de convertirse en profesor en Columbia. Me imagino que sentía claustrofobia por haber nacido, crecido y ascendido en la escala académica en los mismos tres kilómetros cuadrados de Manhattan.

Susy siempre dice que supo que era el hombre con el que se casaría después de acostarse con él la primera vez. Se levantó, se vistió dándole la espalda mientras él dormía y luego se sentó en la única silla de su diminuta habitación de estudiante. Sentada allí, observándolo y esperando a que despertara, sintió que le bajaba la regla, un poco antes de lo previsto. Brincó de inmediato, pero era demasiado tarde. Mark rechazó todas sus ofertas de retapizar la silla, diciéndole, tal vez todavía medio dormido, que era una marca. Una mancha que la había convertido en parte del mobiliario. Nunca la oí contar esa historia sin pensar que era un poco perturbadora, pero ella

siempre usa esa anécdota como si hubiera sido la prueba de fuego de un buen carácter masculino. «Parece agradable», dirá de algún hombre, pero se nota que está pensando que no pasaría la prueba de la mancha como lo había hecho Mark.

Cuando terminó su doctorado, Mark ocupó un puesto como físico teórico en Columbia. Surgió una teoría que explicaba la arquitectura elemental del universo. Él comenzó a concentrarse en la teoría de las supercuerdas y, con el tiempo, en la teoría M. La M es la madre de todas las teorías, magia, misterio o matriz; es una adaptación de las supercuerdas, una ecuación simple —en términos de la física de partículas— que, de comprobarse, «reconciliará cosas que concebimos como incompatibles, explicará la naturaleza y el comportamiento de toda la materia y toda la energía». Empezó a, digamos, preocuparse. Susy (Mark fue quien lo abrevió de Susannah a Susy, una de las abreviaciones de la teoría de supercuerdas) estaba asombrada, pero no podía descifrarlo. Supongo que a algunas mujeres les encanta el misterio. Créeme, escoge a alguien agradable y seguro como mi difunto esposo, Rex. Cometí el mismo error con el padre de Mark. A tu madre no le gusta que haya cosas —sea lo que sea— que la excluyan. La física era como un idioma secreto entre Mark y sus amigos. Ella solía hacer chistes que no le hacían gracia a nadie. Cosas del tipo: «Como físico, debería estar más interesado en lo físico, o en patrones que se repiten y en las cosas pequeñas, como los bebés». Frente a muchos conocidos y camareras que se incomodaban al ver que Mark hacía lo que fuera con tal de evitar un escándalo, ella sacaba a colación que ya estaban intentando tener un bebé, aunque, por su investigación, no fuera el momento adecuado. Lo intentaron durante cuatro años sin conseguirlo.

Yo ya sabía bastante sobre su vida sexual porque, por lo menos en esa área, mi madre no tiene filtro.

Recuerdo el año en que se volvió un problema, cuando acompañé a Susy al médico: fue cuando China prestó dos pandas, Ling Ling y Yun Yun, al zoológico del Bronx. Por aquel entonces yo ya había decidido que quería un nieto. Supongo que en esa época era posible que no lo tuviera. Leí mucho sobre el proceso de apareamiento que el personal del zoológico intentaba conseguir. Creo que los pandas pierden su libido si un humano camina por su recinto tanto como un humano lo perdería si un panda se asomara a su habitación.

Susy también mencionó a los pandas. Mark era un poco como *Ling Ling*, el panda macho. Para lograr que se interesara en aparearse, Susy respetaba una serie de condiciones imperceptibles —la temperatura adecuada, la luz apropiada, la comida indicada—, y para incrementar las posibilidades de que ocurriera esa poco común e involuntaria urgencia —el Gran Día del Acostón— en un momento que a ella le resultara útil, rara vez se separaba de él.

Aunque lo acompañaba a casi todos lados, incluso al trabajo y lo esperaba en una biblioteca cerca de su oficina, ella no le prestaba atención alguna. Deseaba tanto y desde hacía tanto tiempo que un futuro particular se manifestara en forma de una cruz azul, que la cruz azul se sobrepuso en el rostro de Mark.

Sé lo que se siente.

Mark me dijo que, siempre que despertaba, Susy estaba tumbada a su lado, esperándolo con los ojos bien abiertos. No dejaba de hablar de que pronto serían los Tres Conejos. Ése es el famoso símbolo de los tres conejos que se persiguen, algo que Mark le explicó en alguna ocasión, al principio, antes de saber que lo usaría en su contra, como un ejemplo clásico de la simetría rotacional. Mi única aportación fueron los nombres. Siempre dije que tenía que ser algo que funcionara en una crisis, en un altavoz y con acento extranjero.

Cuando me quedé con ella, siempre podía contar con que Silvia resumiera la naturaleza de algo que iba a pasar, de manera que ya no era necesario hacerlo realmente. Susy aún quería hacerlo, y con sentido del deber eligió un nombre con un ojo puesto en la muerte, la destrucción y el manejo de las crisis.

Hice una lista de todas las cosas con las que la palabra Alice podría rimar si la gritaban en una calle abarrotada, y me pareció que no había muchos casos de emergencia en los que se pudiera confundir Alice con cualquier otra palabra. Susy dejó de visitar a los médicos carísimos a los que la mandaba. Creía que al ir con doctores especializados en fertilidad atraía la infertilidad. En vez de eso, leía los horóscopos y usaba el tarot. Los senderos pavimentados de Riverside Park estaban llenos de grietas. Todo era parte de un código. Recuerdo que incluso compraba los dulces que vienen con mensajes adentro y colocaba los adecuados en el lado de la cama de Mark, que él no leía y sobre los que se dormía, dejando unas preocupantes marcas de color café en las sábanas. En aquel entonces la persona que hacía la limpieza de mi casa también trabajaba para Mark, y se quejaba de eso todo el tiempo. Pero la gran señal vino cuando estaba parada junto a la estatua de Alicia en Central Park. Comenzó a hablar con una joven que enseguida se convirtió en su amiga, en su confidente, y luego, a pesar de los intentos de Mark y los míos por intervenir, en su vientre de alquiler. Susy podía hacerse amiga de cualquier mujer a la velocidad de la luz. Siempre dije que esas amistades son más como enamorarse, y siempre terminan igual de rápido. Y, por supuesto, ella tuvo un aborto espontáneo de la primera Alice. Así que Susy tenía cuarenta y un años cuando por fin te trajo a casa en un moisés, Alice II.

Ésta es mi parte favorita de la carta:

Entonces vivían en Claremont Avenue, en la residencia para la plantilla docente. Estaba todo cubierto de nieve cuando te subimos por la escalera

del edificio. Era el 19 de enero de 1991.

Tengo una polaroid que te mostraré cuando vengas. En la hora que pasó entre que salimos y volvimos, hubo un apagón y todo estaba inundado. En el largo y oscuro pasillo había agua hasta la altura de las rodillas y los ascensores estaban fuera de servicio. El correo salió flotando de un buzón de la hilera inferior, revelando todo tipo de información personal alrededor de las columnas de yeso falso. Odiaba ese apartamento. Me acuerdo de que Mark parecía muy deprimido y, en retrospectiva, recuerdo haber hecho una broma tan poco oportuna como decir: «No hagas que también la niña salga con el agua».

Debo admitir que mucho de lo que Susy me contó sobre ese momento en particular parecía ser verdad. Una vez incluso descubrí una nota que mi madre dijo que habían visto colgada en el tablón de anuncios de la entrada cuando llegaron a casa y se encontraron con la inundación:

Estimados inquilinos:

Alguien tiene un problema con la cadena de su W.C. Si observa que su cadena no funciona correctamente o si oye ruido al tirar de la misma, por favor, avise al conserje.

Gracias,

RAMÓN

Susy me contó que Mark sonrió, arrancó la nota del tablón, la dobló con cuidado y se la guardó en la bolsa. Eso es algo que ella habría hecho —algo que parecía fuera de lo común y quizá era una señal—, pero me llevaba en el moisés y no tenía las manos libres.

—¿Qué harás con eso? —le preguntó.

—Marcar este día.

Al parecer, después empezó a tararear *The Power of Love* en el pasillo inundado y rodeado de columnas rotas, como en aquel vídeo en el que Luther

Vandross tiene agua hasta media pierna y en la pantalla parpadean unas descargas eléctricas, sugiriendo que un campo de fuerza de amor invisible rodea un club nocturno con temática de baño romano.

Al principio, cuando era niña y mi madre solía contar la historia de mi llegada a casa, lograba que cada vez fuera más clara, hasta que parecía como si hubiera pasado aquella misma mañana, y yo pensaba que era una historia sobre lo contento que estaba Mark por convertirse al fin en padre. Así era como lo contaba. Antes incluso de que Silvia se pusiera en contacto conmigo, conforme crecí me di cuenta de que, para ese momento, él era un físico de partículas de cuarenta y cuatro años y, gradualmente, fui comprendiendo que cantar a Luther Vandross era otra clase de señal: se estaba volviendo loco. Mi llegada significaba que por fin podría irse de aquella ciudad, donde la convicción de estar desperdiciando su única oportunidad para ser grandioso lo estaba destrozando. Que arrancara la nota de esa manera significaba que, como Susy, cuando quería algo con la suficiente fuerza, cualquier objeto burdo y fragmentario se volvía tan cierto e inequívoco como una flecha.

Mark era parte del equipo que instalaba el SCS (Supercolisionador Superconductor) en Waxahachie, Texas. Por si no sabes nada de física, se suponía que iba a ser lo que el Gran Colisionador de Hadrones de Ginebra fue después, sólo que en su versión norteamericana; por supuesto, sería diez veces más poderoso y encontraría el bosón de Higgs «diez veces más rápido».

En 1988, el año de aquella primera Alice malograda, un comité del que Mark formaba parte eligió el área de los alrededores de Waxahachie para desarrollar el colisionador. Después se le encargó convencer a los académicos que vivían en la costa para que se trasladasen allí. Algunos jóvenes no siguieron sus pasos, pero sí sus indicaciones; eran peregrinos de deportivas blancas, aventureros de camisas hawaianas. Aunque él aún vivía en Nueva York, cada vez pasaba más tiempo en Dallas (Susy, por cuestiones de

seguridad nacional, tenía prohibido acompañarlo) y cada vez menos en Columbia y en el apartamento de Morningside Heights, donde Susy se mantenía ocupada dibujando. Su condición para mudarse a Dallas fue que primero me adoptaran, y que escribieran e ilustraran juntos un libro para niños, *Alice en Dallas*, con el que harían que la física de partículas fuera accesible a niños de entre tres y seis años.

Diecisiete taladros fueron enterrados y doce kilómetros del túnel excavados antes de que se abandonara el sitio. El Congreso retiró el apoyo y canceló la financiación con el argumento de que temían comprometerse con el coste proyectado. Varios físicos fueron a Wall Street, unos pocos de los que se quedaron se dedicaron a la ganadería.

Eso es parte de un artículo que me mostró Silvia. A veces Susy dice lo mismo, con nostalgia, como si el ganado pudiera haber sido la respuesta. Otras, según su estado de ánimo, habla de su sacrificio dándose importancia, como si el destino de la ciencia estadounidense, el descubrimiento de los orígenes del universo, dependiera sólo de la presencia física permanente de Mark en Texas.

Cuando se canceló el proyecto, Mark se sintió traicionado; ahora sé que no por el Congreso, ni por la comunidad de físicos y, como me aseguró Silvia, tampoco por mí, sino por Susy. Si ella no lo hubiera obligado a esperar en Nueva York hasta que me encontraran, si él hubiera llegado antes al campo y el proyecto hubiera tenido éxito... Estoy segura de que se sentía culpable. No por nosotros, sino por todas las familias a las que había hecho mudarse, a las que había abandonado en medio del desierto y había expuesto a un fracaso temprano.

En 1993, él y Susy regresaron vergonzosamente a Nueva York, y contigo a cuestas, claro. Tú empezabas a hablar. Volvieron a la misma parte de Morningside Heights, pero su residencia de Columbia se había reasignado en su ausencia. Durante un año se quedaron en un

apartamento de la zona que era propiedad de uno de los amigos de Mark, otro profesor que rara vez lo usaba. En algún momento alguien había utilizado partes del interior de un barco para comenzar una nueva vida en aquel edificio, así que el apartamento parecía un yate art déco de los años treinta.

Me lo imagino como ese tipo de interior particular que sólo pudo hacerse realidad cuando alguno de los inquilinos se apropió de un yate y no supo qué hacer con él.

Es posible que la decoración pretendiera establecer una conexión temática entre el edificio y el Hudson, pero a Mark le molestaba que no pareciera haber ninguna explicación para sus nuevos alrededores. Recuerdo la primera vez que los visité: estaba sentado en medio del apartamento, insomne y con una apariencia malévola. Parecía otra persona. Todos los espacios estaban comunicados, así que podías ver desde la habitación hasta la sala, y de ahí al comedor. El punto de observación privilegiado era el sillón, y desde ahí me lanzó una mirada amenazadora sin decir nada. Le dije —intentando, como siempre, tomarme las cosas a la ligera— que no parecía concordar con la flotabilidad del edificio. Me ignoró. Me di cuenta de que el suyo era un sabotaje deliberado. Se oponía a todo cuanto lo rodeaba. Se habituó a que sus ecuaciones se sobrepusieran en todas las superficies, y las paredes blancas ya no tenían sentido para él. Se movía sólo con los ojos, que conversaban con todos los objetos, a veces como si intentara hundirlos, otras como si únicamente tratara de devolverlos a su curso original en algún punto en el mar, ya fuera por la fuerza o por su voluntad.

Cuando el verdadero dueño del apartamento necesitó que se lo devolvieran y tuvimos que desembarcar del yate, nos mudamos a casa de Silvia.

Justo cuando terminé de instalarte, Mark anunció que iba a aceptar un

trabajo en un banco de Tokio. Las agencias de Bolsa, nos dijo, buscaban hombres inteligentes que pudieran aportar teorías científicas al caos. Al parecer, de la noche a la mañana se convenció de que debía renunciar tanto a la física como a Estados Unidos.

Susy intentó enviar el sillón de Mark —la oscura mancha de regla estaba ahora escondida bajo una nueva tapicería—, pero él ya no estaba dispuesto a comprometerse; ya aceptaba el minimalismo japonés y la silla no podía formar parte de nuestra ascética vida allí.

Lo mínimo indispensable se envió por adelantado, y vosotros tres llegasteis una semana después. Yo os acompañé en el taxi al aeropuerto. Recuerdo que tararéé una especie de himno para San Juan el Divino, un monumento incompleto que, a mi parecer, encarna todas las cualidades que tanto admiro en los físicos, que pueden esperar toda una vida a que se compruebe una teoría. Guardé silencio mientras nos deteníamos y avanzábamos, dando empujones a lo largo de la calle 125, justo a la hora de la salida de las escuelas. Cuando pasamos frente al teatro Apollo, Susy se volvió para mirarte; estabas sentada entre nosotras y Mark iba delante. Te observó con unos ojos grandes e inspirados. Dijo, por supuesto dirigiéndose a Mark y a mí: «Es como mudarse a la Luna, ¿verdad, Alice?», y recuerdo que empezaste a llorar. Era un sonido tan desgarrador que yo también estuve a punto de llorar, pero estaba tan furiosa que no lo logré. Yo la culpaba. Si hubiera sabido que era la última vez que lo vería, me pregunto cómo habría intentado detenerlo, qué habría dicho. En mis sueños repaso discursos maternales de manipulación. ¿Conoces a Volumnia, la madre de Coriolano? Recuerdo con bastante detalle la última «conversación» que mantuve con Mark, pues apenas hablamos y fue tu madre quien charló con el taxista mientras nosotros escuchábamos; yo intentaba decirle, observando la curvatura de su oreja derecha, que le prohibía que se fuera pese a que os estuviera

acompañando para despedirme. El conductor hacía preguntas amables, formuladas como si los cuatro nos dirigiéramos a pasar unas felices vacaciones, y Mark dejó que Susy las atajara desde el asiento trasero. Oímos una breve historia sobre la esposa y el hijo del chófer.

—¿Tendrá más?

—¿Matrimonios?

—No, hijos.

—Sí, eso espero.

—¿Ya ha elegido un nombre?

—Aún no.

Cuando nos quedamos en silencio, el taxista dijo con candor:

—Mi nombre es muy corto.

—Eso es importante —intervine—. Los nombres tienen que funcionar en los momentos críticos. ¿Cuál es?

—Haseeb.

—¿Se escribe H-a-s-i-b?

—No, es H-a-s-e-e-b.

—Entonces no es tan corto.

Después de eso, mi adorado hijo se volvió y me lanzó una mirada que significaba «BASTA».

En el tiempo que pasó entre el descubrimiento del bosón de Higgs, en julio de 2012, y mi llegada a Nueva York, en agosto de 2014, pude conocer a Silvia a través de sus cartas —escritas siempre a máquina— y de lo que eligiera decirme, fragmento por fragmento. No había forma de acelerarlo, y a veces me impacientaba en espera de su respuesta, pero nunca hubo una pregunta para la que no tuviera una respuesta directa.

Pensé en contactar con ella antes de que me encontrara. En la escuela había habido proyectos —algunos de los cuales sabía que no podía llevar a casa, y otros que pensé que podían ser lo suficientemente inocuos— que requerían la ayuda de los abuelos. Una vez una maestra nos animó a pedirles a nuestros abuelos unas recetas para elaborar un compendio que nos mostraría cómo había cambiado la vida entre la época del racionamiento y la del microondas. Pensé en Silvia. A Susy no le gustó la idea y, en su monólogo sobre por qué no debía hacerlo, llegó incluso a afirmar que su suegra había fallecido.

El descubrimiento del bosón de Higgs trajo consigo más preguntas que respuestas. Las implicaciones, junto con la carta de mi muy viva abuela, se tradujeron en una creciente preocupación sobre cuál era mi lugar en el universo. Quise estudiar Física en la universidad, pero Susy me prohibió hacerlo después del bachillerato, así que opté por una licenciatura en Filosofía. Según la física, el espacio que yo habitaba era el centro de alguna atención cósmica o un egocéntrico punto en una multitud infinita, una burbuja en un océano de espuma. O bien había leyes físicas que controlaban todas las cosas que me sucedían y, por tanto, me conectaban con todo lo

demás que estaba sujeto a esas leyes, o bien todo lo que pensaba y hacía era en esencia un error; de ser así, ¿de qué servía la física? Devoraba todos los artículos de prensa cuando se suponía que debía estar estudiando para mis exámenes finales. Algunas personas afirmaban que el descubrimiento implicaba que el universo estaba condenado a desmoronarse.

La filosofía funciona mejor cuando te inventas un escenario altamente improbable, imposible o imaginario para demostrar algo: descifras qué es ese algo a partir de lo que, según puedes deducir, no es. Crear pequeños escenarios fantásticos era de lo que disfrutaba; me gustaba el demonio de Descartes, el cambio de almas de Locke, los neolockeanos y, en especial, la teoría cuántica, que sostenía que una réplica exacta de ti podía aparecer de pronto en algún lugar —la casa de al lado, otro país e incluso otro planeta—, y que esa réplica sería idéntica a ti, incluso con los mismos recuerdos, aunque ese paralelismo entre ambos no duraría mucho. Los diferentes ambientes os separarían; por ejemplo, los padres de tu réplica podrían emigrar.

Cuando empecé a mantener correspondencia con Silvia, lo mantuve en secreto, en parte porque me gustaba tener un secreto y, en parte, porque buscaba evitar decir o hacer cualquier cosa que creara incomodidad en casa. Me gustaba que las cosas estuvieran tranquilas.

Por si deseaba responder a la provocación de su primera carta, Silvia me dijo que no tenía correo electrónico ni tampoco teléfono móvil, que se moriría antes de tener cualquiera de los dos. Decidió escribir cuando se vio inspirada por el descubrimiento del bosón, pero también porque empezaba a perder la movilidad del brazo derecho, lo que significaba que pronto le sería imposible escribir a máquina y quedaría incomunicada. Dijo que se había ido aislando poco a poco, encerrada en su apartamento del Upper East Side. Parecía, por su manera de escribir, que esa situación la hacía infeliz, pero cuando por fin aparecí en su puerta, empecé a comprender que su soledad era una elección propia. En cualquier caso, decidió escribirme todas esas cartas que alguna vez había querido escribirme y mandarlas antes de que ya no

podiera hacerlo. Hacía poco que había enviudado de su tercer esposo, Rex, así que me escribía sus cáusticas cartas en el tiempo que le quedaba entre que leía y trituraba condolencias.

Hoy, después de haber estado en Japón y sufrido de depresión, puedo hacer conjeturas sobre lo que quizá quería conseguir Mark al mudarse a Tokio: rodearse de gente que no lo conocía, que no podía decepcionarlo, extraños que no hablaran su idioma, pero cuya amabilidad ceremoniosa se traducían bien. Si no había sido así, ir a Tokio era un plan extraño, pues la burbuja acababa de reventar y Japón, víctima de una «trampa de liquidez», atravesaba ya la primera de sus décadas perdidas. No sé si realmente lo contrató el banco que él decía: Susy afirma que sí; Silvia, que no. Decía que era un empleado del banco Tsuki, propiedad de Himura Securities, la empresa que inauguró el abuelo de Mizuko. Para cuando él llegó, era conocido como un «banco zombi» que mantenía a flote el gobierno, sin nadie que hiciera un verdadero trabajo, aunque, en un día normal, Mark se iba de casa a las ocho de la mañana y volvía a las dos de la madrugada. Decía que era amigo de otros empleados del banco, con quienes iba a jugar al *mah-jong* por las tardes cuando no se sentaba a ver la NHK en la televisión hasta muy tarde. Silvia creía que todo era mentira y simplemente se sentaba en un banco en el parque o merodeaba solo por Tokio. Nada de la mudanza a Tokio resulta demasiado claro, porque Silvia no fue con nosotros. Lo único que es seguro es que los tres dejamos Nueva York en 1993 y sólo dos cambiamos Tokio por Inglaterra en 1994.

Cuando tenía diez años, buscando una conclusión sobre lo ocurrido en ese tiempo, falsifiqué la nota de suicidio de Mark. La manché de té, quemé los bordes con una vela, la escondí en una caja de zapatos viejos y luego fingí que la había encontrado en el desván. Susy adivinó mi plan y me prohibió volver a subir, pero seguí haciéndolo en secreto. Al husmear entre esas cosas de mi adolescencia —los bellos ornamentos, los pergaminos y las litografías que guardaban aquellas cajas polvorientas, así como los paquetes de

auténticas fotografías mías, a los tres años, frente a templos y letreros de neón —, comenzó mi interés por Japón. Quería restaurar, tal vez inventar incluso, el futuro que esos objetos sugerían.

Daba la impresión de que Susy había decidido que mi familia biológica no podía ser tan interesante como la suya, pues usaba a la primera como amenaza. Podía irme a vivir con ellos si era tan infeliz donde estaba. Era una estrategia inteligente, pues le drenaba la rebeldía a la idea. Mis búsquedas rutinarias en internet no arrojaron nada. Susy afirmaba que había perdido mis papeles de adopción en una de las muchas mudanzas, pero Silvia estaba segura de que los había destruido para evitar que me fuera. También la culpaba por su prolongado silencio, así como por el hecho de que Mark abandonara la física y se mudara a Japón. Sobre todo, la culpaba por su desaparición. Apenas hablaron después de lo sucedido. En mis respuestas, repasaba todas las contradicciones que Susy había dejado entrever: sobre Silvia, el SCS, Tokio y Mark. Silvia las destrozó todas en sus contestaciones, no con ira, sino con un sentido de deber moral, como si las falsedades de Susy fueran un pequeño pescado con el que me podría ahogar y al que ella debía quitarle las espinas hasta que sólo quedaran unas cuantas escamas sobre un esqueleto. Cuando terminaba, ese esqueleto se convertía en una pequeña y afilada llave maestra que abría pasados que se asemejaban al mío.

En la mecánica cuántica ningún objeto tiene una posición fija, salvo cuando colisiona con algo más; el resto del tiempo está en movimiento. Las cartas de Silvia me ayudaron a moverme por fin, pero también, durante una temporada, me hicieron sentirme más asentada donde estaba. Silvia no se hacía a la idea de que había vías de comunicación que no requerían que la persona estuviera inmóvil. La herramienta de mayor avance tecnológico que tenía era un teléfono inalámbrico. Eso significaba que me sentía fija cuando intercambiábamos cartas. Cada vez que abría uno de sus sobres sentía la emoción de llegar, tras un largo viaje, a un lugar familiar. Le hablaba de mis estudios y, a cambio, ella me mandaba reseñas y recortes de *The New Yorker*

y *The New York Times* sobre libros que le parecían interesantes. Ésas fueron las primeras cosas que encontré en mi buzón de la facultad que no fueran mis propios ensayos calificados o comunicados de la escuela. A veces me preguntaba cuáles eran mis planes después de la universidad, y yo le respondía que no lo sabía. Le dije que no quería pensar más allá de mis exámenes porque me iba a volver loca. Ella afirmó que eso le parecía sabio, pues después de los exámenes la vida se volvía una serie de días, semanas y años sin marcadores y muy pocas reglas y sin nadie que te dijera qué hacer. Contesté que eso me desconcertaba aún más. Me dijo que tal vez querría ir a visitarla a Nueva York si no sabía qué hacer con mi vida cuando me quedara libre.

Después de los exámenes, todo el mundo salió a la calle para hacer las cosas que habían esperado hacer una vez que no tuvieran que estudiar. Yo no me sentía libre en absoluto. Me sentía desolada, agorafóbica. Aunque Filosofía no era lo que más ansiaba cursar, disfrutaba del estudio y de tener un horario. Adoraba a una profesora en particular. La última vez que la vi me dijo «Sal a divertirte, haz locuras», y yo me eché a llorar. A los pocos días desarrollé una fatiga debilitante. Estaba dolorida y tenía los ojos secos. Me tumbaba en la cama, pero no podía dormir. Luego me salió un sarpullido en un costado; era oscuro e irregular, y un médico dijo que era a causa del estrés. Como esperaba con creciente temor los resultados de mis exámenes, el estrés tenía sentido. Pero cuando tuve mis notas, que eran buenas, y no había nada más que me atara a ninguna fecha ni nada más que esperar, las cosas empezaron a parecer fuera de lugar. Nadie iba a venir a verme a mi ceremonia de graduación, así que decidí no asistir. Técnicamente, no le dije a Susy qué iba a suceder, pues no quería que hiciera una espontánea y enervante aparición.

Después de la graduación, pasé horas tumbada en mi cama individual hasta que alguien llamó a la puerta, y una anciana, al no obtener respuesta, introdujo su llave en la cerradura.

—No —exclamó irritada—. No deberías estar aquí. Estas habitaciones se han alquilado durante el verano a los invitados a las conferencias de Kuala Lumpur.

Regresé a casa de mi madre. Me picaba todo el cuerpo. El sarpullido se había convertido en heridas. Me dejaba arrastrar por la vida en una especie de estupor, nunca estaba del todo despierta, aunque tampoco podía dormir. Después empecé a tener migrañas y ataques de pánico. Cuando intentaba hablar olvidaba palabras o las usaba al revés en las oraciones, lo que me hacía sentir como extranjera. Recuerdo la primera vez que me pasó: en un café, una camarera me preguntó qué había querido decir al pedir «un agua de vaso simple». Sin duda no fue tan humillante como me lo pareció en ese momento, pero pronto dejé de salir de casa casi por completo, y luego, según se alargaba la situación, cada vez tenía menos necesidad de salir de mi cuarto. Notaba los ojos nublados; cada parte de mi cuerpo me parecía ajena, como si las manos de otra persona estuvieran pegadas a mis brazos, y esa sensación alienante y extraña siguió acentuándose hasta que sentí que mi cerebro estaba en la cabeza equivocada. Incluso la piel de mi rostro parecía la de otra persona, como si me la hubiera podido arrancar sin que doliera, como cuando te quitas la cera de una vela que se ha enfriado en los dedos. Hiciera lo que hiciese, era como si estuviera usurpando mi propia vida.

Susy me pidió que la ayudara con uno de los deprimentes talleres artísticos que cada tanto organizaba en nuestra casa para personas que desbordaban sentimientos. Si alguien sujetaba una puerta abierta para mí, debía fingir cruzarla. Cuando contestaba al teléfono, tenía que pensar en cómo hacer que mi voz sonara como recordaba que lo hacía antes de que esa sensación me invadiera.

Silvia estaba convencida de que era el resultado de pasar demasiado tiempo en internet, desgastando mi memoria y mi cerebro. Había leído muchos artículos sobre chicos a los que les había ocurrido lo mismo, aunque sobre todo en Corea del Sur y Taiwán, y decía que yo debería estar fuera

haciendo cosas, conociendo a gente y manteniéndome activa. Le respondí que no tenía energías, pero no le dije que tampoco tenía amigos con quienes pudiera quedar en la vida real. Casi todos mis amigos estaban detrás de la pantalla, dispersos alrededor del mundo, gracias a que había estado inscrita en una escuela para niños con padres que siempre estaban mudándose. Silvia me enviaba todo tipo de recortes para ayudarme con mi ansiedad, o al menos con la sensación de ser única. Subrayaba algunas de las palabras que escribía a máquina con una pluma: *estrés, disminución de la población, recesión, mercado inmobiliario*. A veces sugería que podría estar deprimida por la ansiedad provocada por mis ambiciones después de graduarme. En un esfuerzo por inspirarme, me envió cuestionarios, diagramas de flujo, pruebas de personalidad que se suponía que me ayudarían a descifrar lo que debía hacer con mis incontables días.

No podía resolver los diagramas de flujo. No podía avanzar. Me asomaba y me retiraba de la primera pregunta como un perro atrapado en lo alto de una escalera. No podía pensar más allá de lo que haría la hora siguiente. La única dirección en la que podía moverme parecía que era el pasado. Cuando, por el contrario, pensaba en el futuro, sentía que me hacía más pequeña. Silvia escribió:

Consigue un trabajo, cualquiera. Sólo para que tengas un poco de dignidad. O, mejor aún, ven; para eso no se requiere dignidad.

No podía ir a ningún sitio, le aseguré. Es posible que tuviera síndrome de enclaustramiento. Podía haber sufrido un derrame. Me acostaba en mi viejo cuarto mientras mi madre hacía unos ruidos alarmantes en el desván. Pero la sabiduría de lo que me aconsejó Silvia empezó a hacerse evidente en mi cabeza y, tras investigar un poco, encontré la manera de ganar pequeñas cantidades de dinero sin moverme de la cama: escribiendo contenidos de marketing para una empresa que fabricaba juguetes para diagnosticar a niños con autismo. Usaba el dinero para comprar décimos de lotería y jugar al

póquer en línea; pasaba horas eligiendo los números para la primera, hasta que el sistema me echaba. Apostar era tal vez la más sana de mis actividades. Una mañana abrí el enlace de un correo de una chica llamada Miki, quien en el asunto decía que quería ser mi amiga especial. Nada me pareció particularmente extraño, hasta que hice clic en el enlace.

Como nunca había visto pornografía de ningún tipo, pronto me puse al corriente de todo lo que me había perdido. Me gustaban las escenas con chicas asiáticas y una actriz en particular: se llamaba Maria Ozawa y era mitad japonesa y mitad francocanadiense. Hacía películas para una compañía japonesa llamada Attackers. No es que me hubiera puesto a buscar vídeos con violaciones simuladas, tortura y sadomasoquismo, pero ésas eran las películas que protagonizaba la actriz que más me gustaba.

Durante ese período de pornografía / apuestas / autismo, el miedo a ser infértil se instaló en mí. Aunque nunca había considerado la idea de tener hijos, por alguna razón decidí que no podía hacerlo, y eso se convirtió en un símbolo de mi total inutilidad y distanciamiento de la sociedad común. Recuerdo que me llegó por primera vez mientras escuchaba, en sueños, un programa de radio que sonaba desde el cuarto de Susy y en el que se anunció que un águila pescadora llamada *Princesa* había batido su propio récord: puso el huevo número 69 a la edad de veintinueve años y voló a Sudáfrica de ida y vuelta para hacerlo. Los ornitólogos observaron que su comportamiento había cambiado en mitad de la noche, y cientos de personas de todo el mundo vieron la emisión en vivo *online* de cómo ponía el huevo. Para ese momento yo ya estaba completamente despierta; tenía frío y sudaba. Mientras escuchaba desde la cama cómo alababan los ornitólogos el logro de *Princesa*, decidí hacer un diagnóstico en mi teléfono para períodos un poco irregulares: determiné que tenía ovarios poliquísticos y esterilidad total. Mi linaje, dondequiera que hubiera empezado, terminaría conmigo. Pasaron una grabación de la gente aclamando mientras *Princesa* se levantaba para revelar el huevo. Yo sólo tenía veintidós años, pero sentía que ya era un fracaso.

En ese momento, mi correspondencia con Silvia estaba en pausa, o al menos lo estaban mis respuestas. Como de costumbre, sus cartas intentaban provocarme comparando mi indulgente malestar posgraduación con el de Mark después de la cancelación del SCS, y me daba consejos acerca de cómo superarlo.

Deberías levantarte todos los días a la misma hora, comer aguacates y visitar sitios de interés histórico. Deberías jugar con animales y ampliar tus colecciones (¿no me contaste que tenías algunas?). Deberías buscar un trabajo de verdad y dar largos paseos. Deberías limitar el tiempo que pasas en internet y, en cambio, leer y escribir. ¿De qué sirve tu título si no es para eso? Deberías, además, cariño, VENIR A NUEVA YORK. Es muy sano estar en un lugar en el que la vista cambia todo el tiempo sin tener que moverte. Ven y huele el aire.

«Moverte» estaba subrayado con pluma roja.

El cáncer invadía cada parte de su cuerpo. Después me dijo que la insistencia en invitarme era más por su bien que por el mío. Al final, gané una pequeña parte del dinero para el vuelo con mi trabajo en internet y ella pagó el resto. Pensaba que intentar sufragar al menos una parte del pasaje fortalecería mi carácter. Después lo recordé y me sentí culpable al ver una inscripción en un edificio junto al que pasé de camino a visitar a Silvia en la residencia a la que la habían trasladado, en Amsterdam Avenue:

EL HÁBITO DE AHORRAR DINERO, SI BIEN ENDURECE, TAMBIÉN ILUMINA LAS ENERGÍAS. SI ESTÁS SEGURO DE QUE HAS COMENZADO CON BUEN PIE, EMPIEZA A AHORRAR.

Al final, supongo que eso fue lo que me atrajo: la idea de un nuevo comienzo bien hecho. Aunque Silvia se ofreció a ayudarme a entender por lo menos una parte de mis orígenes (no los de mis padres biológicos, que estaban completamente borrados salvo por los papeles de adopción

extraviados), quería construir —mitad reconstrucción, mitad diseño mío— una versión que fuera mía por completo.

Cuando la confirmación del billete de avión llegó a mi buzón de entrada, levanté los puños al aire, di tumbos para bajar la escalera con la poca fuerza de mis arruinadas piernas y le anuncié a Susy que me iba a Nueva York. La mandíbula se le abrió de repente. A buscar a mis verdaderos padres, agregué. Decidí que no me importaba lo que era real y lo que no porque a ella parecía traerle sin cuidado. En las semanas previas a mi partida, cuando vio que no iba a cambiar mis planes, empezó a repetirme, en cambio, que debía apurarme e irme, como si hubiera sido ella quien lo hubiese planeado todo desde el principio. No obstante, me miraba cada tanto, como si estuviera un poco asustada e incluso impresionada. Al final me llevó al aeropuerto y se pasó todo el camino diciendo que la alegraba que por fin la hubiera escuchado y hubiera comprado un pasaje. Me senté en silencio en el asiento del acompañante, despidiéndome de todo a través de la ventanilla. Me sentía bien, aunque extraña, por estar fuera de la casa. En el horizonte había una pesada nube azul con una delgada línea blanca, así que el cielo se veía muy bajo. A su sombra, el Viejo Mundo se iba al olvido; eran lugares que conocía desde siempre, aunque empezaba a sentir que el paisaje me resultaba ajeno. Parecía ya un recuerdo. Casas de estilo Tudor, cochecitos pintorescos, un hombre blanco que cavaba en un campo junto a un tractor estacionado y, a su lado, un labrador dorado, dos personas —un hombre y una mujer blancos— con pantalones blancos y chaquetas de color café cruzando las vías del tren, una bandada de pavos rojos y blancos corriendo por delante de una gasolinera roja y blanca, un jardín arruinado, un anciano blanco en bicicleta sobre un campo ocre portando una gorra de caza roja, y un joven blanco con una sudadera del FBI vendiendo fruta junto al camino. Los vi, a aquellos pequeños ingleses, como si fueran gente de otra época. Cuando por fin logré ver el aeropuerto, por primera vez comencé a sentir que todo estaba ocurriendo de veras. Me enderecé en el asiento al descubrir los letreros

debajo de los puentes blancos de la autopista, hundiéndose como lomos de ballenas bajo el cielo gris.

Mientras esperaba para subir al avión, conté las horas que tenía por delante sin conexión a internet. Silvia me había enviado un libro sobre Nueva York, un ensayo largo que ella adoraba y que planeaba leer durante el viaje. El ensayo parecía ser de hacía mucho tiempo, pero la autora también decía que era la labor del lector —o sea, de una lectora futura como yo— ponerse al día de la ciudad.

«Cuando en Manhattan un joven le escribe una carta a su chica, que está en Brooklyn —leí mientras sostenía el libro cerca de mi rostro bajo mi solitaria luz—, el mensaje de amor le llega a través de un tubo neumático: ¡pffft!, y listo.»

La primera mañana que pasé en casa de Silvia, como la mayoría de las mañanas antes de hacer la transición a la franja horaria del este, fue devastadora. Me desperté con la sensación de estar flotando, levitando entre el sofá y un triángulo rosa de luz que se deslizaba por la curva de mi frente, mis ojos y mi pecho mientras yo me mantenía inmóvil, pensando. Pensaba, sobre todo, en el rosa, en el impactante color que estaba por todas partes. Jamás me había despertado tan alerta ni tan temprano con tanta naturalidad, ni sin nada que ocultara la luz del amanecer. Parecía como si una hora y un color hubieran estado ausentes toda mi vida.

Fui a por mi diario —de nuevo, como cuando estaba en el Van Wyck Expressway, con la intención de anotar la naturaleza de la luz en lugar de cualquier otro sentimiento más concreto—, pero cuando regresé al pasillo donde había dejado mi maleta sin deshacer, el color ya comenzaba a disolverse.

Cuando Silvia por fin apareció para recoger los periódicos de la puerta principal, se veía más como deseaba que se viera y no como la fantasmagórica presencia que se había manifestado ante mí durante la noche. Se veía limpia y con los ojos abiertos y brillantes, con el cabello mojado y enroscado en unos rulos. Abrió y cerró la puerta con rapidez y sujetó los periódicos en el huesudo pliegue de su brazo. Oí el sonido ahogado del ladrido de un perro. Me desagradaban los perros, y el desagrado solía ser mutuo. Silvia me dio la impresión de ser un tronco apoyado sobre unas piernas minúsculas. Durante el resto del tiempo que la conocí, usó de forma casi exclusiva el mismo pijama rosa y unas zapatillas de piel de oveja. El

único momento en el que cambiaba su atuendo era para ir al médico, cuando agregaba bufandas y abrigos sin importar el tiempo que hiciera. Su cabello era blanco y corto, y recuerdo haberlo tenido después en mis manos, cuando estábamos en el hospital. Cuando no estaba mojado y aplastado contra su cabeza, era muy suave, como el lóbulo de una oreja. Luego, las cejas: ya no tenía, pero en su lugar había unos delicados pliegues donde solían estar. Decía que no necesitaba cejas porque ya nada la sorprendía. Debajo estaban sus señoriales manchas hepáticas y sus calmados y omniscientes ojos. Incluso sus labios eran una línea, suave como un sobre, con una parte más pálida debajo de donde las encías inferiores presionaban la piel de su barbilla desde el interior de su boca.

De inmediato, surgieron preguntas urgentes, todas las cuales parecían demasiado complejas para articularlas, excepto una:

—¿Cuál es la clave del wifi?

—Ni idea —contestó mientras se enfrascaba en la lucha con una sola mano contra la goma que rodeaba los periódicos—. Perdón por lo de anoche, mi medicación es muy fuerte. Sí deberías estar aquí. Pensé que era mañana o ayer, y me confundí sobre el día de mi operación cuando reservé tu vuelo.

Su voz era frágil. Me levanté.

—No, para nada. Disculpa por... por haber venido sin avisar. No tenía un número al que llamar, y los porteros me dijeron que subiera.

—Ah, sí. Saben quién eres. Son chicos muy serviciales. Siempre los llamo para que suban a ayudarme con cosas.

Comencé a hablar, pero se escabulló y la conversación terminó.

Después me di cuenta de que el trato de Silvia era diferente del de sus cartas, al menos en un principio, porque le costaba trabajo hablar y solía estar muy sedada. Deseaba comunicarse conmigo sólo cuando le resultaba conveniente, cuando no estaba haciendo algo más —leyendo, por lo general—, cuando tenía algo particular que decir, cuando se sentía bien y cuando sus

cuerdas vocales estaban bien lubricadas. Esas condiciones no se dieron todas al mismo tiempo durante un buen rato.

Parecía que Silvia estaba instalada en su estudio con los periódicos, así que me dirigí a la ventana. El East River no se veía, pero podías percibir la luz que se reflejaba en el agua y unos atisbos brillantes que se distinguían por las pequeñas grietas que se abrían entre los edificios. La vista de la ciudad era como la de una máquina cuyas partes y cuya importancia no era capaz de aislar. Después, cuando mis caminatas me enseñaron a moverme por la ciudad, sabía ubicarme cuando me detenía en ese mismo punto y miraba hacia abajo. Podía trazar una línea imaginaria hasta la casa de Mizuko, hasta Columbia y, en el extremo lejano de la universidad, hasta Claremont Avenue. Era una línea diagonal hacia atrás y en dirección al este que cruzaba Central Park; pronto pude agregar la casa de Nat Rooiakker, casi cruzando la calle del Museo Metropolitano. Después podría ir más lejos, imaginar lo que había detrás de mí, hacia atrás y pasando por el puente, donde pronto descubriría que vivía Dwight Nutt, en DUMBO.

Más o menos una hora después, Silvia salió de su estudio y me mostró el apartamento que yo ya conocía; me ofreció una seca guía sobre la recogida de la basura, el correo, la lavandería, un plato de porcelana donde se guardaban las propinas para los repartidores y el horario de la persona de la limpieza. También me dio una tarjeta de crédito con el pin escrito en un papelito, para «emergencias».

—No vas a necesitar una llave —me explicó—. Siempre dejo la puerta abierta y siempre estoy aquí; si no estoy, tú estarás conmigo.

Anoté una lista de tareas conforme me las dictaba. Mis principales obligaciones consistían en recibir y pagar entregas, llevarle recetas a Duane Reade, darle cuerda al reloj (que a ella le resultaba imposible dado su cada vez más inútil brazo), cortar pastillas, abrir botellas y frascos (como el de las gotas para los ojos) y otras actividades altamente satisfactorias, las cuales acepté con júbilo e intenté recrear cuando cuidé a Mizuko.

Mi primer compromiso oficial fue recibir una entrega de doce botellas de vodka de las grandes, no de las de miniatura. Se me encomendó liberarlas de sus inmensos paquetes y luego colocar seis, una junto a la otra, en el congelador. Lo hice con un alegre movimiento de brazos desde la caja hasta el frigorífico. Las seis botellas restantes quedaron de pie en la alacena. Una vez que completé esa tarea, Silvia me informó de que debía coger su monedero e ir a comprar una tetera nueva en Bed, Bath and Beyond y, de camino, o de vuelta, si lo prefería, debía presentarme a Donna y a Denise, unas gemelas idénticas cuarentonas que se turnaban para salir a fumar y trabajaban en la tienda de enfrente. Habían estado ayudándola, antes de que yo llegara, con los víveres. Dijo que podía dar un paseo, ir a por la tetera y pasar a saludar, en el orden que quisiera.

Voy a usar la palabra *elevator*, a la manera de Estados Unidos, en vez de decir *ascensor*, pues comencé a utilizarla allí para hacerme entender. La mujer que se subió al elevador en el piso veinte tenía muñones en lugar de dedos, yo no podía dejar de mirarlos, y más tarde no pude dejar de pensar en si debería haberme ofrecido a pulsar el botón o si eso habría sido aún peor. Los muñones se dirigieron hacia los botones dorados, dejando un tinte carnosos; me estremecí y ella lo notó. Tuve que recordar que en realidad estaba en un brillante mundo de comedia, que había un público cuya reacción podía ver. Me mordí el labio con fuerza a modo de castigo. La velocidad a la que bajaba el elevador me mareó. No comía desde el almuerzo del día anterior, cuando estaba demasiado ansiosa para comer algo, y sentí que me tambaleaba, la brisa de abril del exterior me movía más que cualquier sentido de la ubicación.

Caminar por las calles fue muy distinto de recorrerlas en el taxi desde el aeropuerto. La escala épica de los edificios me achicó, a la vez que hizo que algo creciera en mi interior. Comencé a sentirla, la primera manifestación de lo que se convertiría en mi poder especial, viajar orientándome con los dedos,

un cosquilleo gradual que se volvió cada vez más difícil de ignorar, hasta que me di cuenta de que había algo además de la sensación. Quise hacer una foto.

Me detuve en un banco y contemplé el lienzo en blanco de mi cuenta de Instagram. Tenía seis meses de vida, pero ninguna foto y sólo un puñado de seguidores a quienes no conocía y que, en su mayoría, parecían ser *bots* corporativos, pervertidos o estrellas porno. Hasta entonces sólo la había usado para seguir el progreso tras la facultad de personas a las que apenas conocía o nunca había conocido. También seguía a muchas mujeres hermosas en sus viajes personales, persiguiendo sus sueños con una determinación implacable que me dejaba exhausta. Fue una causa de tormento constante durante mi encierro. Ahora era diferente: quería que el mundo supiera que estaba allí, no yo, sino un ser construido con pedazos de Nueva York. Mi visión se enfocó en una ciudad hecha de pequeños cuadros. Comencé a devorarlos como si de palomitas se tratara.

Continúe mi caminata mientras agitaba los brazos, giraba el cuello en todas direcciones, tiraba de mi cabello y de mi ropa y deslizaba el dedo por las paredes. Silvia tenía razón: una especie de transfusión tenía lugar conforme el exterior entraba en mí. Era bueno estar en un sitio donde lo único que había que hacer era llegar, donde eso era lo único que se esperaba de ti. Mi primer paseo me llevó, sin tomar ninguna decisión perceptible salvo girar una vez a la izquierda y otra a la derecha, a la esquina de la 65 Este con Park Avenue. Me detuve de repente frente a una casa blanca cuya acera olía a ropa recién lavada. Parecía que mis pies, como si los controlaran a distancia, me habían hecho parar. Mi cerebro, que flotaba con calma como un dron, no había dado la orden y estaba sorprendido por la pausa. «Se acabó el paseo —dijeron mis pies—, hora de volver.» No quería dejar de caminar, de tocar cosas y de hacer fotos, pero sentí que Silvia me esperaba.

Un niño pequeño se detuvo frente a mí y se mordió el labio inferior mientras aguardaba a que alguien sacara algo del maletero de un coche. Lo miré fijamente, retomé el control de mis pies y luego de mi cuerpo, me

enderecé y contraje el estómago. Admiré su uniforme, que tenía un monograma, y me pregunté si sería un preescolar de la Escuela de Arte. Caí en la cuenta de que ya debían de ser las tres. Los niños caminaban en formación por la acera, todos con batas amarillas y agarrados de la mano como si fueran un autobús escolar humano. También los había mayores: tribus de niñas con partes del uniforme, rodilleras y coderas, cabellos recogidos en colas de caballo, mochilas de flores, mandarinas para después de clase, Converse de colores pastel, *brackets*. El cuidado con el que caminaban por la calle esos ángeles luminosos, la facilidad con que eran normales y buenos se posaba sobre ellos con un brillo saludable. Ninguno me resultaba familiar. Los observé con anhelo, preguntándome cuál de ellos sería yo si me hubiera quedado y hubiera crecido allí.

Por aquel entonces todo era hermoso. Había cornejos y flores que brillaban en las ramas negras. Ésa fue la primera fotografía que envié al mundo. A veces vuelvo a ella y veo cuántos cientos de semanas han pasado desde entonces y cómo han cambiado las cosas. Desde ese punto, desde esa rama con flores, me volví adicta a caminar por la ciudad, a documentarla, a desmenuzarla para poder retenerla. La exploraba sola, a pie, y a veces tomaba taxis cuando oscurecía y me sangraban los pies.

Mi soledad, como me habían prometido tanto Silvia como el libro que me regaló, dejó de parecerme una carga y se convirtió en un don. Conforme caminaba, mis pensamientos podían dejar mi cuerpo. No tenía más itinerario que los capullos que caían en las alcantarillas o aterrizaban en los brazos de los bancos. Todas las mañanas flotaba desde el Upper East Side y terminaba en el SoHo o en el ayuntamiento. Me gustaba deslizarme como un robot sobre el fondo del mar, de un punto a otro en la cuadrícula de la ciudad. Cuando llegaba a casa, rendida, me asomaba al estudio de Silvia y exclamaba triunfante: «¡Nueva York es el mejor lugar del mundo!».

Sin duda es el mejor lugar para caminar en el que he estado. No tienes que tener una idea de adónde vas: puedes avanzar sin ser consciente de nada más

que una vaga percepción del paso del tiempo que se extiende frente a ti. Así descubrí momentos de ligereza que me llevaron a sentir que mi cuerpo era cada vez menos material; lo opuesto de lo que me ocurrió en Inglaterra, donde todo era denso, una especie de máscara. Después de un tiempo, sentí como si pudiera flotar hacia arriba y hacia abajo. Cuando era más intenso, era como si sólo fuera un latido dentro de mi cerebro.

También puedes lidiar mejor con las cosas extrañas cuando estás en un viaje así. Desde luego, es más fácil enamorarse de un extraño. Puedes contestar a la pregunta «¿Qué tal, señorita?» de una manera que nunca podrías usar en Inglaterra si alguien te hiciera esa pregunta, cosa que nadie haría. Puedes entablar una conversación con una mujer con un elegante traje gris, aunque esté sentada en un banco pidiendo dinero. Cuando te des cuenta de que no llevas monedas, sólo billetes, es posible que junto a ella haya un alegre perro salchicha y un cochecito de bebé. No te dará vergüenza, sólo le darás los billetes. Puedes preguntarte con una diversión desapegada qué es un *philly cheese steak* y llegar a una conclusión equivocada basándote en el olor a salchicha de que en realidad proviene de otro carro, al que deberías haber ido. La gente hará comentarios sobre la lentitud con la que cuentas el dinero. No importa. Es novedad, bien podría ser otro idioma. Por la calle puedes pasar junto a un hombre que sostiene algo extraño y muy personal y desviar la mirada, porque parece como si lo hiciera a propósito para que la gente lo mirara. Puedes sentarte en un café en el centro mientras una familia se coge de las manos y reza en señal de agradecimiento porque alguien se ha graduado ese día, y puedes observarlos sin disimulo porque están muy concentrados en ello. En el Lower East Side puedes contar las cacaúas ornamentales de las ventanas polvorientas. En el Midtown puedes comprar medicamentos para las alergias estacionales porque acabas de ver un anuncio que habla de ellas. Puedes hacer lo que quieras, incluso volverte loca, pues a nadie le importa un carajo.

6

Japón es todo lo contrario. Como todo el mundo sabe, es un lugar en el que la atención al detalle es muy importante. Ésa es la raíz de todos los demás impresionantes estereotipos nacionales sobre los japoneses: ser amables y respetar a los desconocidos y su espacio personal, obedecer las reglas, mantener los espacios comunes en perfectas condiciones, cooperar. Al fin regresé a Japón unas cuantas semanas, como parte de mi año sabático antes de la universidad, para ver el verdadero Japón en el que se basaba la miniatura que mi madre guardaba en el desván y coleccionar los sellos que después el funcionario de la aduana admiraría en Estados Unidos. Mientras esperaba mi maleta, unas negras y de ruedas circulaban como piezas idénticas de sushi en una cinta, todas perfectamente embaladas en un plástico brillante. También circulaban unas maletas falsas con preguntas retóricas escritas en ellas, y unas hipotéticas Persona A y Persona B podrían llegar a casa y darse cuenta de que tenían la maleta de otro; sus futuros cambiados, sus vidas unidas para siempre. Pensé en llevarme la maleta de otro sólo para hacer realidad la simulación.

Fuera, creí estar segura de que recordaba la cálida lluvia y, animada por ello, también me resultó familiar una mujer que me hizo una profunda reverencia. Siguió con su reverencia hasta que, según ella, yo dejé de mirar. Parecía grosero preguntarle si la conocía cuando estaba tan segura de que así era. Un hombre mayor con un elegante uniforme me ayudó con la maleta correcta, cubierta de adhesivos que arranqué hasta reducirlos a una pelusa blanca. Él también hizo una reverencia. Eso fue lo que más me gustó de Japón: todos aquellos tranquilizadores actos ceremoniosos y pequeños

rituales me hacían sentir como si ningún momento fuera demasiado pequeño para no guardarlo y atesorarlo. La camarera que limpió mi habitación incluso cogió una bolsa de plástico que pensaba tirar a la basura y la dobló formando un perfecto cuadrado.

Intento recordar cuando viví ahí de niña. Intento recordar el suelo moviéndose, pero ahora sé que estoy pensando en artículos de prensa y recortes del desván, o en las historias de Mizuko, así que sólo me permito una serie de nítidas imágenes mentales. En ellas, mi silueta variaba poco a poco y, como en un *flipbook*, cuanto más rápido pasaba por ellas, más parecía que yo estaba corriendo. Susy decía a veces que el terremoto ocurrió justo después, otras veces al mismo tiempo o justo antes de que Mark decidiese desaparecer. Al ser un desastre natural a nivel nacional, constituía un enorme y amplio velo con el que cubrir lo que fuera que sucediera entre ellos. Si no hubiese ocurrido, nadie habría tolerado durante tanto tiempo a la víctima en la que ella se convirtió. Habla de Mark constantemente, sin saber, o sin importarle, que al terminar una oración vuelva al principio. No acepta lo que fuera que pasara y, por ello, tiene el impulso de repetir sus historias, delante de mí o, aún mejor, de desconocidos cuya amable incredulidad le otorga una especie de confort temporal.

Aunque la ruptura final entre nosotras ocurrió cuando volví a Nueva York, mi viaje a Japón marcó la primera grieta. Incluso hubo un temblor justo cuando aterricé, uno pequeño. En general, siento que logré separar mis recuerdos y mi manera de ver las cosas de los suyos. Si alguna vez tengo la impresión de que nos empezamos a acercar o a alinear, debo quedarme muy quieta; cuando lo hago, siento que los pies se me hunden, como si subiera agua por las fallas del suelo. Experimento un repentino vacío en el estómago, una humedad en los dedos, el suelo cede debajo de mis pies mientras su visión se cuele en la mía. La sensación no es del todo desagradable. En Nueva York, algunas veces visité los lugares de los que Susy me habló —

siguiendo sus pasos como jugadas de ajedrez—, no tanto para saber más de ella como para que, de alguna manera, a mí también me hicieran crecer.

Aunque Susy no conocía mi verdadero itinerario (si hubiera sabido adónde iba estoy segura de que me habría quitado el pasaporte), mi año de viaje incluyó un *tour* turístico por Japón y, antes, unos cuantos días sola en Tokio. Llegué a mi hotel en un precioso taxi azul con un globo brillante encima, nublado con *kanjis* azul marino. Me quedaba claro que yo no encajaba allí. Cuando el taxi se detuvo en mitad del tráfico, la mujer mayor que viajaba en el de al lado, con unas grandes orejas que una mascarilla quirúrgica empujaba hacia delante, se me quedó mirando, sin parpadear, a través de la ventanilla. Frente a mi hotel había tres hombres cuyo trabajo consistía en pararse en el paso de peatones, haciendo que el tráfico se detuviera o avanzara, y que bajaban los brazos y me miraban cada vez que pasaba por allí.

Fuera de Tokio todo se volvió más pequeño y yo me sentí todavía más grande. Millones de luciérnagas y polillas flotaban y brillaban en la penumbra, burlándose de mi masa humana mientras caminaba en silencio detrás del grupo del *tour*. Tomamos un tren bala hasta un pueblo que se preparaba para celebrar el festival de Tsukimi, el festival de observación lunar basado en el relato popular de «El conejo en la Luna». Esa historia me impactó profundamente, a pesar de que, cuando el guía señaló la pareidolia que consiste en interpretar las manchas en la Luna como un conejo, yo parecía ser la única que no lograba verlo.

A algunas personas del pueblo parecía no importarles el festival y veían el fútbol por televisión. Los jugadores parecían puntos dispersos verde neón. Eran irreales, como los habrían visto el hombre que se quedó olvidado en la Luna y el conejo si estuvieran mirando desde arriba el campo iluminado. Una ocasional oleada de ruido y la vista de las pantallas, con un halo de parpadeos verdes cuando el guía prometió una auténtica experiencia de observación lunar, hizo que alguien de nuestro grupo se quejara de que no era «históricamente correcta». El hombre, que parecía creer que los elementos de

la leyenda tenían algún fundamento histórico, exigió que se lo llevara a algún lugar más histórico, así que fuimos a un templo en el que algunas personas, imitando el ejemplo de nuestro guía, rezaron a sus ancestros. Yo me quedé atrás y observé.

El hombre viajaba con su familia: una esposa y un hijo un poco mayor que yo. Había algo en ellos que me intrigaba, así que comencé a observarlos de manera exclusiva. La última noche vi al hijo solo y me acerqué a él.

—Soy Alice.

Mientras pronunciaba mi nombre me di cuenta de que estaba ebria. Se volvió para mirarme con una cara que mostraba que él también se había dado cuenta y respondió sin emoción o gesto alguno:

—Rupert.

No dijo nada más durante un rato, pero, ya que era la última noche del viaje y estábamos de vuelta en Tokio, en un buen hotel, insistí porque me sentía sola:

—De algún modo, éste es el borde de la ciudad.

—¿El borde de la ciudad? —preguntó, como si le alegrara hablar de algo que tuviera un parámetro, aunque Tokio se extendía mucho más allá de ese punto.

Asentí con firmeza y permití que hubiera una pausa para que pudiéramos contemplar la vista juntos y que él tuviera la oportunidad de añadir algo.

—Parece un collar —dijo cuando por fin habló, refiriéndose a las luces y a las calles.

Lo medité y estuve de acuerdo con que parecían rubíes o esmeraldas.

Después de un rato dejó de mirar y se fue sin decir palabra. Regresé a mi cuarto y pasé la noche reflexionando sobre si era posible que no te decepcionaran constantemente en la vida, si alguna vez valdría la pena encadenar mi felicidad a otra persona cuando todo lo que parecían hacer los demás era desaparecer. Tokio era un lugar en el que podías existir sola siendo

bastante feliz y manteniéndote entera. Parecía una promesa de que era mejor estar sola.

Cuando regresé de ese viaje me volví insoportable. Seguía a Susy por toda la casa, leyendo *koans* en voz baja para molestarla, para que de repente se volviera y preguntara:

—¿Qué?

Y yo sonriera y contestara:

—Nada.

Me proporcionaba un gran placer haberle ocultado mi viaje. Cuando entré en la universidad, en el otoño de 2010, no hice ningún esfuerzo por esconder mi obsesión. En todo caso, la exageré. Dormía en un colchón en el suelo, tenía una hilera de rocas y ramas que representaban todo el universo más allá de mi puerta, sólo bebía té verde o té de arroz integral mientras devoraba libros de historia y cultura japonesa. Comía comida japonesa y nada más, sólo hablaba de filósofos japoneses y leía únicamente literatura japonesa que, en su mayor parte, compraba traducida, pero también, como *souvenirs*, en japonés. A la gente que me preguntaba le contestaba que había vivido allí más tiempo del que en realidad lo había hecho. Inventé, sin duda, otras cosas más, pero no las recuerdo. Después de la reacción en cadena que ocasionaron el terremoto, el tsunami y el desastre nuclear, hablé de ello como si fuera una autoridad.

En el segundo trimestre de mi primer año, mientras veía la cobertura del tsunami de 2011 en el área de estudiantes de mi escuela (un misterioso letrado sobre la puerta decía que era una sala multimedia, aunque sólo había un televisor), volví a ver a Rupert; Rupert, quien, en un futuro no muy lejano, sería el novio de Mizuko. Desmintió algunas de las cosas que yo decía sobre la cultura japonesa. La gente me miró y luego se volvió para mirarlo a él, dos samuráis enemigos. Entonces (primero yo y después él) nos reconocimos de aquella conversación que habíamos mantenido hacía un año mientras contemplábamos Tokio.

Rupert Hunter era el eterno estudiante. No estoy segura de qué edad tenía entonces; ni siquiera estaba en Facebook. Creo que hacía su segundo máster, y sospecho que debía de estar escribiendo algo sobre las máscaras en África, algo antropológico con la palabra *cultura* metida en alguna parte. Su ídolo era Bruce Chatwin, y luego Mizuko me contó que había pasado un tiempo con el pueblo baoulé en Costa de Marfil. No nos hicimos amigos. Me dio la sensación de que, además de ser retraído, yo no le caía bien, y rara vez nos encontrábamos. Cuando lo hacíamos, fingía no verme; incluso cuando nos topábamos en un pasillo estrecho fingía comprobar su reloj, con calma, sin dar crédito, y, después, hacer un misterioso cálculo que requería de toda su concentración.

Sin duda, las probabilidades de que tanto Mizuko como su novio cayeran en un coma temporal con sólo unos años de diferencia parecerían mínimas, pero eso fue lo que sucedió. No puedo imaginar muchas cosas peores que despertar de un coma. Me deprimó al levantarme y encontrar evidencias de que los demás llevan ya un rato despiertos. Cada vez que despertaba y veía que Mizuko ya no estaba en su lado de la cama, me quedaba acostada durante unos instantes, sintiendo como si me hubieran sacado el aire, antes de levantarme de un brinco y comprobar si seguía en algún lugar del apartamento. Donde fuera que estuviera, intentaba asegurarme de que yo era la última en irme a dormir y la primera en despertar.

A mediados de mi segundo año corrió el rumor de que el esquivo Rupert Hunter había desaparecido. Pasó algún tiempo antes de que una persona que de por sí era solitaria, que estaba inscrita en un esotérico programa de posgrado en el que el trabajo de campo en el extranjero era habitual y cuyos intereses calificaban como oscuros, fuera señalada por sus egocéntricos compañeros como desaparecida. Yo sí me di cuenta y les pregunté a los porteros si sabían algo de él. Uno de ellos, a quien el otro reprendió de inmediato, me reveló que Rupert había afirmado que se iba un año de intercambio a Senegal, pero que, tan sólo momentos después de enviarles un

mensaje a sus padres sobre el lago Rosa —un hermoso lago del color de un batido de fresa de aquel país—, lo atropellaron mientras circulaba con su bicicleta a tres calles de la escuela, y su padre —aquel que quería que todo fuera históricamente correcto— se alojaba ahora en su habitación. Se había puesto a investigar mientras su hijo estaba inconsciente y había descubierto que Rupert había estado viviendo en una autocaravana durante todo el trimestre mientras aprendía a tocar la kora, un arpa de África occidental, y había subrayado en rosa cada renglón de Utz.

La única razón por la que pude dormir con —léase: «en la misma cama que»— Mizuko después de conocerla fue gracias a Rupert Hunter.

—¿Estás seguro de que no quieres ir? —le pregunté.

Mizuko tenía dos entradas para una conferencia en Columbia. Reservaba una de ellas para Rupert, quien, desde la última vez que lo había visto en la universidad, antes de su accidente de bicicleta, parecía haber dejado Inglaterra para siempre, se había trasladado a Columbia para cursar unos misteriosos estudios y se había convertido en la pasión absorbente de Mizuko y en su neurosis central. Aunque representaba un obstáculo concreto, sin él nunca habría tenido el valor de acercarme a ella en la vida real.

—Por supuesto —respondió—. Tengo millones de cosas que hacer.

—¿Y no quieres dársela a otra persona? —insistí, mirando a Mizuko e intentando parecer despreocupada mientras, al mismo tiempo, trataba de impedir que le diera la entrada a nadie más—. Yo, obviamente, quiero ir: intenté conseguir una —mentí—, pero están agotadas.

La conferencia era un evento de la Sociedad Japonesa de Columbia. Vi su tablón de anuncios durante uno de mis paseos de la tarde por el campus y encontré los carteles de las conferencias ahí. Había una titulada «Vacaciones sagradas y filetes *kobe*», o algo así.

—Parece muy interesante —dije, tratando de disimular el tono de desesperación en mi voz.

Intenté recordar lo que había visto en aquel tablón de anuncios, pero sólo podía pensar en palabras relacionadas con la carne.

—Le hincó el diente hace poco. —Entonces, de la nada, me iluminé—:

Estuve leyéndolo todo sobre la Revolución bovina.

Rupert se volvió para mirarme con extrañeza.

Hincar el diente era una frase que yo nunca había empleado y, por sus expresiones, decidí no volver a usarla más. Tuve la misma sensación que tenía cada vez que me encontraba con Rupert en la universidad y él evitaba mi mirada, pero peor, porque ella también estaba ahí.

—La revolución ¿qué? —preguntó Rupert con incredulidad.

—Bo-vi-na —repetí.

—La conferencia a la que va ella es sobre el Holocausto —me corrigió mientras miraba hacia la puerta por encima del hombro.

Me quedé helada. Ésa era otra conferencia, la que estaba anunciada en el otro tablón, unos metros más allá; lo había olvidado. A Mizuko parecía incomodarle el silencio.

—¿Estamos hablando del mismo tablón de anuncios? —quise averiguar.

—Estaba en el de Donald Keene —intervino Mizuko—, no en el del Instituto de Iniciativas de Herencia Cultural Japonesa. Quizá estés confundiéndolos.

—Oh —exclamé mientras tensaba los puños bajo la mesa—. Es probable.

—También quiero ir a la conferencia sobre Takuboku —añadió con calidez.

Sin duda ella creía que yo era más cercana a Rupert de lo que en realidad era, impresión que yo había intentado generar en cuanto me había sentado.

—Había que inscribirse, y el registro ya ha cerrado —intervino Rupert.

—Oh, no —me lamenté sin saber qué era Takuboku, pero decidida a mantenerlo en secreto.

—No importa —dijo Mizuko—, empieza a las cuatro en Kent Hall, dentro de diez minutos. ¿Vamos para allá?

Sentí que el aire caliente de la cafetería serpenteaba por mis pulmones y mi estómago. Era la clase de emoción nerviosa que a veces hace que se me escape un gas, así que apreté el cuerpo y le sonreí.

—Genial.

Dirigí una radiante sonrisa a Rupert. Era una sonrisa un tanto falsa —un poco fanfarrona, un poco menos cálida— que esperaba que le transmitiera que le estaba «ganando en lo japonés» frente a su novia y en su huesuda cara. No olvidaba cómo me había humillado en público con la cobertura del tsunami de fondo. Ésta sería mi venganza.

—No te preocupes, Ru —le consoló Mizuko—. Hay otra pronto y podremos ir juntos.

Abrió una página en su teléfono, lo cubrió con la mano para que el sol no le impidiera ver las palabras de la pantalla y leyó mecánicamente:

—«“Una reflexión crítica sobre el humanismo liberal en la transformación de Japón en un Estado-nación.” Katsuya Huirano, profesora asociada, Departamento de Historia, UCLA.» ¡Oh! Y aquí está a la que te referías. — Me miró y cayó en la cuenta, avergonzada, de que había olvidado mi nombre —. Más abajo. —Volvió a observar la pantalla—. «“De la vaca sagrada al filete *kobe*: la Revolución bovina de Japón.” Daniel Botsman, profesor de Estudios de Asia Oriental, Yale.»

Rupert resopló, se echó la mochila al hombro y metió su silla bajo la mesa.

—Tengo que irme.

—Claro —dijo Mizuko—. Te veo luego, amor. —Luego se volvió hacia mí, su nueva sombra—. ¿Lista?

En el camino, Mizuko me hizo una breve introducción: sería sobre un diplomático japonés que fue enviado a Lituania como cónsul. Dijo su nombre tan rápido y en voz tan baja que no alcancé a oírlo. Los visados que concedió salvaron a miles de judíos de los nazis, que, señalé para borrar algo de mi vergüenza, invadieron Lituania en 1941. Investigué esas cosas en mi teléfono mientras caminábamos tras activar por poco tiempo mis datos móviles y fingir que enviaba un mensaje.

De pronto, todo estaba saliendo mejor de lo que esperaba. No obstante, sentía que era una gran falta de respeto estar tan eufórica antes de una

conferencia impartida por el descendiente de un superviviente del Holocausto. Estaba segura de que después pagaría por ello de alguna manera, así que intenté morderme el interior de las mejillas cada vez que amenazaban con estallar en una sonrisa de lunática. Cuanto más mordía, más se ampliaba la sonrisa. De pronto, tuve que reír. Era como percartarte de que tienes que vomitar a chorro en un lugar público después de creer que lo tenías bajo control; tuve que desviarme del camino y sujetarme de una farola de estilo *Beaux Arts*; inclinándome sobre el césped, tuve arcadas y me reí como una loca.

—¿Estás bien? —preguntó Mizuko.

Solté un quejido suave, una serena expiación de la respiración tras el vómito, cuando la amenaza de una expulsión inminente amaina.

—Me encuentro mal —expliqué—. Estoy mareada. —Agité el brazo para que no se acercara—. Pero no voy a vomitar.

Mizuko aguardó en silencio. Me pregunté cómo proceder. Si estaba enferma, podía ser que no quisiera que la acompañara a la conferencia; en cualquier caso, ninguna persona cuerda querría ir encontrándose mal, sino que se marcharía a casa. Mi mente trabajó con rapidez, demasiada, en busca de una mentira adecuada. Levanté la cabeza y regresé al lugar en el que ella seguía parada.

—De hecho, estoy *embarazada* —dije con seriedad. No se podía discutir eso. Lo dije y por un momento me sentí mejor, como con el vómito, pero entonces, casi de inmediato, la siguiente oleada de complejidad que creé me hizo sentir verdaderamente enferma—. No lo voy a tener.

Sabía que Mizuko defendía el derecho a elegir. Había visto dos o tres fotografías cuyos pies de foto lo confirmaban.

—Oh, cielos —exclamó, y repitió su pregunta anterior en un tono más suave—: ¿Estás bien?

Su aparente preocupación —barbilla con hoyuelo y una ceja alzada— me puso en peligro inminente de sonreír de nuevo, por lo que me llevé las manos

a la cara para limpiarme las lágrimas, y ella apoyó las suyas con cuidado y amabilidad en mi espalda, como si al tocarme pudiera quemarse. Mi capacidad para mentir sobre la marcha me da muchos escalofríos, tantos como las veces que me saca de apuros.

En el interior del auditorio el aire acondicionado estaba al máximo. Era una sala con forma de huevo y brillantes paredes de madera, suelo encerado y un pequeño escenario ubicado en una de sus largas curvas. Me preocupaba que fuera demasiado grande e imponente para cumplir mi misión de crear intimidad, pero no era así. No parecía que el público fuera a participar, ni que todo el mundo fuera japonés, judío o parte de Columbia, lo que significaba que yo habría destacado. Unas seis o siete hileras de sillas estaban ocupadas por toda clase de personas de todas las edades. En la fila de atrás se sentaban estudiantes de todo tipo, que tecleaban con frenesí sobre unas brillantes pantallas que tenían en sus regazos.

Mizuko y yo nos acomodamos en los dos primeros asientos de la segunda fila. Intenté sonreírle de forma tranquilizadora. Tal vez tendría ese bebé hecho de risa y podríamos mudarnos a Tokio, criarlo y vestirlo con kimonos pequeños. Ella también colocó un aparato sobre su regazo. La pantalla estaba ligeramente cuarteada, a pesar de que tenía una funda protectora con un diseño de sandía rebanada. La había visto en muchas de las fotografías que se sacaba frente al espejo. Bajó la cabeza mientras tecleaba su código de desbloqueo, que, como había adivinado, era su año de nacimiento.

1 2

8 9

Tenía las uñas largas y limadas en picos demoníacos, y sólo las puntas estaban pintadas de rosa. Tenía que usar los dedos con cuidado y doblarlos de tal forma que únicamente las yemas tocaran la pantalla. Aun así, se oía un pequeño tic. Me sentía cómoda con ella, ya que no tenía que hablar, podía sentarme sin más y dirigirle miradas furtivas. Era como estar sentada junto a

una estrella de cine: una persona a quien sólo conocía por fotos en miniatura, y que ahora estaba junto a mí, tan llena de vida.

Un hombre delgado subió al escenario y puso algunas cosas sobre un pequeño atril; luego apareció otro hombre y encendió una pantalla que se proyectaba detrás de ellos. Mizuko levantó la mirada un momento al notar el cambio en la luz. Sobre el público, las luces disminuyeron y sentí que la dicha se expandía en mi pecho y circulaba por el resto de mi cuerpo, acumulándose en mis zapatos como charcos de mantequilla caliente a pesar del aire acondicionado. «Ésta —pensé— es la recompensa por hacer que las cosas sucedan en lugar de esperar a que sucedan.»

La conferencia en sí, por supuesto, fue un horror. El ponente nos mostró imágenes de unas mujeres judías en Lituania. También proyectó fotografías de unas mujeres desnudándose en un bosque antes de ser ejecutadas. La terminología nazi para *asesinadas*, nos dijo con una voz firme que hizo que Mizuko derramara algunas lágrimas y se las limpiara con delicadeza, era *liquidadas*. Yo lloré cuando describió las largas filas de judíos, a quienes, en una especie de farsa, se les permitía llevar algo de equipaje para crearles la ilusión de que simplemente iban a ser reubicados y que no los enviaban a morir. El presentador era descendiente de alguien a quien el diplomático japonés salvó. Desobedeciendo a sus superiores en Japón, el diplomático expidió miles de visados de salida. Durante julio y agosto, él y su esposa pasaron las noches en vela haciéndolos. El gobierno japonés cerró el consulado, pero incluso cuando el tren del diplomático estaba a punto de partir, siguió expidiendo visados desde su ventanilla abierta. Cuando el tren arrancó, lanzó su sello por la ventanilla para que las personas pudieran timbrarlos por sí mismas. El padre del orador por último se estableció en Estados Unidos, donde conoció a su esposa, que estaba entre el público.

Mizuko se inclinó hacia mí cuando él la señaló: estaba sentada en la fila de delante, justo a nuestra derecha.

—Tiene un perfil hermoso —susurró Mizuko con un aliento como de

leche tibia.

Asentí y mantuve la cabeza muy quieta para que también pudiera admirar *mi* perfil.

Ya que el diplomático había expedido los visados sin autorización, fue despedido sin escándalo y sin que le dieran razón alguna. Desempeñó varios trabajos, después se alejó por un tiempo de la luz pública y nunca habló de sus acciones, pero en 1968 un superviviente que se convirtió en diplomático israelí lo encontró. Su nombre era Sugihara. Mizuko, yo lo sabía, adoraba todas esas historias de personas que encuentran a otras.

La conferencia, se nos recordó, estaba siendo grabada. Cuando llegó la hora de las preguntas del público, levanté la mano primero, pues quería demostrarle a Mizuko que tenía tanto interés en el tema como en las reses, pero la bajé cuando un golpeteo en el pecho me indicó que no podría hablar sin que se me quebrara la voz. Mizuko, por el contrario, hizo una pregunta propia sin perder la compostura ni un poco. Con frecuencia escucho la conferencia en internet, y he llegado a amar al diplomático y el recuerdo de Mizuko y yo allí juntas, porque entonces todo parecía posible y nadie dijo casi ninguna mentira.

Cuando la escucho, recuerdo que quien hace la pregunta anterior a la de Mizuko es un estudiante de Derecho que dice su nombre al micrófono. No logro entender su apellido, pero tomo su nombre como una señal: Mark. Con una voz que se desliza, saltándose algunas palabras, Mark le pregunta al ponente cuál piensa que es el legado de Sugihara. Para entonces ya me había acostumbrado a la frontalidad desvergonzada de los estadounidenses. Tras una pausa, el conferenciante contesta que Sugihara le enseñó el poder que tiene un solo individuo.

—La mayoría de la gente —continúa— piensa que no tiene ningún impacto en los demás, pero tiene uno enorme, o puede tenerlo sin ni siquiera darse cuenta, incluso a lo largo de toda la vida de otra persona.

Cuando oí eso en aquel entonces, mis ojos se encendieron; deseaba que

Mizuko lo estuviera recibiendo con el mismo fervor que yo y aplicara cada palabra del orador a mi situación y, en específico, a la posibilidad de una relación entre nosotras.

Después hay una pequeña pausa mientras la persona que tiene el micrófono lo lleva hasta la zona del auditorio donde estamos nosotras. Ahí entra la voz de Mizuko, seguida de un pequeño golpe de su respiración sobre el micro, como un tren que llega al tope que está al final de las vías.

—Hola. Soy Mizuko Himura. —Su voz es delicada y confiada. En mi interior algo se estruja, noto un aliento fantasmal en mi nuca—. Doy clases de Escritura Creativa aquí. —La conjugación en presente hace que me retuerza—. Muchas gracias por un relato tan conmovedor sobre su familia y Sugihara. —Pronuncia el nombre con acento japonés. La ligereza de esa palabra, lanzada por el aire como si fuera un niño, hace que a continuación su inglés estadounidense suene como plomo—. Me preguntaba si podría iluminarnos acerca de cómo pudo lograr un acto de desobediencia tal, dado que en la cultura japonesa el respeto a los mayores es inquebrantable.

Su pregunta me pareció alucinante, aún hoy me lo parece.

Cada vez que la escucho repito la palabra *inquebrantable* una y otra vez en mi boca, como si hiciera rodar una uva intentando no romper la piel.

Me explicó después que era una pregunta que tenía preparada de antes y para la que ya tenía una respuesta, pero estaba interesada en conocer el punto de vista del conferenciante y, sobre todo, en hacer consciente al público no japonés de lo excepcionales que fueron las acciones de Sugihara. Su padre lo presionó para que fuera médico, pero él, que estaba interesado en otras culturas, quiso estudiar inglés. Su padre lo obligó a hacer el examen de admisión para la escuela de Medicina, pero Sugihara sólo escribió su nombre en la página. Su padre se puso furioso cuando se enteró y lo desheredó. Sabía que a ella también le encantaban las historias sobre esa clase de rebeldías. Entendía por qué le interesaba tanto aquella conferencia.

Después de que el público aplaudiera y los hombres bajaran del escenario,

salimos al calor de la mañana; el sol estaba bajo en el cielo, su luz se disparaba de un lado al otro de la isla, de este a oeste, y nos cegaba. Miramos nuestros pies mientras caminábamos. Los rayos resaltaban cada uno de los ladrillos y los hacían de un rojo más intenso. Nuestras sombras proyectaban de manera absurda una acción duplicada. Doblamos la esquina de un edificio para que Mizuko pudiera fumar protegida de los reflejos. Salimos a una plataforma sobre Broadway. Me dicen que cuando me concentro, por ejemplo, cuando miro algo y me olvido de mí misma, mi respiración se vuelve pesada. Es algo que me cuesta trabajo corregir. Había cuadros rojos y blancos bajo nuestros pies; ella se paró en uno rojo y yo, en uno blanco. Me asomé hacia el exterior rojo oscuro del Teachers College, y luego hacia delante, hacia las agujas de las iglesias, mientras Mizuko intentaba encender su cigarrillo. Era un lugar ventoso y éste se negaba a prender. La manera en que lo sostenía con la boca y sus pequeñas y puntiagudas uñas, que jugaban con el encendedor durante tanto tiempo, me hacían querer quitárselo de la boca y acercarme para besarla. Me pregunté, por la forma en que sentía mis pies, como si estuviera sobre una cama de agua y no sobre pavimento sólido, si estábamos paradas en el lugar donde Mark y Susy se besaron por primera vez. Esperaba que no.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó después de darse por vencida.

—Creo que tengo que descomprimirme —contesté, orgullosa de usar esa palabra. Y luego me inspiré en la conferencia para tomar la iniciativa—. ¿Quieres tomar algo?

—*Pues sí...* —fue su respuesta.

«PUES SÍ», pensé para mis adentros, escribiéndolo en letras bien grandes en el aire.

Mientras caminábamos por Broadway hacia un bar que propuso Mizuko, pasamos por una librería. Como sucedía con todas sus cosas favoritas, yo ya sabía cuáles eran y dónde estaban, así que lo dije primero:

—Ésta es mi librería favorita.

Frente a la tienda oímos un fragmento de una conversación entre una mujer mayor y una más joven que intentaba sacar un libro de un expositor rojo instalado fuera de la tienda.

—Conocí a alguien a quien le habría encantado, pero murió —le dijo la mayor a la más joven, que parecía avergonzada.

Presenciamos el intercambio de palabras y nos miramos, mientras suspirábamos para contener las risas. No era tan gracioso como nuestra risa sugería. Tal vez se debía a que ya habíamos dejado atrás el Holocausto. Pero creo que Mizuko fue consciente de que teníamos el mismo sentido del humor, así como el mismo gusto en cuanto a librerías, y el mismo oído para lo que nos parecía gracioso. Y nos fijábamos en cosas, o al menos yo lo hacía. Quería que fuera algo natural, nuestro encuentro y nuestra consiguiente amistad, como si todo hubiera ocurrido por casualidad.

Esa misma semana mi novio de aquel entonces me dijo que el amor era en realidad el sentimiento de los átomos de las estrellas que habían explotado y se habían reunido después de miles de millones de años.

—¿Quién dijo eso? —le pregunté inmediatamente, a sabiendas de que no lo había pensado él.

—Un físico —respondió tras una dolorosa pausa.

Había leído el último número de *The New Yorker* de principio a fin, ya que le gustaba poder adjudicarse las cosas. Me encontré pensando en ello de nuevo mientras caminaba con Mizuko, y ahora sabía que era cierto.

Después de comprobar algo en su teléfono, Mizuko cambió de opinión sobre el bar al que quería que fuéramos. De pronto, también sintió la urgencia de ir al aseo, así que paramos en un café llamado Nussbaum & Wu. La esperé fuera mientras preguntaba si podía usar el baño. Recuerdo que dudé sobre si debía quedarme, ya que nuestra cercanía se había roto. Parecía fácil ir del café húngaro al Holocausto y luego hasta allí, pero ahora ya no estaba, yo merodeaba por la acera y el flujo se rompió. Algo que era perfectamente aceptable *online* parecía incorrecto en ese contexto. Me imaginé que estaba

de pie en el baño, esperando, con el deseo de que me fuera. En ese mismo momento tal vez le estuviera escribiendo a Rupert algo como: «Tu amiga sigue aquí. Ayuda». Y luego me imaginé su respuesta, con una redacción de la que estaba más segura: «NO es mi amiga. Tú la invitaste. ¿Por qué tienes que ser tan amable con personas a las que ni siquiera conoces?».

En aquel entonces ya llevaba algunos meses en Nueva York, pero aún no estaba aclimatada por completo. O, al menos, afirmar que aún no me aclimataba era mi respuesta por defecto cuando alguien me preguntaba cómo me iba; era como responder que estás cansada, o estresada, o que tienes alguna molestia menor cuando no estás en una ciudad nueva. Mientras esperaba a que regresara, decidí que ésa no iba a ser mi respuesta por defecto, pero, para cuando volvió a salir, me puse tan nerviosa que no puede decir más que «Ah».

—Hola —dijo sin inmutarse.

Ella era toda gracia, lo que con frecuencia me salvaba; sin embargo, también me hacía sentir que la distancia moral, la distancia de los años de adultez civilizada que nos separaba, aumentaba todo el tiempo. Me hacía dudar de mis acciones, de la sabiduría de lo que hacía. Antes de que pudiera responder, su teléfono sonó. La sandía abierta salió a la vista. «Rupert», pensé, y empujé la lengua contra la parte de atrás de los dientes superiores.

No obstante, por la manera en que saludó a quien la llamaba, fue evidente que no era él. De hecho, fue aún más evidente que la llamada era sobre Rupert: una llamada que comenzó de manera abrupta con gran detalle auditivo, sin duda propiciado por un intercambio de mensajes previo que había tenido lugar en el baño mientras yo estaba en la acera dando vueltas y preguntándome si estaba bien seguir a la gente en la vida real. Rodeé el tubo de un andamio con aire vacilante mientras esperaba. Como no había señales de que la conversación fuera a terminar pronto, me balanceé alrededor del mismo. Cuando daba la vuelta hacia donde estaba Mizuko, alcanzaba a oír

sus palabras, y luego, al ir hacia el otro lado del tubo —cuando me alejaba de ella—, sólo oía el tráfico de la calle 113.

—Duerme mucho mejor conmigo, pero yo duermo peor porque me estresa que él no duerma lo suficiente... Mira, podría haber aceptado un trabajo como docente en Saskatoon. Se quedó aquí por mí... Mal... Mal desde que dejó de beber... Yo no tengo permitido estar en silencio. Pero él siempre está callado... Ahí está la línea... Ahí está la línea, y si la cruzas...

Di unas vueltas más alrededor del tubo antes de considerar que podía resultar muy molesta. Era el turno de Mizuko de guardar silencio mientras escuchaba a la persona al otro lado del teléfono. Sabía que era el tipo de llamada que tal vez no debería estar presenciando, pero ¿no era también de mala educación marcharme y dejarla sin una explicación y sin despedirme? Supuse que podía retirarme hacia la entrada de algún edificio a la vuelta de la esquina, pero, sin que mi presencia actuara como recordatorio, la llamada podría alargarse aún más. ¿Era de mala educación hacerle notar que seguía ahí? ¿Qué dictaba la etiqueta japonesa en esos casos?

—Los buenos ratos son realmente buenos... No, no puedo... Siempre insiste en venir, como si no quisiera que estuviera con nadie más, y luego siempre se echa para atrás... Estaba temblando en la mesa... Van dos días seguidos que se va de mal humor, pero apenas me quedan amigos de verdad... He regalado la entrada.

Me di cuenta de que Mizuko me estaba incluyendo de forma indirecta en la conversación, a pesar de que no revelaba mi presencia ni mencionaba mi nombre explícitamente. Fue un momento importante para mí, ser reconocida de manera tácita en una conversación con su amiga. Entonces ya era una persona real con efectos reales en su vida.

—Todo es sobre él, pero no puede comprometerse con nada. Ni siquiera puede comprometerse con un instrumento musical. Ya no aguanto más.

Intenté fingir que no estaba escuchando la conversación, aunque resultaba imposible, pues era bastante estimulante.

—Sí. Creo que es por su familia... Son ingleses... Ajá, muy estirados... Sí, creo que incluso tiene un título. Es como su hijo y heredero.

Di vueltas a sus palabras en la cabeza mientras fingía jugar con mi teléfono.

Fijo y hervidero.

Hilo y costurero.

Pijo y merendero.

—No siempre es así, pero me culpa por todo. Me culpa por toda la tensión. Pues es injusto, muy injusto.

Era el mismo *pues de antes*, me percaté de manera posesiva.

—No puede ser todo culpa mía. Estoy tan harta de que me culpe por todo, June... Ya no puedo más.

Tomé nota mental del nombre de June para buscarlo luego.

—No siempre soy fácil, pero nadie lo es. No quiero terminar con él, pero no puede decir que todos los problemas son míos y yo limitarme a tragármelo... No quiero dejarlo. La mayor parte del tiempo soy muy feliz.

Era el turno de June para hablar, pero sólo por un momento.

—Se levantó y se fue... Me encantaría que hubiera una tercera persona con nosotros, siento que me estoy volviendo loca.

Silencio impaciente mientras esperaba a que June terminara.

—Has tenido varias relaciones, sabes que eso no es cierto.

Comencé a escuchar con atención y a dejar de disimular. ¿Qué era lo que ya sabía June? No tenía ni idea de adónde me llevaba la conversación, pero parecía ser un túnel secreto hacia la mente de Mizuko.

—No es engañar... Ella me dijo que lo aceptara... Me dijo que no tengo ninguna enfermedad mental, que es cosa de dos... Claro que me lo diría, es lo que los jodidos terapeutas dicen... Exacto, es irrelevante... Pero estaba teniendo un ataque de pánico, un ataque de ansiedad. Le pasó dos veces en

París, una en el aeropuerto. Necesito lidiar mejor con eso... Puede culpar a la relación todo lo que quiera, pero él también tiene sus problemas.

Oscilaba entre defenderse y defender a Rupert, lo que me recordaba a mi madre.

—Está trabajando en ello... con neuróptica.

En ese momento, de pie en la calle, con el ruido del viento, los coches y los peatones, me pareció que decía *neuróptica*, pero cuando después lo busqué, el resultado más cercano fue Neuroptimal, lo que se definía como «una magnífica terapia con beneficios para pacientes en el espectro del autismo, TDAH, enfermedad de Lyme, depresión, ansiedad y trastornos alimentarios, por nombrar algunos». Parecía consistir en tumbarse en una silla cómoda con sensores en la cabeza y en los oídos y escuchar música mientras la «neurorretroalimentación» le proporcionaba al sistema nervioso central información instantánea sobre su actividad reciente y luego el cerebro usaba esos datos para mejorarse.

—Me he hartado de que todo gire en torno a él y sus sentimientos... Es el modo que tiene de decir las cosas. Si le propongo de quedar con alguien que es *mi* amigo, de inmediato se pone tenso y dice: «No quiero ninguna clase de presión este fin de semana»... Supongo que debo darle una oportunidad... ¡Joder! Me está llamando. ¿Debería contestar?

Mizuko miró el objeto que tenía en las manos por un instante, como si fuera June transformándose en Rupert.

—Hola, cariño. ¿Estás bien?... No, el *delicatessen* de Broadway... ¿Estás bien, amor?... Hablaba con June... Me preocupas. Siento que tienes ansiedad y quiero ayudarte.

Pausa larga.

Decidí hacerle una señal de que me iría caminando. Separé el dedo medio y el índice y formé dos piernas que se alternaban hacia delante y hacia atrás en dirección al metro. Mizuko parpadeó y levantó una mano para indicarme que esperara.

—No puede ser todo culpa mía, no es humanamente posible.

¿O quizá fue una señal de «Está bien. Adiós»?

—Lo entiendo, amor. Pero siento que tenemos que poder hablar como adultos y no me dejas... ¿Qué es lo que hago que está tan mal?... ¿Qué quieres que haga?... ¿Por qué no podemos encontrarnos a medio camino?

Busqué en su rostro algún indicio de que se refiriera a un encuentro metafórico o que, tras escuchar una conferencia sobre genocidio durante hora y media, esperarla mientras iba al baño y luego soportar con paciencia de santa dos llamadas telefónicas consecutivas durante quince minutos me iba a dejar para verse con él.

—A veces tengo la impresión de que no somos una pareja... Pero tú nunca respondes. Es como estar en una relación yo sola.

De nuevo, me conformé con dejar que la conversación siguiera su curso.

—Las parejas hacen cosas el uno por el otro sin que parezca un deber. Mira Andy y Sophie, él...

A Rupert no le importaba lo que hacían Andy y Sophie, pero yo decidí buscarlos después también a ellos.

—Eres el único... Tú...

«Para —le dije en mi cabeza—. P-A-R-A.»

Una fuerza divina e invisible escuchó mis pensamientos y los tradujo en sonido al activar la alarma de un coche. El penetrante e insistente ruido puso fin a la llamada.

Tiempo antes de conocernos, un amigo de Columbia le dio a Mizuko un libro que siempre tenía junto a su cama. Le gustaba cogerlo y leerme fragmentos. En general, decía que mi generación abusaba de internet. La suya lo hacía bien. También señalaba que el carbono que impulsaba nuestras vidas electrónicas estaba derritiendo los casquetes polares. Al derretirse, el hielo desataba la presión gravitacional y eso, decía el libro, significaba que el terremoto japonés de 2011 «no fue ninguna coincidencia». Había una foto de una solitaria casa japonesa flotando en el Pacífico, la misma que Mizuko me restregaba por la cara como si yo fuera la única responsable de la devastación.

Cuando nos conocimos, las dos estábamos «en línea» con frecuencia. De hecho, diría que yo me conectaba tan sólo porque ella ya lo estaba, y monitorizaba su actividad. Para ella internet era, básicamente, una herramienta de autopromoción de sus múltiples personalidades, mientras que para mí se convirtió en una herramienta diseñada con el único propósito de observarla. Fue la única manera en la que pude tener la valentía necesaria para acercarme a ella en la vida real tras examinar al detalle y de antemano el equivalente virtual de su ADN.

Todavía tengo un mapa de Google con los marcadores que ella colocó. Se los mandaba a todos los recién llegados, o a quienes visitaban Nueva York y le pedían recomendaciones porque no tenía tiempo de hacer una lista nueva para todo el mundo. Algunos de los marcadores se volvieron grises y ya no se puede hacer clic en ellos, pero aún se pueden leer sus anotaciones entusiastas:

¡Los lattes de leche de almendra son lo mejor!

¡El mejor helado vegano del mundo!

¡Pide el pan de cebolleta!

¡Compota y galletas de arándanos!

Una vez fuimos a un lugar de la lista y pidió una ensalada «Sadomaso» y un zumo natural llamado «Cachete». Guardé el tíquet porque pensé que debía de haber sucedido algo muy significativo en el desarrollo de nuestra amistad para que ella hiciera un pedido así. Otras cosas las guardaba indiscriminadamente porque no estaba segura de qué significaban, si es que significaban algo. Conservé restos de todos los retazos de tiempo y dinero que pasamos y gastamos juntas, desde recibos hasta tíquets de entrada, como si supiera que algún día tendrían que dar cuenta de lo que había sucedido en realidad.

Mizuko decía que ella y yo habíamos nacido en «lados opuestos de una fractura». Cuando decía esas cosas, sentía que trataba de crear una. Sin embargo, no quería alejarme demasiado. Creo que ella deseaba mantenerme al otro lado de esa línea invisible para que la observara, lo cual era bueno para su autoestima después de que Rupert pareciera haber perdido el interés o, como yo deseaba, para poder verme mientras la observaba. Era un objeto de su curiosidad. Solía preguntarme cosas como «¿No recuerdas las cadenas de mensajes? ¿Existían cuando eras niña? Supongo que no creciste en la vida real», y yo ni siquiera tenía que responder: ella ya había elaborado su juicio. Parecía obsesionada con mi generación. Impartió una clase sobre cómo *mi generación* era incapaz de lidiar con los libros tras ser reprogramada, y ahora sólo podía aprender mediante juegos. Esos pequeños idiotas, explicó, tenían que ser capaces de interactuar, adaptarse y adentrarse de alguna manera en todo; si no, para ellos no valía la pena aprender cosas.

—Yo soy una inmigrante digital —afirmaba con formalidad—. Tú eres una nativa digital.

Ese apelativo me volvía loca.

—¿Nativa digital? Yo no —replicaba.

Pero en realidad no lo decía, sólo lo pensaba y asentía porque aceptaba cualquier nombre que me pusiera y me convertía en lo que ella quería que fuera, aunque me doliese que me convirtiera en cualquier cosa que no se pareciera a ella. Aparte de eso, a lo sumo yo era una novata digital. No tenía ni idea de nada.

Ahora me aseguro de que todo lo que hago esté encriptado. También intenté educar a mi madre. Siempre está inventando preguntas de seguridad y contraseñas tontas con su nombre de soltera, o conectándose a redes públicas en cafeterías o siendo víctima de estafas de robo de identidad. Le advertí que tiene que pensar en el cifrado como en una carta sellada, marcada y guardada en un sobre, en lugar de una postal. Le pedí que imaginara que siempre que usa un navegador es como si estuviera caminando por una calle, y cualquiera puede verla. Susy necesita esas analogías con la vida real para entender. Yo adopté medidas más avanzadas para mantener privados mis asuntos privados. Mi principal herramienta es un sistema operativo llamado Tails, que me garantiza seguridad total, anonimato y amnesia.

Por aquel entonces, a pesar de la insistencia de Mizuko en la brecha digital, estaba segura de que su mente funcionaba como la mía. Sus pensamientos eran no lineales, como un enrejado, y eso la predisponía a distraerse. Se sumía en espirales en Wikipedia, y se perdía hasta tal punto que a veces tenía que desconectar el wifi o dejarle sus dispositivos electrónicos al portero. Le dije que quería ayudarla. Después de que la dieran de alta en el hospital, le anuncié que mi trabajo consistiría en ser la comadrona de su todavía inacabado libro, *Kegare*, la ayudaría con los recuerdos que había perdido en verano, limpiaría, haría las tareas domésticas, jugaría a las casitas mientras ella escribía la Gran Novela Japonesa-Americana. Al parecer, ese nivel de preocupación era una distracción en sí misma.

—Te conozco: estás ahí de pie buscando cosas que puedas cambiar de sitio —decía cuando percibía que estaba detrás de ella—. Eres como un

castor.

Que me conociera así de bien me daba la impresión de ser amada, pero luego me recordaba a mi casa y a mi madre, en quien no pensaba desde hacía meses.

Me perdí tanto en Mizuko, mi hermoso ser cuántico, que me olvidé de las muchas razones que me había dado Silvia para ir a Nueva York en un primer momento. Junto a mí hay tres cajones de plástico opaco que se montan uno sobre el otro para formar un mueble; el contenido, en su mayor parte recortes y cartas, era de Silvia. Bajo mi escritorio hay otra caja de plástico que contiene cosas que guardé durante mi estancia en Nueva York. Vivo con este museo en miniatura desde hace mucho tiempo, y estoy convencida de que lo correcto es convertirlo en algo más, algo ligero. Quiero que se vuelva tan ligero que se vaya flotando. Lo más pesado que hay ahí es un ejemplar de *La copa dorada*, de Henry James; era de Mizuko, el libro que usó para escribir su tesis de licenciatura en Yale. Cuando estaba en sus etapas más fatalistas, Mizuko solía decir que las novelas estaban muertas porque ahora tenemos internet allí adonde vayamos y podemos descubrir cualquier cosa que queramos saber, y eso mata una trama. Por eso sólo escribía sobre la vida real. En cierto sentido parece cierto; por otro lado, le aseguré, las historias deben ser más como el ajedrez: un juego de información perfecta en el que todas las jugadas que puedes hacer están ahí, frente a ti, pero el problema es averiguar qué sabe tu oponente y qué planea hacer.

La copa dorada tiene sus notas, que no dejan de ponerme feliz y triste al mismo tiempo: ver cómo trabajaba su mente, saber que pensaba en otras cosas y que la fascinaban otros temas antes de mi llegada. En la cubierta aparece una mujer con el cabello mal recogido, ataviada con un vestido verde, romántico aunque muy provocativo, y con unos guantes que le llegan hasta los codos. Junto a ella hay tres libros amarillos y un sombrero verde, y está sentada en un banco mirando al espectador con desdén. Entre las páginas sesenta y sesenta y uno todavía hay un pedazo de una hoja de rayas de un

cuaderno, con agujeros en el margen que fue arrancado de la espiral. En él hay una lista dividida en cuatro categorías: *comprar*, *conseguir*, *hacer*, *pagar*. Si leo el reverso de la hoja, donde volvió la página y dibujó un calendario que empieza en martes y termina en domingo, reconozco que la lista se relaciona con su cumpleaños número veintiuno. El miércoles tiene tres puntos, separados en la columna según la hora del día. Arriba dice «Regreso a NY», en medio «17.15 horas, depilación» y debajo el nombre de un chico que no reconozco. Al día siguiente hay un nombre que sí reconozco, porque conocí a su propietaria, una amiga de Yale de Mizuko. El viernes dice «16.00 horas, uñas» y, en el mismo nivel que los dos nombres que están en los campos de las dos tardes anteriores, hay otro nombre de chico que no reconozco, pero que no es el mismo que el del primer día.

El sábado hay una miríada de actividades aforísticas a las 13.30, las 15.30, las 17.00 (las misteriosas iniciales MD), las 18.00 y las 19.00 horas. A las 21.00 están los nombres de otros dos chicos (que no son los de los dos anteriores), quienes imagino que estuvieron a cargo de la música en la fiesta en dichos momentos, ya que después de ellos —a las 22.00— están los nombres de otros dos chicos, uno de los cuales reconozco: un DJ que todavía era su amigo cuando la conocí. Nunca lo vi en persona, sólo sé de él por haberla seguido. El domingo dice «Yale» cerca del mediodía. Hay algo en la lista que me afecta siempre: «Comprar: rollo para la cámara». *Siempre*.

Mizuko nació en 1982, lo que significa que cumplió veintiuno en 2003 — cuando yo tenía doce— y que usó una cámara de verdad para sacar fotos en su fiesta de cumpleaños. La respetaba: era una figura de autoridad, una guía..., pero a veces me preguntaba si lo que la atraía de mí era mi sangre joven. Me tranquilizaba saber que, a pesar de lo que pudiera ocurrir, los años de diferencia entre nosotras jamás se iban a reducir.

En la lista de compras también había papel de aluminio, cerillas, etiquetas, pegatinas, bengalas, rosas, galletas Satellite, plumas y zapatos no sé qué (una marca de zapatos, creo), que está tachado. En su lista de cosas por hacer hay

un ensayo de Emerson que me hace reevaluar algunas presuposiciones. Cuando la conocí parecía que lo sabía todo y podía citarlo todo, y no que tenía que esforzarse para memorizar algo. Busqué las galletas Satellite porque no sabía qué eran. Resulta que son el nombre de los Flying Saucers en Estados Unidos. Ver su letra me hace sentir como si estuviera tocándola por error en el brazo o en la espalda. Algunas de las notas en los márgenes de los libros están en japonés, y éstas me dan celos, como si la estuviera viendo sin tocarla, o como si la viera tocar a otra persona. Intento imaginarla escribiendo la lista y el calendario en el papel, todavía sin cumplir veintiuno, siendo más joven que yo, teniendo preocupaciones adolescentes, recién llegada de Japón, pero me parece imposible imaginar que alguna vez fue más joven que yo.

Antes de conocerla, vi las fotografías que había publicado en las redes de las copias originales de su fiesta de veintiún años, que debió de hacer con ese rollo que aparece en la lista. Se veía idéntica. Su cabello era igual de largo y oscuro, y caía recto desde una raya en medio de su cabeza. Sus cejas son lo único que la hacen parecer más joven: se las depilaba de más y no eran tan largas como el ancho de sus ojos, pero, de todas formas, como todo lo demás, poseían una simetría perfecta. En la foto tiene un dedo encima del labio y cerca del surco nasolabial —expresión que siento que aparecía demasiado en sus cuentos—, donde sé que a Rupert también le gustaba colocar el dedo. Su capacidad académica para encontrar las palabras exactas para las cosas se extendía a las partes del cuerpo y a su ausencia —como el surco nasolabial—, y Mizuko la valoraba mucho. Le dije que *nasolabial*, salvo que estuviera en boca de algún profesional de la salud, era el tipo de palabra pretenciosa que aparecía en los anuncios que usan historias de amor para vender planes de telefonía. Mi novio de aquel entonces hizo uno de esos anuncios, y se lo mostré como evidencia.

Cuando intento recordar cómo era sin la ayuda de fotografías, pienso primero en su silueta. A veces se recogía el oscuro cabello en dos moños, uno a cada lado de la cabeza. Siempre que trabajaba en su novela, comenzaba por

sentarse, pero pronto terminaba en cuclillas sobre la silla. Decía que prefería colocarse así, sobre las cosas en lugar de sentarse. De alguna manera, eso la hacía parecer incluso más bella: agazapada, más pequeña y más imposible. Otras veces usaba un solo moño; siempre un moño en la bañera. Su cabello tenía las puntas lisas y gruesas, como si acabara de cortárselo. Sabía que así era, y varias veces pasaba los dedos sobre la fotografía que se hizo en el salón de belleza.

De ahí, me muevo hacia dentro. Pienso en su hermosa ropa y en sus joyas. Tenía joyería muy simple y dorada, pero no se parecía a nada que hubiera visto en una tienda. Cuando le preguntaba por ella me decía que era *heredada*, como si fuera un tipo especial de carne o de leche, y me irritaba que Susy nunca me hubiera dado joyas así. Siempre usaba una cadena de oro con anillos. Cuando estaba cerca, tintineaba como un gato que acecha, así que, cada vez que oigo que un gato me sigue, mi estómago aún da un vuelco de alegría. De los dos anillos que colgaban de la cadena, el que tenía mayor valor sentimental era un anillo de bodas que perteneció a su abuela.

En nuestro primer encuentro, traía una blusa blanca y una falda pantalón negra, o quizá fue que ésta se veía tan corta sobre los muslos que di por sentado que llevaba *shorts* debajo, pero lo cierto es que ella estaba muy cómoda con su cuerpo de una manera que yo no conocía. Jamás se sujetaba la falda ante una ráfaga de viento, sino que dejaba que flotara a su alrededor como si nada. Tenía unas piernas cortas y esculturales. Aquella primera vez llevaba unos zuecos blancos de piel que, con su fealdad, hacían que sus piernas se vieran aún más elegantes. Llevaba también un abrigo largo y ligero de seda que colgaba del respaldo de su silla, y un bolso de piel negro sobre uno de los lados del abrigo. La ubiqué desde atrás. El abrigo estaba remangado. Eso acentuaba sus delgadas muñecas y sus dedos largos cuando se lo volvía a poner. Bajo la mesa, se quitó uno de los zuecos y tenía el otro con medio pie dentro y medio pie fuera, y entonces pude ver que tenía unos pies imposiblemente pequeños en la vida real. No parecían capaces de

soportar un cuerpo, y nunca la había visto caminar. Hasta ese momento sólo la conocía por su presencia estática en internet, o en vídeos en los que capturaba un leve movimiento que luego se repetía en bucle. Cuando fue al baño caminando entre las sillas y los clientes que se reclinaban en ellas, ajenos a sus maniobras, la escena adquiría una extrañeza conmovedora y profunda, como un bebé, o un veterano de guerra que se levanta de su silla de ruedas, o un ciervo sobre la nieve. Tal vez exagero. Quizá no lo sabía en ese momento, pero era impactante. Si nunca has visto un ciervo sobre la nieve, a lo que me refiero es a que se movía con precisión, pero como si pudiera saltar en cualquier otra dirección en cualquier momento.

El segundo de sus cuentos que leí —también sobre los orígenes— lo escribió justo después de su veintiún cumpleaños. Ése fue el día en que un transbordador espacial se desintegró mientras reentraba en la atmósfera sobre Texas y Luisiana, y murieron todos los astronautas que viajaban a bordo. Mizuko dijo que la fiesta se estropeó, pero al menos después logró sacar algo bueno de ello. Una pieza de aislante se rompió, golpeó una de las alas en el despegue e hizo un agujero. Cuando la nave entró en la atmósfera de la Tierra, se desintegró poco a poco. Algunos de los lugares en los que cayeron los restos fueron una universidad y varios casinos. En la búsqueda encontraron también «partes humanas, como un torso, un cráneo y un corazón». Algunos gusanos que vivían en cajas de Petri cerradas en un contenedor de aluminio «sobrevivieron al impacto con el suelo y fueron recuperados semanas después». Esto lo verifiqué en Wikipedia. Llevaban gusanos en la nave para investigar los efectos de la gravedad cero en los organismos. Además de los gusanos, también recuperaron información de un disco duro que contenía los resultados de un experimento sobre las propiedades de ciertos tipos de líquidos. Hay una propiedad particular en cosas como la lava, el ketchup, la nata montada, la sangre, la pintura y el esmalte de uñas, y es que fluyen de cierta manera. En este cuento —publicado por primera vez en una revista estudiantil de Yale—, Mizuko

escribió sobre cómo en ese cumpleaños más que en cualquier otro, por ser el número veintiuno, esperaba saber de su padre, por lo que su madre y ella mantuvieron una gran discusión telefónica entre Japón y Estados Unidos, y luego la nave se estrelló y sólo sobrevivieron unos gusanos en cajas de Petri. Mizuko me contó todo eso y luego dijo que debíamos escuchar a Kate Bush, como si ése fuera el siguiente paso lógico en una amistad entre chicas.

La desintegración de la nave en su cumpleaños había sido particularmente desafortunada porque la temática de su fiesta fue el espacio. Por eso tenía galletas Satellite en su lista de compras. En Wood Green, en el quiosco más cercano, no las tienen, pero sí las hay en un colmado que acaba de abrir en la calle principal y vende dulces clásicos, así que fui y compré una pequeña cubeta de plástico llena. Mi ritual más reciente es abrir la boca y colocar el círculo rosa pálido con delicadeza sobre mi lengua. Al principio no tiene sabor, como si fuera una hostia. Luego, según se asienta, empiezo a sentir cómo se pega. Lo dejo ahí, sin morderlo, esperando a que la saliva se acumule en mi boca y disuelva el papel de arroz. De pronto, todo se vuelve húmedo. La galleta se deshace y surge la textura polvosa del sorbete y un sabor que primero es dulce y luego agrio. Cuando trago, pienso en su letra delicada y sencilla, y en su pluma, que se desliza sobre el papel en la novela de Henry James.

Como en la novela, la propia Mizuko recibió una copa dorada. Sin embargo, en lugar de estar cubierta de oro para esconder que estaba cuarteada, la suya era un ejemplo del arte japonés de arreglar la alfarería rellenando las grietas con oro. La copa era propiedad de su familia. Durante mucho tiempo fue una copa de cerámica ordinaria, una pieza que era parte del *butsudan* familiar —el armario en miniatura especial o altar portátil que tienen los japoneses—, pero se rompió en el terremoto que ocurrió justo antes, durante o después de que Mark desapareciera. La abuela de Mizuko lo reparó con dicha técnica.

Mizuko me lo explicó así:

—En vez de que la rotura devaluara el tazón, su resiliencia lo hizo más valioso y lo llenó de un nuevo significado. Al romperse, se convirtió en un objeto vivo.

Le dije que eso era *hermoso*, y ella contestó que *por supuesto*. En resumen: mi apego hacia ella creció con sus fotografías, sus imágenes, sus frases y todas las cosas que publicaba en la red, no sólo por lo que eran y por la relación que tenían conmigo, sino también por la actitud, la manera de interpretar la vida que sugerían. La forma en que veía y hablaba de las cosas era justo como yo deseaba ver y hablar de ellas. Comencé a intentar mirar cosas normales y ordinarias como creía que ella las miraría para así intentar rehacerlas del mismo modo. Sí, en su mayoría las fotografías en las que aparecía ella eran las que lo lograban, pero también las fotografías de cosas. Transfiguraba marcas ordinarias sobre la acera en imágenes cautivadoras, por ejemplo. Podía hacer lo mismo con haces de luz, sombras sobre ladrillos, espuma, pies. Una vez le dije, con toda honestidad, ebria, que yo era una cosa ordinaria que había logrado transformar en algo más interesante al volverse para mirarme. En ese sentido, a veces es bueno parecer ordinaria, pues se es una tentación para aquellos que se enorgullecen de tener buen ojo.

Eso es lo que sé que es cierto. Aún no comprendo del todo por qué me eligió. Mi normalidad, mi juventud y mi interés por Japón ayudan a explicar que Mizuko se acercara a mí a pesar de la diferencia de edad, pero ella no decía esas cosas abiertamente. Lo único que dijo así lo sugiere. Recuerdo haberle enseñado un truco que aprendí sobre cómo descifrar cuál era tu propósito en la vida, una especie de diagrama.

—Ésta es la parte donde escribes lo que te hace especial, en esa intersección de los círculos, ahí.

—¿A mí?

—Bueno, ya hemos hecho el tuyo; ¿qué me hace especial a mí?

—¿A ti?

Lo pensó largo rato y se puso incómoda. Al final pareció que se le ocurría

una idea.

—Tienes el *Zeitgeist*.

Eso es lo único que todavía tengo escrito, sólo «el *Zeitgeist*».

Recuerdo que al final también hizo notar que me vestía como un personaje de una pintura flamenca, pero era demasiado tarde para ponerlo en el diagrama, y no era algo que hubiera llamado su atención cuando nos presentaron.

Todos los vestidos de Mizuko eran puritanos, monocromáticos. Por eso yo me vestía como en una pintura flamenca, aquella primera vez y todos los días posteriores, porque había estudiado sus fotos (algunas de las cuales eran de esas pinturas) y sus comentarios al pie: «Esto es todo».

Estoy a punto de dejar de intentar definir qué fue lo que vio en mí y, en vez de eso, trato de llegar a una conclusión respecto de qué me ocurrió como resultado de su leve interés. Antes incluso de que supiera que yo existía, me veía en ella, y siempre que hacía algo la veía en mi espejo retrovisor. Era como un mirón que provoca un nuevo accidente sin querer. Las cosas suelen suceder así, chocas con algo por tener la mirada fija en otra cosa. Kathleen Drew era una científica que investigaba las algas marinas, cuyo trabajo salvó por accidente a la población hambrienta de Japón. La idea de un algo invisible que permeaba el espacio e interactuaba con las partículas para dotarlas de masa fue en un principio considerada «sin una relevancia obvia para la física». Esta irrelevancia, claro está, fue descubierta luego como el campo de Higgs. No siempre sabes qué es lo que has encontrado.

Era como si hubiera abandonado una búsqueda e iniciado una nueva, pero la World Wide Web no se hubiera olvidado de la primera. Algún siniestro controlador entre bambalinas todavía recordaba que yo estaba en busca de una figura paterna. Al parecerle internet totalmente incomprensible, mi anfitriona me otorgó medios alternativos de investigación. Al tercer día, Silvia, quien aún no sentía la necesidad de interactuar conmigo más allá de saludarme y darme las buenas noches, me pidió que entrara en el cuarto lleno

de cajas y buscara los tres contenedores que ahora tengo bajo mis pies. Entonces guardaban las cosas de Mark, en su mayoría restos de su infancia, simpáticos recuerdos de la escuela y fragmentos de la vida de Silvia en álbumes y cartas dobladas, libros como *Teoría cuántica de campos*, *Relatividad especial*, *Simetría perfecta*, *El universo primitivo*, *La controversia Popper-Carnap*. Dijo que podía hurgar en ellos si quería, y supuse que era su manera de romper el hielo: dejarme saber cosas, como había prometido, sin decírmelas. Pero era palpable cuánto hielo había que romper y cuán poco cercana me sentía a ella una vez que llegué ahí.

Al empezar a buscar entre las cosas, no estaba lista para lo personales que eran en su mayoría. Me pregunté si así lo quiso Silvia, o si no les echaba un vistazo desde hacía tiempo. Intenté descifrar por qué quería que las tuviera, en especial cuando por lo menos la mitad de las cosas no tenían nada que ver con Mark. Dudé si era una prueba, como negarse a coger el último pedazo cuando el anfitrión te lo ofrece.

Podía oír sus resoplidos en el cuarto de al lado mientras hacía los ejercicios que le exigía la terapeuta, a quien hasta hacía poco Silvia aprobaba, pero que ese día la escandalizó al contarle que había conocido a su esposo por internet. Iba por el ejercicio número seis, la tensión de glúteos, y decía:

—Tenso, más tenso, lo más tenso posible. —Levantaba el coxis un poco del sofá, lo sostenía, se relajaba y repetía los movimientos.

Lo que sí leí entonces fueron los acalorados intercambios (por fax) entre Silvia y Susy, incluso aquéllos en los que Silvia le rogaba que me dejara visitarla, pero no me hicieron sentirme más cercana a ella, ni a Susy ni a Mark. La intimidad y las confesiones que contenían las cajas me provocaban cierta repulsión. Les puse la tapa como si fueran olores vergonzosos o secreciones corporales.

La mayor parte del tiempo Silvia y yo manteníamos nuestros espacios separados. Había días en los que lo único que podía hacer era quedarse dormida mientras estaba sentada, o recostarse sin dormir. No dormía en su

cama desde la muerte de Rex. Empezó a dormir en el sofá del estudio cuando él estaba muy enfermo y las enfermeras se mudaron al apartamento. Si regresaba a la habitación significaría que aceptaba una nueva normalidad. A veces pasaba de una estancia a otra y sentía algo, o que ese algo estaba descolocado. La vida que se movía en algún lugar. Luego se daba cuenta de que era yo, y se asomaba a preguntar por qué me quedaba en la casa en un día tan bonito. Así que no había ningún acercamiento explícito. Sin duda no el que esperas si te gustan películas como *Tú a Londres y yo a California* tanto como a Mizuko y a mí. La vimos juntas una vez; me atreví a decir que éramos como unas pequeñas Lindsay Lohan en la cabaña de aislamiento, a lo que respondió con una especie de gruñido.

Cuando Silvia sí hablaba, solía quedarse sin voz en mitad de la oración, momento que yo aprovechaba para sugerir que bajara la calefacción. Siempre se negaba. Estaba muy delgada y muy quieta, por lo que siempre tenía frío.

A causa del cáncer de garganta, Silvia decía que no sólo hablar, sino también comer y beber (bebidas sin alcohol) le resultaba muy difícil, así que no había planes para comer juntas ni para poder conocernos en ese contexto. La primera parte de mi viaje, por consiguiente, fue casi toda muda: nada salía de nuestros labios. Y el mutismo me perseguía, estuviera dentro o fuera del edificio. Tampoco comía mucho. En casa jamás tenía hambre. La calefacción, a pesar del incremento en la temperatura, siempre estaba al máximo, así que el aire se movía en trémulas oleadas. Mi estómago se encogía. El calor te secaba las palabras, aunque no tuvieras cáncer de garganta. Pero en el silencio crecía un entendimiento tácito entre nosotras. Aunque no estuviéramos emparentadas por sangre, creo que podíamos relacionarnos como seres solitarios.

Seguí esperando a que en algún momento Silvia me hablara de Mark directamente, pero al parecer sentía que ya me había dicho todo lo que tenía que decir en sus cartas o que no podía hacerlo en persona. Era tan diferente de la vida con Susy que al principio no lo entendía. ¿Cómo podía alguien

estar triste, profunda y permanentemente triste, como lo dejó claro en sus cartas, y no sentir la necesidad —como sentía Susy— de arrastrar a todos los demás hacia su miseria?

—¿No lo echas de menos? —pregunté al fin, tocando el tema unos días después de que me diera las cajas.

—¿A Rex?

—A Mark.

—Claro que sí.

—Entonces...

—Es sólo que empiezas a aceptar que no hay nada que puedas hacer para cambiar los hechos. No puedes controlar lo que sucede en la vida, así que aprendes a desprenderte. —Los hechos, según Silvia, eran que Susy había atrapado a Mark cuando él no quería estar atrapado. Me di cuenta de que redirigía todas las conversaciones sobre Mark hacia Susy—. Hizo que se alejara de toda calidez emocional tanto como fue posible, lo adentró en ecuaciones y en el desierto, y cuando le quitaron eso, no tuvo adónde ir.

—¿Crees entonces que se suicidó?

—Sí. —Parpadeó—. Sé que lo hizo. Conocía a mi hijo y estaba muy cambiado la última vez que lo vi, antes de que se fueran. Parecía que ya no estaba ahí. Después de que desapareciera, cuando no se encontró su cuerpo, mis amigas me convencieron de ir a terapia. Fui una vez y el terapeuta me dijo que no tenía que regresar porque a mí no me pasaba nada: el problema eran todos los demás.

—¿Un terapeuta te dijo eso?

—Palabra más, palabra menos. —Él me amaba, según Silvia, pero de una forma abstracta y desapegada, como a una cosita chistosa de otra persona. Habría sido un buen tío—. Susy tenía una idea totalmente distinta de quién era él —afirmó, agitándose y apuntando hacia mí. Sentí la ira en su voz—. Pensaba que él podría con la sangre y las tripas, las entrañas de la vida, pero *jamás* fue ese tipo de persona. —Jadeó como si sintiera dolor—. Incluso le

costaba trabajo decirme que me quería cuando era niño. Dar las buenas noches le provocaba una parálisis, así que, en vez de eso, nos dábamos un apretón de manos especial. Era bueno empatizando con la gente a distancia. Lloraba si veía a una persona sin hogar o si veía una película triste: tal vez le afectaba más de lo normal. Pero Susy se aseguró de drenarle todos los sentimientos y lo volvió de piedra.

Lo pensé: una parte perversa en mí quiso defender a Susy. Intenté imaginarla, recién llegada a Columbia, buscando a alguien que la hiciera sentir como si tuviera cabida en este nuevo y extraño mundo. Era más fácil tenerle lástima desde la distancia. Como Silvia me había dado las cajas, supuse que tenía la libertad de sacar mis propias conclusiones, y ésa era la principal diferencia entre ambas mujeres. Tras esa incómoda e inusual conversación, Silvia sugirió que fuera a ver el campus de Columbia. Era el día previo al Día de los Caídos, y me explicó que, por tanto, todo el mundo en la ciudad vestiría de blanco. Sugirió que yo también lo hiciera, a lo que contesté que sólo tenía una camiseta blanca. Respondió que eso no serviría. Se ofreció a prestarme un traje de lino blanco que tenía en su armario con unos zapatos Oxford de cuero blanco. Era demasiado amable para negarme, pues parecía que le despertaba un ánimo inusual la idea de vestirme, y a mí me fascinaba el armario lleno de elegante ropa de ciudad que no imaginaba que pudiera usar Silvia al ver su pijama rosa.

Tan pronto puse un pie fuera, me di cuenta de que era posible que Silvia no hubiera salido a la calle el Día de los Caídos desde hacía muchos años: nadie más iba vestido de blanco, salvo por una ocasional tropa de guapos marineros. Caminé hasta allí, como una reliquia de lino blanco, hombreras y zapatos blancos (de una talla menos que la mía) que se me clavaban dolorosamente en los talones. Crucé primero el parque y luego fui calle arriba hasta llegar a un lugar donde uno de cada dos vehículos tenía una pegatina con un pescado y casi todos los establecimientos tenían nombres como Redención e Iglesia de Dios o la Iglesia de Dios en Cristo.

Noté que todas las miradas recaían sobre mí y sentí una ira cegadora hacia Silvia por hacerme pasar por aquella tortura bienintencionada. La incomodidad reverberaba en mi estómago. Subsistía principalmente a base de café helado y zumos de verduras que tomaba mientras caminaba. Había perdido peso, lo noté porque la ropa me quedaba ancha, y comenzaba a pensar que podía vivir del aire. Descubrí que me ayudaba a alcanzar un estado como de trance en mis meditaciones cuando andaba. De camino a Columbia vi un lugar llamado Miss Mamie's Spoonbread Too. La promesa era: «Platos caseros del sur y guarniciones estilo *country* sobre un suelo de cuadros rojos». Pensé que quedaría bien en mi Instagram.

Una vez en la mesa, comencé a escribir en mi diario.

Vi la fachada del Museo de Historia Natural. Estaba cansada, así que me senté en un banco junto a dos chicos asiáticos bastante guais que estaban apretujados juntos en el borde. Era un banco largo y de piedra. Los dos miraban sus móviles. El banco estaba bajo una losa con la palabra NATURALISTA grabada. Miré los otros bancos: sobre ellos había inscripciones con profesiones distintas.

Mientras escribía no estaba segura de por qué ese recuerdo, junto a otras observaciones tan nimias sobre las cualidades de la luz, tenía preferencia sobre cualquier otra meditación respecto a asuntos de mayor importancia. Hasta ese momento no había escrito nada en mi diario sobre algo que a Silvia pudiera parecerle útil. Me pregunté si elegir ese banco había tenido alguna motivación inconsciente. Naturalista..., ¿debía ser ésa mi profesión?

Continué mi camino hacia Columbia. La acera era lisa y amplia; las vistas del río interrumpían la línea de los edificios. Vi a un hombre con traje que sostenía una brillante bolsa de regalo y daba zancadas mientras una mujer pequeña con un kimono rosado, calcetines blancos y zuecos de madera caminaba detrás de él. Empecé a resistirme a la sugerencia de Silvia de llegar hasta el campus de Columbia. Me paralicé: tenía la sensación de que no ir la

decepcionaría y parecería ingrato y poco ortodoxo; al mismo tiempo, sentía que ir me pondría de mal humor o, de alguna manera, defraudaría a la personalidad que comenzaba a confeccionarme. Cuanto más dudaba, más ansiosa y apurada me sentía. Ir parecía lo correcto —como comer verduras o dormir bien—, y por lo general me sentía mejor obedeciendo instrucciones que no haciéndolo. Seguramente esto se parece más a la historia que esperabais. ¿Acaso no todos los chicos adoptados o abandonados, olvidados o marginados, se sienten de cierta manera? Creía que me emocionaría sólo porque sabía que Susy intentaría detenerme. Y parecía que Silvia esperaba que lo quisiera, y por eso yo quería quererlo, para complacerla. Pero ahora que estaba allí, me daba cuenta de que no lo quería. Quería olvidarlo por completo y, por primera vez en mi vida, sentía que podía hacerlo.

Transcurrió alrededor de media hora; los coches me pasaban a ambos lados mientras estaba sentada en un banco del paseo central de la avenida, desde donde estudié el frondoso y verde exterior de un edificio del Barnard College. Lo abrumaba la hiedra más brillante y más verde que jamás había visto. No había tabique, piedra o cualquier material que fuera visible. La fachada era toda orgánica, sólo se percibía la arquitectura que había debajo con descansos marcados por las ventanas. Suponía un emocionante contraste con los alrededores de metal, piedra y vidrio; sin embargo, cuanto más lo apreciaba, más comenzaba a tener un aire distópico, como de escena de una ciudad perdida.

Así, supuse, sería cómo se vería la facultad si la abandonaran como el SCE. ¿Así se vería la ciudad cuando el conocimiento dejara de ser suficiente, cuando el deseo de mirar hacia dentro se rindiera por completo ante el propio mundo privado de la no resistencia, y abrumara, como la hiedra trepadora, nuestro deseo de conocer otros mundos más allá de éste?

El aspecto del edificio se volvió tan deprimente que sentí la urgencia de irme, pero de pronto fui incapaz de hacerlo. Mis extremidades se volvieron de plomo. Quería llorar por las generaciones futuras. Me culpaba. «Por esto

debes respetar a tus mayores.» Sentía que el extraño e incorpóreo controlador regresaba, el operador del dron de la desaprobación, o quienquiera que fuera, tiraba de mí. «¡No tan rápido! —decía—. Estaría mal, sería grosero no guardar algo del pasado. —Noté un empujón, aunque no había nadie detrás de mí—. Ve hacia allí. —La voz tenía una cualidad moralizante, como de novela de Dickens, y sin duda era conservadora—. Es tu deber ante tus ancestros. No importa si son de tu sangre o no; es una cuestión de principios. No puedes quedarte a medio camino. Se supone que debes seguir sus pasos.» Tropecé al ponerme de pie, como si el banco me empujara hacia delante.

En mi cabeza, esta aventura, a la que me resistía en ese momento, estaba sumergida en el lenguaje de autoayuda que permeaba todo Instagram, en donde se documentaban millones de viajes de autodescubrimiento. No sé qué es lo que piensa esa gente que no sabe de sí misma, pero creo que es justo decir que yo tenía preocupaciones válidas. ¿Alguna vez habéis sentido realmente que no sabéis quiénes sois? ¿Alguna vez habéis hecho algo y pensado quién tiene el control, como si un piloto enloquecido os hubiera expulsado de la cabina? Yo sí, sin duda. Siento una especie de vértigo que después hace que me retuerza. Supongo que todos lo sentimos cuando tomamos una decisión que parece difícil, y a veces en realidad no sabes lo que quieres porque no sabes quién se supone que debes ser o quién quieres ser. La física, mi primera y mi segunda familia, mi título en Filosofía, todos me fallaron cuando intenté buscar una respuesta. La primera me llevó a pensar si soy una entre un número infinito de Alice en múltiples universos, una cagada cuántica, alguien que la caga en cada uno de esos universos, aunque de maneras distintas. Mi primera familia no tuvo cuidado al tenerme, y la segunda me obtuvo básicamente por error, de entre un millón de posibles bebés sin dueño. Fue la oferta de Silvia de venir a Nueva York, oferta que tenía una simple respuesta de sí o no, la que por fin me sacó de eso. Pude tomar la decisión porque sabía que quería ser la clase de persona que dice que sí. Cuando lo hice, fue como si todo el letargo, todo el tiempo que había

pasado sin moverme de mi cuarto, hubiera servido para amarrar algo cada vez más ceñido, así que ahora tenía que alejarme de Susy tanto como fuera posible o implosionar.

Mientras me movía por la familiar y al mismo tiempo desconocida topografía de Columbia, intenté imaginar que era Susy, siempre buscando a Mark, acechándolo. Me imaginé persiguiendo al fantasma de Susy que acechaba al fantasma de Mark. Había algo potencialmente reconfortante en ello, en ver surgir un patrón. Intenté entrar en el edificio en el que Susy decía que Mark pasaba la mayor parte de su tiempo, pero, tras ubicarlo en el plano de la universidad, me encontré con dos puertas giratorias, cada una con un letrero que decía: POR FAVOR, USEN LA OTRA PUERTA.

Caminar por el campus no tenía la intensidad emocional que una vez deseé y que ahora temía. Supongo que había habido muchos cambios. Sabía menos al activismo de los años sesenta de lo que imaginaba a partir de las narraciones de Silvia. Vi que habían cambiado el letrero de un baño en uno de los edificios de ASEO DE MUJERES a *Asea de mujeres*. Aparte de eso, pocas inquietudes políticas me resultaron evidentes. El único lugar que me causó una sensación parecida a los momentos que viví en Tokio, cuando estaba segura de que un recuerdo regresaba, fue Sakura Park. Era un pequeño parque que estaba cerca de donde yo vivía, junto a la escuela de música de Claremont Avenue. Era verde y estaba cubierto de tilos. De alguna forma era silencioso, y pude dejar de oír los enormes autobuses rojos para turistas de Nueva York que pasaban por allí. Cuando me recosté en el césped cerca de la pagoda, tuve un recuerdo pasajero de cuando era niña y veía las briznas de la hierba como si fueran objetos fascinantes del ancho de mis uñas. Los columpios también me provocaron algo; las cadenas tintineaban y eso removió algo en mi interior, aunque era difícil decir qué, si era memoria o clarividencia. Mientras caminaba, me di cuenta de otras cosas que tocaban la misma fibra: un *tôrô*, una pesada linterna de piedra en la orilla norte del parque. La instalaron cuando Nueva York fue nombrada ciudad hermana de

Tokio. Estaba segura de que era una especie de segunda visión, pero también conocía esos detalles de las cartas de Silvia, de las cuales recordaba algunos fragmentos palabra por palabra tras haberlas leído tantas veces antes de mi llegada.

La estatua de bronce del general Butterfield, en la orilla sureste del parque, se convirtió en el simpatizante silencioso de mi hijo. La imagen del general fue plasmada por un escultor conocido por esculpir los presidentes del monte Rushmore, quien tuvo un estudio en San Juan el Divino. En vida, Butterfield (ávido compositor de sombrías tonadas de clarín) fue acosado por una esposa inglesa, quien —como tu madre, me temo— continuó dictando su destino aun tras su muerte. La esposa del general ordenó a los albaceas de su testamento que erigieran una enorme estatua de su esposo, estipulando dónde y en qué posición precisa debía estar. De acuerdo con ello, el escultor presentó al general en una proporción heroica, con uniforme de gala, la cara en alto, los brazos doblados de forma desafiante y de pie sobre una roca que pretendía simular la lejanía de sus más orgullosos logros.

Gran parte de esto está confirmado, casi textualmente, por los letreros de Sakura Park. Cada vez que se comprobaba que Silvia tenía razón, me sentía más fuerte y segura de mí misma. A las seis, una luz dorada comenzó a irradiar desde el West Side, y me sentí llamada por el río. Otros fragmentos de las cartas de Silvia cobraron vida mientras yo estaba allí parada.

Comenzabas a hablar, mientras que él parecía olvidar cómo hacerlo. Pasaban días enteros sin que pronunciara una sola palabra. Cuando se comunicaba, tu madre decía que sólo daba «mínimos indicios» de querer suicidarse, una distorsión que no le perdoné nunca. Quería que pensara que todo iba bien. Siempre creyó que podía manipular a la gente como si fueran niños pequeños como tú. Después supe por él que pasó casi todo ese tiempo desempleado; si no estaba en el sillón, contemplaba el Hudson.

Cada año varias personas se ahogan en las aguas de Nueva York. El Hudson se mueve a gran velocidad y empuja los cuerpos hacia el mar. El agua puede moverse a cuatro nudos, y lo mismo pasa en el East River, que atraviesa el otro lado. Recorría de ida y de vuelta el sendero de plátanos que llevaba hasta la tumba de Grant, a veces contigo saltando a su lado, y luego regresaba al apartamento cruzando Sakura Park.

Me quedé observando el Hudson durante largo rato, hasta que la sensación de vacío, el mareo detrás de los ojos, reverberó tanto que me estremecí. Pensé que lo mejor era intentar comer algo. En Miss Mamie's no pedí más que un café helado. Caminé de regreso a la universidad por la vía principal, que ya se vaciaba, hasta un establecimiento de comida rápida que olía mal. Salí de nuevo y crucé a la acera de enfrente, a una tienda de sándwiches, SubsConscious, pero al ver los pedazos de carne y las viscosas y gelatinosas salsas me entraron náuseas. Busqué algo sencillo, como un yogur, pero sólo encontré unos envases amarillos con olor a cera de algo llamado pudin de plátano.

En persona, Nueva York no era exactamente lo que esperaba. La iniciación parecía infinita. Yo era Zenón. Caminaba y caminaba, no podía parar, pero nunca llegaba; en todo caso, me sentía más alejada.

Además de caminar, la segunda de las dos compulsiones que desarrollé al llegar fue publicar fotografías. En un principio me ayudó a contrarrestar la extraña sensación de que al avanzar también estaba siendo empujada hacia atrás. Lo que no expresé de la manera correcta es que aún no era una actividad *social*, pues no tenía amigos y, además, ni siquiera era instantáneo, pues no podía publicar nada si no estaba en algún lugar con wifi, ya que intentaba evitar los altos costes del *roaming*. Eso implicaba que durante la mayor parte del día no podía estar conectada, lo que alimentaba mi otra adicción —caminar como en estado de trance— y que, cuando llegaba a algún lugar, rara vez por designio propio, sólo veía lo que era de inmediato aparente y no lo que Wikipedia decía sobre él. Por tanto, las observaciones

que anotaba en el diario eran tan grandilocuentes como inocentes, como si fuera la primera en descubrir algo o como si lo malinterpretara por completo.

Como entonces no tenía ningún seguidor, hacer fotos era sólo para mi beneficio. Pero me di cuenta de que había una diferencia entre hacerlas y subirlas para que fueran públicas: lo primero me hacía sentir bien, pero lo segundo me hacía sentir genial, como reventar las burbujas del plástico para empaquetar o arrancarse un pelo de raíz. No obstante, después de un tiempo, cuando más gurús del bienestar y unos cuantos hombres extraños con fotos de sus coches y raros lemas personales comenzaron a seguirme, sentí que me había unido a algo más grande que yo. Sentía que lo que hacía, fuera lo que fuese, de alguna forma sucedía a una escala mayor.

Aunque seguía sin saber qué era lo que hacía. Supongo que obedecía órdenes: «Ven y huele el aire». Bueno, pues lo estaba oliendo. Rascaba y olía. Cada tanto, Silvia me preguntaba por mis aspiraciones profesionales. Parecía creer que podía ser una buena periodista. Tal vez era por cómo me veía, una especie de Grace Jones de Wall Street con el traje de lino blanco. Debía de recordarle a sus años mozos. Antes Silvia era periodista.

Lo sugirió por primera vez esa mañana:

—¿Por qué no te haces periodista?

Me encontré teniendo que explicarle que en esos tiempos era más difícil que antes ser cualquier cosa —salvo emprendedor—, sobre todo en el tipo de periódicos y publicaciones en los que ella había trabajado, que ahora tenían un aire moribundo. Y quienes lo hacían se aferraban a la punta de un barco que se hundía y no planeaban compartirla.

—¿Has visto *Titanic*? —le pregunté.

—Sí. Pero en mi época...

—Bueno, ahora es como la parte del final.

—Entonces ¿qué es lo que *sí* te gusta hacer? —preguntó ligeramente exasperada—. ¿No has visto nada en la ciudad que te haya llamado la atención?

Dudé.

—¿Hasta ahora?

Asintió.

—Caminar —contesté derrotada—. Y hacer fotografías.

Se enderezó en el sofá.

—¿De verdad? No sabía que hubieras traído una cámara.

—Oh, no traje ninguna.

—Entonces ¿cómo...?

—Con mi teléfono. Así es como todo el mundo hace fotos ahora, supongo.

Silvia pareció asqueada, y yo me sentí peor que al inicio de la conversación.

Pero era cierto. Disfrutaba haciendo fotos, aunque el medio representara una pequeña traición. No estaba segura de que fuera el mismo nivel de placer que calificaba para convertirlo en profesión, para adoptar el título de fotógrafa, pero me hacía sentir que participaba de la ciudad. Cada fotografía implicaba una especie de vida fantástica más allá de sí misma, como una ventana, y cada vez que publicaba una sentía que agregaba una nueva habitación alrededor de la ventana, y cada habitación albergaba a una nueva yo. Hacía que la ciudad fuera más manejable y era una forma de desarmar las piezas de la máquina.

Intenté explicárselo a Silvia.

—Entonces es como un álbum —concluyó por fin.

—No —repliqué vacilante.

No estaba segura de por qué no lo era.

—¿Cuál es la diferencia?

—El formato de retícula de la aplicación te permite jugar con las yuxtaposiciones.

—¿Y...?

—Mmm... Que es pública, supongo. Y si pones uno de éstos... —Empujé mi teléfono hacia Silvia, y ella dio un respingo hacia atrás.

—Un numeral —dijo con cautela—. Sí, sé lo que es.

—*Hashtag* —la corregí con un tono de impaciencia e incluso arrogancia.

—Bueno, ¿qué pasa si lo usas?

—Te conecta con toda la gente que lo ha usado para publicar algo, y la gente puede verlos: se llaman *hilos*.

—¿Qué gente? ¿Desconocidos?

—Sí, supongo.

Después de esa conversación, que tuvo un efecto de alejamiento, dejé de hablarle también de esa parte de mi viaje. Hablar de ello me hacía sentir como una extraña a sus ojos. La forma en que lo desvirtuó también me hizo sentir menos como parte de algo más grande y más como si estuviera abusando de mis experiencias y no fuera a salir nada de ellas. Ya no lo sentía como una iniciación, ahora era más infantil que eso, pues sabía que mi nuevo pasatiempo decepcionaba a Silvia. Por tanto, cuando regresé de Columbia, con el traje blanco de lino todo arrugado y bañado en sudor, evité pasar por el resquicio de luz que asomaba por la puerta de su estudio. No quería hablarle acerca de mi día; me sentía culpable, pues en lugar de ir y escribir observaciones relevantes en mi diario —que era lo que ella me había recomendado que hiciera, lo que habría hecho una periodista— había estado haciendo fotos y publicándolas en internet. Como era un paseo que decía que le costaba demasiado trabajo hacer, sabía que se molestaría si se enteraba.

Regresé agotada y sintiéndome, en general, menos embriagada por el camino de vuelta que de costumbre. Por fin descubría que, si bien caminar sola por Nueva York puede ser sano y motivar la contemplación, también puede hacerte sentir como una mierda: a medio camino hacia allí, a medio camino hacia aquí otra vez, destinada a no llegar nunca a ninguna parte. Aunque parece que todo está en movimiento, que estás cambiando y creciendo como persona a cada paso que das, de repente resulta que tu confianza en ti misma y en tu progreso están equivocados, son una ilusión, como las piernas que pasan demasiado tiempo en el mar. Te ríes de ti como te

rías de alguien que está solo en un gimnasio de noche, corriendo en la cinta. Es la clase de risa que hace eco y te hace sentir vacía. Finalmente me permití ver las ratas que entraban y salían de la basura, las cucarachas que se arrastraban por la fruta podrida, el tufo de los 7-Eleven y las corrientes de orina tibia de misterioso origen que parecían seguirme a donde fuera. Fue la primera vez que me disgustó que gente extraña me gritara en la calle, lo cual era irónico, dada mi apertura a tratar con desconocidos en internet. Pero es justo ese tipo de interacción la que hace que parezca impertinente y hasta una señal de psicosis que un desconocido se te acerque en la calle. La ciudad tiene sus mañas. Las buenas son mucho mejores, pero en las malas tocas fondo sin escalas. Ayuda que las calles estén alineadas y formen una cuadrícula. También hay boutiques de médiums y profetas de acera, pero hasta que fabriques tu propia historia de amor, incluso una tan retorcida como la mía, sigues fuera de la ciudad y en busca de señales en el vapor blanco que sale de las alcantarillas, en los repentinos olores de las lavanderías y en los errores ortográficos de los anuncios callejeros de neón. Había un anuncio de donas en la Segunda Avenida que en más de una ocasión redirigió mis supersticiosos pasos.

De vuelta en mi cuarto, vi que Silvia había dejado un pósito sobre mi cama escrito con su temblorosa tinta roja:

Nat viene mañana. A las 11. Alerta roja.

Me dormí con toda la ropa puesta, deseando estar lista para lo que se avecinaba.

Después de un prolongado período de silencio entre Silvia y yo, la llegada de Nat a la mañana siguiente fue un *shock*. Abrí la puerta, y ella prácticamente se abalanzó sobre mí. Era alta y musculosa, y usaba un pintalabios carmesí.

—¡Feliz Día de los Caídos! —exclamó. Hasta ese momento, yo no sabía si era apropiado desearle a alguien un feliz Día de los Caídos—. ¡Hola, hola, hola! —continuó, me rodeó y entró en el recibidor—. ¿Cómo estamos? ¿Cómo estamos *todos*? Tú debes de ser Alice. Nunca se me olvida un nombre. —Eso resultó ser una especie de amenaza—. Recuerdo cuando eras niña, ahora estás E-NOR-ME.

»He traído una caja. Pastelillos —anunció con autoridad mientras me los mostraba—. ¿Quieres colocarlos que queden bonitos en un plato? —preguntó después con voz de bebé. Asentí como si estuviera ansiosa—. ¿Dónde está su majestad?

Señalé el estudio. Estaba sin voz por falta de uso.

—No te levantes, Silvia. ¡Yo voy para allá, corazón! —Abrió la puerta con brusquedad—. ¡Válgame Dios! Qué calor hace aquí, Silvi. Hola, hola. No te levantes.

Silvia no se levantó, pero le sonreía a Nat desde el sofá, tumbada boca arriba. En las manos tenía una lupa para examinar la letra pequeña de sus fondos de inversión. Se mandaron besos por encima de la mesa de centro sobre la que Silvia dejaba libros y papeles. Se la veía más frágil y pequeña ahora que Nat estaba ahí.

—No me quedaré mucho —continuó Nat—. Tengo pensado cruzar a Roosevelt Island para ver a Ingrid a las dos y que me muestre su nuevo

proyecto.

Miré a Silvia y de nuevo volví a sentir el impulso de protegerla. Faltaba mucho para las dos, y no creí que pudiera hablar durante tanto tiempo.

—¿Cómo estás, cielo? Tengo la impresión de que no te he visto en años, desde que llegó ésta.

Nat declinó mi ofrecimiento de sentarse en el sofá que estaba junto al de Silvia.

—Hago yoga, prefiero el suelo —contestó, acuclillándose con cautela y después perdiendo el control: se oyó un fuerte crujido cuando se sentó sobre sus gafas. Las sacó del bolsillo de su plano y cuadrado trasero e inspeccionó los daños—. Bueno, ¡están jodi...! —empezó a decir, y dejó la obscenidad colgando en la incertidumbre.

Fui a por dos vodkas y a colocar los pastelitos en un plato. Cuando regresé, Nat buscaba algo en su móvil para leérselo a Silvia.

—¡Aquí está! —dijo—. «Saludos, soy la señora Olive Jana Lofer, la hija de la mujer con cáncer.» Signo de marca registrada. «La mujer con cáncer» es una marca registrada —explicó Nat mirando por encima de sus gafas rotas. Leía con una voz entrecortada, sin estar segura de cómo puntuar el texto—. «Mi querida madre, que Dios la tenga en su gloria, contactó con usted hace un tiempo en relación a una transferencia de fondos a su nombre por parte de su difunto esposo Lofer Jana para cuidar de mí, Olive Jana Lofer. Antes de su muerte, mi madre extendió un cheque para devolvérselo, aunque usted...»

—Es *spam* —intervine, y oí que mi voz surgía de una profunda reserva y se alzaba al mismo volumen que la de Nat.

De inmediato, me sentí cohibida.

—Es lo mismo que me dijo mi hija —contestó Nat—. Me pide mil dólares, y es lo que iba a mandarle antes de que Ingrid me detuviera. Sólo se lo estaba leyendo a tu abuela. Silvia es la madrina de mi hija, ¿sabes?

—El email es la plaga de nuestros tiempos —afirmó Silvia—. El email y el cáncer.

—Completamente de acuerdo. Ayer rellené un cuestionario para algo y tuve la suerte de que me preguntaran si tenía cualquiera de las siguientes: Facebook, Twitter, no sé qué y todas las demás. Marqué la opción «Ninguna de las anteriores» y pensé: «¿Qué te parece?».

Nat se tumbó en el suelo. Parecía mucho más joven que Silvia, quien tenía ochenta y uno. Después supe que sólo tenía sesenta y cuatro. Supongo que la diferencia de edad entre amigos es menos evidente cuando eres tan viejo, o tienes menos opciones de amistad.

Hice un poco de espacio en la mesa de centro para los pastelitos.

—Sé que tú no quieres, cielo —le dijo Nat a Silvia, y luego se dirigió a mí—: No come nada, ¿sabes?

Hice un gesto, molesta porque Nat diera por sentado que no sabría algo tan básico sobre Silvia después de dos años de correspondencia y tanto tiempo viviendo en su casa.

—Pensé que tal vez tú sí. —Y luego se dirigió a Silvia—: ¡Está enorme! —Me señaló—. ¡Hola, Lurch!

Debí de quedarme con cara de idiota.

—Es el mayordomo de *La familia Addams* —explicó Silvia.

Nat dirigió la mirada a los pastelitos.

—Tienen buena pinta, ¿no? Los compro en un pequeño establecimiento francés cerca de mi casa, *Le Pahn Cuo-ti-diahn* —pronunció. Silvia y yo mostramos nuestro acuerdo—. El problema con la repostería —continuó Nat con un suspiro— es que tienes que comértela. Pasa lo mismo con la miel. Siempre la compro y me olvido de comerla. Ten —me dijo mientras me entregaba uno—. Cómete éste. Odio las pasas, siempre digo que es como comer ampollas.

Cogí el *pain aux raisins* de sus manos, aunque yo también odio las pasas.

—¿Cómo se conocieron? —pregunté entre bocados.

—Yo era la ayudante de Silvia en MEA —contestó Nat con orgullo—. ¿Te ha contado mucho sobre mí? Lo pasábamos de lo lindo.

Cuando oí a las dos pronunciar el nombre de la publicación, pensé que era el título de una revista en otro idioma que significaba algo como «ella», «mía» o «mí». Por tanto, supuse que MEA era una de esas insulsas revistas para mujeres llenas de consejos arcaicos y anuncios de ropa interior. No me di cuenta de que eran siglas, ni de que fue una contribución muy respetada, aunque de vida breve, a la crítica literaria con un interés particular en la crítica feminista. No obstante, para ese momento yo ya había descubierto cómo conectarme a la red wifi del apartamento al rondar por la habitación de Rex, convertida ahora en estudio. La clave era «Silvia». Eso me hizo querer llorar, aunque nunca hubiera conocido a ese hombre. ¿Qué dice de mí que eso me parezca romántico? Conocer la contraseña se convirtió en una llave para impresionar a Silvia cada tanto, quien no entendía del todo la facilidad con la que se podía encontrar de inmediato todo tipo de información oscura con ese método. Logré hacerle creer que yo era más inteligente de lo que en realidad era al retirarme a mi cuarto mágico de meditación cada vez que preguntaba por alguna palabra del crucigrama o qué películas había protagonizado cierto actor, y regresaba después con una floritura para sorprenderla con la lista completa de la base de datos de películas en internet.

Cuando tuve oportunidad, entré en el estudio de Rex para buscar «MEA», «Silvia Weiss» y «Nat Rooiakker». La página de Wikipedia me dijo que el último número se publicó en noviembre de 1968. También explicaba las siglas: era una frase en francés que literalmente significa «poner en un abismo». Mizuko creaba su propia versión de ello en Instagram: se hacía una foto y luego otra foto de ella sosteniendo la foto anterior, y así una y otra vez, mientras la fotografía se volvía más y más pequeña. En Columbia había hecho una clase al respecto, y de ahí venía su inspiración. Cuando ocurre dentro de un texto, llega un punto en el que todo se vuelve inestable y se transforma en un círculo que te lleva de vuelta a donde empezaste.

Cuando regresé, Nat estaba sentada en el suelo con la espalda recta, sosteniendo un libro en equilibrio sobre la cabeza para mejorar su postura. Ya

no quedaban pastelitos.

—Fuimos a París juntas sin nuestros maridos. Nos portábamos mal: reservamos una habitación individual y eso fue todo —dijo Nat para ponerme al corriente.

—¿Te acuerdas de aquel chico? —preguntó Silvia.

—¿Seguisteis en contacto?

—No, sólo me dio el libro.

—¿Cómo se llamaba?

Miré en silencio cómo, en un intento por recordar, las dos ponían los ojos en blanco, como profetas. Noté que Nat tenía las pestañas de un ojo blancas, lo que explicaba la inquietud que me causaba al creer que no había parpadeado desde que había llegado.

—No recuerdo su nombre —confesó Silvia por fin, derrotada.

—¿De quién estáis hablando? —quise saber.

—Un chico que se enamoró de tu abuela, aunque ella ya estaba casada.

—Era francés —agregó Silvia, como si eso lo explicara todo—. Por supuesto que pensaba que yo era una tonta niña estadounidense. Me regaló un libro llamado *Manual de socialismo y capitalismo para mujeres inteligentes*, de Bernard Shaw, seguro que era uno de los pocos que tenía en inglés. Pensaba que necesitaba cultivarme.

—Sin duda tenía razón —replicó Nat.

—Me pregunto dónde estará. Alice, busca en la librería.

Silvia había hablado más en los últimos diez minutos que desde que yo había llegado. Me levanté, con un dolor en el cuello como de celos, y comencé a escanear de forma sistemática los estantes que rodeaban el estudio del suelo al techo y que rebosaban libros. Oí que la conversación continuaba sin mí, lo que se volvió cada vez menos políticamente correcto hasta que, al fin, desde un sentimiento de vergüenza más que cualquier otra cosa, sentí la necesidad de intervenir.

—No lo veo —anuncié en voz alta—. Lo buscaré en el estudio de Rex.

Silvia negó con la cabeza y le dio unos golpecitos a su vaso.

—No te molestes. Pasamos a otra cosa.

Fui a rellenar sus vasos y dejé la puerta abierta porque los llevaba en ambas manos. Se suponía que no debía hacerlo porque a Silvia le gustaba mantener la habitación caliente, pero así podía seguir oyendo sus voces desde la cocina.

—... dos tomografías y una resonancia magnética de la cabeza. Ya casi no puedo coger cosas con las manos. No hay nada que hacer. Ya guardé mi máquina de escribir, los dedos no me sirven.

—Si ya te has rendido con la máquina de escribir quiere decir que te has rendido definitivamente —oí que decía Nat.

—Ya sabes lo que dicen: «Si me han de matar mañana, que me maten de una vez».

Oí la potente risa de Nat y sentí rabia.

—Esta mañana tenía toda la intención de salir de casa a tiempo —afirmó mientras yo volvía con el vodka en una bandeja de plata—. Pero he terminado sacando más cosas de los armarios de la vieja habitación de los chicos. Siempre que viene, Ingrid me molesta con mi pequeño proyecto; dice que parece que alguien haya entrado a robar.

Nat era adicta a esos programas en los que los famosos descubrían «quiénes eran en realidad» al hacer su árbol genealógico. En aquel momento veía uno en PBS llamado «Encontrando tus raíces» en el que su cantante favorita, Carole King, era una de las participantes. Ese mismo día, cuando más tarde ayudé a Nat con el proyecto, creé una cuenta en una página llamada Ancestry donde podías hacer tu propio árbol genealógico que después se enlazaba con los árboles de los demás. Dabas dinero y recibías «monedas» que sólo se podían usar en la página, y entendí por qué era posible volverte adicta a navegar hacia abajo y hacia abajo, y caer cada vez más profundo hasta que ya era imposible salir.

Estoy segura de que es incluso más adictivo si se trata de tu propia familia,

si los nombres te dicen algo. Y estoy segura de que Nat sentía que me estaba haciendo un favor al pedirme ayuda —me mantendría ocupada—, pero a Silvia le resultó extraño que se lo pidiera a una niña adoptada. Nunca me gustó que la gente se diera cuenta de que me sentía ofendida. Fue por eso por lo que Mizuko comenzó a llamarme *Conejo*. No fue por una apariencia leporina ni por ningún eufemismo, ni siquiera por mi apellido. Tuvo que ver con la mirada cristalina que me invade siempre que me hace daño o me ofende alguien cuya aprobación anhelo; con la timidez con la que aceptaba todos y cada uno de los cambios de humor de Mizuko; o cuando sentía que se aproximaba algún conflicto con Susy, con los conflictos que intenté evitar asintiendo y mirándola a la cara con ojos vacíos e inofensivos, haciendo cierto gesto con la nariz y la boca que le sugería a Mizuko que podría llorar en cualquier momento. Después me dijo que fue así como decidió mi apodo.

—Y tú, Alice —me llamó Nat, volviéndose hacia mí mientras le entregaba el vaso—, ¿qué harás con tu vida ahora que estás aquí? Para empezar, ¿cuántos años tienes *ya*?

—Veintitrés. Cumplí veintitrés en enero.

—Bueno, estamos a finales de mayo. Así que quiere decir que tienes casi veintitrés y medio.

—Supongo.

—¿Y cuándo te graduaste?

—En junio.

—¿Quieres decir el junio del año pasado, no este junio?

—Ajá. —Recordé la nota de Silvia: «Alerta roja». Aquella mujer era un hurón.

—Bueno, tal vez quieras ayudarme por la tarde. Primero, querría que me abrieras una cuenta de esto. —Me entregó un anuncio que arrancó de una revista con los datos de la página de genealogía—. Me gustaría encontrar más ancestros holandeses. Quiero probar que los Rooiakker se remontan a los primeros colonos holandeses. Silvia me dice que estudiaste Historia, así que...

—Filosofía.

—Oh, bueno, es casi lo mismo. De todas maneras, lo harás mejor que yo, estoy segura. Mis hijos se niegan a ayudarme. Lo siguiente es que quizá quieras venir a Roosevelt Island una vez que hayas hecho eso; está justo ahí. Lo he consultado con mi hija, y dice que eres bienvenida. Le he contado que estás en una encrucijada.

Le di vueltas a la palabra *encrucijada* con cierto desdén. No se me ocurrió ninguna respuesta que no fuera «No», así que respondí «Claro que sí».

Silvia decía que era una vergüenza que todos los pacientes del hospital tuvieran que irse para dar paso a lo que estuvieran haciendo (la hija de Nat, su ahijada) allí. Todavía había hospitales en Roosevelt Island —Bird S. Coler al norte, Goldwater Memorial al sur—, pero ya estaban vacíos y a punto de ser demolidos. Silvia decía que a veces veía con los prismáticos a los pacientes sentados en sus sillas de ruedas o en bancos, con la mirada fija en Manhattan.

—¿No se suponía que iba a ser una especie de utopía? —le preguntó a Nat—. Recuerdo que iban a tener autobuses que funcionaran con baterías, compactadoras de residuos hidráulicas y cosas así.

—Pero eso fue en los años sesenta —respondió Nat—. Todo iba a ser una utopía. Ingrid dice que ahora será una *incubadora*.

Silvia parpadeó y se volvió para mirarme. Yo tenía los ojos en blanco.

—Un lugar donde se empollan cosas —explicó Nat.

—¿Qué cosas?

—Hombres de negocios. En fin, ése no es el tema; el tema es... —Nat me señaló y pareció abrumada, como si tratase de encontrar palabras delicadas— que debería estar conociendo *gente* en Nueva York.

—Ya le dije que eso pasaría si tan sólo se limitaba a caminar por la ciudad —protestó Silvia.

—Entonces no está caminando por donde debería —replicó Nat con los ojos entornados—. Te voy a presentar a gente *joven*. No te hace ningún bien

pasar tiempo con moribundas. —Levanté la cabeza del suelo, como si me hubieran tirado del pelo—. Ingrid es arquitecta. Mi yerno también. Es completamente inglés, así que tal vez aprecies su sentido del humor mejor que yo. Tienen un estudio juntos, RQ & Asociados. Están construyendo esa cosa nueva de ahí. —Señaló hacia atrás, al otro lado la pared, hacia la ventana de la habitación que daba a Roosevelt Island—. Iré a una visita guiada a la obra. Deberías acompañarme. Ingrid te caerá bien. Tiene... —hizo una pausa para calcular los años de su hija— una edad más cercana a la tuya que nosotras.

Después de configurar su cuenta en el sitio de genealogía, nos despedimos de Silvia y bajamos juntas en el ascensor. Uno de los Tony, que estaba de servicio en el vestíbulo, nos deseó un «Bonito día, señoras», y yo sonreí con la mandíbula apretada. Tuvimos que caminar para coger el teleférico que cruzaba el East River. Pasamos por los torniquetes y esperamos a que llegara el siguiente. Nat corrigió mis pensamientos, como si pudiera leerme la mente, al decirme que en realidad se llamaba *tranvía aéreo*. Asentí y decidí usar el nombre correcto al hablar, pero seguí pensando en él como teleférico, porque para mí *tranvía* sonaba menos digno, como si sólo corriera sobre unas vías, mientras que esa cosa se elevaba a ciento veinte metros sobre el agua.

La isla, me explicó, había albergado una cárcel y un hospital penitenciario, un manicomio, un hospital de viruela y varios edificios construidos por los reos. También fue rebautizada varias veces. Nat sólo había estado allí una vez, a pesar de vivir en Manhattan desde siempre. Fue en los años ochenta, cuando se estableció allí una cooperativa, y un hombre al que conocía la convenció de ir a visitarla.

Su compañía ya me agotaba. Al mismo tiempo, sentía una extraña vibración cuya fuente no me resultó obvia de inmediato —como un tren del metro muy subterráneo—, y supe que, si me alejaba de ella demasiado pronto, la misteriosa sensación desaparecería antes de que pudiera ubicarla.

El teleférico estaba abarrotado, y nosotras estábamos demasiado en medio

para apreciar la vista. Estaba más cerca de Nat de lo que habría querido, pero no podía hacer nada al respecto. Su aliento me hacía cosquillas en el oído cada vez que hablaba. Ese tipo de cosas puede molestarme bastante. También era una vanidosa incurable, y cada vez que le preguntaba si conocía a alguien me endilgaba una historia interminable. Me distraje de su vacua conversación y me pregunté qué clase de gente iba a aquella isla, que ya no estaba poblada por criminales ni por locos. Estudié a las personas que nos rodeaban: un hombre con barba de chivo, uno que parecía un Beatle, todos los Beatles juntos, una mujer con un gorro de periódico. Ya me había acostumbrado a lo raros que son los neoyorquinos, y ahora podía ordenarlos por categorías. Al observarlos, me di cuenta de lo extraña que me sentía al estar junto a alguien que sabía mi nombre, que sabía con exactitud quién era yo y que podía ubicarme entre un grupo de gente. Hasta ese momento, la ciudad había dado pocas señales de conocerme.

Nat me dio una taxonomía de la sociedad neoyorquina —cada individuo mencionado era *terrible* o *terriblemente brillante*—, así como datos muy precisos de su propia familia. El marido de su hija, me informó con orgullo, adoptó su apellido cuando se casaron hacía ocho años (momento para el cual Ingrid ya estaba embarazada de mellizos), así que ahora era Robin *Rooiakker* en lugar de Robin *Quinn*. En un principio, Robin había sido el tutor de Ingrid en Cooper Union hacía casi diez años.

—Es bastante mayor que ella; de hecho, tiene cincuenta y seis. Creo que es condescendiente conmigo porque no fui a la universidad. Puede ser bastante pomposo. Ingrid dice que es irónico, pero no creo que eso sea un pretexto. Además —me informó en tono conspirativo—, tiene la extraña compulsión de lavarse las manos y usa mascarilla si debe coger el metro.

Asentí, aunque para mis adentros le di la razón.

—Piensa que es el gran intelectual de la familia, pero fue Ingrid quien consiguió el proyecto de Cornell Tech. Ingrid conoció al cliente, Walter

Ruse, cuando les tocó estar en un jurado hace algunos años, y se convirtieron en *grandes* amigos.

Walter Ruse era *brillante*. Pero ésa era toda la prueba —según agregó Nat en el mismo tono conspirativo— que necesitabas para saber que los jurados eran elegidos por código postal.

—Prefiero por mucho a Walter que a Robin, para ser sincera, y sé que mi hija también, pero siempre ha sido una cuestión de rebeldía. Quería molestarnos a su padre y a mí al elegir a su tutor. También sabe que no apruebo el divorcio, pero no parece estar cerca de rebelarse frente a eso también. Ingrid es muy terca. No se rinde. Siempre fue perfeccionista, incluso en el jardín de infancia, como yo.

Su candor dejaba entrever que, para no ser grosera, yo debía actuar de modo recíproco y compartir algún detalle de mi propia intimidad, pero no confiaba en ella. No terminaba de decidir qué clase de persona era, si era uno de esos insectos que parecen idénticos a una avispa, pero no lo son. No era porque yo estuviera tan obsesionada como Nat con la clasificación, o con decidir cuán importante era la gente o adónde pertenecía basándose en qué nombres conocía y quién era su familia. Sólo quería saber si me iba a picar. Mientras que la forma en que había conocido a Silvia había sido muy gradual, para aquel entonces ya sabía tanto sobre Nat, su familia y la sociedad neoyorquina como lo que aprendí con todas las cartas de Silvia. Había algo en esa rapidez que me hacía desconfiar de ella. Aunque yo no le devolviera la misma cantidad de información, ella seguía acelerando.

—Deberías preguntarle a Ingrid a qué partes de la ciudad le gusta ir —me aconsejó mientras el resto del teleférico escuchaba nuestra conversación—. He oído que el nuevo sitio al que todo el mundo quiere ir es Third Square. Todo el mundo quiere entrar en Third Square —afirmó imitando la voz de quien le había contado eso. Asentí—. ¿A qué lugares vas en Inglaterra? —insistió—. ¿Te gusta la Wallace Collection? Me encantó cuando estuve allí.

Era imposible apartar la mirada de su maquillaje brillante y pegajoso.

Comenzaba a abultársele en los poros por el calor del cristal que nos encapsulaba. Nat se abanicó —y a mí también, al verme empujada hacia sus angulares hombros— con un abanico español de un rojo intenso. Cuando terminó con Nueva York, comenzó con los linajes de las familias británicas que conocía. Yo le contestaba «Sí... No... Sí... Sí... Me suena ese nombre... No lo creo...», o me limitaba a repetir el nombre.

—Los padres de Robin viven en... No-sé-qué-mont Square, ¿lo conoces? En Londres. Supongo que no, si has pasado casi toda tu vida en el campo. Nunca los hemos conocido, parece que no se llevan bien con Robin. Pero él dice que son gente muy destacada, prácticamente aristócratas. Hay muchos estadounidenses viviendo allí; tengo algunos amigos que se mudaron, creo. Sylvia Plath vivió allí. No sé si fue ahí donde se suicidó. Puede ser.

Esperó como si lo natural fuera que yo interviniera con una pregunta. Pasaron varios minutos hasta que por fin se me ocurrió una:

—¿Los mellizos son idénticos?

—No: niño y niña.

—¿Y tienen tu apellido en lugar del suyo?

—Por supuesto. Thom y Rosa Rooiakker. Me alegró mucho, pues Ingrid no tiene hermanos. Es veinte años más joven que Robin, ¿sabes?

Asentí.

Se oyó un fuerte estallido por encima de nuestras cabezas, como si se hubiera roto una enorme goma. El teleférico se detuvo. Vi que la gente se miraba entre sí en un intento por saber si eso era normal. Quedamos suspendidos sobre el río durante unos segundos.

—No se preocupen —anunció una voz extranjera a mi izquierda y, aunque todos en el habitáculo esperamos a oír por qué no debíamos preocuparnos, eso fue todo lo que dijo la calmada voz.

Luego, después de algunos segundos, el teleférico avanzó nuevamente, y todo el mundo actuó como si no hubiera pasado nada. El problema para mí era que no parecía que hubiéramos evitado el verdadero desastre. De hecho,

casi podría haber afirmado que habría sido preferible el desastre de caer al río y que el agua salpicara hacia arriba, levantara olas y, al mismo tiempo, nos empujara hacia abajo. Ahora que de nuevo ascendíamos en una burbuja dorada que surcaba los aires y me contenía sana y salva, podía resultar que mi vida fuera una nada, con un nombre que ni siquiera era mío y que nadie recordaría. Deseé que ocurriera un desastre para que algo me llamara a la acción y se me despertara una especie de instinto animal: la verdadera yo o la yo muerta, que sería recordada por algo relevante, aunque sólo fuera un horrendo accidente.

Comenzamos a bajar. Poco a poco, las probabilidades disminuían.

—Supongo que no te interesa descubrir tu verdadero apellido —comentó Nat con falsa indiferencia mientras todo el mundo empujaba hacia la puerta—. Si lo hicieras, ¿te lo cambiarías?

Después reconocería que ese dramático tono de interrogación era característico de la televisión pública.

—Ya sé cuál es el apellido de mi padre biológico, si es a lo que te refieres. Y, no, no lo haría.

Podría haber agregado: «Está en la cárcel», pero el teleférico descendió y Nat salió antes que yo.

La alcancé mientras saludaba a una mujer rubia en medio de un grupo de aproximadamente diez personas. Supuse que la mujer sería Ingrid. No supe cuál de los hombres de mediana edad y aspecto condescendiente era Robin, así que consideré que todos podían serlo.

—Hola —me saludó la mujer—. Soy Ingrid. Estoy segura de que mi madre ya te lo ha contado todo sobre mí.

Era rubia platino, como un polo de helado al que le hubieran sorbido todo el color. Todo en ella parecía mordido o borrado por un frío ártico: dura, atractiva, muy amenazadora.

—¿Dónde está Robin? —preguntó Nat.

—Lleva retraso. Pensé que vendría en el mismo funicular que tú. Supongo

que tendremos que empezar sin él.

Ingrid se volvió hacia las demás personas que la rodeaban y habló en un tono más alto y cordial:

—Estamos listos para comenzar si ustedes lo están. Para quienes no me conocen, soy Ingrid Rooiakker. Mi socio, Robin, nos acompañará en breve. Éste es Walter Ruse, a quien estoy segura de que ya conocen.

Señaló al hombre que estaba junto a ella: tenía una barba de una geometría impactante y una densidad absoluta que le caía a ambos lados de la boca como colmillos gigantes. Llevaba gafas redondas de montura azul y un atuendo completamente azul que incluía un jersey de cuello alto en absoluto para la temporada, pues parecía acalorado y molesto. Levantó la mano al oír que Ingrid lo nombraba y cerró los ojos con una sonrisa muy irritante. Un hombre alto y mucho más joven comenzó a repartir folletos con el logo de RQ & Asociados al frente, en un rosa metálico y brillante, y sentí cómo me examinaba con la mirada al entregarme uno.

Walter e Ingrid guiaron al grupo hacia el agua, donde doblamos a la izquierda y comenzamos a caminar por la orilla oeste de la isla. Nuestro grupo estaba formado por dos arquitectos jóvenes, tres personas aparentemente mayores (quienes, como Walter, parecían usar sólo trajes monocromáticos) y cinco o seis empresarios o inversionistas. Nat y yo, además de Ingrid, éramos las únicas mujeres. Nat me señaló a los «importantes»:

—Es gerente de una empresa de capital riesgo... Invirtió en compañías como... Es cofundador de... Tiene una *app* de comercio electrónico que se llama... Dan asesoría a *startups*... Él era presidente de algo, pero no sé por qué está aquí.

Comencé a hojear el folleto para entender cómo esa gente, como afirmaba la portada, «creaba una incubadora para nómadas digitales». Yo jamás había oído hablar de un nómada digital. Aún no me llamaban *nativa digital*; no

tenía ni idea de qué significaba nada de eso. Sentí que tenía que arrastrar los pies cada vez con mayor lentitud. Quería estar sola de nuevo.

Comenzamos a dividirnos en líderes y rezagados. Me permití quedarme atrás, con la cabeza levantada al cielo. Escuché el lamento de las gaviotas y el sonido bajo y masculino de los barcos remolcadores, los helicópteros que nos sobrevolaban y el viento que arrancaba el último pesado capullo de las ramas. No intenté distinguir lo que Ingrid y Walter decían de todo aquello. Pensaba que debía rezagarme lo suficiente para tomar el teleférico de vuelta a casa de Silvia. Yo no encajaba allí.

Ése fue el momento en el que lo vi por primera vez: Dwight.

Sentí una mano en la espalda y me volví.

No entendí bien su nombre. Lo repetí —*Dwight Nutt*— como si fuera ininteligible. Se hacía llamar «el protegido de Walter». Tenía tarjetas de negocios, montones.

CONSULTOR DE INNOVACIÓN. DESARROLLADOR DE APPS. APICULTOR

Así lo soltaba.

—Avísame si estás interesada en que te muestre la ciudad —me ofreció Dwight con autoridad, aunque él en realidad era de Utah.

Ése fue el único indicio que obtuve de que le había gustado, pues le dio su tarjeta a gente que ni siquiera formaba parte de la visita guiada.

Al volver, le mostré la tarjeta a Silvia.

—¿Tiene abejas?

—Sí, supongo.

—¿En Nueva York?

—¿Eso es malo?

—Es bastante tonto.

Mientras hablábamos, salió un sonido de la habitación de al lado, uno hermoso, melódico y ligero.

—¿Qué es eso? —preguntó Silvia alarmada.

Me volví con incredulidad en dirección a mi dormitorio.

—He recibido un mensaje.

Silvia me observó mientras salía de la habitación sonrojándome. Era Dwight. Me había enviado un mensaje privado por Instagram en el que me solicitaba seguirme, a pesar de que mi cuenta era pública. Comprendí que eso significaba que había visto una foto suya que había publicado en la que estaba de pie junto a Walter Ruse en el lugar de la visita guiada, bajo la que puse a propósito un pie de foto que hacía creer que los conocía. ¿Sería peor borrarla ahora? Acepté la solicitud. De inmediato, Dwight le dio «Me gusta» a su foto.

Nuestra primera cita estuvo a punto de no tener lugar porque él escribió «quizá tengamos que posponer nuestro paseo» en su mensaje y no se dio cuenta de lo que daba a entender. Mientras que yo creía que me estaba dando largas, él se refería a que debíamos consultar la previsión del tiempo para

decidir si íbamos a un sitio interior o a uno exterior. Al final, fue un día cálido y nos vimos al aire libre.

Nos encontramos en Columbus Circle y me escoltó hasta Central Park. Era incómodo tener que adaptarme a su caminar, evitar que mi brazo rozara el suyo en su balanceo y tener que escucharlo en lugar de sumirme en mi trance habitual. Mi entorno se volvió una distracción, una periferia amenazante, algo que podía hacerme olvidar una palabra en mitad de una oración o conseguir que me perdiera mientras hablaba. Dwight me preguntó si sabía cómo se llamaba cierto árbol, porque tenía una aplicación que te lo decía, y apoyé una mano en el tronco porque *sí* lo sabía —teníamos algunos cerca de nuestra casa en Inglaterra—, pero, a pesar de tener la mano en él, no podía recordar su nombre.

Supongo que debido a la pedantería con la que le expliqué su falta de precisión en el mensaje de invitación, dijo que le asombraba bastante mi «carácter británico». Además, dedujo que era rara y me aseguró que él también lo era. El pseudocumplido sobrevoló con incomodidad los olores equinos, el hedor acre de la basura podrida por el calor y el panorama de los borrachos con chaquetas de invierno que estaban tumbados en la hierba alta y húmeda. No había elegido un lugar adecuado para hacerme un cumplido, y mucho menos esa versión híbrida, y no podía dejar de pensar en lo incómodos que debían de estar los borrachos, y me frustraba que no se quitaran los abrigos: era como observar a alguien que se queda dormido sentado y se despierta por momentos, pero se niega a ir a la cama. Por más que intentaba concentrarme en él, mi hábito de observación al caminar estaba demasiado enraizado en mí. Paseamos por todo el camino hasta el prado justo detrás o justo delante de una mujer de unos cincuenta años que era claramente anoréxica y llevaba un *walkman* que le rebotaba en la cadera; cuando no pensaba en lo extraño que era andar junto a Dwight, me preguntaba quién sería esa mujer y si nos estaba siguiendo.

—Es mi madre —confesó Dwight con toda naturalidad cuando la señalé

—. Es por si tengo una cita con una loca.

—¡Oh! —exclamé, y empecé a disculparme—: Bueno, de hecho...

—¡Es broma! Mi madre está en Utah.

—Ah, vale.

—Y no me dejaría tener citas.

Cuando no hacía bromas extrañas sobre su madre —hizo más de una—, en general me hablaba sobre su trabajo y su banda, Jettisoned Airplane, un dúo de música electrónica que había formado en marzo, inspirándose en la desaparición del avión que seguía sin aparecer. Dwight estaba indignado porque la tecnología moderna no pudiera encontrarlo; tanto era así que, cuando elogí el nombre de Jettisoned Airplane, puso mala cara. Su colaborador, Emile, lo había preferido a la opción favorita de Dwight, Black Box. El concepto de la banda despegó una noche que pasó con Emile discutiendo varias teorías y experimentando con diversos sonidos para acompañarlas. La música, sin embargo, no parecía traerle resolución alguna, y Dwight estaba ansioso por compartir todas sus teorías conmigo.

—¿Cómo puede un avión desaparecer sin más en estos tiempos? Cuando me despierto, en lo primero que pienso siempre es en el avión desaparecido.

En lugar de que ese interés en común me acercara a él o nos diera una plataforma de consiguiente intimidad, me sentí posesiva, por lo que me negué a admitir mi propio interés obsesivo en el caso.

—El océano es muy profundo —comenté.

—Si es que cayó al mar —replicó irritado, como si estuviera cansado de explicarlo, como si a él lo hubieran arrastrado de conferencia de prensa en conferencia de prensa frente a medios de todo el mundo—, pero entonces habría restos flotando, incluida la caja negra.

Debí de parecer ofendida.

—Lo siento —prosiguió en un tono más amable—. Es que los registros del vuelo, la caja negra, sólo emitieron una señal durante unos treinta días.

Me quita el sueño saber que esos bips fueron cada vez más débiles. Estoy tomando dosis dobles de zolpidem.

Mi principal interés en él radicaba en que se había criado y había vivido hasta hacía pocos años como mormón. Al principio no lo sabía y me parecía extraño. Luego, cuando lo supe, no podía distinguir entre la parte de él que era rara por ser estadounidense, la que era rara porque antes era mormón y la que era rara porque era un ser humano anormal que fingía ser el tipo de persona que Silvia creía que se estaba apoderando del mundo. Su ambición en la vida era trabajar en Apple para poder jugar a las bochas en el césped que rodeaba 1 Infinite Loop. Afirmó que ése era su plan desde que llegó a la ciudad y se acercó a Walter.

Dwight descubrió el sexo, las drogas, la música electrónica y los smartphones en la universidad. Los aceptó con el mismo entusiasmo con el que abandonó el mormonismo, aunque algunas de sus ideas seguían muy arraigadas en él, como jugar a las bochas. Se comportaba de la manera en que imaginaba que ciertos hombres jóvenes e inocentes se habían aventurado en el Viejo Oeste alguna vez: una tierra indómita lista para quien quisiera tomarla. Supongo que también fue bueno conmigo, en un principio al menos, así como fue bueno para enseñarme un estrato de la ciudad con el que hasta entonces no tenía contacto. Le gustaba la idea de cuidarme, aunque no tuviera la más mínima idea de qué era lo que estaba mal. Estaba «orientado hacia las soluciones». Creía firmemente que la tecnología era una fuerza de bien. Creo que me visualizaba como él era antes —un nativo de Utah que descubría la ciudad—, lo que supongo tenía algo de cierto, porque cuando me conoció yo pasaba el tiempo con señoras de la tercera edad.

Caminamos hasta el mirador del minúsculo castillo Belvedere y observamos unas tortugas de color café nadando en el lago verde que había abajo. Desde arriba se veía cómo sus aletas se movían por debajo de los caparzones. Luego encontramos un sitio en el césped en el que pudimos extender un mantel de pícnic. Me contó cosas sobre él que deberían hacerlo

parecer urbano, pero lograron justo lo contrario. Me dijo, por ejemplo, que le gustaba la música de Steve Reich, los museos de arte moderno y la poesía de la generación *beat*. Esas palabras salieron volando de su boca y regresaron como un bumerán a ella, sabiendo que no tenían otro destino que devolver la conversación a él. También explicó que «de verdad le gustaba interactuar con otras personas». Como no respondí de inmediato, lo repitió, así que le aseguré que lo creía.

No parecía pensar que lo creía lo suficiente. Un representante de Lululemon pasaba junto a cada grupo de personas que estaban haciendo un pícnic o tomando el sol y les anunciaba algo. Sentí que Dwight se retorció por dentro.

—Déjame demostrarte a qué me refiero —me pidió mientras se incorporaba de un salto.

—Está bien —contesté—. Creo que ya lo he entendido.

Interactuar con las personas, pensé al recordar una de las quejas de Silvia contra Susy, implica encontrar una forma de que ellas hagan lo que tú quieres. Lo vi correr hacia el hombre de Lululemon, saqué mi teléfono y navegué por las fotos de Instagram de Dwight, ya que, si las veía desde el principio, describirían su abrupta transformación de Chico Mormón a Hombre Tecnológico.

Diez minutos después, volvió trotando con las mejillas rojas y un brillo enloquecido en los ojos.

—Vamos a colaborar en algo. ¡Bum! Un taller con otras marcas.

Asentí como si fueran noticias increíbles.

—¡Bien hecho! —exclamé.

Era lo que me decía Silvia cuando completaba una tarea con particular eficiencia.

—¿Ves de lo que hablo? Me resulta natural.

—Sí. Naciste para ello.

Me di cuenta de que era sobre todo esa necesidad de interactuar con

extraños, y no el romance ni el buen tiempo, lo que lo había impulsado a llevarme al parque. Inflado por su demostración previa, chocó los puños con los siete niños vestidos con uniformes de baloncesto, con largos calcetines blancos y mochilas, que pasaban entre quienes tomaban el sol, estaban de pícnic o pedían donaciones. Después siguió el sonido de una trompeta en el aire e insistió en que nos trasladáramos más cerca de quien la tocaba. Me dijo que era muy sensible al sonido, que podía ser hipnotizado y atormentado por él en igual medida. Doblamos el mantel por la mitad y metimos casi todas las cosas en su interior, una maniobra que me hizo sentir como si fuéramos una pareja que hace la cama, aunque nunca hubiera tenido una relación así. A continuación, nos sentamos junto al trompetista y apoyé la cara en el suelo, justo fuera del mantel para que el césped me enfriara la mejilla y poder observar, a una corta distancia, cómo las abejas ascendían y descendían sobre el pasto, para que su lento y ondulante movimiento me relajara.

Dwight sacó sus tarjetas. Estudié la heráldica en ellas: CONSULTOR DE INNOVACIÓN. DESARROLLADOR DE *apps*. APICULTOR. La parte de atrás tenía un panel que imitaba la madera como en la camioneta en la que se suicida Lux Lisbon. Cuando se lo hice notar, sólo respondió «Esqueumorfismo», y guiñó un ojo como si fuéramos dos masones saludándonos.

Me gustaba que creyera, al menos al principio, que yo estaba al tanto de lo que fuera que él estaba al tanto. Supongo que lo pensaba porque había publicado una foto desde el lugar de la incubadora y había participado en la visita guiada. Le gustaba etiquetar de inmediato a la gente, aunque no de la misma manera que Nat. Él pensaba en la gente del modo en que había aprendido en sus clases de negocios y marketing digital. Las personas eran adoptantes tempranos o tardíos. Pregunté si había una categoría de *adoptados*, una especial para mí, pues le había comentado, cuando preguntó por mi relación con Nat, que era adoptada. Me di cuenta de que no entendió el chiste.

—Sí, supongo —respondió con gesto contemplativo, como si yo hubiera

dicho algo realmente profundo—. En el sentido de que algunas personas se resisten tanto al cambio en un principio, o son tan pasivas a él, pero luego sucumben, lo quieran o no, porque ni siquiera pueden pagar una multa sin un smartphone.

Tenía nombres para cada grupo demográfico. Si él estuviera contando esta historia, diría que tres generaciones —la Silenciosa, la X y la Y— chocaron entre sí cuando llegué a Nueva York, que para entonces ya no estaba en la edad de la inocencia, sino en una era de *conectividad*.

Era el día en que murió Maya Angelou. Después del pícnic caminamos de Central Park a un restaurante en Harlem donde Dwight decía que habían fotografiado a un expresidente y, en el trayecto, vimos la noticia en un letrero frente al Apollo. Dwight pensaba que era una cantante y, cuando lo corregí, contestó al instante:

—Las novelas nunca han sido mi rollo.

Tuve que hacer una pausa para asegurarme de que había dicho la palabra *rollo* y no había sido el efecto de su acento de Utah, pero sin duda dijo *rollo*.

—En realidad, lo que quiero hacer ahora es estudiar otro grado de *pensamiento*.

Solía tomar esos desvíos: se alejaba de cualquier cosa que no conociera y se movía a territorios en los que se sentía más seguro. Me advirtió que era defensor del *nuevo pensamiento*. Por ejemplo, le gustaba la cerveza coreana y algunas cosas que tenían una base de fibra de carbono. No podía dejar de pensar que Silvia, bastión de aquella Generación Silenciosa previa a los *baby boomers*, se sentiría decepcionada. Le dije que el suyo era un *nuevo* Nueva York para mí y se mostró satisfecho. Luego nos besamos por primera vez. «Esto —recuerdo haber pensado— parece una manzana aplastada.»

Después fuimos a un bar con músicos de jazz. Intenté sentarme a la esquina de una mesa, pero la gente de la otra esquina me dijo que no había sitio.

—¡No hay sitio! —gritaron cuando me vieron venir, a pesar de que sí lo

había.

Las mesas estaban cubiertas con manteles de papel y delante de ellas, en sillas de plástico plegables, se sentaban hombres con gorras de béisbol y boinas. Bebimos de botellas de alcohol en miniatura que provenían, supuse, del minibar de un hotel o de un avión. Pensé que ése sería el final de la cita, pero después del bar fuimos a un club. Algunos de los amigos de Dwight estaban allí, y él parecía más ansioso por lucirme frente a sus amistades que por hablar conmigo. Oí que le decía a uno que, aunque yo no era su tipo, intentaba probar algo *nuevo*, como siempre. No pude determinar si su presencia allí estaba planeada o no. Aún no sabía lo fácil que era encontrarse con alguien en Nueva York porque todavía no tenía a nadie a quien encontrarme que no fuera un fantasma. Emile, que tenía cabeza de patata, el *colaborador musical* de Dwight, llegó y me resultó repulsivo.

—Me gusta provocar —afirmó—. Digo cosas como «Los hombres son menos inteligentes que las mujeres» o «Los negros son más inteligentes que los blancos» sólo para iniciar una discusión. ¿Lo ves?

¿Si lo veía? No pude dejar de pensar en su comentario cuando esa noche perdí mi virginidad, o al menos hasta tres cuartos del camino, cuando Dwight sugirió:

—Si es tu primera vez, tal vez quieras guardar silencio para que puedas oír el ruido que hace mi polla.

Después de eso, no pude pensar en otra cosa.

De todas formas, no proferí sonido alguno, y a nuestro alrededor se hizo un silencio hueco después de que él intentara asegurarse de que el tono de mi respiración fuera lo bastante fuerte, a partir de lo cual hubo silencio absoluto en la habitación, salvo por los extraños ruidos de succión que escuché obedientemente mientras él hacía movimientos exagerados en forma de «L».

No puedo recordar cómo terminó. Sentí como si en un primer momento estuviera encima de mí y al siguiente me pasara su móvil mientras se tumbaba a mi lado y me pedía que leyera no sé qué sobre Edward Snowden,

Israel o lo que mierdas fuera, y yo fingí que lo leía, pero no lo hice. Me dio una camiseta para usar en la cama en la que se leía: SI LA VIDA TE DA LIMONES, PREGÚNTALE: ¿QUÉ COÑO SE SUPONE QUE DEBO HACER CON TODOS ESTOS LIMONES?

Por la mañana me di cuenta de que se reía con demasiada facilidad. Se reía cuando decía cosas como «El café está muy caliente». Se reía sin consideración cuando alguien le preguntaba por teléfono cómo estaba. Después me molestaría aún más, pues era imposible hacer que Mizuko se riera. En las pocas ocasiones en las que lo logré solía ser por accidente y por razones que me parecían un misterio. Cuando me preguntó cómo conocí a Dwight, por ejemplo, le conté que lo conocí en Roosevelt Island, en una visita guiada al nuevo campus de Cornell Tech, y que tuvimos una cita en un lugar llamado Red Rooster, en el American Legion Bar y en un club de nombre Shrine. Y eso era, por alguna razón, hilarante. Tanto era así que yo también intentaba reírme, «ja, ja, ja», en un tono grave y fuerte. Eso la hacía reír todavía más. Entonces yo también comenzaba a reír de verdad, fascinada y ansiosa al mismo tiempo.

No me importaba acostarme con él. Todo el tiempo que pasé en la universidad sin acostarme con alguien hizo que se volviera cada vez más difícil. Era como pasar demasiado tiempo en un trampolín muy alto, hasta que por fin, en un acto de ignominia, debes salir por donde has subido para llegar allí. En nuestra segunda cita, me explicó que había una *app* increíble dirigida a tríos para la que había desarrollado una estrategia de marca relacionada con el nombre y el posicionamiento. Se llamaba TriMe. Era un sugerente juego de palabras —¿lo entendía?— con la connotación de «tres» y la evocación de un ático en Tribeca. Le dije que lo entendía. Quería que lo acompañara a la fiesta de presentación esa noche, pero le dije que debía regresar porque Silvia tenía una cita. Me aseguró que todo el mundo en Nueva York estaría allí y que después todo el mundo estaría usando la *app*. Ochenta mil personas se habían inscrito incluso antes de que fuera

presentada. Me aseguró que haría por los tríos lo que Uber había hecho por los taxis.

—¿Cómo funciona?

—Conecta con tus amigos de Facebook y sus amigos, como todas las otras *apps* de citas, pero puedes usar un nombre inventado, no tienes que usar el real, y hay un modo que te oculta de tus amigos y familiares que lo usan.

—Pero, quiero decir, ¿cómo *funciona*? ¿Qué haces?

—¿No has... —se quedó boquiabierto, con el bolo alimenticio en la lengua—
—usado Tinder?

—No. —Agité la mano en el aire—. He oído hablar de ella, obviamente.

—Es casi lo mismo que Tinder. Para decir «Sí» o «No», deslizas el dedo por encima de las parejas o las personas, según lo que busques. —Lo dijo como si le estuviera explicando el funcionamiento del correo electrónico a una anciana—. Y puedes contactar con gente que tiene la misma fantasía que tú.

—¿Y cómo sabes cuál es su fantasía?

—Lo dice *ahí* —contestó con impaciencia—. Ahí mismo, en su perfil. Puedes saber más cuando empezáis a intercambiar mensajes. Ya verás los anuncios. Están en todas partes en el metro.

Sacudí la cabeza. Todavía iba andando a donde pudiera. El mapa del metro me intimidaba mucho más que la cuadrícula.

—Queremos que la gente esté sentada en el metro viendo todas las caras y piense con quién tendría un *match* y con quién podría tener un trío.

—Entonces ¿se trata de que conseguir un trío sea tan fácil como conseguir un taxi?

Resopló con fuerza, como si mi comentario fuera realmente tonto, y obvió por completo los matices de la propuesta.

—¿Alguna vez has intentado organizar un trío en la vida real?

Negué con la cabeza. Sólo los había visto en películas porno, pero parecían ocurrir sin tanta burocracia, de la misma manera en que toda la

pornografía se saltaba las minucias del sexo que deberían suceder en la vida real, como los condones y los besos.

—¿Qué se supone que debes hacer? ¿Acercarte a alguna pareja en un bar y decirles: «Ah, ¡hola! No os conozco y no me conocéis. ¿Os apetece hacer un trío?»?»?

Una de sus risas fáciles.

Un camarero apareció para tomarnos el pedido. Me di cuenta de que Dwight decía «¿Podría probar...?» en vez de «Quiero...», y cada vez que lo hacía se me tensaban los glúteos.

—¿Podría probar el Tazón Equilibrado? Gracias. O sea... —me dijo, retomando nuestra conversación—, ¿tienes idea de lo jodidamente raro que sería eso?

Comenzó a doblarse de risa.

En general, las cosas mejoraron durante un tiempo después de que conociera a Dwight. Me parecía un progreso de algún tipo, como si me estuviera acercando a algo. Me daba mucho material y muchos «Me gusta» en Instagram. Le gustaba todo lo que yo hacía y me exigía lo mismo cuando olvidaba hacerlo para él. A veces, mientras él estaba en el trabajo, hacía pequeños *collages* de las cosas que habíamos hecho y las publicaba como había visto que hacían otras personas, y luego todos sus amigos indicaban que les gustaba, de forma que nuestra relación era aprobada en comisión. Los *collages* eran tal vez la versión moderna de los bordados románticos.

Pensé en ese extraño nuevo pasatiempo cuando fuimos a una exposición de colchas. Fue en la Sociedad Histórica de Nueva York. Íbamos a muchas exposiciones juntos: Dwight creía que eran esenciales para su desarrollo personal. Durante el tiempo en el que salimos fuimos a exposiciones sobre el renacimiento de Harlem, una de perlas, otra sobre *shunga* en el Museo Metropolitano y la de las colchas. Siempre tenía toda clase de planes, excursiones e itinerarios; reservaba entradas para todo con una aplicación que sugería cosas basándose en aquello que *ya* te gustaba, de lo cual yo insinué

que, a pesar de su incansable compromiso con la novedad, no contaba como algo nuevo.

Hice como tres mil fotos, de las cuales sólo publicaba cinco al día. Cada vez que sacaba el teléfono era como jugar en una máquina tragaperras. En mi diario compilé listas de las personas con las que nos veíamos, compartíamos taxi o íbamos a tomar algo, y hacía diagramas de dónde se sentaban y de lo que comíamos en restaurantes. Ahora nada de eso parece importante, pero en aquel momento pensaba que había descifrado Nueva York. Olvidé los contenidos de las tres cajas que me había dado Silvia y que ahora uso como mueble para una lamparilla de noche. Comencé a seguir a la gente que conocía —los amigos de Dwight, Emile, dos chicas con las que solía intercambiar mensajes con frecuencia, unas gemelas idénticas rubias de nombre Hatta y Hae—, e incluso a aquellos que, a pesar de no conocerlos, solían indicar que les gustaban mis fotos con Dwight, de tal modo que mi público creció bastante. Me mantenía a flote; tragaba y escupía, pataleaba y me ahogaba un poco, pero me movía.

«Alice Hare —imaginaba que decía gente a la que no conocía— está viviendo en Nueva York y sin duda *ya no* es virgen; tiene un novio que trabaja en la industria de la tecnología y sale con jóvenes tatuados que toman bebidas negras cuyo ingrediente activo es el carbón.»

Sólo comíamos en restaurantes y bares nuevos, dado el insaciable apetito de Dwight por las experiencias nuevas. Siempre hablaba de ellas desde la perspectiva del *usuario*, y el principal criterio para una buena o una mala experiencia de usuario parecía ser su sensibilidad al ruido. En algunos restaurantes debía especificar que *no* quería que le sirvieran la comida en una bandeja. Una vez le pareció que el rechinar de una puerta era tan insoportable en un lugar en el que almorzábamos que cogió el aceite de oliva y la lubricó. Incluso fuera de Jettisoned Airplane, como consultor de innovación, le pedían que dijera nombres de marcas dada su agudeza auditiva y tenía una habilidad particular para los *portmanteaux*.

—La palabra *portmanteau* proviene del libro de Lewis Carroll *Alicia a través del espejo* —me explicó—, cuando Alicia discute sobre el lenguaje con Humpty Dumpty. En un principio describía una maleta con dos mitades. —Pensé en mi maleta desbordada en mi cuarto e hice a un lado el recuerdo de Susy—. Ahora significa la forma en que las palabras pueden mezclarse en lugar de conjuntarse.

Asentí. Para él, todo en el mundo podía estar sujeto a un *portmanteau*: las personas, los lugares, el tiempo y el espacio. Le gustaba que las cosas separadas convergieran así, con fluidez.

Hoy pensé en él, cuando encontraron un pedazo del avión desaparecido. Un *flaperon*¹ (otro *portmanteau*) lleno de algas apareció en la costa de Reunión. Luego, por supuesto, pensé en ella.

Dwight jamás dijo de manera oficial que yo fuera su novia. Decía que no le gustaba definir esas cosas, lo cual era para él, de entre toda la gente, algo absurdo. Tan sólo unas horas antes, cuando le pedí que repitiera una palabra que había usado para describir algo, me informó de que SESC significaba «siempre encendido, siempre conectado», unas siglas que describían a un grupo demográfico que esperaba una comunicación perfecta entre el trabajo y el hogar. Tenía un nombre para todo.

Por más que estar con Mizuko me haya hecho ver ese período con desprecio, en el momento era bastante genial. Puede ser sexy que alguien descargue cosas para ti todo el tiempo, que te cuide, que divida la cuenta para ti con una *app* llamada Codi (*come + divide = codi*) para que no tengas siquiera que pensar en cómo *codir*, y luego pida un taxi y encuentre un bar (*baxi*), y de ese modo sólo tengas que deslizarte hasta la siguiente cosa y la que viene después.

Pero quería que eso que teníamos tuviera un nombre, para poder delimitar la transición entre quien fui antes y quien era ahora, y no quería que fuera un *portmanteau* de los dos. Intenté explicárselo cuando fuimos a la exposición de *shunga*. Sin hacer un comentario directo al respecto, me dijo que ya no era

mormón, que le gustaba ser *muy libre*. Lo dijo como si fuera una palabra extranjera, tal vez italiana, cuyo significado yo no conocía. Dijo que le gustaba ir a Burning Man («¿Lo ves?») y a una noche llamada «Kinky Salon» cuando estaba en el valle. En general, dijo, era fanático de la expresión libre radical y no quería estar atado a nada ni a nadie. Afirmó con seguridad que recibía esas mismas vibraciones de mí.

Aunque yo era la aficionada a Japón, fue él quien sugirió que fuéramos a la exposición de *shunga*. Su móvil le enviaba alertas con frecuencia cuando algo que era su «rollo» tenía lugar en la ciudad, además de que habíamos ido a varios restaurantes de comida japonesa hacía poco. *Shunga* son imágenes eróticas muy explícitas, eso ya lo sabía. Pasamos frente a la explicación introductoria en la pared. Las escenas que íbamos a ver presentaban a mujeres de rostros astutos en todo tipo de «duplicidades», adúlteras, «núbiles ingenuas», contorsiones fantásticas como si las figuras fueran invertebradas, «vírgenes en la nieve», esposas despechadas armadas con bolas de nieve y listas para lanzarlas, un pulpo de *cunnilingus*, un vendedor que mantenía sexo con seis mujeres, monjas calvas en maletas, «noches tórridas bajo mosquiteras», diferencias de edad evidentes y a veces alarmantes y «orgías salvajes durante el *hanami*». Éramos los más jóvenes y circulábamos detrás de un escandalizado grupo de gente del sur que juraba que jamás regresaría al Metropolitano, y hombres con audioguías que eran demasiado mayores para conocer las bondades de la pornografía en internet.

Shunga se traduce como «imágenes de primavera». Fueron en su mayoría creadas durante el aislamiento de Japón del resto del mundo, cuando nadie salvo los holandeses podía entrar en el país, y sólo podían llegar a comerciar a una isla artificial, a la cual llevaban noticias de los avances occidentales en tecnología y medicina. A los japoneses tampoco se les permitía salir. Así era, entonces, como entendía yo las imágenes: fantasías de penetración, de rompimiento de barreras, cuerpos superpuestos. Mizuko habría estado en desacuerdo. Después, cuando estaba con ella, debía guardarme todas mis

proyecciones orientalistas. A veces me decía de manera juguetona con una voz que sonaba dulce y tersa que tenía una fijación con Japón, pero otras veces lo decía como si en realidad yo estuviera *enferma*. No puedo recordar la exposición de *shunga* ni escribir sobre ella sin pensar en Mizuko. A pesar de que no estaba allí con nosotros, aunque yo no sabía aún de su existencia, siento como si hubiera estado, una presencia espectral que nos observaba desde la oscuridad, entre los focos que iluminaban cada aparador.

En Japón, lo erótico no es azul, sino *pinkku*, rosa. Supongo que es por eso por lo que se llaman imágenes de primavera, por las flores. El rosa también es la combinación del rojo y el blanco, los dos colores que en el sintoísmo representan al hombre y a la mujer. En Occidente, el rosa es más bien para niñas pequeñas y lesbianas. Para mí, es Mizuko y Nueva York.

Mientras recorríamos la exposición, Dwight me informó de que mi respiración era demasiado pesada y de que había dudado de cuándo decírmelo.

—No pasa nada —me tranquilizó al verme avergonzada—. Todos tenemos nuestras cosas.

—¿Nuestros *rollos*? —pregunté, pero ya se había vuelto para examinar un dibujo de un enorme pene erecto.

Me alejé mientras contenía la respiración.

Mizuko fue una de los miles de adoptantes tempranos que se inscribieron a la *app* de Dwight antes de su lanzamiento. Es, o era, quién sabe, lo que Dwight llamaba *libre*. Era la clase de mujer que él admiraba y, sin embargo, era mil veces más refinada en su liberación de lo que él podría haber apreciado. Tenía, por ejemplo, una fijación con el llanto. Tiene un nombre: *dacrifilia*. A Mizuko le gustaba ver a la gente llorar y reconfortarla. No era una cosa sádica, en realidad; ella no ejercía ningún tipo de castigo físico. Era más bien algo «bonito». Hacía que la gente hablara de cosas tristes que le habían sucedido. No quería que el llanto pareciera poco auténtico. No quería que la persona se hiciera la víctima, eso no le funcionaba. Para excitarse de

verdad, tenía que saber que las personas estaban en un estado emocional de algún tipo. Solía hacer fotografías de quien lloraba. Tenía una cámara Fujifilm Instax Mini 8. Una vez agregó a su colección una foto en la que aparecía yo llorando, y que registró un momento en el que yo era la más feliz, pues le estaba proporcionando placer.

Mizuko rara vez lloraba, salvo por Rupert Hunter, quien la hacía llorar todo el tiempo. Con todo lo demás, la tristeza la endurecía, la volvía impenetrable. Dios, cuando escribo sobre ella, cada palabra hace lo mismo: se convierte en una provocación. Quiero decir que ella amenazaba con desaparecer en un monasterio en la montaña antes que llorar. Decía cosas ominosas, como que estaba estancada o que quería irse de Nueva York. Una vez dijo que la ciudad era egoísta y que escribir también lo era. A veces, si estaba realmente triste, pataleaba contra el suelo y recitaba un poema de Kenji Miyazawa, y se enardecía con los versos finales:

*cuando haya sequía, derramaré lágrimas de compasión
cuando en verano haga frío, caminaré decepcionado
seré llamado nadie por todos
sin que se me alabe
sin que se me culpe
en esa persona
quiero convertirme*

Eso solía pasar si bebía. Empezaba a decir que su vida no tenía sentido y que era una pésima escritora y, para el amanecer, se convencía otra vez de que era un genio.

Mizuko sabía que escribir era su vocación, y eso sin duda me fascinaba, pues pasé mucho tiempo discutiendo vocaciones con Dwight y a él parecía molestarle profundamente que no supiera cuál era la mía.

—No te va a llegar la inspiración por sí sola si no te esfuerzas —me advirtió mientras caminábamos de regreso a casa de Silvia después de la

exposición de *shunga*—. Tienes que buscarla de forma activa, no te va a encontrar.

Eso me parecía contradictorio con su filosofía de que todo debía centrarse en el usuario: tu futuro tendría que dirigirse directo a ti, o comportarse como un vehículo autónomo.

Estaba a punto de decírselo, pero en ese preciso momento una mujer cruzó la calle y se dirigió hacia mí. Se quitó el auricular que llevaba conectado a su móvil y metió la pajita en su *frappuccino*, con un ruido que hizo que Dwight se estremeciera.

—Hola. ¿Podrías dedicarme un segundo? —me preguntó.

—Vale —respondí con incertidumbre, y me volví para mirar a Dwight.

—Es que estoy recibiendo unas *vibraciones* muy fuertes de ti. —Lo dijo como si yo quisiera saber si tenía poderes mágicos. Dwight se interpuso, como para bloquear las vibraciones, pero ella lo rodeó—. He tenido que cruzar la calle para decírtelo. Ten, toma mi tarjeta.

La cogí antes de que Dwight lo hiciera. Parecía creer que todos los extraños le pertenecían sólo a él.

Cuando llegué a casa, tampoco le mostré la tarjeta a Silvia. Ella creía con seguridad en su poder para ver el futuro, pero no creía en el de nadie más. Era capaz de predecir qué película pondrían en TCM cada tarde. Cuando llegué a casa ese día me dijo:

—*My Fair Lady* por la noche porque han echado *Lo que el viento se llevó* por la tarde. Cecil Beaton —agregó con sabiduría— diseñó el vestuario de Ascot en blanco y negro porque el rey acababa de morir y la corte debía guardar luto durante seis meses. ¿Quién más te daría información así, eh?

Siguió hablando mientras me quitaba los zapatos y me sentaba en la alfombra junto al sofá.

—He ido a una exposición —le conté, consciente de que era el tipo de cosas que quería que hiciera.

—¿Dónde?

—En la Sociedad Histórica de Nueva York.

—¿Te has llevado mi carnet de socio?

—Sí —contesté—, pero está caducado. No te preocupes, llevaba dinero.

—¿Qué has visto?

—Colchas.

—¿Con el de las abejas?

—Dwight.

—¿Dwight?

Asentí.

Dio unos golpecitos a su vaso para pedirme que lo rellenara.

—Garganta seca.

Cuando regresé con el vodka, Silvia estaba viendo una repetición de la entrega de los Premios Tony. Una vez que le dio el primer trago, habló como en una ráfaga, como si hubiera estado esperando a sacar sus palabras.

—Hoy en día hay tantas *condiciones*... —Movié un dedo hacia la televisión—. Lesbianas, gais, bisexuales... Y tienen muchas iniciales; demasiadas, a decir verdad.

—¿LGTB?

—Q —agregó, amenazando todavía a la pantalla—. Así se llama ese grupo activista.

—Vale. Estaré al tanto.

Silvia tenía una cita a las seis de la tarde. Era en el consultorio sobre el East River al que iba, donde hacían imágenes médicas y siempre había mucho ruido causado por las resonancias magnéticas. Esa vez estuvimos en la sala de espera hasta las nueve. Siempre que estábamos en una sala de espera era porque su cita se había retrasado, así que yo terminaba de leerle un artículo mientras ella reclinaba su cabeza del tamaño de un guisante y decía: «Debería haber traído *Guerra y paz*».

Pero esa vez no lo dijo. No parecía en absoluto frustrada con la espera. En cambio, parecía retraída, se encogía en su silla y se envolvía en su abrigo de

lana. Cerró los ojos como si intentara recuperar algo enterrado en el pasado o aprehender algo que venía hacia nosotras desde el futuro.

Cuando las enfermeras por fin la llamaron, me ofrecí a entrar con ella.

—No —dijo con más firmeza de la que jamás le había oído.

Mientras la esperaba bajo el aire acondicionado polar, el zumbido de la maquinaria invisible se volvió cada vez más fuerte. Tal vez era porque la sala de espera se había vaciado y sólo estábamos allí para absorberlo yo y la mujer de detrás del mostrador. Me dieron unos formularios para rellenarlos en nombre de Silvia. Ya me había acostumbrado a ellos y me sabía de memoria su información médica y personal: cero prótesis, cero implantes dentales magnéticos, no diabética. El ominoso rumiar de las máquinas se volvió imposible de ignorar. De repente, tuve la sensación de que, al firmar con su nombre, al suplantarla, estaba a punto de expulsarla de este mundo y de enviarla a otro lugar en donde sería incapaz de encontrarla.

De vuelta en casa, no quiso ver *My Fair Lady* y me pidió que cerrara la puerta de su estudio.

Me levanté de madrugada porque oí un ruido. Fui a investigar y encontré a Silvia de pie en el oscuro pasillo, dándome la espalda, arrastrándose dolorosamente hacia la cocina. Tuve uno de esos *flashes* (y la clara sensación de una frase bien trillada). El nombre de un juego al que siempre jugaba con mi madre, aunque ella casi no lo supiera, y cuyo sonido real nunca había imaginado: «El escondite inglés».

Volví a la cama, pero luego la oí hablando por teléfono:

—Lamento ser tan insistente... —Me incorporé de inmediato—. Pero estoy tan indefensa aquí y vosotros parecéis tan reacios a mandar a alguien...

«Estoy aquí —pensé—. Ya voy.»

Abrí la puerta sin llamar. Sus ojos no se encontraron con los míos, pero no me dio ninguna indicación de que no deseara mi presencia, así que me senté en el suelo junto a ella. Sólo llevaba puesta la camiseta de Dwight de los limones y mi ropa interior. La alfombra me picaba en las piernas, que doblé al estilo indio. Me di cuenta de que estaban resacas, tal vez por la insistencia de Silvia de mantener encendida la calefacción sin importar la temperatura que hiciese en el exterior.

Se quedó callada y dejó que el teléfono se deslizara a su lado.

—¿Va todo bien?

—Él no es muy hábil.

—¿Por qué?

—Él no es muy hábil —repitió.

—Pero ¿por qué?

—Tuve que esperar mientras limpiaba el café que se había echado por encima. Y nadie va a venir.

—¿A qué te refieres?

Silvia me tendió un frasco anaranjado —unas pastillas que no había visto antes— y me dio instrucciones:

—Ni molidas ni disueltas, sino bien picadas.

Las piqué en una tabla en la cocina como si fueran zanahorias. Se me pasó

por la cabeza que, si algo le sucedía, no sabría qué hacer. No había instrucciones para eso.

Había una radio en la cocina. Parecía como si los controles hubieran tenido sentido alguna vez para alguien y esa persona hubiera desaparecido o muerto, y luego alguien más la hubiera estropeado y ahora ya no tuviera sentido para nadie. Al parecer, nunca estaba apagada, sino sólo sintonizada de tal manera que permanecía taciturna, recelosa y en silencio. Ninguno de los botones daba la impresión de señalar ninguna diferencia, pero cada tanto cobraba vida por capricho propio. Mientras picaba las pastillas, se encendió. Gimió y farfulló sonidos distorsionados, como si algo estuviera al revés, y luego me hablaron directamente unas voces espectrales —como la apertura de un portal a un mundo nuevo— que desaparecieron casi al instante en las interferencias. Estaba segura de que había oído mi nombre. Presioné el botón de apagado con fuerza y lo seguí apretando hasta que el ruido cesó. Me sacudí la sensación con violentos movimientos del cuello. Le llevé las pastillas picadas a Silvia, que se había quedado dormida. Las dejé sobre un pedazo de papel, dibujé un círculo a su alrededor, escribí la hora, las 3.40, y luego regresé a la cama.

Volví a despertar una hora después sabiendo que algo andaba mal. Lo supe antes de saber dónde estaba. Mi portátil se cargaba en la oscuridad como un faro. Había tenido una pesadilla en la que la alfombra de mi habitación en Inglaterra estaba llena de pedazos de cristal. Para cruzar el cuarto, cosa que en el sueño debía hacer una y otra vez, tenía que inclinar la cabeza a un lado y a otro para ver el brillo de la luz en los cristales y que así me revelaran el camino. Al ajustar mi ruta para evitar los que se mostraban en señal de advertencia, pisaba otros sin darme cuenta. En el sueño, me sentaba en mi vieja cama, giraba la planta de cada pie hacia mí y veía que la piel estaba abultada, a la inversa de los pliegues normales de la carne. La piel parecía resellada. Tenía que exprimir cada bulto y dejar que el cristal saliera hasta que tanto mi cama como la alfombra quedaban cubiertas de sangre.

Fuera del sueño, me moví con mucha cautela por la habitación e intenté oír algún sonido que viniera del estudio de Silvia. Creí oír un gemido. Llamé a la puerta y no obtuve respuesta. A veces eso sólo significaba que tenía la garganta demasiado seca para contestar, pero cuando abrí, no estaba en el sofá. Luego oí un quejido en el baño de Rex.

Silvia estaba en el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Intentaba ponerme un enema —balbuceó—. Pero el brazo no me responde.

No sabía lo que era un enema, pero parecía una experiencia bastante personal. Silvia me instruyó desde el suelo para encontrar el último paquete de enemas que quedaba tras sus intentos fallidos y un par de guantes sin látex. Me miró con una expresión que era tanto de temor como de timidez, pero luego su rostro se libró de esas preocupaciones secundarias y volvió a un sufrimiento sobrecogedor.

—Siento que voy a explotar —afirmó—. Haz algo.

Su voz era débil y gangosa, y me alarmó ver una especie de costra blanca en las comisuras de sus labios. En la frente tenía una capa de sudor a la que se le pegaba el cabello húmedo. Su piel era de un amarillo preocupante, y los huesos de las sienes la estiraban como cuero.

—Perdón por pedírtelo —repetía una y otra vez—. Lo siento mucho —se disculpaba con una mirada suplicante—. Lo siento tanto, tanto, tanto...

—¿Qué te dijo el médico?

Sólo pudo gruñir.

—¿Estás segura de que no quieres ir al hospital?

—No quiero —gimió—. No puedo. Tengo que esperar una eternidad. No...

—No es que no quiera hacerlo —dije—. Me preocupa que necesitemos ayuda, ayuda profesional.

Otra ráfaga de dolor le cerró los ojos y la hizo gritar, así que me quedé en

silencio.

Terminé por ponerle dos enemas, ninguno de los cuales la alivió en absoluto. Estaba tumbada de lado, pálida y desnuda salvo por las pantuflas, conmigo en cuclillas a su lado, intentando ser lo más atenta posible. Durante el segundo enema, pensé que señalaba la leyenda de la tonta camiseta de Dwight, pero estaba mirando mi pie, una marca de una ampolla que era ahora una cicatriz. Tenía decenas de ellas por caminar tanto.

—¡Ay, Alice! ¿Te has hecho daño en el pie?

—Estoy bien —le aseguré casi con una sonrisa, dadas la pregunta y las circunstancias—. Estoy bien.

Nunca antes me había sentido responsable de la vida de otro ser humano. Me sentí joven, poderosa e ingenua. Me pregunté si sería el momento adecuado para decirle que la quería. Había un olor enfermizo a flores marchitas y a agua estancada. Decidí no hacerlo. Jadeó mientras yo apretaba con más fuerza. La alfombra de baño debajo de ella se volvió un poco amarilla. La luz del día comenzó a filtrarse por las persianas y nos desnudó.

La tumbé sobre el sofá de su estudio. Insistió en que le diera una segunda tanda de pastillas para dormir, que terminaron por dejarla K.O. durante una hora, mientras yo me quedaba sentada a su lado para monitorizar su respiración con el teléfono inalámbrico en las manos. Cuando volvió en sí, el dolor empeoró.

—Creo que deberíamos llamar a uno de tus médicos, o a emergencias.

Asintió cuando dije «médicos» y negó con la cabeza de inmediato al oír «emergencias».

Conseguí su agenda de piel negra y encontré los nombres de los doctores a los que más veíamos: Griffin, su médico de cabecera, y McKurtle, quien parecía enfocarse en el cáncer y cuyas opiniones Griffin solía desechar, pero que era el más comprensivo de los dos. Decidí llamar primero a McKurtle. Pensé que su voz me tranquilizaría, mientras que Griffin podría gritarme, pero una terca recepcionista dijo que estaba con un paciente, así que llamé a

Griffin, quien me indicó que la subiera a un taxi y que él la atendería de inmediato. Apenas podía ponerse de pie y, una vez que lo logró, cada movimiento le llevó una eternidad, como si hubiera algo pegajoso en el aire. La sensación de viscosidad —como si navegáramos por saliva— sólo la alivió la velocidad del ascensor. Silvia siguió recitando la palabra *perdón* una y otra vez durante el trayecto al consultorio, hasta que ya no pudo emitir más sonidos y continuó repitiéndolos sólo con los labios.

Aguardé fuera mientras Griffin la examinaba. Su sala de espera estaba llena de marcos con fotografías de sus viajes a Vietnam y a Camboya. Eran primeros planos de flores exóticas y hierba, templos y campos. Recordé lo que el funcionario de la aduana me había dicho sobre la dieta de los camboyanos. Aquella época me parecía irreal ahora, pero estar sentada en el consultorio, siendo la única acompañante de Silvia, no parecía más real que eso. Me prometí que le diría cuánto la quería cuando saliera.

Esperé. Me llegaban pensamientos como garras de ave afiladas que se me aferraban de forma repentina y luego se soltaban y desaparecían. Sacar el teléfono iba en contra de las reglas del consultorio, escritas en letra pequeña sobre unas tarjetas grises, así que hojeé las dos ediciones del bestseller del doctor Griffin sobre cálculos renales. La densidad del aire seguía ahí. Todos se movían muy despacio. La indolencia con que la recepcionista, la enfermera y el médico actuaron ante la crisis me hizo sentir como si yo fuera la única despierta o la única que no lo estaba.

Griffin quería que fuéramos al hospital; sospechaba que Silvia tenía apendicitis. Dijo que no tenía sentido llamar una ambulancia porque un taxi sería más rápido.

—Pero no puede caminar —advertí—. ¿Cómo se supone que debo meterla en un taxi?

Pensé en los baches, en el tráfico. El rostro de Silvia estaba apagado. El sudor le corría por el cuello y empañaba su collar rosado.

—¿Qué digo cuando lleguemos allí?

Ésta fue la nota que me dio Griffin en un elegante papel con su nombre en la parte superior:

Silvia Weiss. Posible apendicitis. Complicado.

A continuación, un garabato que no pude descifrar.

Por favor, llamen. Requiere tomografía de inmediato.

En mi tercer intento, logré convencer al chófer de un taxi de que me esperara lo suficiente para explicarle que era cuestión de vida o muerte —pero nada infeccioso—, y que necesitaba que se metiera en la calle en cuya esquina nos encontraríamos para subir a una anciana. Silvia se agachó para entrar mientras yo me quedaba parada allí, sin saber cómo ayudar y con temor de tocarla. La enfermera de Griffin chasqueó la lengua con desaprobación ante mi ineptitud. Silvia, que tal vez también dudaba de mí, o intentaba demostrarme que estaba bien, le dio una dirección al chófer.

—¿No es ésa la dirección a la que fuimos anoche? —pregunté al reconocerla.

—Es a donde tengo que ir, ¿no es así?

Sudaba y se le saltaban las lágrimas. Yo también sentí que el sudor me corría por detrás de las rodillas. No pensaba que ése fuera el lugar al que teníamos que ir. Creía que Griffin quería que fuéramos a otro sitio, un hospital, pero no sabía dónde estaba, así que esperé no recordar bien la dirección del consultorio de la noche anterior y que estuviéramos yendo a un hospital, porque después de un tiempo los números y las avenidas se disolvían en una misma mancha. Confié en que Silvia tuviera razón, porque de otra forma sería culpa mía por no intervenir. No lo hice porque no deseaba equivocarme.

Si me equivocaba, no quería ser culpable de lo que le sucediera por perder el tiempo.

El taxi se internó en el callejón que llegaba a la orilla del río en la que

estaba el consultorio con el ruido de las máquinas de la noche anterior. Me dije que debía de haberme equivocado sobre el hospital.

—Si es apendicitis —dijo Silvia febril mientras el chófer contaba el dinero y yo intentaba despegar las piernas del asiento para salir—, me puedo ir en cualquier momento, ¿verdad?

—Sí. Bueno, no. No lo sé.

Sabía que podía averiguarlo si encendía el *roaming* en mi teléfono, pero no parecía buena idea descubrirlo. La llevé al consultorio, moviendo su viejo cuerpo como si fuera una parte dormida del mío, y le mostré a la recepcionista de turno la nota que me había dado Griffin.

—No creo que podamos hacer nada al respecto —respondió—. ¿Tiene cita para hoy?

—Llame a Griffin —indicó Silvia a través de la saliva que se le acumulaba en la boca; la petición desaparecía como espuma en la distancia que tenía que recorrer entre ella y la recepcionista.

La vimos hablar por el auricular.

—Sí —asintió, y sonrió de esa forma tan americana e hipócrita—. No deberían estar aquí, sino allí.

—¿Dónde? —pregunté mientras sostenía a Silvia de una axila.

—En el Hospital Presbiteriano de Nueva York.

Pasamos por el tortuoso proceso de salir de nuevo del consultorio, usando la puerta lateral en lugar de la giratoria, con la que Silvia no podía. En el siguiente taxi, la suspensión estaba peor y el chófer venía enfadado. Intenté mantenerla en su asiento mientras nos sacudíamos.

—He cometido un error —afirmó como si quisiera confesar algo.

El coche se había detenido. Sus ojos comenzaron a moverse por el interior.

—Ahora moriré esperando.

—Eso no es cierto —la tranquilicé—. No ha sido culpa tuya, sino de Griffin. No ha sido claro.

Cuando no respondió, me pregunté si sería ése el error al que se refería.

Al llegar al pabellón de urgencias me imaginé que alguien atendería la nuestra, pero en vez de eso nos encontramos con unos vigilantes armados y una mujer con una libreta, quien me interrogó como si yo estuviera a punto de cometer un acto criminal a menos que ella pudiera impedirlo.

—¿Cuál es su relación?

—Soy su nieta.

Esas palabras ya no me emocionaban, pues ahora implicaban una especie de atadura.

Comenzó a hablar más fuerte mientras yo intentaba explicarle, agitaba la mano y trataba de entregarle la nota de Griffin sobre la apendicitis, las complicaciones y la urgencia. Quería que la mujer de la libreta estuviera aterrada por mí, que se llevara a Silvia detrás de una cortina y lo arreglara todo. En cambio, se tomó todo el tiempo del mundo con el formulario, mirándome con aburrimiento o desdén, como si no creyera una palabra de lo que le decía.

—Soy adoptada —dije, como si tuviera que explicarle al policía que la casa en la que intentaba entrar en realidad era mía.

Después de eso, las horas pasaron en repentinos saltos. Algo se movía muy rápido (en comparación con los ochenta y un años anteriores), que era el tiempo que se le acababa a Silvia, y algo más parecía no moverse en absoluto, el hospital a cuyas manos había sido encomendada esta última y veloz porción de su vida. Era como mirar un reloj de arena: la arena caía, polvorienta y fina, entre dos contenedores sólidos que daban la impresión de crecer o encogerse más rápido de lo que caía la arena entre ellos. Intenté dar la nota a todos los médicos y a todas las enfermeras con quienes nos encontramos, pero a nadie parecía interesarle y nadie la cogió; por eso aún la tengo. Tumbaron a Silvia en una camilla y se la llevaron por un laberinto de pasillos, que por momentos parecía parte de un diseño más grande, como una herradura o un hexágono, y a veces sólo continuo, como un camino sin estructura definida. A lo largo del laberinto había algunas puertas cerradas y

otras que se abrían para mostrar escenas de sufrimiento, ya fuera de figuras solitarias o de familias enteras separadas por una cortina, y luego salimos de nuevo a un largo pasillo sin puertas en el que estábamos solas.

Daba la sensación de que nos llevaban por la ruta larga y panorámica para que apreciáramos cuántas vidas estaban antes que la de Silvia en la fila de la salvación. El hecho de que hubiéramos «ingresado» sin cita, como subrayó con tanta alegría la enfermera, en lugar de llegar en una ambulancia, parecía jugar en nuestra contra. Tenían una calma resoluta, agresiva, *demoníaca* incluso, y sonreían y bromeaban con los colegas con los que se encontraban. Por fin, después de revisarle el abdomen a Silvia, recibimos el veredicto.

—Necesitamos hacerle más pruebas.

El médico con el que estábamos en ese momento, el único a cuyo nombre pude asirme como a una tabla en el mar de uniformes verdes y azules, era Ryan. Un colega de Ryan ya había tomado una muestra de sangre, pero la sangre se había hemolizado, según nos dijo, así que lo haría de nuevo él mismo. Ryan miró el brazo de Silvia e hizo una mueca.

—No puedo encontrar una vena —afirmó—. El enrojecimiento debería ser mínimo, le han reventado la vena. ¿Ves esa protuberancia morada?

Junto a nosotras, en el pasillo, ubicaron a otro paciente, el cual comenzó a cantar, tumbado boca arriba como una tortuga dada la vuelta y meciendo los brazos, como si cantara y al mismo tiempo dirigiera un coro invisible desde la camilla, con la cabeza ligeramente inclinada hacia Silvia y hacia mí. Sin advertencia previa, como si hubiera avistado de pronto un pez al que arponear, Ryan clavó la aguja en el brazo de Silvia, que todavía sostenía. El rostro de ella se congeló en una expresión de dolor.

—No —dijo Ryan tras inspeccionar la jeringa—. Tengo que intentarlo de nuevo.

Silvia pegó las rodillas al pecho y apretó los ojos con fuerza. El doctor la palpó dos veces más.

—La tengo —indicó con evidente satisfacción.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Silvia mientras las lágrimas se le escapaban de los párpados.

—Ryan —respondió él con alegría.

—Lo recordaré. Así se llamaba mi primer esposo.

—Necesitamos hacerle una tomografía —precisó alguien que se dirigía más a mí que a Silvia, quien, sin embargo, se espabiló al oír la noticia.

—¿No me han hecho ya una?

La persona negó con la cabeza.

—Pues siento como si ya me hubieran hecho una. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? No me gustan esos túneles.

—No, cielo. No es una resonancia, no es tan claustrofóbico. De verdad que no.

—¿No pueden abrirme ya? Siento claustrofobia tan sólo de estar en este pasillo.

Antes de la tomografía debía tomar un líquido, un medio de contraste que haría que sus entrañas se convirtieran en una fotografía. Intenté explicarle al hombre que, a causa de su garganta, a Silvia se le hacía difícil deglutir cosas que no fueran vodka. Asintió y se alejó. El contraste llegó en una enorme jarra rosa llena de hielo, como un granizado. Silvia tardó como hora y media en beberse. Me senté junto a ella y la ayudé a sorber. Finalmente, se la llevaron para la tomografía, y yo la esperé fuera, debajo de un monitor de televisión instalado en la pared. Estaban dando «¿Quién quiere ser millonario?». El concursante estaba en la pregunta de los cien mil:

¿Cuál de las siguientes escenas está ahora representada por figuras de LEGO en la exposición de Florida Miniland, en LEGOLAND?

- a. Señora loca de los gatos.
- b. Explosión de un almacén de grano.
- c. Cangrejo atacando a un hombre en la cara.
- d. Ahorcamiento público.

Me decidí por la *c* cuando Silvia salió al pasillo de nuevo.

—Me quiero morir —afirmó—. De verdad, me quiero morir.

Como la iban a operar, se suponía que no podía comer ni beber nada más, pero nadie me lo dijo, así que seguí dándole agua cada vez que me lo pedía.

—Sólo humedéceme los labios —me rogaba—. Tengo tan seca la maldita boca...

Obedecí y usé el meñique para darle pequeñas gotas. Me acordé de Dwight. Tenía sus abejas en la azotea de su edificio en DUMBO y siempre llevaba consigo una pipeta con una solución azucarada para salvar a las abejas moribundas que encontraba por la calle. Solía sacarla cuando estaba ansioso o aburrido, y jugaba con ella como si fuera un pezón. Traté de enviarle un mensaje para informarlo de lo que estaba ocurriendo; quería que alguien me consolara. No sabía qué escribir. Intenté varias cosas. Nada salía bien. Los dedos me temblaban y escribir se volvió difícil; aun así, algunas de las absurdas correcciones que hacía el teléfono parecían más acordes con la situación que lo que se me ocurría decir. Luego mi móvil se apagó después de enviar el mensaje, así que tampoco pudo consolarme de ninguna forma.

Un hombre con una bata azul y un distintivo que decía VOLUNTARIO pasó por nuestro lado. Lo seguí cuando dobló la esquina.

—Disculpe, ¿qué hora es?

—Las diez y media —respondió con la amplia sonrisa de un cantante a capela.

—¿De la noche? —pregunté. No había luz natural.

—Ajá —confirmó, aún sonriente—. ¿Qué hora creías que era?

—Mediodía, tal vez.

Llevaba casi dos días despierta.

—¿Quieres que te traiga algo de comer?

—Sí, por favor.

Desapareció y regresó con un sándwich envuelto en plástico y pegado a un plato con la etiqueta JAMÓN Y QUESO, pan de molde cortado en dos triángulos.

Levanté la primera capa fibrosa y vi el jamón rosado y veteadado que brillaba bajo las luces del hospital como una mancha de petróleo, y el fino queso amarillo que se fundía debajo del pan. Parecía que los procesaban con algo que hacía que no se echaran a perder nunca, incluso si tenían que esperar ahí para siempre.

Sólo sabía a textura, como moho helado que comenzaba a descongelarse. Después de comer, me di cuenta de que estaba exhausta. La adrenalina que me había mantenido despierta durante tanto tiempo la había absorbido por completo el pan, como si fuera un colchón. Estaba tan cansada que cogí la jarra rosada llena de hielo derretido donde habían traído el medio de contraste de Silvia y di un trago.

—Mierda —exclamé en voz alta cuando me di cuenta, y volví a colocarla sobre la cajonera amarilla con ruedas que habían dejado junto a nosotras.

El cajón superior tenía el letrero TARJETAS DE AISLAMIENTO. El segundo decía MASCARILLAS, CUBREZAPATOS, GORROS. En el siguiente se leía BATAS BLANCAS. Y en el cajón de abajo, BATAS AMARILLAS. Para cuando bajé la mirada al último cajón, me quedé dormida.

Me desperté con una sacudida. Intenté mantenerme erguida y alerta leyendo el letrero de la pared de enfrente.

SI TIENE USTED UNA EMERGENCIA MÉDICA O ESTÁ DE PARTO, TIENE DERECHO A RECIBIR (DENTRO DE LAS CAPACIDADES DEL PERSONAL E INSTALACIONES DEL HOSPITAL):

- a. UN EXAMEN MÉDICO APROPIADO.
- b. EL TRATAMIENTO NECESARIO PARA ESTABILIZARLO (INCLUIDO EL TRATAMIENTO PARA EL BEBÉ).
- c. Y, DE SER NECESARIO, EL TRASLADO ADECUADO A OTRA INSTITUCIÓN.

TIENE USTED ESTE DERECHO AUNQUE NO PUEDA HACERSE CARGO ECONÓMICAMENTE, NO TENGA SEGURO O NO TENGA ACCESO A LOS SEGUROS MÉDICOS DE ÁMBITO ESTATAL.

Me incorporé en mi asiento, ya despierta por completo. Vi pasar corriendo a mi madre —a mi *verdadera* madre— frente a donde estaba sentada; dobló la esquina con la bata ondeando tras ella, sin detenerse, pero alejándose de mí.

—¡Higgins! ¿Por qué no me escuchas? —Una enfermera sostenía el brazo de mi madre—. ¿Quieres tomar algo? Sin alcohol. ¿Quieres agua?

Higgins, que no era mi madre, sino una especie de ogro que tenía aspecto de haber jugado a baloncesto con bastante éxito en algún momento, nos embistió en el pasillo. Me levanté con actitud protectora, por si iba a estrellarse contra la camilla o a derribar el gotero de Silvia.

—¿Quieres un bollo? —preguntó la enfermera en tono conciliador—. ¿Qué te apetece comer?

Otras enfermeras aparecieron en las intersecciones del pasillo, intentando ponerle las manos encima, pero Higgins era imparable.

—¿Qué vas a comer? En casa no tienes comida.

Higgins pasó junto a nosotras nuevamente, sonrió con una especie de sonrisa bovina y sus fosas nasales se abrieron ante mis ojos.

—Paciente frecuente, sin duda —logró decir Silvia a través de la saliva. Hizo un gesto de asentimiento hacia un joven que estaba frente a nosotras, con una cubeta rosada para el vómito entre las enormes deportivas al final de su camilla, que casi se tocaba con la de Silvia. La cabeza se le inclinó hacia un lado; tenía la bata azul de hospital abierta a la altura de uno de los hombros.

Los pacientes y sus familiares cercanos intercambiaban un chicle pulverulento. Una pareja mayor estaba esperando junto a nosotras; el hombre de la camilla, con una mujer detrás de su cabeza, tan rígida como una tumba. Ambos usaban la palabra *encantador* para describir las cosas, así que deduje que estaban casados.

—¿Cómo hace la gente para estar casada tanto tiempo? —le preguntaba la enfermera mientras ponía los frenos a la camilla.

—No se lo recomiendo —respondió la esposa.

—Pero la alternativa es estar sola, ¿no?

—Ésa es la alternativa.

—¿Recomienda *eso*, entonces?

—Pues no lo sé. Yo no estoy sola, pero no recomiendo tener que cuidar de alguien. —Parecía agotada—. Así es estar casada durante sesenta y dos años.

La enfermera silbó con admiración.

—Tiene un corazón fuerte, lo sé, pero es hipertenso. —La mujer comenzó a dirigirse tanto a mí como a la enfermera—. Vivimos en Nueva Jersey mientras nuestros hijos crecían. Después volvimos.

—¿Porque está enamorada de la ciudad? —sugirió la enfermera.

—Sí —dijo con un suspiro—. Estoy enamorada de la ciudad.

La enfermera se marchó y me volví para concederles intimidad.

—No tarde mucho —le pidió el esposo a la enfermera, que se alejaba—. Esta mujer es muy salvaje.

Fui al baño y comencé a estrujarme la piel frente al espejo; exprimí cada poro hasta convertirlo en un iracundo montículo rojo. Salí de nuevo al pasillo e incliné la cabeza para hacerlo menos obvio bajo la reveladora luz, pero cuando volví a nuestro sitio, Silvia también parecía sentirse culpable.

—Es humillante —comentó—. Estoy avergonzada.

—¿Qué?

Hizo una pausa en busca de un eufemismo.

—Me lo he hecho encima.

No pude encontrar a nadie dispuesto a lavarla, así que se quedó allí tumbada, enfriándose. Estaba furiosa conmigo misma por haber ido al baño en el único momento en el que podría haberla ayudado, cuando ella tenía que ir. Señaló el logotipo de Kimberly-Clark de una caja de guantes que alguien había dejado sobre la cajonera amarilla.

—Tengo acciones tuyas —afirmó con solemnidad. La morfina parecía hacer efecto—. Paso tanto tiempo en estos sitios que veo cuánto se

desperdicia porque se compra al por mayor y nunca se usa todo.

—Muy inteligente por tu parte.

Para cuando nos dijeron que por fin se llevarían a Silvia al quirófano, estaba delirando, con recuerdos que le llegaban de la nada pero que articulaba como si ella y yo estuviéramos conversando.

Era momento de que se fuera.

—Aquí estaré cuando salgas —le dije.

—No, no me esperes. Vete a casa, Conejo. Vete a casa.

Recuerdo haber ahogado un grito. *Conejo*. Un fragmento de un ruido rememorado flotó encima de mí. Me acerqué a él para intentar asirlo. Sentí que me encogía. La oí llamarme *Conejo* con unas orejas más pequeñas; vi su cara desde una altura más baja, sentí que su voz era más fuerte que la mía, sus brazos, un olor. «Despellejar un Conejo», mientras me desvestía y me metía en la cama. Me di cuenta de que había empezado a llorar y de que deseaba ser una niña.

—Puedo ver su letra —murmuró mientras quitaban los frenos de la camilla y dos enfermeras comenzaban a desplazarla.

—¿Qué? ¿Qué dice? Está diciendo algo. Esperen.

Ahora que por fin se movía, no quería dejarla. Me acerqué a su boca.

—Repítelo.

—Tres —exclamó con una fuerza repentina—. ¡Tres *quarks* para míster Mark!

Volví sobre mis pasos para salir del hospital —me perdí varias veces— y por fin crucé las puertas automáticas. Deseaba esperarla, pero también necesitaba dormir. Quería que despertara por la mañana, pero no que lo hiciera sin mí. Pasé de un frío brillante a una humedad oscura. El paisaje cambió, aunque no supe cómo.

A veces un indigente se distingue por la forma en que permanece inmóvil o por el tiempo que pasa así. Había una mujer a quien le regalaba la comida que compraba y al final no me comía. Siempre se sentaba en el mismo banco de metal, cerca del edificio de Silvia, y cada tanto cambiaba de posición para perseguir la sombra. Lo único que la delataba era su evidente falta de propósito. Otras veces es la sensación de que no pueden dejar de moverse, pasan por tu lado empujando carros llenos de cosas hacia un norte indeterminado. En aquella ocasión no estaba mi amiga indigente; eso me desorientó y terminé caminando demasiado. Por alguna razón, me molestó tanto que comencé a llorar; me molestó que no estuviera allí y que, en mi estado de agotamiento, con los pies llenos de ampollas y sintiéndome vacía, caminé dos manzanas más de las que debía y tuve que volver.

Al llegar a casa, conecté el teléfono a la red eléctrica y esperé el reconfortante sonido de su regreso a la vida, el sonido de cuando la *vida vuelve a empezar*. Publiqué y luego borré una fotografía de un gotero que había hecho en el hospital. De inmediato, dos personas —amigos de Dwight— indicaron que les gustaba, pero algo me dijo que era una monstruosidad. En el contestador de Silvia había mensajes. No sabía cómo utilizarlo y le tenía un poco de miedo, así que lo apagué para que dejara de hacer ese sonido

que era igual que los incesantes bips del hospital, los cuales seguía oyendo en mi cabeza.

Era la primera vez que estaba a solas en el apartamento. La puerta del baño estaba abierta, aún con la mancha amarilla y el olor a flores marchitas. Me dormí pensando en cosas que, si las guardaba en mi mente con la suficiente fuerza, podrían mantener a Silvia con vida durante la operación. A medida que la conciencia me abandonaba, experimenté una sensación de caída. Me di cuenta de que no había comprado las flores que planeaba llevarle después de la operación. Recuerdo haber pensado que quería levantarme de la cama y comprarlas de madrugada. Recuerdo haber pensado que, si lograba que no murieran, a pesar del calor homicida de su apartamento, de alguna manera eso también mantendría a Silvia con vida en el quirófano.

El doctor Griffin me llamó por la mañana y me hizo un resumen de los eventos de la noche anterior. Me pidió que imaginara la punta de un espárrago para que pudiera describir lo que había pasado en la operación, pero la idea me dio arcadas. Lo que entendí fue que había sobrevivido. Tampoco sabía lo que era la UCI, pero sí que estaba ahí, y me dio el horario de visitas. La tarde siguiente caminé de vuelta al hospital, ya que Griffin me dijo que para entonces Silvia ya estaría despierta. En mi cabeza sólo podía oír el alarmante y acechante sonido de todo aquello: «Te veo, te veo, te veo».

No podía parar. Continué murmurándolo por debajo de mi aliento mientras compraba rosas una manzana antes de llegar al hospital. «Te veo. Te veo. Te veo.»

Mientras caminaba por el pasillo del centro e intentaba recordar las indicaciones que él me había dado, me vi desde arriba. «Te veo. Te veo. Te veo.»

Cuando llegué a la UCI, me indicaron que no estaba permitido entrar flores. La enfermera de turno aceptó ponerlas en agua y guardarlas debajo de su escritorio, pero me dejó claro que era un favor enorme, pues se suponía

que debía tirarlas a la basura. Silvia tenía su propia habitación, y su cama miraba hacia Roosevelt Island. Cuando entré, de inmediato me sentí apenada. Sentí más pena incluso que cuando entré en su casa por primera vez y me deslicé por el pasillo mientras las cosas tomaban forma en la oscuridad. Tal como estaba, parecía que dormía, pero unos segundos después de sentarme junto a ella tuve la sensación de que estaba despierta.

—Estoy esperando —afirmó.

Abrió los ojos con lentitud. Sentí un dolor en la garganta, como si tuviera una espina atascada.

—La enfermera de turno se llama Santa. —Señaló la pizarra blanca donde estaba anotado el nombre—. Hago que escriban sus nombres ahí porque son tantas que no puedo acordarme de todos. La mayoría no hablan ni se comportan como seres humanos de verdad.

Su voz sonaba monótona. Me pregunté si detectaba algún reproche en ella. También me pregunté si había alguna forma de que hubiera descubierto que había publicado una fotografía y luego la había borrado.

—¿Me sientan bien? —preguntó tras seguir mi mirada hasta los cables que serpenteaban por su cuerpo y las desafinadas máquinas que la atendían—. Siempre digo que los ordenadores son la lacra de nuestro tiempo. —Trató de tragar la saliva que se le acumulaba en la garganta; la espina de pescado que yo tenía atascada en la mía aún no había bajado—. Los ordenadores y el cáncer. Son una excusa para que nadie venga a examinarme en persona.

Abrí mi bolsa sobre sus piernas.

—Te he traído esto —informé—. Pero parece que estás muy bien atendida. No creo que vayas a necesitar... —Hice un gesto para señalar la almohada cervical y los calcetines antideslizantes que había dejado sobre su sábana—. También te he traído flores, pero me han dicho que no podía entrarlas.

Silvia volvió a cerrar los ojos, como si no me escuchara.

—He tenido una pesadilla, causada por la morfina, supongo. —Mantenía

los ojos cerrados mientras hablaba—. Estaba Nat, tú, ese chico con el que sales, Ingrid y el yerno, sus hijos, y algunos más..., un hombre y una mujer. Y un perro.

—¿Qué estábamos haciendo? —pregunté después de una pausa.

—Estabais haciendo una fiesta ahí.

—¿Ahí, dónde?

—Justo ahí. —Señaló con la mirada—. Al pie de mi cama. Tu novio estaba en el rincón con su móvil.

—¿Cómo sabías que era él? No lo conoces.

—Por tus descripciones, claro está. O lo he inventado. No lo sé. Y uno de ellos, el marido, el yerno de Nat, venía a mi cama y me apretaba con las manos como si quisiera atravesarme con ellas.

—¿Y qué pasaba luego?

—Le decía: «Vete, vete» —contestó. Me volví para mirarla y noté que tenía el ceño fruncido en señal de concentración—. Luego era yo quien se iba, corría para cruzar la calle y me metía en un callejón. Caía en un charco, me encontraban y me traían de vuelta al hospital. Tenía barro en la cara y en los pies. —Su voz sonaba monótona de un modo que no era natural, como cuando comparas el césped artificial con el de verdad; era el tipo de monotonía que oculta algo más, como ira o duelo—. Luego volví a salir.

Me estremecí. La espina se me clavaba. No podía respirar.

—Fuera, sobre unos escalones, había un hombre muy extraño, con una gran barba negra y unas pequeñas gafas redondas, que cruzó el césped y me dio un apretón de manos muy fuerte. Sabía que debía de estar en los Hamptons. Había jóvenes con raquetas de tenis, e Ingrid decía: «Oh, no has alcanzado a mi madre. Por desgracia, ella no se está muriendo, pero tú sí». Quería que intercambiáramos nuestros cuerpos, y le pregunté: «¿A quién le importa?», o algo así. —Se le estaba acabando la saliva—. Tengo más que contarte, pero mi boca...

Con tanta fuerza como pudo, inclinó la cabeza hacia un costado para

indicarme que quería algo que estaba en esa dirección. Una pajita anaranjada sobresalía de un vaso de papel blanco. Tenía una especie de punta de algodón sumergida en agua.

Mientras le colocaba el algodón húmedo en la boca, la puerta se abrió a mi espalda y quien entró pulsó dos veces el dispensador de gel desinfectante. Me volví. Una enfermera pasó junto a mí y fue hacia Silvia como si yo no existiera.

—¿Puede levantar el *culete*?

—¿*Culete*? No tengo tres años.

La enfermera entornó los ojos, y mientras lavaba a Silvia su expresión se tornó fría, indiferente ante sus quejas.

Salí de la habitación, llené un vaso de papel con agua y la bebí con dificultad. Seguía con la espina atascada. Caminé sin rumbo por el pabellón, leí los tabloneros de anuncios y las tarjetas de agradecimiento que enviaban al hospital. Había una sala muy fría donde podían esperar las familias; tenía una máquina expendedora, un televisor y sillas de cuero oscuro. Estaba muerta de cansancio. Me senté, pero no pude dormir. Cuando regresé, la enfermera estaba colocando a Silvia de vuelta en la cama y le preguntaba cuánto dolor sentía en una escala del uno al diez mientras le tocaba varias partes del cuerpo.

—Tengo que hacer pis —advirtió Silvia cuando le palpó el abdomen.

—¿Necesita vaciar la vejiga? —la corrigió la enfermera.

—De verdad. Me lo voy a hacer encima.

—Le han puesto una sonda.

Cuando se fue, Silvia dijo:

—Ésa merodea por aquí. Y me toquetea, cosa que no necesito.

Puse una expresión de compasión y pregunté:

—¿Ella es Santa?

—No. No lo sé.

La enfermera volvió. Me aparté para dejarle sitio de nuevo, pero Silvia me

detuvo.

—No se moleste con la cuña —indicó, al parecer ignorando la información que acababa de recibir—. Ahora ya no puedo orinar.

—Quería preguntarle una cosa —dijo la enfermera después de una pausa calculada, moviendo la lengua de un lado a otro, como si la masticara—. Usted es NR, ¿no es cierto?

Silvia pareció quedarse en blanco. Por pura costumbre, respondí por ella:

—¿Qué es NR?

—Es un formulario que firmó. Significa que si pierde el conocimiento no quiere que la reanimen.

Con una oleada de saliva cálida, la espina se desprendió de mi garganta. Por fin, tragué con libertad.

—Entonces ¿a qué viene su pregunta?

—Si quiere que...

—Ya firmó ese formulario —interrumpí a la enfermera para que no pudiera repetirlo; mi voz oscilaba entre una amabilidad y una agresión extremas—. Así que no debería comprobarlo. Y, si necesita hacerlo, hágalo fuera, en privado. No tiene por qué preguntarle a una mujer mayor que acaba de salir de una operación si todavía quiere morir o no, como si fuera una posibilidad. —Le dirigí una mirada a Silvia—. Porque no lo es.

—Muy bien, señorita. —La enfermera apoyó su peso en la otra pierna y masticó su lengua un poco más—. Sólo hago mi trabajo.

—No, no es así. —Percibí que le rugía a la robusta extraña—. ¿Quién es usted? ¿Es médico? Tal vez debería hablar con uno de los *médicos* en privado. Éste no es un buen momento. —Avancé hacia ella, y retrocedió hasta la pared—. ¿Qué diferencia supone lo que le responda *ahora* si ya firmó un formulario diciendo que quiere morir? —No esperé su respuesta—. Si ahora le contestara: «No, en realidad sí quiero que me reanimen», no supondría ninguna diferencia, ¿o sí? ¡No, porque ya está por escrito! —Comencé a llorar, pero seguí gritando pese a todo, como un vendaval en

medio de la lluvia—. ¡Ya está por escrito, joder! —Golpeé la pared—. Así que no supondría ninguna diferencia que intentara cambiarlo después.

Ahora sé que eso es lo que ocurre con todo.

La enfermera salió y me puse en cuclillas para intentar recobrar el aliento. Por primera vez me sentí sin inhibiciones en presencia de Silvia.

—Soy miembro de un grupo de apoyo a enfermos terminales al que también contribuyo económicamente —informó ella con tranquilidad después de unos momentos—. Y deseo reafirmarme en ese deseo. No quiero masajes cardíacos ni nada de eso —declaró. Las lágrimas volvieron, pero esta vez en silencio—. Y es mi decisión, de nadie más. —Se me escapó un fuerte lamento—. No es vida —añadió en un tono más amable—. Si mi corazón se detiene... —Cogí aire como si me hubieran golpeado en el estómago—. Está en mi testamento.

—Pero eso era... —dije mientras contemplaba indefensa la pared. Luego me limpié la cara y me la cubrí con las manos.

—Mi vida no es nada, nada. Estos tubos... son una agresión. No veo a nadie, salvo a Nat. No quiero ver a nadie. No salgo. No quiero que me vean. Se acabó. Ésta no es la vida que tenía. Quiero que alguien me deje morir.

—¿Y qué hay de mí? —Parpadeé. Me di cuenta de que en ese momento me hacía bien llorar—. Yo te veo. Yo estoy aquí. Siempre estaré aquí si quieres. Haré todo lo que necesites que haga.

Silvia me miró fijamente, y mis lágrimas cesaron a medida que fui entendiendo lo que me pedía. Agarré mi cara entre las manos para recuperar la compostura y me apoyé en la pared. Hubo un largo silencio durante el cual, tras estirar las piernas, tuve que luchar contra el instinto de salir corriendo y clavar los talones en el linóleo. Silvia dejó que el silencio creciera. Su mirada me dijo que sabía de lo que yo era capaz.

—¡Buenos días, chicas! —saludó la nutricionista. No se preocupó por el desinfectante ni pareció darse cuenta de que yo estaba en el suelo con la cara bañada en lágrimas—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—No es uno de mis mejores días —respondió Silvia con resignación.

—Seguro que echa de menos su vodka, ¿verdad? —comentó sin miramientos—. Meta aquí el bastoncillo. —La nutricionista le acercó un frasco de laboratorio.

—¡Qué mujer tan simpática! —exclamó Silvia.

—Será nuestro secreto.

—Me gusta su pelo. ¿Usted es la que creció en Queens? Tiene una piel muy hermosa, además.

Asentí.

La mujer llevaba un peinado punk y *piercings* a lo largo de las dos orejas.

—Me gustan sus aros. ¿Se los quita todas las noches?

La nutricionista volvió a sacar el frasco.

—Leo las notas y me hago una composición de lugar. Luego lo comparo con lo que veo cuando conozco al paciente —comentó la mujer, dirigiéndose de pronto a mí en un tono serio—. Creo que no le hará ningún bien sufrir ahora el síndrome de abstinencia.

—Claro —contesté.

—No me gusta la abstinencia —agregó Silvia.

Me asomé por la ventana para contemplar Roosevelt Island. Los corredores y los ciclistas subían y bajaban por la costa como hormigas.

—El río se mueve muy rápido —comenté; empañé la ventana con mi aliento por culpa del fuerte aire acondicionado.

—No es un río —me corrigió Silvia con una pasión repentina—. Es un estuario. —Chupó el algodón del bastoncillo—. Poca gente lo sabe.

No dejaba de sorprenderme que tuviera toda esa información en la cabeza. De pronto se me ocurrió que, si moría, o cuando muriera, un montón de datos, un corpus de conocimiento, desaparecería sin dejar rastro.

Cuando me fui me sentía alegre. En el exterior había una extraña luz amarillenta y las sombras se veían moradas. Alcancé a percibir un olor a quemado. Mientras caminaba hacia mí, un hombre vestido como si fuera al

campo golpeaba un palo contra el hormigón. Al pasar por mi lado, me miró, hizo una pausa como si fuera a decirme algo y luego continuó como si hubiera cambiado de opinión. Tenía la sensación de que, en cualquier momento, a mi alrededor todo el mundo comenzaría a huir de algo. Con el rabillo del ojo creí ver que unas personas se movían hacia atrás, fingiendo que no era el inicio de su retirada.

Entré en una tienda a comprar agua embotellada. Era un lujo, pero, a pesar de los favorables comentarios de Silvia, no me gustaba el agua del grifo porque parecía que me sellaba la boca como si hubiera comido una galleta. Compré una botella que tenía una expresiva etiqueta en la parte de atrás:

El efecto mariposa.

Según la teoría del caos, un pequeño aleteo de una mariposa puede provocar un ciclón al otro lado del mundo.

La compañía aplicaba esa teoría a diversos proyectos que emprendía en zonas desfavorecidas del planeta. Pensé en la cadena de producción: el embotellador, el comprador, el transportista, el consumidor, el dueño de la tienda y el trapero que la sacaría de la basura y la cambiaría por unos centavos. Mientras pensaba en eso, metí la mano en el bolsillo y noté algo con las esquinas rígidas: la tarjeta de la adivina. Leí la dirección y me di cuenta de que estaba cerca de la Boutique Psíquica.

Cuando llamé al timbre, abrió una chica que no era la misma que me había dado la tarjeta, aquella que había recibido unas fuertes vibraciones que provenían de mí. Esa otra chica se llamaba Samantha, aunque la tarjeta que yo tenía decía LECTURAS CON ANNA. Sentí que era una especie de mal augurio, y que Anna, si de verdad era adivina, habría abierto la puerta como si me hubiera estado esperando. A pesar de todo, Samantha me cayó bien, aunque intentó estafarme quinientos dólares. Me informó de que, si volvía a verla, podría conseguir un montón de cristales. Se percató al instante, sin que yo dijera palabra alguna —cosa que no hice—, de que el ámbar me funcionaría de maravilla. Luego, durante nuestra sesión, no dejó de hacer referencia de

manera misteriosa a sus «fuentes». Asentí y negué con la cabeza como si fuera muda. No quería regalarle nada, sino que las vibraciones hablaran por mí. Pero tampoco podría haberle dicho mucho aunque lo hubiera intentado. La elección de las letras en el abecedario de pronto me pareció restrictiva. Era como si cualquier cosa que dijera fuera a provocar que cayera hormigón alrededor de la silla en la que me sentaba. No podía pensar en ninguna palabra que quisiera comprometerme a decir si con ella iba a sellar mi destino. Cuando terminó, me dijo que tendría que volver a diario durante una semana y que las primeras veinticuatro horas después de una lectura eran las más efectivas para usar los cristales.

—¿Por qué dudas? —preguntó cuando vacilé al entregarle la tarjeta de crédito para emergencias de Silvia.

Todavía no podía pronunciar palabra alguna. Sus hijos pequeños no dejaban de interrumpirnos, pues se turnaban para entrar y decirle que el otro lo estaba molestando. Alcancé a oír la banda sonora de una película infantil en el cuarto de atrás. Les dio su móvil, que había permanecido boca abajo junto a ella como una carta del tarot durante toda la sesión, para que jugaran.

—Lo siento —se disculpó—. Ése tiene miedo de estar solo.

Al oír que hablaba de él, el niño regresó para defenderse. Cuando lo echó de nuevo, su hermano entró con una bolsa de plástico en la cabeza.

—Quítate eso. Ya basta.

Samantha la Adivina le arrancó la bolsa, abrió la cortina que estaba debajo de la mesa, tras la cual guardaba diversos enseres domésticos, y la metió ahí.

—Me duele la cabeza —se lamentó el niño.

—Pues ponte media patata.

—Vale —exclamé por fin—. Muchas gracias, pero es mejor que me vaya. Gracias por tu ayuda.

Me dijo que traía mala suerte compartir mi lectura con otros, pero lo más importante, lo que no me molesta mencionar porque es importante para la historia, es que me advirtió que me seguía una especie de espíritu maligno.

—Por supuesto, eso no es bueno —agregó—. Pero si te conseguimos un ámbar...

Era una energía negativa, celosa y posesiva que quería que yo estuviera sola. Tal vez era alguien con tendencias robóticas a quien tenía que cuidar, que absorbía todas mis energías y no me devolvía nada, que incluso se quedaría con mi cuerpo y con quien estaría atrapada para siempre en ese ciclo de donaciones, explotaciones y mermas. Prometí volver una vez que rumiara lo de los cristales.

De camino a casa, reflexioné acerca de quién debía de ser ese maldito espíritu. Pensé que podía ser casi cualquiera de las personas a las que conocía, aunque Susy era la más probable. Una manzana antes de llegar a casa de Silvia, le pedí a Dwight que viniera porque no me gustaba la idea de volver a estar sola en el apartamento y porque quería examinar si tenía tendencias robóticas. Había algo en la forma en la que hablaba de *manipular al usuario*, de darle a alguien que usaba una de sus aplicaciones la ilusión de control y elección —como un mago con una baraja—, que sugería que sabía explotar las vulnerabilidades psicológicas de los humanos, aunque él no lo era tanto.

Dwight no conocía el apartamento de Silvia y, cuando llegó, lo recorrió en silencio, como si estuviera en una iglesia, admirando las cosas con solemnidad y mirándome con una franqueza irritante. Le mostré las tres cajas que me había dado Silvia. Examinó una primera edición del *Whole Earth Catalog*, un fanzine contracultural de 1968, que perteneció a Mark. No me dijo que era muy valioso, así que cuando me preguntó si podía quedárselo, le dije que sí.

Tenía alucinaciones por el cansancio, pero le enseñé las fotografías enmarcadas de Silvia y le conté las historias que las acompañaban y que ella me había contado a mí: el jacarandá de la casa de vacaciones, el jardín de rocalla, los lagartos de lengua azul que salían cuando la familia comía

camarones fuera. Luego pedimos comida a domicilio y, mientras cenaba, pareció olvidarse de su solemnidad.

—¿Puedo follarte en la ducha?

Mientras le hacía la visita guiada, había visto que parecía especialmente emocionado por el baño de Rex.

—No —contesté—. Ahí es donde... —Me quedé callada.

—¿Puedo follarte en el suelo? —continuó sin titubear.

—¿Es un poema?

—¿Puedo follarte contra la puerta?

Dwight se levantó y puso las manos en el marco de las puertas de vaivén para comprobarlo.

—No.

—¿Puedo follarte en la silla? —Y, antes de que pudiera negarme de nuevo, añadió—: ¿Puedo follarte en el sillón?

—No hay mucho que rime con *sillón* —le dije con enfado.

—¿*Follón*? —sugirió, rascándose la barbilla en pose intelectual—. ¿*Pollón*?

—Querrás decir *bragueta de armar*. Imbécil.

Según Dwight, una de las cosas que me hacían especial era mi conocimiento de la historia, en particular, de las armaduras. Por alguna razón, era uno de mis intereses cuando tenía nueve o diez años: cómo se vestían los soldados para la batalla a lo largo de la historia. Y, de una manera igual de inexplicable, había surgido en más de una conversación con él. Así fue como me enseñó a hacer los diagramas tipo mariposa, el truco que usé con Mizuko cuando decidió que yo tenía el *Zeitgeist*. Alguien con quien había trabajado le enseñó a hacerlos. En esencia, eran un diagrama de Venn inclinado para evocar la imagen de unas alas.

—Podemos usar esta herramienta contigo —sugirió— para ayudarte a descifrar qué es lo que quieres hacer con tu vida. En un círculo pones los

problemas del mundo, en el otro lo que te hace única. En la intersección resolvemos cuál es tu propósito en esta vida.

«Conocimiento profundo de armaduras antiguas» entró en el círculo de las cosas que me hacían especial porque no se me ocurrieron otras, y tal vez era difícil, dado que Dwight intentaba ayudarme. Aún no habíamos logrado escribir nada en medio, en la parte donde se superponían los dos círculos, pero me dijo que eso podía tardar varios días o incluso meses.

Dwight ignoró mis negativas, me cogió de la mano y me arrastró hasta el baño de Rex. Con el brazo que tenía libre, me sujeté al marco de la puerta. No quería entrar.

—Vete a la mierda —exclamé—. En serio. Vete a la mierda.

Me tiré al suelo y me quedé allí después de que él se fuera a otra habitación, recreando el momento en que había encontrado a Silvia desplomada y lamentándose. La mancha de la alfombrilla adquirió una tonalidad amarilla más saturada. El olor a flores marchitas cobró fuerza. Miré la ducha y las agarraderas de plástico blanco, imaginándome lo que se sentiría al ser anciana. Luego recordé que había dejado las flores que le había comprado a Silvia a los pies de la enfermera de la UCI.

Esa noche soñé que las rosas estaban junto a los pies equivocados: los de la enfermera. Cada parte del sueño era como un hipervínculo. Presionaba uno en busca de respuestas y me llevaba a otro. No encontraba el significado en el fondo de ninguno de los bits de información. Cuando alcancé los pétalos de las rosas, estaba tocando la hebilla de un cinturón de seguridad de un autobús que pasaba de noche por un lugar remoto, mientras una ola de niebla corría paralela al cristal en el que estaba apoyada. Al otro lado del velo de niebla aparecían unas luminosas estaciones de servicio —primero despacio, luego de forma abrupta—, y volvían a desaparecer. Cuando puse la mano en el cristal de la ventanilla, toqué la fachada de piedra de una universidad, y entonces subimos hasta lo más alto, a una azotea en la que había un jardín. Mucho después, cuando le conté ese sueño a Mizuko y le leí las notas que

había escrito en mi diario, me dijo que tenía algunas características de la Universidad de Tokio: parecía que el árbol era un ginkgo especial que había allí, el edificio que describí se asemejaba al edificio de kendo que estaba cerca del campo de fútbol, y los túneles que recorrían las habitaciones por debajo eran como el paso subterráneo que estaba bajo el Departamento de Ingeniería.

—Sí —respondí—. Seguro que estaba soñando con eso.

En el sueño, una vez que llegábamos a la azotea debíamos elegir otra vez entre una selección de flores. Cogí las rosas nuevamente, con la intención de dárselas a Silvia a cambio de las que se habían perdido, pero cuando corté los tallos, de pronto me encontré en una sala de juntas con Dwight y Walter.

—La clase de amor con la que estamos lidiando está más allá de las palabras —decía Walter, como refiriéndose a algo que ya habían discutido antes de que yo llegara.

—Es correcto —respondió alguien que, por su tono, debía de ser el presidente.

—Es por eso por lo que no puedes darnos «Me gusta» en Facebook. No nos uniremos a Facebook hasta que puedas *amarnos* en Facebook.

A mi alrededor, las personas que viajaban conmigo en el autobús, que luego habían subido a la azotea y que ahora estaban en aquella sala, comenzaron a levantarse una por una y pegaron pósts rosas y amarillos, como pétalos, en un tablón en el que se reunían las notas. Dwight las leía en voz alta. Estaban escritas con la temblorosa tinta roja de Silvia, la que usaba para dar advertencias:

Las rosas son como pilotos kamikazes del amor.

Las rosas son como bombarderos suicidas del amor.

El presidente decidió que no le gustaban tantas metáforas mezcladas y dio por terminada la junta. Mientras salíamos de la sala, corrí a contarle lo que decía mi pósit, segura de que lo haría cambiar de opinión: «El amor es como

esas toallitas calientes que te dan en algunos restaurantes y que devuelves cuando se enfrían». Se volvió para mirarme con desdén.

—¿Y tú cómo vas a saberlo?

Me desperté con un ruido y poco a poco me di cuenta de que era Dwight, que se reía a mi lado.

—¿De qué te ríes? —pregunté furiosa.

Se reía con tanta facilidad que podría haberlo hecho estando inconsciente, pero, por el brillo espectral y el halo de cabello iluminado sobre sus hombros, quedaba claro que estaba despierto, mirando su teléfono. Eran las cuatro de la madrugada. Se volvió para mirarme.

—De este buzo, que choca los cinco con un tiburón. Mira.

Despaché a Dwight temprano, cerca de las ocho, después de que intentara comerse unos cereales rancios que Silvia guardaba, en los que encontró dos gorgojos. Luego regresé al hospital, donde me informaron de que Silvia estaba «ligeramente angustiada». Cuando oyó que estaban considerando mandarla a una institución, supuso que hablaban de una deprimente residencia de ancianos y respondió que de ninguna manera. Busqué el sitio al que se referían, en Amsterdam Avenue, y le mostré las fotos en mi móvil. Comenzó a rogarle al capellán del hospital, quien estaba haciendo su ronda.

—¿Me van a mandar *ahí*?

—Sólo durante un tiempo, según tengo entendido; cuestión de meses. Luego puede volver a casa si le encontramos la ayuda adecuada.

—Pero la tengo a *ella*. —Movié la cabeza en dirección a mí—. Es mi empleada de confianza. Además, durante toda mi vida he evitado lo de arriba... —Vaciló—. Evito ir ahí desde hace veinte años. —Se volvió para mirarme en busca de ayuda—. Demasiados fantasmas.

Todavía tengo la lista que hice cuando recogí sus cosas:

- *2 vestidos (amarillo y azul)*
- *1 chaqueta blanca*
- *6 bragas*
- *3 chalecos*
- *4 pijamas*
- *maleta*
- *gotas oftálmicas*
- *agua*
- *almohada*
- *pastillas*
- *compota de manzana*
- *libros*
- *bastón*
- *vodka*
- *pasta / cepillo de dientes*
- *palangana y jabón líquido*
- *guantes*
- *toallitas húmedas*
- *bastoncillos de algodón*
- *vitaminas*

Sabía que sólo usaría su pijama rosa, pero, aun así, quería que sintiera que tenía opciones. Lo confiscaron casi todo menos su ropa; dijeron que esas cosas traídas de fuera no se permitían por razones legales. Le llevé gerberas

la primera vez que la visité en su nuevo hogar. Tenía la boca tan seca que no podía hablar, así que no supe qué le habían parecido las flores hasta que la ayudé a aliviar la sequedad: le di un poco de vodka de contrabando, usé un limpiador de lengua nuevo que le habían dado y subí la potencia del humidificador de la habitación.

—Son flores de cuneta —dijo con un charco de saliva en el labio que le temblaba al hablar—, para animales atropellados.

La segunda vez le llevé un ramo variado que le recordó a un crematorio. En cada visita, la conversación terminaba con ella pidiéndome ayuda para acabar con su vida.

—Siguen intentando que use una cosa para que puedan rastrearne. —Agitó su huesuda muñeca—. Quieren ponerme un chip entre los hombros como si fuera un perro. Quieren saber cuánto tiempo tardo en ir al baño y cada cuánto voy para averiguar si defeco o la olfateo. —Una sombra le cruzó el rostro—. Sólo quiero volverme invisible.

Dwight había viajado a California por trabajo. Mi nueva rutina, ahora que él se había ido y Silvia se había trasladado a la casa de Amsterdam Avenue, era cruzar el parque para ir a verla. Salía por donde se alineaban los carruajes, en el arco de la calle 77 Oeste; los conductores de las calesas se bajaban y desenrollaban alfombras de rezo mientras yo pasaba por allí, y el rugido de los patinadores sobre el hormigón me retumbaba en los oídos. Había algo irreal, como de cuento de hadas, en todo ello: un modelo a escala natural en el pulcro tablero de ajedrez que yo atravesaba para ir a ver a mi abuela enferma, que ahora se encontraba en el otro extremo. También había pícnicos con niños disfrazados que descansaban bajo los árboles y las marquesinas decoradas con pompones de papel, y banderillas de colores que acentuaban el efecto. Yo flotaba sobre el suelo, como un globo de una fiesta que ya había terminado, y observaba cómo los niños llenaban globos de agua en las fuentes del parque. Calculaba mis visitas para que, después de irme, pudiera caminar hacia el norte y escuchar cómo las campanas de la iglesia de

Riverside daban las siete en las tardes cálidas y limpias, muy cerca de donde antaño vivíamos Mark, Susy y yo. El cielo siempre estaba lleno del canto de las aves y los olores de la tarde, una música de piano salía de una ventana y los relucientes edificios de piedra destacaban contra el cielo azul como nata vertida sobre algo afilado y caliente.

Se acercaba el final de junio. Mi visado de tres meses caducaría en breve, pero yo evitaba pensar en ello. Me encontré mirándolo todo con una nueva forma de deseo. Pensé que, si alguna vez lograba vivir en Nueva York, el vecindario en el que me gustaría hacerlo sería Morningside Heights.

Durante ese período como de dos semanas, aquello de que «Todo lo que sube tiene que bajar» llegó a significar que, si visitaba a Silvia, que estaba arriba, en algún momento tendría que irme y volver abajo. Era un camino largo, muy largo, y me negaba a coger el metro. Insistía en caminar como si estuviera en una especie de peregrinaje. Dwight me había prestado su bicicleta, de la que siempre se caía, pero no me atrevía a usarla; era cara, demasiado grande para mí y no tenía marchas. Tenía mucho miedo de montar y estaba bastante apegada a mis caminatas, pero en mis mensajes fingía que la utilizaba y estaba agradecida con él por el préstamo.

En una de mis visitas, encontré dos patinetes eléctricos frente a la habitación de Silvia, estacionados en el pasillo junto a diversos aparatos de movilidad. Por un momento me pregunté si le habría pasado algo a Silvia o si habría un nuevo ocupante en su cuarto. Llamé a la puerta en lugar de entrar sin más.

—Adelante —respondió una voz que no era la suya.

Nat estaba allí, con Ingrid y dos niños pequeños, quienes se hallaban en un rincón compartiendo un móvil.

—¡Alice! —exclamó Nat—. Precisamente estábamos hablando de ti.

Los niños eran los hijos de Ingrid, Thom y Rosa. No supe que «Thom» se escribía así hasta mucho después, porque su padre insistía en la «h» con tanta vehemencia que casi la pronunciaba al decir el nombre de su hijo, de forma

que yo también empecé a aspirar la «h» en nombre de su padre cuando estaba con ellos, como si tuviera que aclararme la garganta. De los dos, sólo Thom parecía estar interesado en conocerme. Se levantó para darme la mano y luego volvió al rincón, con su hermana y su juego.

—Ya que estás aquí, déjame ponerte al corriente del plan.

Nat estaba histérica a causa de la enorme distancia entre la residencia y el apartamento de Silvia en el Upper East Side, y afirmó que era un «sinsentido» que yo estuviera yendo y viniendo todo el tiempo. No dejaba de hablar de una pandilla de chicos que habían sido condenados por violar a una chica en el parque, e Ingrid tenía que recordarle una y otra vez que eso había ocurrido hacía veinte años y que al final habían sido declarados inocentes.

—La van a violar —aseguró Nat—. Te acogería en mi casa, pero la de Ingrid está mucho más cerca.

Ingrid, que en ese momento estaba junto a su madre, exhaló con vehemencia y asintió con las cejas levantadas.

—¿Qué es *violar*? —Rosa alzó la mirada por encima del teléfono, como si estuvieran repartiendo algo que pudiera gustarle.

—Es lo que les pasa a las niñas que caminan solas por Central Park de noche —explicó Nat, como si fuera un sistema implementado por las autoridades del parque, como la recolección de basura.

Rosa volvió a su juego.

Nat decidió que lo razonable era que me mudara con Ingrid mientras Silvia estaba en la residencia. Ingrid y Silvia no parecían estar de acuerdo en que el plan fuera definitivo. Le envié un mensaje a Dwight desde una esquina de la habitación mientras las mujeres discutían:

Parece que cree que soy una especie de delinciente.

¿Te has plantado?

Esa frase se la había oído a Dwight varias veces, y entendía que

significaba «oponerse», pero aún no terminaba de convencerme su uso. Había pasado toda mi vida siendo maleable y servicial con la gente. Tirar, empujar o emplear cualquier tipo de fuerza no era propio de mí.

No mucho.

—Vivimos aquí al lado, Alice —dijo Ingrid por fin con resignación—. Creemos que sería aconsejable que estuvieras cerca de Silvia.

Está buena. Sin duda, Walter se la quiere tirar.

Se refería a Ingrid.

Resultó que el día anterior habían despedido a la niñera de Ingrid por decirle groserías a Rosa. Era un momento inoportuno, pues las vacaciones de verano habían comenzado. Ingrid solía trabajar desde casa, pero los niños la estaban volviendo loca. Le encantaría acogerme, si quería y accedía a cuidarlos de vez en cuando. La oferta, presentada de ese modo y no como lo había hecho Nat, me hizo sentir madura. Además, sugería que podría tener momentos de soledad sin que me violaran. Había visto a adultos caminando solos mientras los niños a los que cuidaban espantaban pájaros en sus patinetes a muchos metros de distancia. Sus rostros parecían estar llenos de sabiduría. Pero es difícil saber si algo es una oportunidad o una trampa cuando ejercen presión sobre una. Sentí las miradas de Silvia, Ingrid y Nat fijas en mí mientras aceptaba. Nat me observaba con una expresión indescifrable, entre fascinada y molesta, pero fija, como si mirara a una mosca que se había perdido al intentar salir de la habitación.

Luego se volvió hacia Silvia, que estaba recostada como si la estuvieran velando.

—En otro orden de cosas, te he encontrado una *doula*, cielo.

—¿Que quieres hacer qué?

—Es como una comadrona, pero para alguien que va a morir.

—Mamá, por favor.

—Quiero que la conozcas. Frank me la recomendó después de la muerte de Lisa. Casi nadie sabe cómo lidiar con la gente que va a morir. Dan vueltas a todo menos a la cuestión más importante.

—Mamá, no es el momento.

—Eso. A eso es precisamente a lo que me refiero.

—¿Podrías acompañarme un segundo, por favor?

Nat e Ingrid salieron de la habitación.

—Será bueno para ti —dijo Silvia cuando la puerta se cerró—, si estás segura de que no quieres volver con Susy. No seas educada: di «no» si prefieres no hacerlo o si prefieres regresar a Inglaterra. Yo estaré bien.

Parecía haber olvidado que mi visado estaba a punto de expirar. Le dije que estaba segura.

—Sé que es un fastidio mudarse, pero creo que te hará bien estar con otras personas. Serán como una segunda familia para ti, o al menos mucho mejor que estar sola sin la opción de tener compañía. Con suerte, no será por mucho tiempo. Perdón por ser una anfitriona tan desastrosa.

No debería haberme sentido así, pero sólo podía pensar en eso como en un nuevo desprecio.

Cuando Ingrid me dio su dirección, creí haberla oído mal. Acababan de mudarse a Claremont Avenue, junto a la escuela de música, justo donde vivían Mark y Susy. El suyo era un piso alto de un edificio que tenía vistas a Sakura Park, donde Mark se había hecho amigo de la estatua. Me esperaban la tarde siguiente. Dwight, quien había vuelto de California hacía unas horas, me acompañó. Esta vez compró un regalo para mis anfitriones: un vino que había escogido con una *app* que hacía no sé qué cuando le sacabas una foto a la etiqueta. Me di cuenta de que ya no sabía con qué clase de cosas jugaban los niños de ahora, si es que alguna vez lo había sabido. Terminé por comprar dos gomas de borrar con forma de tortuga, una rosa y una verde, en una tienda de regalos en Lexington. La encargada de la tienda insistió en envolverlas en plástico antes de dármelas. Eran peligrosas porque podían

causar ahogamiento y, como se vendían por separado, eso podía suceder incluso antes de llegar a la caja o salir de la tienda. Le aseguré que no tenía intención de meterme las tortugas en la boca. Su insistencia me irritó, y le dije que la norma era ilógica. Desde que me había enfrentado a la enfermera, me enfurecía con la gente con mucha más frecuencia.

—Estás resentida con el sistema. Tiene que ver con vivir en la ciudad — me aseguró Dwight—. Significa que te estás aculturando.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que estás desarrollando una saludable enemistad con la autoridad.

Puse los ojos en blanco, pero una parte de mí se emocionó al oírlo.

Para cuando llegamos a la parte norte de Morningside Heights y encontramos la puerta correcta, estaba sudando. Llevaba sólo una pequeña bolsa con ropa y mi diario. (Todo lo que contenía la bolsa debe de seguir ahí, o quizá Ingrid ya lo haya tirado. Mantenía su casa impecable. Decía que tenía una fijación con la limpieza porque Robin estaba obsesionado con los gérmenes, pero en realidad su naturaleza era la de una enferma del control.)

—Es el ático —dijo Dwight con los ojos entornados por el sol del mediodía.

La calle emanaba esa tristeza veraniega que te gustaría extender hasta averiguar por qué duele. Detrás de nosotros había unos hombres sentados en lo alto de un muro apuntalado. Unas radios reproducían suaves baladas en español y se oía el ruido de unas neveras portátiles cuyo contenido se derretía. Frente a nosotros, el edificio donde vivían los Rooiakker era pálido y de ladrillos estrechos. Tenía seis pisos y una escalera de incendios que serpenteaba por la fachada. La puerta de cristal estaba rodeada de mármol verde con rosas oscuras en el lado derecho. Me asomé por una ventana de la planta baja que tenía unas persianas descoloridas abiertas. Comprobé el número del edificio, marcado con unos cuadros dorados y números negros inclinados. Vacilé al llegar a la entrada.

—Créeme —me tranquilizó Dwight—. Es éste.

El pasillo estaba tapizado de nombres. Encontré ROOIAKKER.

No había portero, pero el ascensor iba directo a su apartamento si introducías el código que Ingrid nos había dado por el interfono. Dwight y yo nos quedamos en silencio en el elevador, que era lento y ruidoso. Poco a poco comenzamos a oír un sonido de chillidos que provenía de arriba.

—Ésos son los mellizos —indicó Dwight.

Me irritaba que se comportara como un guía turístico, como si ése fuera su «rollo» y no el mío.

—Ya lo sé. Los conozco.

Las puertas se abrieron frente a un montón de zapatos y abrigos, una flotilla de patinetes, gafas de natación colgadas de ganchos y mochilas pequeñas. Después Ingrid me pidió que no publicara fotos de los niños ni del interior de su casa, y que borrara las que ya había publicado, pero de todas formas el interior puede verse en algunos artículos de revistas que están en internet.

Su perro era una cosa diminuta, un shih tzu negro con pelo que le colgaba sobre la cara como una piel de plátano. Brincaba sobre las cuatro patas, se levantaba por los aires y caía sobre las traseras cuando intentaba alcanzarnos.

—¡*JJ*, no! —Thom llegó patinando desde una esquina—. Éste es *JJ* —nos presentó mientras lo levantaba, colocaba sus inquietas patas sobre su pecho desnudo y luego lo extendía hacia nosotros—. Es muy amigable, si es que te gustan los perros.

—No le gustan —respondió Dwight antes de que yo pudiera mentir.

—*JJ* me cae bien —protesté.

—Su verdadero nombre no es *JJ* —agregó Thom.

—¿Ah, no? —Dwight adoptaba ese molesto tono que usan los adultos para seguirles el juego a los niños.

—*Nah*.

—¿Y cuál es su verdadero nombre? ¿Por qué se lo cambiasteis? —pregunté.

—Era muy largo.

Di un brinco. No era la voz de Thom, sino que provenía de detrás de mí.

—¡Robin! —exclamó Dwight, y le dio una palmada en la espalda.

Robin no le devolvió la palmada, sólo se quedó parado con las manos bien metidas en los bolsillos. Vestía unos gruesos pantalones vaqueros, unas botas, una camiseta negra de algodón metida por dentro y un cinturón. Su figura transmitía una especie de juventud abultada que se tornaba más gruesa conforme se acercaba al suelo, como plastilina a medio derretir, lo que daba a algunas de sus facciones una cualidad puntiaguda, y en cambio otras tenían un grosor más definido. Llevaba el cabello teñido, según me informó Dwight. Se notaba porque era completamente negro, mientras que unas pequeñas porciones de pelo plateado asomaban por las fosas nasales y las orejas, y unas cejas grisáceas enmarcaban sus ojos de roedor.

—*JJ* antes era *Jano* —continuó.

Había algo en él que me resultaba familiar. Mientras hablaba, esa sensación se intensificó con su muy ensayado acento británico. Comprendí que era una pose.

—Pensé que *Jano* era un nombre apropiado. —Me di cuenta de que lo pronunciaba a la manera latina, con la «J» suave. Entonces entendí por qué Nat pensaba que era condescendiente, pero me recordó a algunos profesores de la universidad, y de inmediato sentí el impulso de impresionarlo—. Porque no siempre se puede distinguir su cara de su ano. Así que no sabes si viene o va.

Dwight se rio mucho, teniendo en cuenta que yo era consciente de que él no sabía quién era *Jano*. Quise demostrar de alguna manera que sí lo sabía, que había entendido el chiste y no me estaba riendo de la palabra *ano*. Me sabía los nombres de los dioses romanos.

—No, la realidad —dijo Robin cuando Dwight se calmó— es que vimos una foto de *JJ* en un tablón de anuncios cerca de aquí. Un profesor de Filología Clásica se iba de la ciudad por alguna razón y no podía llevarse al

perro. Quisimos darle un buen hogar. Pero los niños se empeñaron en ponerle un nombre nuevo, así que lo llamamos *JJ*, un término medio para que no olvidara quién era y respondiera al nombre.

Dwight se agachó para «interactuar» con *JJ*.

—Hola, perrito —dijo una sola vez, y después lo repitió otras cuarenta o cincuenta—. Hola, perrito, perrito. Hola, perrito, perrito. Sé quién eres; sí lo sé, sí lo sé, sí lo sé. Sé que tienes que hacer pipí y popó cada tres horas.

Oscilaba entre el tono perruno y el humano.

—¡Me encanta! —le dijo a Robin y luego a *JJ*—. ¿Quieres jugar? ¿Quieres jugar? ¿Quieres jugar?

Luego empezó a confundir su voz humana con la de perro.

—¿Son dóciles? —preguntó, pero Robin estaba en la cocina—. Oye, oye, oye —le dijo a *JJ*—. ¡Oh! Es suavcito, suavcito.

Seguí a Robin a un espacio amplio e iluminado por un tragaluz gigante y cuatro ventanas que daban a Sakura Park y a los enormes árboles que estaban más allá, que, de tan frondosos, ocultaban el río.

—¡Uau! —exclamé.

—Ya te lo dije —intervino Dwight, quien corrió para alcanzarnos.

No dejaba de recordarle a Robin que había acompañado a Walter a un cóctel en casa de los Rooiakker cuando *rq & Asociados* obtuvo el contrato para diseñar la incubadora.

Vi a Rosa sentada al otro lado de la habitación. Apenas podía creer que fuera melliza de Thom, pues parecía mucho mayor. Estaba sentada en el sofá con un iPad en las manos y una expresión de intensa concentración; no levantó la mirada cuando entramos. Llevaba una camiseta estampada con una calavera hecha de brillantes.

—¡RO-SA! —la llamó Thom como si estuviera en otro cuarto, aunque los tres estábamos frente a ella—. Ya han llegado.

Sin mirarnos, la niña se puso unos auriculares rojos, dobló la funda del iPad para que se sostuviera y se parapetó detrás de la pantalla.

—Hormigón armado —soltó Dwight, pasando con admiración su bota por el suelo.

—Nombra lo que ves —murmuró Rosa.

Estaba claro que podía oírnos y que los auriculares eran mera utilería.

A un lado de la estancia había cuatro grandes cajoneras negras de madera, con cajones poco profundos, que estaban puestas una contra la otra como un escritorio largo sobre el cual estaba dispuesta una larga plancha de madera. Como si fuera un altar, había dos iMac, espalda con espalda, como si uno fuera la imagen especular del otro. Al otro lado, y siguiendo las mismas líneas pulcras, había una cocina con una isla de mármol paralela a la barra. En medio, donde estábamos parados, había una mesa larga y estrecha hecha de una sola pieza de madera. De pronto me di cuenta de que había piel de oveja por todas partes: sobre las sillas, descansando sobre los regazos como si fuera vello púbico o sobre el suelo como parches de moho. Dondequiera que mirara había fotos enmarcadas en blanco y negro de Ingrid con una sobresaliente barriga de embarazada.

—Las hizo Robin —susurró Dwight.

Rosa se asomó por encima de su aparato.

—Eres adoptada, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por eso eres tan morena?

—Supongo.

—Hola, Dwight, Alice. Bienvenidos.

Ingrid, como había notado en la visita guiada de Roosevelt Island, tenía el andar dictatorial de una gerente de hotel. Descalza, con las uñas de los pies pintadas, caminó hacia Rosa y le arrancó los auriculares de su pequeña y rubia cabeza. Rosa era idéntica a ella, pero mucho más aterradora, pues la expresión de Ingrid se veía extraña en una niña. Era muy delgada, tenía la piel más pálida que su madre y resultaba intimidante, a pesar de ser tan pequeña.

—¿Cómo estás, hola? —preguntó en castellano sin modular la voz.

—Hola, ¿cómo estás? —la corrigió Robin.

Durante el tiempo que estuve allí, me di cuenta de que Robin hacía ciertas cosas, como me ocurría a mí alguna vez, que nadie más parecía entender. Por ejemplo, les quitaba todas las etiquetas a los comestibles y recortaba el cartón de los envases para marcar el nivel hasta el que su contenido había sido consumido.

—Es su método —explicó Ingrid con hartazgo.

Extendía las revistas sobre la mesa de centro dejando huecos exactos. Respetaba las reglas, parecía, tanto como lo hacía yo antes de «aculturarme». Cuando Ingrid usaba mal una palabra en una oración, se lo hacía saber sin importar quién lo estuviera escuchando y le pedía que la definiera, lo que me recordaba cómo me comportaba yo con Dwight.

Robin me guio por los únicos espacios privados del apartamento abierto, al que Dwight seguía refiriéndose como «el ático». Nunca había estado en un lugar así. Todas las toallas que he tocado desde entonces me parecen ásperas comparadas con las de los Rooiakker. La sedosa suavidad de todo me dejó mareada, como si me hubiera levantado con mucha rapidez. Pedí permiso para usar el baño y, para recuperarme, me senté en el borde de una bañera de mármol que estaba instalada sobre un estrado. Era la clase de bañera en la que asesinaban a los esposos griegos. Sólo robé una cosa (del baño): una decadente vela aromatizada, blanca, que encontré dentro de uno de los armarios con espejo. Estaba en un contenedor dorado con la leyenda ORIENTALIST. Luego se la di a Mizuko.

Cuando admiré una serie de fotografías colgadas en una pared, Robin detuvo la visita guiada.

—¿Por qué tenemos todavía esas fotografías, Ingrid? —preguntó—. Pensé que habíamos llegado a un acuerdo. —Pero no hubo respuesta—. Son totalmente impersonales. Nunca he ido a ese bar. ¿Está en La Habana? —

Robin esperó. Ingrid parecía estar hablando por teléfono—. Hacen que nuestra casa parezca un vulgar hotel.

Mi habitación estaba junto a la de los mellizos; era una especie de cuarto de juegos equipado con una pelota hinchable, un teclado, pinturas, impresiones hechas con patatas y una jaula de hámster vacía. Un póster de una exposición de hacía dos décadas sobre mi cama decía:

DEL CONSTRUCTIVISMO AL ARTE CINÉTICO.

Señalé un tazón de plástico verde lleno de agua.

—Tenemos una estrella de mar —dijo Thom.

—Me temo que aquí tendrás mucha compañía —agregó Robin.

Se suponía que los mellizos tenían cada uno su propio dormitorio. Ingrid había leído muchos libros sobre la crianza de gemelos. En un principio, ése era el de Thom, pero él había insistido en dormir con Rosa, así que su cuarto era sólo de juegos. Había dos camas individuales junto a la pared, una junto a la otra, de tal modo que, cuando me tumbaba en una, me sentía como si estuviera encogida en la parte superior de una cama de tamaño normal. Cada una tenía una segunda cama que salía de la base para cuando los mellizos invitaban a amigos de la escuela a quedarse a dormir. Había unas pequeñas sillas en las que ya no cabían y donde ahora se sentaban unos animales de peluche.

—¡No quiero que duerma aquí!

Robin levantó la mano para decir «Basta». Rosa me dirigió una mirada fulminante.

—Ni siquiera es tu cuarto, Rosa —apuntó Thom.

Ella se sentó en la cama y se cruzó de brazos.

Había una fotografía de su clase de la escuela colgada de la pared. La señalé y dije en tono amigable:

—¿Es tu clase, Rosa?

—Sí —contestó en tono malicioso—. De catorce niños, sólo dos son

negros. —Los señaló—. Uno es de África y el otro es adoptado, como tú.

Robin salió del cuarto.

El niño adoptado, con un peinado a lo afro, tenía los dos pulgares levantados y una sonrisa exagerada. En el centro, dos niñas estaban de pie espalda contra espalda, con las manos colocadas como si fueran pistolas. Fue sólo cuando señalé a Thom en la fotografía que encontré el parecido entre Rosa y él. En persona, tenía un carácter tan dulce que parecía del todo distinto de ella.

La cena para darle la bienvenida a «la invitada», como se refería Robin a mí, consistió en comida japonesa a domicilio. Estaba nerviosa, casi tanto como la primera vez que vi a Mizuko, cohibida por la forma en que se me resbalaba el salmón de los palillos. Comí demasiado wasabi y me picaron las fosas nasales. Dwight se quedó y Nat también vino. Dwight estuvo insoportablemente dicharachero. Sacó su propia botella de vino de alguna parte y, por tanto, la botella que yo había llevado terminó en un armario blanco sin tiradores. Hasta donde sé, nunca la abrieron.

Cuando comenzamos a discutir sobre Silvia, me di cuenta de que tal vez había bebido demasiado.

—Me sorprende que aún tenga ganas de vivir —dijo Ingrid, y sus ojos se pusieron vidriosos.

Robin se rio de manera extraña, pero su risa no iba dirigida a mí, según comprendí después, sino a su esposa. Me sentí culpable de estar en su larga mesa mientras Silvia estaba en la residencia de Amsterdam sola.

Robin me habló:

—Siento mucho lo de tu abuela. Fue una verdadera suerte que estuvieras allí. Estoy seguro de que no estaría viva si no hubiera sido por ti. Apuesto a que se alegra de que vinieras.

—Sigo buscando un antepasado holandés —comentó Nat sin dirigirse a nadie en particular. Ingrid hizo una mueca desde el otro lado de la mesa.

Parecían despreciarse, pero con una cierta lealtad—. Estuve ayudando a los mellizos con un proyecto de la escuela...

Ingrid la interrumpió:

—Eso fue el otoño pasado. El proyecto se acabó hace tiempo.

—Bueno, entonces comencé mi propio proyecto.

—¿Cómo vas? —preguntó Dwight mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—Pues ya sabes. Tengo algunos pedazos, cosas que mis padres me dejaron; no es mucho. —Le dirigió una mirada fulminante a su hija, quien hizo un gesto para señalar que eso era decir poco—. Y Alice me ayudó a abrir una cuenta en una de esas páginas de genealogía.

Asentí con la sensación de que eso, a ojos de Ingrid, había sido una equivocación.

—Pero no encontramos nada. ¿No es así, Alice?

—Nada.

—Oh, muy bien —dijo Dwight. Adoptó esa mirada que aparecía cuando creía haber dado con una oportunidad—. Los árboles genealógicos no son muy tecnológicos, pero son la forma original de conexión, una herramienta muy humana. Dos padres se juntan en la creación de un hijo y así, sucesivamente, en una cadena interminable, y podemos mapearla con...

—Es obvio —interrumpí—. Es *obvio* que los árboles genealógicos son así. Sólo hablas y hablas, pero no estás diciendo *nada*.

La expresión de Dwight sugería que me había aculturado demasiado. Continuó sin dejar que mi estallido lo afectara y nos habló de las diversas compañías con las que se había reunido en California la semana anterior. Una era una especie de proyecto de progenie, un «medio estable de almacenamiento» que funcionaba como una red social; podía mantenerse activa durante diez mil años y registrar el linaje completo de una familia. Nat se inclinó sobre Rosa para escuchar todo lo que decía Dwight, lo que duró una eternidad porque ella no paraba de interrumpirlo para preguntarle el

significado de ciertos términos. También describió una compañía que tomaba muestras de ADN. Tenía que ver, afirmó, con la salud y con descubrir las enfermedades genéticas latentes que uno podía desarrollar, pero uno de los servicios más populares que ofrecían era investigar con qué otros usuarios del servicio podías estar emparentado. Por lo menos intentó convencerlos de que lo vendieran así.

—Se envían unos tubos a los hogares de los clientes —explicó— y luego los devuelven a Silicon Valley con la historia de cada usuario encriptada en veintitrés pares de cromosomas: cabello, ojos, piel, cosas que les gustan y les disgustan. Y después...

—¿Podríamos conseguir una de... de esas cosas para la saliva? —preguntó Nat.

Dwight compuso la misma expresión que cuando tenía un orgasmo particularmente intenso, como la de la máscara de *Scream*.

—Claro que sí. Yo te las consigo. No hay problema —respondió. Le lancé una mirada amenazadora: «Para»—. O quizá Alice pueda hacerlo. Le mandaré un *link* para que las pida.

Sacó su teléfono para enviármelo. La mesa se quedó en silencio. Ingrid parecía desconfiada, se masajeaba el cabello y se inspeccionaba las manos.

—Son anillos de oro y diamante en bruto —me contó cuando me descubrió mirándolos.

Hacían que su alianza de boda pasara desapercibida. Me volví para mirar a Robin, quien observaba a su suegra. Entre ellos, Rosa se acariciaba un brazo lleno de pulseras, con una cuchara colgándole de la boca. Comía un postre de chía con gran lentitud. Hizo un ruido como de succión con la cuchara y luego se la sacó.

—¿Yo también podré escupir?

—Claro que sí, cielo —respondió Nat.

—No lo creo —interrumpió Robin—. ¿Acaso eso no cuesta quinientos dólares y te dice todo tipo de cosas sobre si padecerás diabetes y cuándo vas a

morir?

—Yo lo pago —dijo Nat, desechando su comentario con un movimiento de la mano—. Pagaré para que lo hagamos todos.

Ingrid no parecía convencida. Al darse cuenta de ello, Dwight agregó:

—Walter trabajó con ellos. Dice que son una empresa muy interesante. Todos trabajaban para Google. Ahora sólo se trata de un tipo de búsqueda distinta.

—Una corporal —agregó Robin, cruzándose de brazos.

Ingrid se encogió de hombros con un gesto tímido.

—Supongo que no se pierde nada con probar.

Nat estaba radiante.

Aunque ahora vivía a tiro de piedra de Silvia, mis visitas se fueron haciendo cada vez menos frecuentes. Las rutinas de los Rooiakker empezaron a reemplazar las mías, en particular las de los mellizos, con sus meriendas y sus pequeños amigos: el amigo desdentado de Thom, Anatole, y la sarcástica mejor amiga de Rosa, Brontë, quien siempre tenía los dedos metidos en un juego de papel para adivinar el futuro. Brontë hizo uno para mí: cuatro puntos, cada uno de un color: azul, rojo, morado, verde; números del uno al ocho; luego, ocho lugares: el metro, una cabaña, una feria, una cafetería, una galería de arte, un restaurante japonés, Barney's, un camión. Cuando hicieron el juego conmigo, me salió un restaurante japonés.

—¿Qué significa eso? —pregunté con inquietud. Nunca había jugado de niña.

—Que conocerás a tu novio en un restaurante japonés.

Rosa estalló en carcajadas.

—Ya tengo novio —dije a la defensiva. Me sentía como acosada.

Las niñas continuaron mofándose.

Cuando Ingrid no estaba en la obra, en la oficina de Walter o en diversas reuniones con el ayuntamiento, trabajaba desde casa. Su rutina incluía yoga

en el apartamento —una variante especial con influencias del tantra que incluía unos cánticos y al cual Rosa y yo teníamos permiso para unirnos—, extraños rituales con comida y frotarse el cuerpo de vez en cuando con un cepillo de cerdas naturales. Yo hacía la compra con listas que me entregaba. Parecían recetas de conjuros. Elaboraba su propia leche de almendra dejando las almendras en remojo por la noche y luego, junto con los mellizos, las pelaba una a una, las trituraba, las licuaba y las colaba con una estopilla orgánica. En su baño había una amplia gama de botellas de color café con píldoras que me hacían sentir culpable por Silvia. Pero siempre que sentía remordimientos por haberla abandonado a ella y a mi rutina, me decía que era culpa de Silvia por no tener un teléfono móvil. Ésa habría sido una forma normal de mantener el contacto y, como había sugerido Ingrid, de mantenernos al día. Durante las dos primeras semanas que estuve con los Rooiakker, sólo la visité unas cuantas veces.

Ingrid había elegido la escuela de los mellizos —un colegio Steiner al otro lado del parque— porque en ella intentaban limitar el uso que hacían los alumnos de la tecnología y equilibrarlo con piñas, conchas, piedras y carpintería. Para mis adentros, señalé la contradicción entre su obsesión con las cosas orgánicas y la crianza natural, y el tiempo que pasaba ella con sus aparatos tecnológicos. Era una usuaria muy activa de Pinterest e Instagram, y tenía muchísimos seguidores en ambas redes. Tenía dos teléfonos móviles, un iPad y dos ordenadores portátiles. Todas esas pequeñas máquinas, pensé después, mientras Mizuko me leía fragmentos del temible libro, contribuían a derretir los casquetes polares. Recordé haber leído sobre el efecto mariposa, el aleteo que viajaba por la Tierra, luego sobre el mar y luego por el aire. Ingrid podía proyectar un desastre nuclear-terremoto-tsunami sin problemas. Podía hacerlo con tan sólo pulsar una tecla. Robin, por su parte, no parecía interesado cuando le pregunté sobre el proyecto de Cornell Tech.

—Ingrid está al frente de eso —respondió—. Yo soy más bien ludita. Sólo necesito un teléfono para trabajar. Ella y Walter saben mucho más de eso que

yo. No ha olvidado que una vez llamé *Pinteresque* a eso que hace con los pines.

—Como el dramaturgo —intervine de inmediato.

Decidí que me gustaba la forma en la que hablaba, con esas cadencias profesorales. Me hacía muchas preguntas sobre mis estudios de Filosofía y Física, y su interés me halagaba. Me arrepentí de no haberme llevado los libros más densos del apartamento de Silvia (seguía sin tocarlos), pues quería impresionarlo dejándolos por ahí en la casa. Cuando le prestaba atención a alguien, comprendía por qué Ingrid se había enamorado de él.

Más allá de su rivalidad con Walter, la higiene que rayaba en lo compulsivo y su leve aire de superioridad, él era la figura enigmática de mi nueva familia. Al menos al principio no tenía manera de saber cómo se sentía respecto a mí o a mi presencia en su casa. Cuando lo busqué en Google por primera vez, los resultados arrojaron sorprendentemente poco en comparación con lo que obtuve cuando hice lo mismo con Ingrid. Ella estaba en todos lados: respondía preguntas sobre el equilibrio entre el trabajo y la vida personal, y sobre cómo criaba a sus hijos, así como sobre proyectos arquitectónicos. Luego recordé que Rooiakker no era su nombre. No podía recordar su apellido real y no quería preguntar. Pero me vino a la cabeza mientras hacía otra cosa. De hecho, estaba tumbada en mi larga cama haciendo un *collage* con mis últimas actividades con Dwight. Tecleé «Robin Quinn». Mientras lo hacía, estaba segura de que Nat no había hecho bien sus deberes o que, en secreto, era tan neófita digital como Silvia.

Robin Quinn estudió en una escuela de arquitectura en Londres y, después de trabajar durante algunos años en un gran despacho, volvió para ser profesor. Pero dejó Inglaterra y se mudó a Nueva York en 2004, después de que una estudiante de tercer año declarara que, tras meses de comentarios inapropiados, había intentado propasarse en un parking después de una función de la universidad. Fue visto llevando su cuerpo semiinconsciente del guardarropa al exterior; él dijo que la había sacado para pedirle un taxi. La

policía encontró en su ordenador varios perfiles de citas *online* y muchas fotografías de mujeres atadas y amordazadas, pero la demanda por acoso fue desestimada. No obstante, después de eso, otras mujeres de la facultad lo acusaron de conducta inapropiada. A Robin se le sugirió que renunciara para que no tuvieran que despedirlo, y Cooper lo recibió en Nueva York un año más tarde.

Después de eso, vi el matrimonio de Ingrid y Robin con mucho más interés. Era imposible que ella no lo supiera. Creyera en su inocencia o no, lo exoneró a la vez que demostró su culpabilidad cuando se convirtió en su esposa siendo su alumna. Sin embargo, no daba la impresión de que esa transición hubiera ocurrido por completo. Ingrid parecía llamar la atención de su esposo muy poco, o en todo caso —noté mientras los observaba con más detenimiento— lo hacía de formas extrañas. Por la manera en que se comportaba con Walter, me daba la impresión de que sólo intentaba ponerlo celoso y de que en realidad Walter no le gustaba. Sin duda, cualquier dinámica profesor-alumna que hubieran tenido seguía aún enraizada, pues continuaban comportándose como si su relación fuera clandestina.

Walter hacía demasiadas visitas inesperadas a su casa, que también era una oficina. Cuando estaba allí, Robin solía encontrar excusas para salir del apartamento, como pasear a *JJ*. No fue sino hasta la primera vez que me invitó a acompañarlo cuando estuve segura de que no tenía problemas con mi presencia.

—¿Por qué no vienes, Alice? Nos merecemos un descanso de los yanquis.

Hablábamos del sistema escolar británico, de ciencia o de Spinoza mientras balanceábamos bolsitas con la caca caliente de *JJ*. En una ocasión, tras hacerme varias preguntas sobre mi época universitaria, mi tesis y mis ganas de complacer a una profesora que tenía un interés particular en mí (la misma que me dijo que hiciera locuras después de mis exámenes y, sin querer, me hizo llorar), Robin decidió sacar el tema. Dejó de caminar y se llevó una mano a la frente por un instante; tenía una expresión atormentada.

—Es muy difícil —afirmó— no cruzar la línea entre interés e intimidad con una estudiante. —Me quedé callada, pero él no se volvió para mirarme—. Me costó el empleo, ¿sabes?

Negué con la cabeza. ¿Cómo es que los adultos de cierta edad no entienden cómo funciona internet? Era demasiado ingenuo que creyera en su anonimato. *JJ* se sentó con paciencia en la acera, con una mirada filosófica clavada en la distancia.

—Tienes a todas esas hermosas mujeres entrando y saliendo de tu despacho, algunas son increíblemente brillantes y apasionadas, así que inviertes muchísimo tiempo en ellas. Lo único que quieres es que les vaya bien, ayudarlas a hacer contactos cuando terminen de estudiar, que las contraten buenas empresas. —Hizo una pausa. En ese momento pareció medir mi reacción. Guardé silencio, y él comenzó a caminar de nuevo—. Una estudiante puso una demanda en mi contra. Fueron dos mujeres, de hecho. Dijeron que les hice comentarios ofensivos y que las toqué de manera inapropiada. Creo que eso significa que les toqué el hombro, o algo así. Soy una persona tocona, o al menos lo era. Solía hablar abiertamente de mis sentimientos con mis estudiantes, y les preguntaba por los suyos. Ahora tengo que ser tan tan cuidadoso... Es peor aquí, en Estados Unidos. —Mi expresión debió de delatarme—. Sí, Ingrid fue alumna mía, pero no nos hicimos pareja hasta que se graduó en Cooper. Siempre respeté los límites entre estudiante y profesor con ella. Sin embargo, hablamos de abrir un estudio, o yo hablé de hacerlo y que ella se me uniera. Cuando pasas todo el día con alguien, y a veces también toda la noche, te olvidas de las diferencias de edad y de todas esas barreras. Sólo sois dos personas con un interés en común y una conexión.

Asentí con un gesto comprensivo; era lo mismo que yo había sentido con mi maestra.

Volvimos con una bolsa de caca porque *JJ* esperó hasta que estuvimos justo frente al portal.

En cuanto Ingrid oyó que se abrían las puertas del ascensor, dijo:

—Oh, ya habéis vuelto. Estaba a punto de enviar a un equipo de búsqueda. —Se quedó con la mirada fija en mí—. Walter y yo hemos decidido que nos vamos de vacaciones —continuó. Pasé junto a ella, sintiéndome culpable, para ir a tirar la bolsa a la basura—. Walter tiene una casa en los Hamptons —informó a Robin mientras Walter se mantenía erguido junto a ella y asentía para confirmar que todo era verdad—. Sería bueno que los niños se alejaran de la ciudad y que nosotros metiéramos los pies en el mar, ¿no crees?

—Eso suena muy bien, pero no podemos dejar a Alice —contestó Robin.

Hubo un silencio tenso.

—Bueno, podría venir con nosotros —dijo Walter al fin—. Y también Dwight, claro está. —Ingrid se retiró a su cuarto sin decir una palabra—. Sois todos bienvenidos —insistió Walter—. Ya sabéis que sois como mi familia.

—A la «i» se le levanta el flequillo cuando está con la «a» —murmuró Thom desde el suelo—. Así es como nos enseñan a escribir podría y debería en la escuela.

—¿Qué escribes, Thom?

—Un cuento.

—¿De qué trata?

—De cómo viniste para quedarte.

Dwight y yo enviamos los tubos con las muestras de saliva el 23 de junio. En la mayoría de los casos, pasan algunos meses desde el envío de los tubos hasta que la empresa te hace llegar una lista de posibles familiares y/o enfermedades genéticas. En el caso de Nat, tardó sólo un mes. Eso se debió probablemente a la sugerencia que hizo Dwight de anotar su nombre en el apartado del formulario que preguntaba «¿Cómo nos ha conocido?». Ya que fui yo quien accedió a abrir una cuenta con mi dirección de correo, recibí la notificación cuando iba en el coche con Dwight de camino a los Hamptons.

No habían encontrado resultados de enfermedades potenciales, pero sí una coincidencia de ADN. Decidí no contárselo a Dwight todavía —odiaba la manera en la que competía conmigo para congraciarse con los Rooiakker— y leí el correo en silencio. La coincidencia era para Robin y los mellizos, no para Nat ni Ingrid. Mientras leía, recibí un mensaje de Ingrid en el que preguntaba cómo íbamos y decía que Nat había estado leyendo la página de la empresa y que ahora también quería saber si tenía el gen de la empatía, que si era demasiado tarde para pedírselo a la gente de la saliva. No respondí. En el correo había un botón con la opción «Notificar a las coincidencias», que decidí no presionar.

En vez de eso, busqué a la coincidencia yo misma. Había una biografía bastante detallada de ella. Pero, como no me pareció suficiente, la busqué en Google.

MIZUKO HIMURA

Aunque en un principio creí que las puertas de la casa de Robin e Ingrid se

me habían abierto por casualidad, como una luz o una trampilla en una máquina de *pinball*, tras descubrir la coincidencia con Mizuko empezó a parecer que la cadena de eventos estaba predestinada. Me recliné en el asiento del acompañante mientras el coche seguía su marcha e ignoré el paisaje. Tenía la impresión de que debía encontrarla. Un poder misterioso parecía acercarla a mí, coincidencia tras aparente coincidencia. El sentimiento cobró fuerza a medida que fui investigando más durante las vacaciones, hasta que sentí como si me hubiera encontrado a mí o a la persona que quería ser, como me prometí. Aunque no sabía su dirección exacta, que al parecer viviera a una corta distancia de Robin, que yo viviera con él, que sus fotografías mostraran que salía con el misterioso Rupert Hunter, nuestras déspotas madres, nuestros padres ausentes, las fronteras que cruzamos, todas nuestras conexiones y todos los paralelismos que parecían destaparse poco a poco no podían ser fortuitos. Lo consideré una prueba de las conexiones ocultas entre las cosas, un omnipotente algoritmo que sobresalía de entre el caos y señalaba las almas gemelas.

—¿Qué haces?

Dwight se inclinó hacia mí y giró mi teléfono hacia él.

—¿Buscas másteres en Columbia?

—Sí.

—¿Para ti o...?

—Sí, tal vez.

Cuando devolvió la mirada a la calzada, borré mi historial de búsqueda.

Silvia decía que Long Island era en realidad una península y no una isla. Dwight me sacó de la ciudad por la Long Island Expressway, la LIE. En Queens, el tráfico estaba detenido. Desde donde estábamos, alcanzábamos a ver el Gigante de Queens, un árbol de las tulipas que se suponía que era el ser vivo más antiguo de Nueva York.

—Búscalo —dijo Dwight mientras lo señalaba.

—«Su edad estimada —leí en voz alta en mi teléfono— es de cuatrocientos años o más. Probablemente era ya un árbol joven cuando la Compañía Holandesa de las Indias Orientales mandó a un grupo de familias de Valonia a Manhattan en 1624. Este árbol es tal vez el último testigo del transcurso de la historia en la ciudad, que pasó de ser un pequeño asentamiento holandés a...»

Dwight me interrumpió:

—¿Cuánto mide?

—«... una de las metrópolis más grandes del mundo. Crece en una tierra fértil y con mucha agua —continué—, que forma parte de una morrena creada por la Capa de Hielo de Minnesota cuando ésta llegó a su fin en el sur, hace unos quince mil años. —Adopté un tono más serio—. Trata a este antiguo ciudadano silvestre de nuestra ciudad con el respeto que merece. Sobrevive de milagro, desde los tiempos en los que el pueblo Matinecock paseaba con despreocupación por debajo de él hasta la época en que los automóviles pasan rugiendo por su lado sin percatarse de su presencia. Si no lo molestamos, podrá vivir unos cien años más.»

—Genial —exclamó Dwight—. Voy a quitar la capota.

Nunca había viajado en un descapotable. El sol calentaba cuando estábamos detenidos, pero cuando empezábamos a tomar velocidad, el viento se volvía implacable con mi cabello y me sacudía de tal forma que me obligaba a cerrar los ojos y a sonreír, aunque no quisiera hacerlo. Lo dejé vapulearme, martillearme los oídos. Rugía con tal fuerza que no podíamos hablar ni escuchar la *playlist* para el viaje que había hecho Dwight. Después de diez minutos, volvió a poner la capota. Hubo una calma extraña y civilizadora mientras el coche se cerraba.

Yo estaba a cargo de fijarme en el GPS. Me resultó imposible concentrarme en dar las indicaciones, así que encendí la voz del navegador e hice un acercamiento del lugar al que nos dirigíamos. Me gustaban los nombres de las calles: Egypt Lane, Further Lane, Abrahams Path, Promised

Land Road, Red Dirt Road, Crooked Hill Road. Nos paramos a comer en un Applebee's. Cuando volvimos al coche, comencé de nuevo mi búsqueda:

MIZUK

MIZUKO

MIZUKO KUYO

MIZUKO ITO

MIZUKO SIGNIFICADO

MIZUKO HIMURA

Supongo que esperaba descubrir que había habido alguna clase de error — un poco de saliva derramada, una confusión de secreciones corporales o veintitrés cromosomas archivados de forma inadecuada— que corregiría mi investigación. Pero, cuanto más leía, peor me sentía.

—¿Qué pasa? —preguntó Dwight, volviéndose hacia mí otra vez—. ¿He hecho algo mal?

—No lo sé.

Quería que también él se preocupara, pero sin decirle lo que había encontrado. Además, sentía que sí era culpa suya. Busqué artículos sobre la empresa genética. En otras ocasiones se habían descubierto conexiones sorprendentes de ese tipo y habían terminado en divorcio.

Walter le envió a Dwight un mensaje que le leí en voz alta, no sin reparar en el número de mensajes que tenía de Hatta y Hae, las gemelas idénticas con quienes tenía un grupo de WhatsApp. El mensaje de Walter nos indicaba que debíamos buscar el «buzón de los vecinos marchosos, el número 69, con un camino de acceso con un pavimento peculiar». Su casa, con un mejor gusto, estaba dos más allá de ésta. El crujido de la grava en el sendero hizo que se me revolviera el estómago. Aún no había decidido qué hacer con aquella información no deseada. No quería cruzar el umbral con ella y meterla en la casa conmigo. Bajamos del coche y nos estirizamos. Levanté los brazos y los flexioné, incluyendo los dedos, hasta que la parte entre los omóplatos hizo un crujido como de escape. Me quedé unos momentos bajo los rayos del sol. La

casa era baja y estaba rodeada por unos densos arbustos. Las cigarras se quedaron calladas mientras cruzábamos un portón de madera, y luego volvieron a empezar. El césped del jardín tenía un brillo blanco a la luz del sol que se asemejaba al fino vello del brazo de un niño.

Thom salió corriendo a encontrarse con nosotros, aminorando la velocidad cuando pasó del suave césped a la grava; aunque iba descalzo, llevaba unas deportivas de hombre en las manos, como si fueran unas enormes manoplas para el horno. Pensé que Robin tendría un guardarropa de vacaciones en el que el negro no tenía cabida, pero las zapatillas resultaron ser de Walter.

—¡Se las hemos robado! —exclamó Rosa—. ¡Ahora no tiene zapatos!

Los mellizos llevaban uniformes idénticos de baloncesto que Walter les había comprado hacía poco como regalo de cumpleaños. Camisetas y *shorts* anaranjados y azules de los Knicks de Nueva York. Thom estaba ridículo, pero Rosa no tanto; de hecho, la ropa la hacía parecer mayor, aunque se veían sus pequeñas axilas por los agujeros para los brazos. Thom quería mostrarnos la casa que les habían construido a una rana verde y a una serpiente que vivían juntas en la base de un enorme árbol del jardín. Habían hecho un círculo con piedras sobre la grava que la rodeaba.

—Y éste es el jardín de las personas —dijo Thom.

Era grande y estaba cuidado. Había una larga mesa, parecida a la de Ingrid y Robin, con dos sombrillas blancas encima, y un bosque en la distancia. De pronto, se oyó un estallido de música clásica que se detuvo de manera tan abrupta como había empezado. Walter había instalado una cadena de sonido en el bosque para no oír a las cigarras durante la comida.

—¿Qué os parece? —La música se detuvo y Walter salió de la casa.

—Increíble —respondió Dwight.

Los mellizos me arrastraron adentro. Por encima del nivel del suelo, la casa era toda de cristal, con paredes correderas. Abajo, Walter tenía un sótano con el mismo diseño del piso de arriba, una bodega alfombrada sin ventanas ni luz natural, donde vivía el ama de llaves y donde Walter a veces jugaba

con el sistema de filtración de la piscina. Los mellizos corrían alrededor de dicha piscina con *JJ* y los patinetes. Rosa seguía a Thom como si fuera el niño de *El resplandor*.

Aunque estábamos en pleno verano y todas las puertas correderas estaban medio abiertas, había un horno de leña encendido dentro y tres ventiladores de techo en marcha. Ingrid y Robin estaban de pie junto a la isla de la cocina, lo que hacía que pareciera idéntica a la de su casa. Robin, que picaba albahaca con un cortador de media luna, aún vestía de negro, mientras que Ingrid llevaba puestos sus vaqueros blancos de las vacaciones.

—Hola —nos saludó ella sin quitar la vista de los tomates que picaba.

Robin no nos miró ni dijo nada. Tuve la impresión de que habían discutido.

—¿Acabáis de llegar?

—Sí —contesté—. ¿Vosotros habéis llegado bien?

—Claro que sí —dijo Ingrid, aún sin establecer contacto visual—. Claro que sí.

—Vamos, amigos —terció Walter al entrar—. Las discusiones en el coche no cuentan.

En la cocina había una mesa negra lacada con un tazón negro ornamental encima que parecía un disco torcido, con sólo una pequeña hondura; o quizá fuera más bien un plato. Sobre él colgaba una lámpara blanca baja que estaba a la altura de nuestras cabezas. En el plato había algo que nunca había visto; parecía ser orgánico, tal vez una hortaliza, pero no me atreví a preguntar por si resultaba que era una especie de obra de arte. Después supe que era una berenjena blanca. Me fui dando cuenta de que en los Hamptons todo era blanco. Walter incluso me hizo notar que tenía fundas de lona blanca para las bocas de incendios.

Walter insistió en hacer un asado todos los días. Le gustaba colocarse frente a su humeante altar y agitar alas, muslos y pechugas, y mirarse el pecho lampiño debajo de la barba. Yo imaginaba que esa parrilla era como un

lugar donde cremaban a la gente. Estaba situada en un extremo del jardín, donde una constante horda de abejas se elevaba sobre las flores de lavanda. De día, la casa olía a carne quemada; de noche, a las polillas que se achicharraban en los faroles de la terraza de madera, y la oscuridad diluviaba insectos en torno a las velas de citronela.

Para ese primer almuerzo, nos sentamos a degustar el asado número uno mientras Walter decía:

—Bienvenidos todos: los Rooiakker, los Quinn, los Nutt y... —Se volvió para mirarme, y sentí de nuevo una punzada de culpabilidad por estar allí mientras Silvia estaba atrapada en la residencia de Amsterdam Avenue.

—Hare.

—¡Y los Hare!

—¡Gracias a usted, señor Ruse! —Nat levantó con cordialidad el vaso de agua con limón.

—¡Mamá! —Rosa se acercó corriendo a la mesa—. Mamá, Thom le está poniendo la cinta aislante de papá a todo.

—Vale. ¡Thom, la comida está lista!

Dwight, en esa modalidad totalizadora que él denominaba «fuera de la oficina», como le decía a cualquiera que lo escuchara, se puso una gorra naranja fluorescente en la que se leía SAN JOSÉ SHARKS.

Nat, quien odiaba sentirse excluida de cualquier cosa, también había ido, como era de esperar, pero aún me sorprendía verla. Ingrid observó las copas de los árboles e inhaló profundamente, como si estuviera a punto de hundirse en el fondo de la piscina y quedarse ahí durante todo el almuerzo. Oímos un tren: «No puedo parar. No puedo parar. ¡Stop! ¡Stop!».

Rosa y Thom comenzaron a llevarse patatas a la boca a puñados, a lamerse el jugo de la carne de los dedos y a gritar preguntas y respuestas de *QuizUp*.

—¡Silencio! —advirtió Ingrid.

—Pero ¡es décimo en ciencias en los Emiratos Árabes!

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó Walter a su protegido.

Sentí una opresión en el pecho. Antes de que Dwight pudiera responder, intervine.

—Bien —me apresuré a contestar—. Muy recta, la carretera. Suelo marearme, pero esta vez no. Y Dwight conducía con precaución.

Dwight me dirigió una mirada extraña.

—Un bonito paseo —comentó—. Hemos visto ese árbol supergrande, hemos ido a un Applebee's superrico y hemos pasado por ese manicomio superfamoso.

De camino, Dwight había explicado que los puentes bajos por los que estábamos pasando habían sido diseñados para que los autobuses no usaran la carretera y que «los que traían negros no pudieran llegar a la playa». ¿Me quedaba claro?

Observé cómo le daba un enorme mordisco a una mazorca de maíz.

Robin se volvió para mirar la piscina, se levantó, caminó hacia el borde y rescató un grillo anaranjado con la mano.

—Tenemos que cuidar a nuestros amigos los insectos —me dijo mientras se sentaba de nuevo—. Yo tampoco nado.

—En su idioma, eso quiere decir que no sabe nadar —replicó Nat.

Ingrid la miró con un gesto tenso.

Me sorprendió que hubiera algo tan sencillo que Robin no dominara.

—No le gusta meter la cabeza bajo el agua —añadió Ingrid—. Ni siquiera en la bañera. Creo que debió de tener una mala experiencia cuando era más joven, pero dice que no lo recuerda.

—No estoy cómodo en el agua —confirmó—. Me gustan los sólidos y los vacíos, no algo que se te escape entre los dedos.

Después del almuerzo, fuimos a la playa en bicicleta, salvo Nat y Dwight; este último la acompañó en coche. Walter nos guio. El asfalto de la calzada era tan liso que parecía cremoso, muy distinto de las desfiguradas calles de Nueva York. Entorné los ojos por el sol, lo que me hizo ver borroso. Odiaba montar en bicicleta; Susy no me había enseñado, así que tuve que ser

autodidacta para evitar que los demás niños me molestaran, pero nunca me había sentido confiada haciéndolo. Sobre nuestras cabezas, los cables del tendido eléctrico se convirtieron en destellos densos, como fideos, y luego recuperaron su dorada delgadez. Con el sol de la tarde en la espalda, alcanzaba a ver que mi distorsionada sombra seguía a Walter, a Ingrid y a los mellizos, quienes iban en fila delante de mí. Robin iba en la retaguardia.

Llegamos a la clase de playa abierta con un gran cielo encima que provoca una cierta sensación que sólo se da frente al mar: era muy llana, y la arena húmeda parecía un espejo junto a la orilla, como un suelo pulido que brilla a lo largo de kilómetros. Atrás había dunas y figuras que pescaban de pie, pero casi todo era llano. Llegamos a la orilla de un lugar donde la enormidad del agua no mostraba que hubiera un mundo al otro lado, más allá de ella. Caminé del brazo de Dwight. Gracias a que la bicicleta había mantenido mis brazos y mi cerebro ocupados, había olvidado mi descubrimiento y me había relajado. Dwight escuchaba cómo Walter hablaba de los residuos médicos — agujas hipodérmicas infectadas con sida— que habían llegado flotando a las costas del Atlántico en el verano de 1998; se la conocía como la *marea de las jeringas*. Por un momento, aferrada al fuerte brazo de Dwight, todo fue felicidad.

—Puedes imaginar a nuestros ancestros llegando a una playa así, ¿no, Thom? —Nat miraba el horizonte e ignoraba la conversación sobre el sida.

Noté una opresión en el corazón al recordar y solté el brazo de Dwight. Ingrid llevó a Nat a mojarse los pies en el mar. Thom estaba de pie y observaba y pateaba el agua. Rosa se dirigió a la silla vacía del salvavidas, subió hasta ella y comenzó a zarandearla hasta que la tumbó. Los demás nos instalamos en la arena. Robin se quedó a una distancia segura del agua, cerca de mí. Dwight se sentó entre nosotros con un traje de neopreno que sacó de su coche y una tabla larga y llena de arena que estaba sujeta a su tobillo. Miré el vello blanco de sus piernas, tapizadas de arena, mientras él le chupaba el

color a un trozo de sandía que le había comprado a un vendedor de fruta en el parking. Detrás de mí, Walter roncaba ligeramente.

Dwight nos hizo una foto en esa posición. Su perfil es público, así que aún puedo verla. Ése fue el momento preciso en el que encontré el Instagram de Mizuko. Pasé casi todas esas vacaciones congelada en esa posición, con la cabeza metida en la versión en miniatura de su vida. En la foto de Dwight, se me puede ver con el móvil entre las manos, sosteniéndolo en una y con el índice de la otra extendido, como si estuviera clavando alfileres en un muñeco de vudú. En mis ojos abatidos se puede ver que empiezo a desaparecer, o que a mi alrededor, su realidad, el mundo sólido comienza a desvanecerse, como arena mojada que se hunde bajo el agua. No tengo ni idea de lo que va a suceder, pero de todas formas camino hacia ello. Al escribir esto y revivirlo a través de las imágenes que aún conservo, siento que camino hacia ese océano, que poco a poco se vuelve más profundo, hasta que de pronto hay una caída, y la temperatura del agua cambia antes de que esté preparada; pierdo pie y, sin tiempo para coger aire, me sumerjo en el agua.

Tendrían que pasar otras dos semanas antes de que la conociera en persona, de que caminara con ella sintiendo como si estuviera en la orilla y no supiera a qué profundidad me había metido en realidad. Después de la tensión en la cafetería y la aleccionadora conferencia del superviviente de Sugihara, el alcohol era bienvenido y acentuaba la sensación de estar frente a una maravillosa oportunidad. Durante nuestra primera velada juntas, Mizuko y yo bebimos bastante más de lo que yo acostumbraba, de tal forma que la recuerdo ahora como una sucesión de luces y sombras, como si me hubieran conducido por un túnel que nos había llevado desde un café en Broadway hasta su habitación. El 1020 es un bar poco habitual, oscuro y con un aire de tugurio. Los estudiantes de Columbia juegan al billar o a los dardos, y puedes sentarte en pequeños reservados mal iluminados o a una larga barra. Nos sentamos en un reservado. No era el ambiente más apropiado para una cita, pero me recordé que aquello no era una cita. Si acaso, se parecía más a una entrevista de trabajo, una falsa en la que ella no tenía ningún empleo que ofrecerme y yo fingía que ella era alguien a quien no conocía.

Primero charlamos sobre mi reciente llegada a la ciudad, la conferencia y las partes que más nos habían conmovido; luego hablamos de cómo se inspiraba para crear sus personajes y sus textos, de su novela en construcción y sus cuentos, para los cuales estaba dispuesta a sacrificar amigos y familia, lo que nos llevó a su infancia, su madre y a por qué ella estaba en Nueva York. En algún punto, la falsa entrevista se instaló en un extraño bucle infinito en el que yo todavía interpretaba el papel de la candidata que fingía que quería un trabajo, pero también hacía preguntas cuyas respuestas ya

conocía. Todo lo que me dijo sobre sí misma yo ya lo sabía, o al menos tenía un bosquejo. Por ello, y tal vez también por el alcohol, lo oí todo como si me lo hubiera dicho en una lengua extranjera. Era emocionante oír su voz en lugar de sólo leer sus pies de foto, pero no se parecía a escuchar de manera normal, sino a un sonar que indicara nuestras posiciones estratégicas y mi cercanía con lo que fuera que ocurriría a continuación. Sabía que si ella dejaba de hablar sería el final de la velada, pero parecía encantada de hacerlo sin parar y de que yo estuviera en silencio. Hacia el final, tenía la vista nublada y el oído concentrado en una dolorosa nota única. Todo lo que alcanzaba a distinguir era el sonido agudo e inquisitivo de su voz, que rodeaba las palabras como un mosquito y amenazaba con silenciarse donde fuera que aterrizara.

El silencio llegó por fin cuando le pregunté exactamente cómo usaba su propia vida en la escritura, con la intención de impresionarla con mis lecturas de las *I-novels*, el popular género confesional japonés, ante lo cual no dijo nada durante un buen rato.

Pero por fin habló:

—Para mí es distinto. Es mi manera de vengarme de mi madre. En lo que a ella respecta, pasé el último año sin escribir nada ni enseñar mi trabajo, sólo jugué a un juego en mi móvil en el que era la encargada de una heladería y luego recogía mi dinero para gastos cada mes. Me niego a discutir mi escritura con ella después de cómo reaccionó ante «Kizuna».

Dijo la palabra como si yo supiera qué significaba, como si yo supiera que era un título, el de uno de sus cuentos. Sentí que me hervía el rostro de vergüenza por lo bien que conocía «Kizuna», tanto que podía recitarle algunos fragmentos de memoria. Una pequeña parte de mí sí notó que era una suposición arrogante. Aun así, decidí que necesitaba parecer inocente.

—¿Qué es «Kizuna»?

—Es un cuento que escribí y que se hizo viral. —Suspiró. Todavía me impresiona la fluidez con la que los estadounidenses, incluso los inmigrantes,

hablan de sus logros—. Significa algo como «lazos humanos» o «los lazos que nos unen».

—Oh, muy bien. ¿No fue ésa la palabra del año o algo así después del tsunami?

—Exactamente. Buen dato. Puede significar cualquier cosa, desde la conexión entre padres e hijos hasta el amor que sientes por un ex o tu deber hacia tu país. No son sólo lazos positivos. Por ejemplo, yo estoy atada a mi madre. Después de que se publicara, podría haberme desheredado, pero eso habría implicado más prensa negativa para mi familia. Suelen importarle pocas cosas, salvo lo que piensan los demás. No le importa si yo estoy mal, pero sí que personas que no nos conocen se disgusten. Sea como sea, si de verdad le hizo daño, fue una venganza justificada.

Sabía lo que eso significaba. En el fondo de la venganza de Mizuko, y en el centro de «Kizuna», como de todos los demás textos que escribía, estaba su padre sin nombre y sin rostro. Hiromi Himura le había ocultado el secreto de la paternidad a todo el mundo. Al mirarla, para mí no resultaba obvio de inmediato que no era totalmente japonesa, pero Mizuko siempre había estado segura de que no lo era.

—Me registré en algunas páginas de rastreo de ADN. Estoy convencida de que tengo parientes en toda Europa. Sé que era *gaijin*.

Ésa era una palabra japonesa que significaba «persona de fuera», «extranjero».

—¿Por qué no te dice quién era?

—O es.

—Sí. O quizá es.

Mizuko resopló y cerró los ojos como si fuera una pregunta muy fácil y al mismo tiempo muy compleja de responder.

—Ya no intento descifrarlo. —Se encogió de hombros, meneó la cabeza y luego se mordió el labio—. No sé si es una cuestión de lealtad, una insistencia en su privacidad, o si antes era por eso y ahora es por algo más,

como orgullo o necesidad, o porque después de «Kizuna» hubo mucho escrutinio público sobre su empresa.

—¿No crees que tal vez pasó tanto tiempo sin hablar sobre ello que ahora, aunque quiera, no puede hacerlo?

Los ojos de Mizuko se desviaron del suelo para clavarse en los míos. Era evidente que lo que había dicho la irritaba.

—No creo que debas tenerle tanta compasión. Probablemente fue una aventura y todavía siente una especie de lealtad mal entendida por él, o tiene miedo de las consecuencias. Tal vez es un miembro respetado de su propia familia. Sea como sea, antepuso las necesidades de él, quienquiera que sea, a las mías. Eso no es lo que hacen los padres. Los padres deberían hacer que las cosas fueran lo mejor posible para sus hijos, para la siguiente generación, ¿no crees?

Pensé que debía poner cara de preocupación y sentí que tenía el deber, como una extraña comprensiva, de asegurarle que sin duda era falso que Hiromi le hubiera dado prioridad a su padre, pero no lo hice. En vez de eso, le dije:

—Sí. Da la impresión de que te jodió bien.

Pareció sorprendida.

—¿Tú crees?

Asentí.

—Nadie me dice eso nunca. Siempre intentan convencerme de que ella me quiere más que a nada o alguna tontería parecida. No la conocen tan bien como yo. Sólo piensan en sus propias madres, que son dulces y cariñosas, y no se lo pueden imaginar. Es difícil hacerlo, ¿no crees? No es que todavía lo vea o algo así. No es que el romance siga vivo. Antes la espiaba todo el tiempo y nunca tuvo contacto con ningún hombre, nunca. Tampoco tuvo otro novio, así que tal vez todavía lo ame, pero simplemente parece querer estar sola todo el tiempo.

Volví a asentir.

—Y me enfurecía mucho, ¿sabes? Me volvía loca que, aunque estaba allí, frente a ella, suplicándole, no despertara. Yo, carne de su carne. Pero..., en fin..., no importa. Ya me he resignado a dejar de desear que sea diferente. Ahora mantengo mis expectativas bajas.

Cerré los ojos. No sabía cómo demostrarle que la entendía. Decir «Lo sé» parecía demasiado poco, pero tampoco era el momento adecuado para contarle mi versión de su historia.

Me pregunté si sería demasiado raro recitar un pasaje de «Kizuna» para demostrar lo buena alumna que era:

Llegas a tu familia en cierto momento de la historia y ya ha habido una conversación en el cuarto durante muchas generaciones antes de que tú entraras. Durante un tiempo, cuando aún no puedes sostener la cabeza, la conversación sigue adelante sin ti. Entonces debes escuchar y guardarla para cuando por fin puedas entender su lenguaje, porque muy pronto, cuando estés de pie y aprendas sobre figuras y colores, y a convertir sonidos en significados, la conversación se detendrá y tú no sabrás por qué.

—Si está velando por las necesidades de él y las tuyas, entonces yo tengo que mirar por las mías. —Hizo girar la chapa de su botella de cerveza en la delicada madera de la mesa—. Y si ella antepone sus necesidades a las mías, entonces yo puedo anteponer las mías a las tuyas. —La chapa se tambaleó sobre la mesa y cayó al suelo—. Ella piensa que esto le pertenece antes de pertenecerme a mí, pero recuerdo lo primero que nos enseñaron en el curso de verano aquí, y es lo primero que les digo a mis estudiantes: eres dueño de *todo* lo que te sucede.

Asentí. Quería levantarme y jurarle lealtad.

—No creo en los secretos familiares. De hecho, no creo en *ningún* secreto.

—Yo tampoco.

Después de esa primera noche, siempre fui abiertamente crítica con Hiromi. Pero, para mis adentros, sentía que era mejor de lo que Mizuko pensaba. Su negativa frontal a su madre significaba que tenía un blanco fijo para su rebeldía. Hiromi mantenía silencio respecto a un tema con límites definidos. Era mejor que tener demasiadas historias y tantas contradicciones

donde los límites siempre estaban cambiando y devorándolo todo como una plaga de langostas. Con Susy no había una línea clara contra la que rebelarse, por lo que nunca pude enfadarme.

Aunque las circunstancias fueran sorprendentemente similares, a veces casi superpuestas, como Mark diciendo que trabajaba para un banco propiedad de Himura Securities, nuestras infancias arrojaron resultados muy distintos. Ella siempre había sido desafiante e irascible, una rebelde, mientras que yo había sido una niña callada y tímida, una pacificadora. Me imagino a Mizuko de niña, en un jardín, rodeada de sillas de plástico desparramadas, con juguetes por todos lados, una piscina hinchable rota volcada en el suelo y una cabeza de caballo decapitada lejos del palo al que debería estar adherida. Yo habría caminado detrás de ella con un recogedor y una escoba, limpiando, metiéndolo todo de vuelta en su caja. Para entretenerme de pequeña, inventaba reglas para jugar con un grupo hipotético de niños. Jamás pensé en jugar en realidad y los niños ni siquiera eran una compañía imaginaria; sólo era un ejercicio de construcción de mundos en miniatura sobre los cuales tenía un control absoluto. Alguna vez colgué las reglas de una hipotética guerra de agua en la puerta de la nevera. Las inventé y las puse ahí un verano en el que no tenía con quien jugar y Susy estaba ocupada con sus dibujos en otra parte de la casa. Cuando le hablé de ello a Mizuko, soltó una de sus raras risas y me hizo prometerle que algún día le mostraría la lista, que incluyo aquí por si todavía resulta graciosa:

Reglas de la guerra de agua

1. No tirar agua dentro de la casa.
2. Sólo la mitad de un equipo puede estar dentro en cualquier momento.
3. Los tiempos fuera sólo se permiten cada quince minutos.
4. Se podrán usar las siguientes armas: pistolas de agua, vasos y/o botellas de plástico, manguera, globos con agua.
5. Si alguien se hace daño, el juego SE INTERRUMPE.

6. No mojar a gente de tu mismo equipo.
7. No mojar a los no participantes en la batalla.
8. No mojar ropa, aparatos eléctricos, etc.

—¿Quiénes eran los no participantes en la batalla si no había participantes reales? —preguntó Mizuko. Me encogí de hombros y ella se rio todavía más —. Me caes bien.

Me sentí como drogada, o en estado de *shock*, como si un camión hubiera frenado delante de mí y hubiera evitado la muerte por los pelos, como si hubiera sentido el cambio en la presión del aire mientras el vehículo se cernía sobre mí, a un centímetro de mi rostro, y el vello de la nuca se me hubiera erizado. Por un segundo no supe si se me había enfriado la sangre o si estaba extremadamente caliente.

No podía decírselo, así que, en vez de eso, pregunté:

—Bueno, ¿ahora me toca a mí?

Me refería, por supuesto, a mi turno de contarle mi historia, una versión que había moldeado para que fuera paralela a la suya, pero ella supuso que me refería a seguir bebiendo.

Llevábamos tres rondas en el 1020.

Mientras iba a la barra a pedir la cuarta, sopesé cuál era la mejor manera de demostrarle que éramos almas gemelas.

Cuando volví a nuestro reservado, alabé su pregunta sobre el diplomático y su rebelión.

—Lo dices como si no fuera contigo.

—¿Qué no va conmigo?

—La rebeldía, la desobediencia.

—Sé que todo el mundo debería pasar por esa fase, pero creo que yo acabo de entrar en la mía y apenas empiezo a probar mis límites.

Esperé que eso no fuera demasiado sospechoso, demasiado sugerente. Quería intimar, pero por medio de avances graduales, como los de la

oscuridad que se cernía fuera. Quería que no supiera la hora y que no supiera que tenía algo en mente hasta que estuviera también en la suya.

—El caso de Sugihara —dijo— es que tuvo que desobedecer órdenes que venían de muy arriba porque conocía a esa gente personalmente. Le habría sido muy fácil negarse a sus súplicas si hubieran sido electrónicas. Imagina tirar un sello por la ventanilla de un tren. Pero uno esperaría que cualquiera sintiera compasión si mirara a la cara a la persona que le está suplicando una oportunidad.

—Uno *esperaría*... —Hice una pausa expectante y abrí las fosas nasales, tal vez demasiado. La pausa se convirtió en otro silencio—. ¿Echas de menos Japón?

Se encogió de hombros.

—No mucho. A veces es bueno ser forastera. En Tokio no puedo escribir como puedo hacerlo viviendo aquí, porque allí todo me resulta demasiado familiar. Lo conozco demasiado bien. No lo veo con los ojos de alguien de fuera. —Me observó con atención y luego como si ansiara algo—. Háblame de Inglaterra.

No quería hablar al respecto de que era adoptada, pues esa parte no encajaba con la experiencia de Mizuko, así que por el momento lo dejé a un lado y entré de lleno en el rechazo de Susy y el dolor y la parálisis que me causó.

—Lo último que me dijo antes de venir fue que me llevara menos cosas. Ése fue su consejo: vivir de manera más ligera.

Lancé el comentario con la esperanza de que Mizuko se compadeciera de mí, pero dijo que mi madre tenía razón al aconsejarme vivir de forma más ligera en Nueva York. Me preocupó detectar alguna clase de juicio en su tono, en su expresión, que hasta entonces había sido de apoyo.

—Dejé Tokio para entrar en Yale a los dieciocho, y a algunos les costó trabajo hacerlo. —La implicación era que a ella no.

—¿A los estudiantes internacionales?

—Sí, y a los que hasta entonces llevaban vidas tranquilas en el Medio Oeste.

—Vale.

Quería volver a tener su aprobación de forma cuantificable y rebusqué en mi cabeza alguna información que tuviera guardada sobre ella y que pudiera ponerla de mi lado de nuevo, pero tenía la mente en blanco. Su interpretación del comentario de Susy me había desconcertado.

—Sin duda existe la presión de estar en todos lados, conocer a todo el mundo, hacerlo y verlo todo al mismo tiempo —confirmó—. Y supongo que en esta ciudad, más que en cualquier otro lugar del mundo, eso es casi posible.

—Sí —dije como si ese enredo de vidas sociales y espacios también me oprimiera.

—Resulta agotador —continuó en un tono más serio—. Básicamente no logro escribir nada. Siempre me decanto por hacer otra cosa. En realidad quiero alejarme, ir a un retiro de algún tipo.

—¡Sí! —exclamé otra vez, mientras abría más los ojos y asentía despacio, pero de forma enfática, para que supiera que veía el interior de mi alma simétrica.

—Y esta ciudad puede ser extrañamente solitaria para algunos.

Mi expresión se tornó ambivalente, como si mi rostro se encogiera de hombros, para mostrarle que me imaginaba que podía serlo. No quería decir «Sí» otra vez, tanto porque parecía poco imaginativo como porque podría darle la impresión de ser una perdedora sin amigos que no tenía nada que hacer en Nueva York, mucho menos estar sentada con ella en un bar, cosa que creo que tal vez ya pensaba, porque, de lo contrario, ¿por qué aceptaba entradas para conferencias que pensaba que eran sobre carne y no sobre un genocidio, para luego quedarme con alguien a quien no conocía y que era nueve años mayor que yo? No debía de parecer una persona muy ocupada. Me pregunté cómo podía darle la impresión de que tenía algún lugar adonde

ir, pero al que no iría. Saqué mi móvil y volví a guardarlo, a sabiendas de que eso le permitiría sacar el suyo.

—La gente suele ir y venir. Las cenas en casa son muy poco frecuentes; nadie tiene tiempo y, si lo tienen, lo consideran algo muy íntimo, así que sólo lo hacen con amigos cercanos. Casi siempre veo a mis amigos en lugares públicos.

Lo dijo como si todos sus amigos fueran asesinos en potencia a los que había conocido en internet, y de inmediato lo apliqué a nosotras. Me estaba diciendo que no éramos íntimas, pero también comprendía que tal vez me estaba clasificando en la categoría de «la mayoría de la gente» y, por tanto, podría contar como amiga no íntima, y eso, después de unas pocas horas de conocernos, no estaba mal.

Mizuko había crecido en Bunkyo, el área de Tokio en la que vivió el famoso escritor Natsume Sōseki. Ahí está la Universidad de Tokio, donde Hiromi trabajó un tiempo antes de crear SEMPO, su empresa de tecnología de asistencia. También está el «Gran Huevo», el estadio de béisbol de Tokio con forma de domo. Lo busqué todo en Google Earth.

Hasta ese momento, había logrado mantenerla alejada de sus múltiples instrumentos de tortuosa comunicación con Rupert Hunter durante casi diez minutos. Sabía que se estaba quedando sin batería y yo no llevaba nunca el cargador en la bolsa. Cuando por fin cogió su teléfono, oí las palabras que tanto esperaba:

—Mierda, se ha muerto —anunció. Me mordí el labio para contener la sonrisa—. Muerto —repitió tras asegurarse.

Comenzó a mirar a su alrededor. Me preocupaba que Rupert Hunter le dijera cosas ofensivas sobre mí cuando volvieran a verse, si es que no lo había hecho ya con un mensaje por debajo de la mesa. Yo le había dicho cosas a Rupert que deseaba olvidar. Una vez, poco después de que nos volviéramos a ver en mi primer año y discutiéramos sobre el tsunami en la sala multimedia, le pasé un recado por debajo de la puerta de su habitación

que decía: «Ven a mi cuarto a por comida japonesa si quieres». Aunque puse el número de la escalera y del cuarto, él nunca apareció.

Pero Mizuko no parecía desesperada por irse ni por ir a verlo —era posible que quisiera ponerlo celoso—, y ahora que su móvil no tenía batería, no había razón por la cual no pudiera tenerla para mí toda la noche si lograba mantener viva la conversación.

Tuve hambre por primera vez en meses. Tenía hambre causada por la borrachera. Decidimos ir a comer algo y terminamos yendo a un restaurante que Mizuko conocía. No recuerdo el trayecto hacia allí, pero sí que me sentí un poco más sobria dentro porque era silencioso y tuvimos que hablar en una especie de volumen amoroso. Era un restaurante diminuto en el que cabían sólo siete comensales en taburetes altos en una barra larga. Sobre la barra también se preparaba la comida, así que con frecuencia teníamos que hacer contacto visual con el chef. Recuerdo la incomodidad, la suya y la mía, ante mi forma de comer y el modo en que mis dedos regordetes se enredaban con los palillos. Recuerdo haber intentado tocar el suelo con un pie para que dejara de dar vueltas. El chef nos sirvió arroz caliente que cogió de un tazón de madera con una manopla, pero, aparte del arroz, no pude comer mucho más. No le hablé a Mizuko, quien pidió por las dos, de mi alergia al marisco. No es severa, y nunca lo ha sido para necesitar atención médica, pero sí se me hinchan los ojos y, según la gravedad de la reacción, la cara y el cuello. Supongo que podría causarme asfixia si se volviera lo suficientemente grave.

No obstante, sentí que no podía decírselo. «No es propio de una amante de Japón —dijo Dwight una vez— ser alérgica al marisco.» Tenía antojo de una pizza de queso y tomate, y sólo recuerdo dos o tres mariscos de la docena que, en mi estado de embriaguez y mareo, fueron los más difíciles de consumir. *Aoyagi*, algo que se retorció como si siguiera vivo y se empalmaba en la mano del chef como esos brazaletes que se ajustan solos, y *awabi*, abulón. Ése fue el peor de todos: imposible de comer, y la carne gomosa no tenía sabor. Se supone que el plato es un afrodisíaco y, según descubrí

cuando insistí en pagarlo todo con la tarjeta de crédito de Silvia, muy muy caro. Terminé por guardármelo en la boca hasta que llegué al baño, donde tuve arcadas y lo escupí en el retrete.

Cuando volví, Mizuko estaba sollozando.

—¿Qué pasa? —pregunté mientras me llevaba una mano al vientre.

Hizo un gesto para señalar los restos del abulón.

—Me recuerda a *ella*, era muy buena para encontrarlos.

Ella era la abuela de Mizuko, Ume, quien era un *ama*. Comenzó a explicarme que no era *ama* porque fuera la jefa de todos, pero yo decidí empezar a presumir más y a impresionarla con mi conocimiento para que sintiera lo mismo que yo.

—¿En serio? ¿Tu abuela era *ama*? ¿Las que bajan a unas profundidades irreales sin oxígeno? —Parecía impresionada—. Leí que algunas siguen buceando, sin bombona de oxígeno, hasta pasados los setenta años.

Asintió, esbozó una sonrisa y sus ojos se encontraron con los míos. Sabía que la había recuperado.

Las *ama* son unas famosas buceadoras de Japón. Buscan cosas como el abulón, el manjar gomoso que acababa de escupir, y los arrancan de las rocas con una pequeña espátula. La *ama* también tiene una especie de estatus mitológico en la cultura misógina de Hollywood, que es como supe de ellas antes de la historia de Mizuko. Me dijo que su abuela había hecho una audición (infructífera) para una gran película de acción de Hollywood, pero sólo apareció en algunas producciones de bajo presupuesto en las que aparecían *ama*. Eso la llevó de sus orígenes humildes al sofisticado mundo de Tokio, donde se casó con un miembro de la familia Himura.

Yo ya lo sabía. «Kizuna» brincaba entre ese período en la juventud de Ume y el tsunami de 2011, y culminaba en el fallido intento de suicidio de su abuela. Decidí que Silvia era para mí lo que Ume era para Mizuko, así como decidí que su madre, Hiromi, era mi Susy; su padre ausente, quien ahora yo sabía que era Robin, era mi Mark, y su relación con Rupert estaba tan exenta

de intimidad como lo estaba la mía con Dwight. A mis ojos, aquello era una clara evidencia de la existencia de la supersimetría, la idea de que toda partícula tiene un par. Ella era el mío.

—¿Tu familia se vio muy afectada por el tsunami?

Supuse que así era como la policía lograba que los sospechosos hablaran; fingían ignorancia o iniciaban la conversación con preguntas amables y generales.

—Volé a Tokio unos meses después del desastre. Fui por Ume, pero también me preocupaban los animales domésticos que habían quedado abandonados cuando a sus dueños los obligaron a evacuar. —Las palabras eran ensayadas, ambas habíamos memorizado varias frases del cuento—. Algunos se quedaron atrapados y murieron de inanición. Desde que mi abuelo falleció, Ume regresó a vivir a Minamisōma, el lugar donde creció y donde buceaba. Pero después del terremoto, el tsunami y el desastre nuclear, la evacuaron y la llevaron al edificio de una escuela, donde dormía envuelta en unas mantas que parecían de aluminio. Cuando por fin se reestablecieron las comunicaciones y la electricidad, la mandaron a Tokio a vivir con mi madre en el pequeño apartamento al que ella se mudó después de que me fuera a Yale. En realidad, era para una sola persona.

Le di un trago al té verde que apareció sobre la barra de madera. Noté, con una creciente ansiedad, que éramos las únicas en el restaurante y que el dueño nos estaba esperando para cerrar.

—Cuando llegué, sin el permiso de mi madre, llevé a Ume de regreso a Minamisōma. Vi en las noticias que se había convertido en un pueblo fantasma dentro de la zona de exclusión nuclear. Ume insistió en ello, a pesar del peligro y de los controles policiales, porque su querida perrita, *Kathleen*, se había quedado allí. Era una poodle miniatura, bautizada en honor a Kathleen Drew, la bióloga que salvó a Japón por error con su investigación sobre las algas comestibles cuando la población se moría de hambre.

El dueño del restaurante le llamó la atención, pero asentí con fuerza para

mostrarle que tenía mi atención absoluta.

—«Kizuna» comienza con mi relato tras llevar allí a Ume.

Para poder escribirlo después, Mizuko filmó toda la expedición con una cámara GoPro montada sobre la cabeza, la misma que usaba para circular en bicicleta por Manhattan. Hoy he vuelto a ver la grabación. Las dos mujeres van envueltas en grandes cantidades de ropa para protegerse de la radiación, pero, durante el viaje, Ume se va quitando las prendas poco a poco, discretamente, a pesar de las súplicas de Mizuko, salvo por una banda con una estrella de cinco puntas que lleva en la cabeza. («La cultura *ama* está llena de supersticiones», me explicó Mizuko cuando le pregunté por la estrella. Lo busqué: «La *seiman* es una especie de talismán para sus herramientas y pertenencias. Se escribe en un solo movimiento que empieza y termina en el mismo punto, para simbolizar el seguro retorno a la superficie».)

—No ha dicho nada desde hace rato. ¿Sigue ahí?

En el vídeo, Ume está hablando, y el sonido de una voz incorpórea parece desconcertarlas a ambas. Tras una pausa, Mizuko se da cuenta de que Ume se refiere al GPS, cuya ausencia sugiere que la ha abandonado a su mortal suerte.

Hay silencio de nuevo. Dados los sucesos recientes, no pueden hablar del tiempo. No hay conversaciones triviales disponibles, salvo las incomodidades físicas e inmediatas del trayecto. Ume, de noventa y dos años, con las rodillas apenas visibles frente a la pequeña guantera del coche, parece incómoda y acalorada. Mizuko, rígida en el asiento del conductor, con el aire acondicionado soplando en sus pies, está, a pesar de las capas de ropa, entumecida por el frío. Leo el cuento mientras veo el vídeo, porque las dos hablan en japonés. El aire acondicionado no logra tranquilizar a Ume, a quien se la ve quitándose los zapatos e intentando deshacerse del chaleco. Minutos después, aleja la mano de Mizuko, que se acercaba al selector que hay entre ellas.

Mizuko se pregunta si el GPS todavía rastrea su avance. Tiene la sensación de estar siendo observada en la oscuridad. Esto hace que ver el vídeo y leer el cuento al mismo tiempo sea una experiencia extraña, como si pudiera percibirme a mí misma como una amenaza del futuro que las sigue por la oscura carretera.

Durante la mayor parte del trayecto no hay electricidad que alimente las farolas de la calle ni los semáforos, y tampoco otros vehículos en el camino. Mizuko le da a su abuela un frasco con pastillas de yodo, que se supone que impiden que la glándula tiroides absorba la radiación. Dejan atrás el Joban Expressway. Se acercan a Odaka, el pueblo de Ume, el único lugar que fue asolado por los tres desastres de la cadena: el terremoto, el tsunami y el accidente nuclear. Está amaneciendo, y desde la ventanilla del coche pueden verse los lugares donde golpeó la ola; la destrucción es manifiesta bajo la capa de escombros, mientras que la radiación de arriba es invisible.

Cuando el dueño del restaurante nos obligó amablemente a salir, Mizuko estaba contando aún su historia y, como yo no le había dicho que ya había leído el cuento varias veces, acabé por ir con ella a su apartamento para que pudiera terminarla. En realidad, no me pidió que la acompañara, pero no dejó de hablar a la vez que recogíamos nuestras bolsas y salíamos a la calle, y yo la seguí mientras continuaba. Cuando llegamos a su edificio, dijo que, si me gustaba «Kizuna», que era una especie de cuento de fantasmas, entonces debía ir a su evento anual de Halloween, cuando la gente contaba historias de fantasmas en su apartamento porque estaba «embrujaado». Una vez, su puerta se atrancó y tuvo que salir por la escalera de incendios. En otra ocasión, en la mesa se formó un círculo perfecto de agua que no se correspondía con nada: en el apartamento, ni jarras, ni vasos, ni nada coincidía con ella. A veces había un descenso repentino de la temperatura cuando estaba sola. Dijo que en realidad era más bien una fiesta *Kaidankai*. Cada uno de los asistentes de su círculo de amigos de Columbia y los que había conocido Rupert en

lecturas de poesía llevaban una historia de fantasmas o un objeto, algo misterioso y extraño. Eran masturbaciones intelectuales, a decir verdad.

—¿Quieres subir a verlo?

Sentí que el estómago me daba un vuelco.

—Claro.

La seguí por los escalones rojos y a través de las puertas de cristal, fijándome en la alfombra, en los olores, en lo ordinario del interior del vestíbulo. Esperaba algo más imponente.

En el ascensor me habló de la peregrinación que hacían cada Halloween antes de la fiesta.

—Caminamos hasta la antigua casa de Harry Houdini en Harlem. Está por encima de esta calle. Él y su esposa, Bess, creían en espíritus y esas cosas, y establecieron una palabra en clave que usarían cuando uno de ellos muriera para comprobar que podían comunicarse desde el más allá: «Rosabelle, cree».

—¿Qué?

—«Cree.» Ella solía hacer una invocación para él cada año en el aniversario de su muerte, que fue en Halloween. Y cuando ella murió también, los nigromantes siguieron haciéndola. Van a su casa, una de esas hermosas casas viejas de piedra de color pardo al otro lado de Morningside Park.

—¿Creen que hay un fantasma?

—Bueno, no uno que esté ahí todo el tiempo tal vez, pero sí creen que él vuelve esa noche para comunicarse. Rupert dice que, si alguien pudiera escapar de la muerte, sería él.

Debí de parecer desconcertada.

—Sabes quién es Harry Houdini, ¿no?

—Claro —contesté. Pero Mizuko me miró con suspicacia. Ésa parecía ser una tradición que no había visto en sus fotografías. Recordé vagamente una imagen de la piedra de color pardo y me reprimí por no haberla investigado

en profundidad—. O sea, sí... —hasta ese momento creía que era un jugador de fútbol—, pero recuérdamelo.

—Un ilusionista, un escapista: Harry Houdini, el de las esposas.

—Cierto, cierto. Ya lo recuerdo.

—Podía escapar de camisas de fuerza bajo el agua o del interior de tanques sellados y llenos hasta arriba. Podía contener la respiración durante cantidades irreales de tiempo. Mi abuela lo adoraba. Ella también podía aguantar la respiración durante mucho tiempo, claro está.

—¿Cómo murió?

—Peritonitis, apendicitis, algo así. Lo golpearon en el estómago cuando estaba tumbado en un sofá. Se le desgarró el colon. Fue una mala manera de morir para alguien capaz de sobrevivir a que lo metieran dentro de una caja, con grilletes en las extremidades, y lo arrojaran al East River. Pese a que llevaba pesas de plomo, encontraba la manera de subir a la superficie.

—¿Cómo?

—La gente pensaba que se teletransportaba. Pero a veces lo hacía a la vista de todos, escapar de las cadenas, las ataduras y demás.

—¿Cómo es su casa? ¿Da miedo?

—No se puede entrar. Sólo hay una placa roja en una fachada de color cobrizo. Podemos ir a verla si quieres.

—Ahora no, pero sí, tal vez otro día.

Una vez arriba, sacó dos cervezas de la nevera y me condujo hasta su ordenador. Quería mostrarme el vídeo de la GoPro y otras cosas, «material encontrado» que me aseguró que no estaba contaminado por la radiación: zapatos y botellas, trozos de cerámica, juguetes. Al igual que yo, Mizuko era adicta a las grabaciones *amateurs* de la ola, los fragmentos que se hicieron virales mientras los supervivientes en Japón permanecían aislados y sabían mucho menos que el resto del mundo, que lo veían desde sus ordenadores, sobre lo que en realidad les había sucedido y el alcance de la devastación. En su cuento dice que, aunque buena parte del paisaje cambió, pues quedó

irreconocible, estar en el coche, conduciendo por la oscura carretera, era como entrar en un lugar que conocía de memoria, no porque fuera un sitio donde recordara haber estado —de hecho, nunca había estado en el modesto pueblo de Ume—, sino porque lo había visto desde la seguridad de su televisor en Nueva York.

Mientras conducen, lo único que falta en el escenario es la ola negra que entra por la costa. Lo vimos juntas esa noche una y otra vez. Yo lo había visto una y otra vez en mi habitación de la universidad. La ola se levanta, la parte trasera se junta con la delantera y absorbe el agua, revelando la tierra de la costa. Cuando golpea, deja de parecer agua y se convierte en una masa sólida, una enloquecida mezcla de vidas humanas, utensilios domésticos, vehículos y árboles. La gente que graba hace *zoom* en todas las absurdas yuxtaposiciones, como unos frigoríficos que se arremolinan en torno a unos árboles. Mizuko localiza el cuerpo de un hombre, o la joroba de su hinchada espalda. Ume le pide que aminore la velocidad, pero no lo hace. Su abrigo es beige, o la tierra y el lodo lo han vuelto de ese color, y los pliegues se han endurecido. Yace boca abajo, tirado junto a la acera. Los faros del coche le dan a la figura un aspecto como de película de animación. Ume le dice que mire hacia delante, pero la cámara de Mizuko lo enfoca directamente a él.

Después ve unos diques de hormigón y bancos de ostras, el mercado en el que su abuela compraba erizos de mar y algas. De pronto, el caos se acaba. Todo parece normal otra vez. La ola no ha alcanzado la casa de Ume.

El coche también se detiene por fin y Mizuko sale de él. Viste con muchas capas y unos guantes de esquiar muy grandes, apenas visibles cuando los mueve por debajo de la cámara que lleva sobre la cabeza; parece caminar en cámara lenta, como un astronauta. Ume se niega a cubrirse de ropa otra vez.

—De todas formas, moriré pronto —dice.

En comparación con su nieta, se ve llena de bultos sobresalientes y nudosos. La casa abandonada resulta más inquietante de lo que imaginaba Mizuko. Se apresuran a coger el *ihai* —el altar para los ancestros muertos,

exhibidos en el *butsudan*— y a envolverlo en papel de periódico. Hay flores muertas, restos de ofrendas y cadáveres putrefactos. Mizuko tiene que asegurarle a su abuela que los restos no son de *Kathleen*, quien, en el vídeo no, sino en un giro ficticio del relato, se une a ellas, salvaje pero feliz de que la hayan encontrado.

Cuando Mizuko regresó con Ume a Tokio, con los restos de su vida en las manos, su madre estaba furiosa. Ume también estaba disgustada porque Hiromi estaba tan furiosa que se sentía culpable. Después de que Mizuko volviera a Nueva York, Ume escribió una nota de suicidio, disculpándose con su familia viva y sus ancestros muertos por ser una carga y tener que vivir con su hija en su diminuto apartamento pensado para una sola persona. Sin embargo, en la nota real, ese lamento sólo era el prefacio a tres largas páginas en las que expresaba su dolor por el probable destino de *Kathleen*. A veces me pregunto si Mizuko contrajo el parásito entonces y vivió con él todo ese tiempo hasta que por fin llegó a su cerebro.

Encontraron a Ume colgada de un árbol en el parque en el que Mizuko jugaba cuando era niña. La soltaron justo a tiempo, pero no antes de que alguien hiciera una fotografía desde un apartamento cercano y la publicara en internet. Se ve extraña, como una pintura surrealista creada por la ola. Hiromi le mandó una foto a Mizuko de la nota de suicidio, diciéndole que era culpa suya por haber disgustado a su abuela con el viaje para recuperar a *Kathleen*. Encolerizada, y en parte preocupada de que fuera cierto, Mizuko usó el episodio, y gran parte de la nota de suicidio, para su cuento. Cuando se publicó, debido a los temas que trataba, la atención de la crítica pasó de la escritura a la compañía de Hiromi, que diseñaba productos de asistencia para la población anciana de Japón que vivía sola.

Mizuko sostenía que se trataba de algo más importante, más allá de la creación de un cuento. Dijo que Ume era infeliz viviendo con Hiromi y que quería salvar a *Kathleen*. Hiromi replicó que, si hubieran esperado, a quienes vivían en las zonas evacuadas les permitían volver gradualmente a sus

hogares durante dos horas bajo supervisión para recoger sus artículos personales. Mizuko señaló tercamente que los artículos personales que recuperaron, como los álbumes de fotos y los *ihai*, habrían cabido en una bolsa de plástico de cuarenta y cinco litros y setenta centímetros cuadrados; de hecho, hay una frase en «Kizuna» que dice: «*Kathleen* era demasiado grande para caber en una bolsa».

Cuando el vídeo de la GoPro terminó, se volvió para mirarme, levantó las cejas y dijo:

—Sí, ya lo sé.

Me mandaría el archivo si quería.

Lo siguiente que recuerdo es estar tumbada junto a ella en la cama. Me desperté con el ruido de una botella de agua que cambiaba de forma. Debía de estar en su lado de la cama. Su codo tocaba mi espalda. La piel de sus piernas rozaba las mías con una suavidad extraña, no como si se hubiera depilado, sino como si nunca hubiera tenido vello. La suavidad me recordó que yo no me había rasurado. Sentí que un mechón de su cabello acariciaba mi nuca como las cerdas de un cepillo. Noté su calor detrás de mí, a través de mi blusa. Percibí su aliento, con su olor de leche tibia, y su otro olor, de cuyo origen todavía no estaba segura, como de madera quemándose. Me quedé allí tumbada durante unos segundos, en un trance, asimilando mi cercanía física a su cuerpo. Mientras intentaba imaginar cómo se vería en ese momento, aunque temiendo despertarla si me daba la vuelta, recordé la pesadilla que estaba teniendo: un cuerpo, la espalda de un hombre boca abajo en el barro denso que empezaba a cuartearse y a resquebrajarse. Un fantasma entró en la habitación con el crujido de la botella y se infiltró de nuevo en el espacio infinitesimal entre el crujido y mi despertar.

Algo ligero pero afilado se abalanzó sobre mí, y grité.

—Gato —murmuró ella en sueños.

No habíamos corrido las cortinas sobre las dos ventanas de la habitación, lo que me permitió ver a mi alrededor bajo la tenue luz de las farolas de la

calle. Me quedé acostada, mirando las marcas causadas por el broche de la cadena que llevaba alrededor de su cuello, el anillo de Ume que colgaba de la cadena y que se había dado la vuelta sobre la sábana que quedaba entre nosotras, e intentando reconstruir la noche con los detalles que tenía. Mientras estaba ahí, un fulgor rosado, como onírico, se coló y se transformó poco a poco en un resplandor rojo brillante y químico. La luz se acercó a la cama, iluminó poco a poco nuestros cuerpos —y los reveló, pensé, como se hacía antes con las fotografías—, hasta que se hizo de día y todo volvió a su definición normal. El calor aumentó y aumentó mientras yo miraba los dos pinchazos en su cuello, donde el collar había dejado su marca.

«Esto está sucediendo con mucha naturalidad —me dije—. Sólo tengo que seguir haciendo clic en cada vínculo para llegar al siguiente. No necesito saber adónde me llevará.»

Supongo que ésa era la línea divisoria, la frontera que no debería haber cruzado. Si regreso en el tiempo al viaje a los Hamptons, puedo volver al momento exacto de la disolución, al instante en el que comenzó la obsesión. Cuando levanté la mirada del teléfono, mi mente sólo volvió a mi cuerpo de forma parcial, junto al Atlántico, un momento después de que Dwight hiciera aquella foto.

Thom, Nat e Ingrid salían del agua y corrían por la playa en nuestra dirección.

—¿De qué sirve tener un agujijón si te mueres cuando lo usas?! —preguntó Thom entre gritos, mientras corría hacia nosotros delante de su madre.

—Una muerte noble, por tu propia espada —respondió Robin.

—Tonterías —agregó Nat con rabia, dando pisotones sobre la arena caliente—. Puedes ayudar a otra abeja que está en apuros. En lugar de ignorarla y dejarla morir, puedes picar por ella.

No supe qué clase de miradas intercambiaron, pero Nat no se sentó con nosotros, sólo siguió caminando por la playa hacia el coche.

Según Ingrid, el mar era peligroso y no se debía nadar en él, sólo chapotear. Incluso en casa de Walter teníamos un cuchillo afilado cerca de la piscina para poder liberar la cabellera de Rosa o de Ingrid en caso necesario. Era sólo para ellas, ya que los demás no nadábamos ni teníamos una larga cabellera que pudiera ser succionada por un filtro.

—No —me aseguró Ingrid tras inspeccionar mi cabello con rostro adusto—. Tú estarás bien.

—Pero mami y yo nos podemos *ahogar* —se burló Rosa mientras acariciaba su cola de caballo.

Durante cada uno de los días que duró el viaje, el cuchillo brilló bajo el sol. Rosa daba vueltas hacia arriba y hacia un costado, como un delfín, o sacaba el trasero al aire y agitaba las piernas para nosotros, que esperábamos que su cabello se atascara y ella se ahogara. Me di cuenta de que con frecuencia salpicaba a Dwight, lo molestaba o intentaba llamar su atención de alguna forma. Thom prefería tumbarse sobre la madera desteñida por el sol, con la cara en el agua, mientras aliviaba la comezón de alguna picadura de insecto y disfrutaba del aro de agua que rodeaba sus mejillas y del área seca a su alrededor. Logró hacer que yo también lo intentara. En sus propias palabras, era difícil saber qué notaba uno seco y qué húmedo, porque lo que uno notaba normalmente cambiaba.

Hizo el experimento durante tanto tiempo como pudo sin quedarse sin aire ni quemarse la barriga con la madera caliente. Tenía razón: los mundos de lo húmedo y lo seco intercambiaban posiciones, de forma que parecía que el cuerpo flotaba en el agua y la cabeza se hubiera asomado a otra atmósfera idéntica a la nuestra. La discusión sobre abejas, aguijones y espadas pareció concluir con una especie de compromiso de pasar más tiempo de calidad en familia. En el desayuno, Ingrid anunció que los niños tenían prohibido jugar con cualquier tipo de aparato electrónico durante lo que restaba del viaje. Rosa entornó los ojos.

—¿*Dog Genius*?

—Prohibido.

—¿*Animal Planet*?

—Tampoco.

—¿*What's the Word*?

—*Nah*.

—¿*Uno & Friends*?

—De ninguna manera. Vamos a jugar a juegos de verdad.

Rosa parecía escéptica.

—¿Como cuál?

—Al escondite, veo-veo, ajedrez y *backgammon*, *Scrabble*...

Se volvió para mirar a Robin en busca de apoyo.

—Cartas —agregó él sin mayor interés.

—Pero no sabemos jugar al ajedrez ni al *backgammon*.

—Os enseñaremos —advirtió Nat—. Y estoy segura de que Dwight y Alice pueden enseñaros juegos de verdad.

Poco impresionada, Rosa pasó caminando junto a su abuela y, con los ojos entornados, se dejó caer dentro de la piscina como una piedra. Robin se dio cuenta demasiado tarde de que llevaba su teléfono en la mano.

—Si no podemos usarlos, ¡vosotros tampoco! —gritó mientras salía a flote, lanzando el empapado aparato a un lado.

Por un momento, Robin no dijo nada. Incluso Rosa se quedó en silencio de repente, al entender que había ido demasiado lejos. Entonces él se puso de pie lentamente, se irguió tanto como le era posible y endureció su pecho de plastilina.

—Voy a contar hasta tres —siseó Robin—. Cuando llegue a tres, te quiero fuera de esa piscina y de pie A-QUÍ.

Rosa abrió los ojos con pavor. Miró a su madre en busca de auxilio.

—Uno.

La niña salpicó en todas direcciones, frenética, sin saber si salir e intentar correr o quedarse dentro de la seguridad de la piscina, adonde su padre no iría.

—Dos.

Robin comenzó a avanzar hacia ella. Rosa se zambulló y nadó hacia el lado profundo.

—¡Cuidado con el filtro! —gritó Ingrid—. ¡Su pelo!

—Tres.

Rosa no salió a la superficie. Robin se detuvo en la orilla, como una

sombra negra sobre el agua, y esperó.

Todos contuvimos la respiración. Me pregunté si el cabello de Rosa finalmente habría quedado atrapado en el filtro. Ingrid corrió hacia el cuchillo y dio vueltas con ansiedad. Robin se quitó el reloj y lo arrojó al césped.

De pronto, sonó un fuerte chapoteo, seguido de una lluvia de agua desplazada que caía sobre la terraza.

—¿Qué haces?! —gritó Ingrid—. ¡No sabes nadar!

En el medio de la piscina, los pies de Robin encontraron el fondo y su cabeza emergió. Se apartó el cabello negro y empapado de los ojos. Rosa se agarró al borde en el lado más lejano, pero su padre se abrió paso en el agua, sin nadar, sino batallando contra ella, como si corriera. Agarró a Rosa por la parte de atrás de la camiseta y la sostuvo bajo un brazo. Ella gemía y se sacudía como un pez mientras él subía por la escalera, con la camisa pesada por el agua y la mandíbula apretada. Todos nos pusimos de pie. Nat estaba boquiabierto por el asombro. Dwight y Walter miraban la escena desde la orilla. Lo único que se oía eran los gemidos de Rosa. Robin recorrió la terraza con ella en brazos, con el agua goteando sobre la madera, y la llevó fuera de nuestra vista. De repente, los gemidos cesaron.

—Jugábamos a juegos de salón —continuó Nat, aunque nadie la escuchaba—, como al asesino. Jane Stanton solía jugar al juego del camuflaje. Escondes cosas en una habitación disfrazándolas de otras cosas. Por ejemplo...

Hubo un fuerte ruido, un segundo en el que nadie se movió, y luego un llanto ensordecedor.

Ingrid soltó el cuchillo y corrió.

Los demás —Dwight, Walter, Nat, Thom y yo— seguimos comiendo en silencio.

A diferencia de Nueva York, donde la vida se extrae de los límites de los estrechos apartamentos y se lleva a las calles, en los Hamptons las cosas

pueden permanecer ocultas. Cada arbusto veneraba la privacidad. Ahí la vida sí era visible y estaba cuidadosamente arreglada y bien supervisada. En comparación con la ciudad, hubo pocas observaciones que anotar en mi diario, salvo por aquellas que tenían que ver con la casa de Walter y la gente que veía en la calle principal. Esa tarde, había una fila para la firma de libros de Hillary Clinton a lo largo de unas cinco manzanas que serpenteaba por la esquina y llegaba hasta el parking. Nat compró tres ejemplares de la biografía, *Decisiones difíciles*, e insistió en que hiciéramos cola. Los demás fueron a jugar al tenis al Maidstone Club y nos dejaron a Nat, a Rosa y a mí en la fila para la firma de libros de Hillary en la librería. Rosa tenía un esguince en el brazo. Robin dijo que se le resbaló y cayó en el suelo de hormigón.

Nos deteníamos y avanzábamos, nos deteníamos y avanzábamos, en silencio, mientras Nat buscaba en la fila gente a la que conocía o cuyos nombres se sabía.

—De todas formas, no querías ir —me dijo sin más.

—¿Adónde?

—Al Maidstone.

—¿No querría?

—No encajarías muy bien allí. Es algo de lo que no se habla, pero es un hecho.

Parecía que estaba esperando que le preguntara más, así que me abstuve. En vez de eso, pensé que era el momento para decirle lo que yo sabía. ¿Con qué frecuencia descubres algo hoy en día —en la era de la información y bla, bla, bla— que sólo tú sabes? ¿Y con qué frecuencia, en esa misma época, cuando descubres algo que nadie más sabe, es posible mantenerlo en secreto?

Cuando terminé de contárselo, levanté la mirada —las mejillas me ardían—, y ella me estudió por un instante.

—¿Y esa chica, Mizuzu, es escritora? —La fila avanzó y nos movimos con ella.

—*Mizuko*. Sí.

Se relamió lentamente mientras se mecía en el sitio. Se había notado que recordaba el nombre a la perfección.

—Todos los escritores que conocí cuando trabajé con tu abuela eran personas horrendas.

—¿Cómo?

—No les importaba nadie más que ellos mismos.

Sentí que se me aceleraba el pulso.

—De hecho, sospecho de cualquiera que quiera ser escritor —continuó.

—Ah...

Dimos otro paso al frente.

—Silvia y yo conocimos a muchos. —Inhaló profundamente—. La mayoría tenían casas por aquí: Capote, Steinbeck, Matthiessen...

—Eso es genial —dije en voz baja, sin saber si era verdad y ni siquiera si las fechas coincidían.

—No era como ahora —puntualizó al percatarse de mi duda—. Ahora todas las casas son de gente de Wall Street, pero en aquel entonces a tu abuela y a mí nos invitaban a quedarnos con todos esos escritores conocidos. Aquí todos eran artistas, escritores, alquileres bajos, silencio. Ya no. Ahora ves esos carteles de madera por todos lados, clavados frente a las mansiones.

Los carteles anunciaban sin vergüenza alguna cuántos millones valía lo que estaba detrás del impenetrable follaje. Yo también los había visto, pero a Nat le encantaba leerlos en voz alta cuando pasábamos frente a ellos. De nuevo buscó en la fila a gente conocida o de alcurnia. Sentí que evitaba mi mirada a propósito y que la conversación había terminado.

Caminamos de vuelta a casa, lo que agotó a Nat, y comimos sobras, las tres.

—¿Qué debo hacer con lo de la coincidencia entonces? ¿Qué deberíamos hacer, más bien?

—¿Deberíamos? ¿Nosotras? Nosotras no tenemos que hacer nada —

contestó Nat con firmeza—. Tú, por otro lado, tienes que deshacerte de ella. Bórrala. Apágala. Finge que nunca la has visto. No la has visto. No te incumbe en absoluto. De todas formas, seguro que ha sido un error. —Esbozó una sonrisa inalterable—. No creo que sea algo con lo que debas molestar a Ingrid ni a Robin. En este momento, no.

—Pero ¿qué crees que significa? ¿Es él...?

—El sol es tan sano... —declaró Nat mientras devoraba las sobras del asado.

Asentí con lentitud.

Estaba claro que el apellido Rooiakker era más importante para ella que cualquier cosa que hubiera sido Robin en una vida pasada.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste a Silvia, por cierto? —Su voz estaba cargada de cierta crueldad.

—El día antes de que viniéramos, creo.

Nat no parecía convencida.

—¿Ya has olvidado que eres una Hare y no una Rooiakker?

Cuando los demás volvieron de jugar al tenis, Rosa enmudeció y se puso muy pálida, pese a que antes se había emocionado ante la posibilidad de conocer a Hillary Clinton y había estado radiante al estrecharle la mano mientras Nat le entregaba los dos ejemplares y yo me quedaba rígida, incómoda, y resistía el impulso de hacer una foto. Ingrid tenía la misma sonrisa inalterable que su madre. Walter, Dwight y Thom jugaban con una pelota, sin percatarse de la tensión. Robin, quien se había llevado un libro al club y se mantenía alejado de los deportes en general, y yo fuimos los únicos que no participamos en los «juegos de verdad» que Ingrid insistió en que se llevaran a cabo a pesar del esguince en el brazo de Rosa. Me senté en una hamaca a leer a escondidas todo sobre Mizuko, o todo lo que hubiera escrito Mizuko que pudiera encontrar. Robin hablaba con un auricular Bluetooth a través del teléfono de Ingrid, o hacía crucigramas en su iPad en una tumbona que arrastró hasta el borde de la terraza. Había vuelto aquella sensación, la

que me invadió después de graduarme, de que estaba presenciando algún misterio desde fuera. Cada día me metía más y más en el brillo blanco del mundo de Mizuko apretándolo muy fuerte en las manos. Cada eslabón de la cadena me llevaba a una certeza mayor. Busqué a su madre, Hiromi Himura. Su empresa, explicaba el sitio, permitía que la gente mayor siguiera viviendo sola en su propia casa. Ofrecía servicios para los japoneses de la tercera edad como:

- Recordatorios inteligentes.
- Telepresencia.
- Recopilación de datos.
- Vigilancia.
- Ayuda en el uso del móvil.
- Interacción social.

Cada tanto, Robin se levantaba de la tumbona, se colocaba con las piernas bien separadas y dirigía una cámara digital plateada a las cosas. Pronto me di cuenta de que no estaba haciendo fotos normales de vacaciones, ni de los niños o de Ingrid. La dirigía hacia cosas extrañas: los materiales de la casa de Walter, piedras del suelo, grietas interesantes, un helecho en espiral. Lo vi detenerse cerca del gran árbol bajo el cual los mellizos habían hecho un jardín para la rana y la serpiente, y le pregunté qué fotografiaba.

—Corteza —respondió—. Es hermosa. Ven a verla —me pidió. Di un paso con cautela, descalza sobre el césped, y me puse junto a él—. Y mira cómo les habla a éstos. —Señaló una serie de tótems de Donald Judd que eran parte de la colección de arte de Walter—. No se avergüenzan de ocupar un lugar en el espacio: perfecto y completo, atemporal.

Asentí sin saber qué decir. No me fotografiaba a mí ni nada por el estilo, pero de todas formas me hacía sentir incómoda. Ponía una atención tan particular en las cosas que hacía posible presentarlas de manera distinta. Insistió en mostrarme su álbum de sombras, hojas, ladrillos, tubos y todo lo

que había fotografiado en lo que llevábamos de viaje. Cabeza con cabeza, Robin deslizaba el dedo a la izquierda, a la izquierda, a la izquierda. De cerca, me explicó, la madera descolorida junto a la piscina podía semejar un paisaje desértico, y los pliegues de la toalla podían ser una montaña. Sus fotografías me recordaban, más que a otra cosa, a las de Mizuko. Se enfocaban en cosas o encontraban yuxtaposiciones raras; era una forma inhumana de mirar, o una que implicaba que algunas cosas que debían parecer humanas se vieran sin vida, mientras que otras que no eran humanas de pronto dieran la impresión de ser animadas, como si Robin hubiera entrado en ellas.

Desistí de escribir en mi diario. Tenía un secreto, lo que significaba que anotar las cualidades de la luz seguramente era inútil. Planeaba registrar el viaje para contárselo a Silvia, pero ya no parecía tan buena idea; incluso una versión censurada habría hecho que se sintiera excluida. Además, me repetí, me interesaba mucho más averiguar lo que hacía Mizuko que registrar lo que hacía yo. Su mundo parecía más pulcro, mucho menos amenazador que la realidad del mío.

Supongo que Nat pensó que nuestra discusión había puesto punto final al asunto. Su generación tendía a pensar en términos de principios y finales. No entendía lo que se podía hacer con internet y cómo las cosas no tienen final ni hay salida. No entendían que nada es privado y nada desaparece. Es como la ola: la parte de atrás se une con la de delante.

Walter comenzó a enseñarle a jugar al ajedrez a Thom, y Dwight, para regocijo de los mellizos, propuso hacer el reto del cubo de agua helada. Aunque técnicamente, como señaló, el reto era un fenómeno viral y requería el uso de un móvil para capturarlo, se correspondía con una causa real y, por tanto, Ingrid lo autorizó. Los vídeos que grabó Dwight de Ingrid vaciándose el cubo, los mellizos siendo empapados por Nat, e Ingrid siendo mojada por Thom (aunque se tambalea por el peso, falla, y casi toda el agua helada le cae a él encima) siguen en internet.

—¿No vas a jugar? —Dwight apareció a mi lado, jadeando.

Habría sido el momento ideal para implementar mis reglas para una guerra de agua si hubiera tenido el valor. Miré a Robin jugando con la cámara. Mientras él se mantuviera fuera de las actividades de grupo, yo también podía hacerlo. Negué con la cabeza. Dwight se encogió de hombros y se alejó. Me sumergí de nuevo, más profundamente, en el universo paralelo que había encontrado. Regresé atrás en el tiempo tres años, hasta la primera fotografía de Mizuko, y ahora volvía a navegar hacia delante para poder seguir sus pasos en una secuencia más lógica, en lugar de hacer clic en fotos aleatorias.

Un corte de pelo reciente en un salón de belleza.

Una foto en blanco y negro de una mujer (Sada Abe).

Una cita de Dorothy Parker: «Los labios que saben a lágrimas, dicen, son los mejores para besar».

La foto de la foto de su cumpleaños. Ésa era un #TBT, un «jueves de recuerdos», de su veintiún cumpleaños; su treinta y dos cumpleaños había sido en febrero.

Una imagen que encontró de un tatuaje que quería: tres conejos. Era el destino.

Luego vi el rostro de Rupert. Estaba sentado tomando café con un ejemplar del *Wall Street Journal*. Dejé escapar un grito ahogado.

Había más: un viaje a Europa para conocer a los padres de Rupert, que estaban pelando guisantes en un jardín con paredes de ladrillo rojo y rosas trepadoras.

«Mierda, mierda, mierda...»

—¿Perdón?

—¿Qué? —Debía de haberlo dicho en voz alta.

—¿Qué haces? —preguntó Robin.

Había olvidado dónde estaba.

—Nada. —Levanté la mirada.

Una pausa.

—Llevo días estancado con una palabra del crucigrama —me informó—. He pensado que tal vez tú podrías ayudarme. Siempre eres muy rápida. Nueve letras, y la pista es... —Miró de nuevo su iPad—. Una cita del Libro de los Números, capítulo veintitrés, versículo veintitrés: «¡Miren lo que Dios ha hecho!». La otra parte de la pista es «Morse».

—Claro. —Me volví—. Déjame pensarlo. —A escondidas escribí las pistas en mi móvil—. ¿Telégrafo? —dije demasiado pronto—. Ése fue el primer mensaje que se envió, ¿no?

—Muy bien.

Regresé a Mizuko y me desplazé por las fotografías carcomidas por Rupert, la termita. Analicé los pies de foto y seguí su *grand tour*. Cuando la siguiente foto no se cargó de inmediato, miré la rueda gris con creciente impaciencia. Al parecer, el wifi había dejado de funcionar.

—¡«Creador y destructor»! —me gritó Robin.

Por suerte, sí sabía la respuesta.

—Ésa es fácil: Shiva.

—Eres buena.

No podía ser una coincidencia. Me parecía más probable que yo fuera un peón en una enorme conspiración que llegaba hasta la primera carta de Silvia y unía a todos los que habían aparecido en mi vida desde el descubrimiento del bosón de Higgs. Primero Rupert en Tokio, luego otra vez en la universidad cuando vimos el avance del tsunami, luego la invitación de Silvia a Nueva York, la invitación de Nat a Roosevelt Island, la invitación de Dwight a Central Park, la invitación de Ingrid a Claremont Avenue y, después, la poco ortodoxa invitación que hizo Dwight a mi nueva familia a que, por favor, escupiesen en un botecito. Si todo eso podía atribuírsele a la suerte, entonces la suerte bien podía llamarse *destino*. En cualquier caso, me parecía obvio que mi propósito en la vida era desentrañarle a Mizuko el misterio de la suya.

El sol de julio era cálido, y en algún momento debí de quedarme dormida.

Desperté cuando oscurecía; todos los demás se habían ido y mi nariz estaba llena de un olor a citronela y a inmolación. Estaba en la misma hamaca, y Robin tenía la mano sobre la entrepierna de mi traje de baño. Era ligera y temblorosa, la mano de un viejo. Sentí el roce de su pulgar en la piel de mi muslo.

—Alice —susurró, y presionó los dedos con un poco más de fuerza.

Cerré los ojos. Mi cuerpo comenzó a temblar. Intenté controlarlo, pero no pude. Hacerme la muerta parecía ser mi única alternativa. Traté de fingir que dormía, que dormía sin ser cómplice, y contaba en mi cabeza, casi sin respirar, con la mandíbula trabada, mientras procuraba paralizar mi cuerpo; pero cuanto más intentaba controlarlo y apagarlo, con más violencia temblaba. Oleadas sísmicas, trémulas y vigilantes, emanaban desde el epicentro donde su mano se posaba.

—¡Comida! —gritó Dwight desde la cocina.

Mantuve los ojos cerrados. No sería real a menos que lo viera. Sentí que la mano se apartaba. Noté frío en el punto en el que estaba hacía un momento. Una sensación cruda y dolorosa, como si me hubieran arrancado la piel. Pasos sobre la madera, silencio; debía de estar cruzando el césped. Pasos sobre la grava, una puerta que se deslizaba. Seguí contando. Me quedé allí hasta que Dwight me llamó de nuevo.

—¡Alice! Ven ya. La cena está lista.

Fingí que padecía una insolación y me fui a la cama. Todavía tenía esa sensación temblorosa y punzante entre las piernas, como si hubiera sufrido un accidente de automóvil.

Después de la cena, cuando Dwight entró en nuestro dormitorio, estaba como loco. Se había obsesionado aún más con el avión desaparecido después de que el segundo, otro vuelo de Malaysia Airlines, cayera al este de Ucrania.

—Los números me asustan —dijo mientras se metía en la cama.

Traté de hablar en un tono normal:

—¿Lo dices porque es la segunda vez?

—No. Bueno, eso también. Pero fíjate: vuelo 17, Boeing 777, su primer vuelo fue el 17 de julio de 1997, justo diecisiete años antes de que se estrellara, el 17 de julio.

—Qué raro —comenté sin mayor interés y sin volverme para mirarlo.

Tenía calor y aún me temblaba el cuerpo, así que me levanté para mojarme la cara. Abrí el grifo. Era uno de esos estúpidos grifos modernos. Un montón de chorros individuales salieron proyectados a gran velocidad. Golpearon la cerámica del lavabo con tal fuerza que la mayor parte del agua desapareció antes de que pudiera atraparla. Intenté coger un poco entre las manos para echármela en la cara. La fuerza del agua me dolió. Era imposible. Comencé a llorar.

Dwight vino y se detuvo detrás de mí.

—¿Qué pasa?

Tragué saliva. Presioné las manos contra los ojos.

—El agua sale en chorros separados —dije atragantándome. Su rostro no mostraba ninguna expresión—. Así que no puedo cogerla entre las manos, se va para todos lados. Quiero que salga en un solo chorro.

—Pero es agua. ¿Qué se supone que debo hacer?

Comencé a llorar con más fuerza.

Sin solución inmediata, Dwight se fue a la cama molesto. Cuando volví, me daba la espalda, con la cara hacia la pared, y leía la contracubierta del ejemplar de *Vino para dummies* de Walter. Me volví hacia el otro lado para darle yo también la espalda y cerré los ojos.

Seguía despierta cuando el sol salió por detrás de las cortinas de muselina y las aves comenzaron a cantar. Estaba tumbada con la sábana hasta la barbilla, escuchando por si oía pisadas. Para evitar pensar en Robin, acudí a mi santuario. Había tres fotos nuevas desde la última vez que había entrado. Ya no sentía que estaba haciendo algo que no estaba bien al mirar sus fotos en secreto, y me internaba más y más y más mientras ella lo ignoraba. Después de todo, era público; cualquiera podía encontrarlas. Tampoco me

sentía culpable ya por los Rooiakker. Al final, no les había contado nada a Ingrid y a Robin porque quería que siguiera siendo mío, un espacio que me perteneciera. Volví de nuevo a su primera foto. Experimenté eso que sucede momentos antes de dormir, donde todo se conecta —algo loco, lleno de alusiones— cuando te tumbas y estás tan cansada que se te cierran los ojos, y luego se te vuelven a abrir repentinamente porque has entendido algo, algo grande.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Robin actuó como si nada hubiera pasado, y eso, después de un rato, me hizo sentir como si todo hubieran sido imaginaciones mías y luego me hizo sentir mal, como si debiera disculparme.

—¡He encontrado tu peón! —gritó Thom triunfante desde debajo de la mesa.

Ingrid se estremeció.

—Le estoy enseñando a jugar al ajedrez —contestó Walter enseguida, mientras Thom le lanzaba el peón por encima de la mesa.

El día había amanecido nublado. Rosa salió con una bufanda roja, una camiseta de Bob Esponja y un gorro rosa de lana con una mascarilla blanca sobre la frente. Parecía que hubiera estado haciendo espeleología con una linterna en la cabeza.

—Rosa, quítate eso —le ordenó Ingrid con brusquedad—. No son juguetes. Son de tu padre. —Le lanzó una mirada a Robin y luego comentó en tono burlón—: El aire aquí es demasiado puro para él. Echa de menos la ciudad.

—No le gusta respirar gérmenes —intervino Thom, a la defensiva.

Robin permaneció en silencio. Rosa se sentó frente a él con una mirada feroz bajo la mascarilla. Lo estaba retando de nuevo. Me estremecí y volví a mi cuento. Estaba en medio de mi tercera lectura de «Kizuna». Ésa era la manera en que había conciliado el sueño casi todas las noches desde entonces, dejando que se apoderara de mí a pesar de tenerle miedo y

perdiéndome poco a poco en las descripciones de Mizuko de la ola negra hasta que la conciencia me amordazaba como una mascarilla quirúrgica blanca y se iba. Luego, en mis sueños, parecía que todo lo que había leído se materializaba a mi alrededor.

Ya que era el último día que pasaríamos allí (el primero de agosto), Nat exigió que fuéramos a almorzar al pueblo. Apenas había visto a *nadie*. Nos desplazamos en tres coches. Yo fui en el de Dwight, sentada junto a Thom en el asiento de atrás, mientras que Ingrid se sentó delante. Cuando se quitaba la goma con la que llevaba sujeto su cabello rubio y húmedo, percibí el aroma de su champú. Me imaginé pasando los dedos por él como lo haría Robin. ¿Todavía lo hacía? ¿O era ésa la razón por la que me había puesto la mano encima?

Todo en el pueblo estaba dedicado a alguien. Incluso había una placa sobre una roca.

—Se están quedando sin cosas que dedicar —observó Ingrid.

Allí adonde íbamos, nos encontrábamos con alguien que Nat o Walter conocían. Nat incluso hizo una visita guiada de las tumbas perfectamente alineadas del cementerio para señalar a los muertos que había conocido en vida.

—¿Qué clase de sillas son ésas? —preguntó Thom, apuntando unas sillas blancas que estaban por todas partes, de una tersura lechosa, con asientos estrechos y respaldos amplios.

—Adirondack —respondió Nat.

—Están por todas partes —indicó Thom—. Es como si aquí todo fuera la casa de alguien.

Era cierto, pensé. En realidad, no parecía que hubiéramos salido.

—Por otra parte —agregó Nat—, no quiero alarmar a nadie, pero adondequiera que vamos veo a Alec Baldwin. Es como si nos estuviera siguiendo.

Concluí que Robin no se sentía incómodo ni culpable; más bien me estaba

ignorando. Se suponía que debía estar arrepentido, y en ese caso me habría correspondido decidir qué hacer. Pero, en cambio, me sentía avergonzada y no podía elegir nada.

Durante la comida, Dwight nos habló de la aplicación TriMe, que ya estaba desarrollada por completo y acaparaba titulares.

—No entiendo tu trabajo —dijo Nat finalmente.

—Se llama *branding*. Posicionamiento de marca —explicó Ingrid, y puso los ojos en blanco.

—¿Eso es una cosa de verdad?

De manera inusual e inesperada, Robin salió al rescate de Dwight:

—Es una vieja palabra nórdica que significaba dejar tu sello en algo, imprimir tu nombre en las cosas. Como con el ganado...

Se oyó un ruido sordo, y Nat pegó un grito. Un gigantesco escarabajo, un ciervo volador, cayó sobre la mesa. Se quedó en el sitio, como si planeara su siguiente movimiento, antes de volar contra la pared y caer muerto. Me invadió una claustrofobia inmensa; me sentía atrapada y sólo quería volver a la ciudad.

Cuando regresamos a la casa después del almuerzo, la tarde ya estaba avanzada. Dwight puso música, su *playlist* para la carretera, que los altavoces del bosque reprodujeron a gran volumen. *Sympathy for the Devil* reverberaba entre los árboles bañados de luz y corría a toda velocidad hacia nosotros, aullando los «*wuu, wuu*» de la canción. No ayudé a Ingrid y a Nat a preparar la ensalada para la cena, que era mi tarea habitual. En vez de eso, fui a buscar a Mizuko, quien había pasado la tarde tomando un baño. La serie de fotos mostraba su material de lectura (Joan Didion), su vela aromática (Diptyque) y sus uñas de los pies rosas apoyadas sobre los grifos dorados al final de la bañera. La última era un selfi con dos *emojis* de flores rosas dispuestos de manera estratégica sobre las partes de su pecho que la espuma no cubría del todo.

Mientras tanto, ése iba a ser nuestro último asado, y yo no quería volver a

ver otra ala de pollo chamuscada en lo que me quedaba de vida. Dwight comenzó a hablar de nuevo sobre su viaje de trabajo a San Francisco. Nat le preguntó por los terremotos, y luego hubo una discusión acerca de otras regiones inestables del mundo y una larga y errónea explicación sobre las placas tectónicas que Nat les dio a los mellizos, para la cual usó los platos que estaban sobre la mesa. Walter citó uno de sus artículos sobre cómo vivíamos en una época de incertidumbre y transición. Después, él y Dwight comenzaron a hablar de inteligencia artificial y robots capaces de detectar los terremotos. Eso le sirvió de evidencia a Walter para afirmar que pronto los robots lo harían todo por nosotros, desde encontrar tumores hasta ser abogados penalistas, y a la larga no habría necesidad de inteligencia humana.

Robin no pudo soportarlo más.

—¿Tú te *tirarías* a un robot? —soltó.

Hubo un silencio prolongado. Nat cerró los ojos con fuerza.

—Sí, lo haría —respondió Walter con calma—. Lo haría.

—¡Yo también! —convino Dwight con entusiasmo.

Ingrid se puso de pie y les dijo a Rosa y a Thom que recogieran la mesa.

Tal vez fue Ingrid quien sugirió usar TriMe o la descargó. O tal vez fueron los dos tras ponerse de acuerdo, una extraña venganza de Robin contra su esposa por acostarse con Walter, o un intento de Ingrid por hundirle más el cuchillo en la frente y no en la espalda, donde parecía surtir poco efecto. No obstante, sospecho que fue él, sin que ella lo supiera, y usó algunas fotos que tenía de Ingrid en bañador para anunciarse como pareja.

Una de las cosas que sabía sobre TriMe era que sólo se podía acceder a una cuenta en un dispositivo a la vez, aunque el perfil estuviera configurado para una «pareja». El único problema era que, sin duda alguna, las personas —los hombres solitarios— podían fingir que tenían una buena esposa liberal para seducir mujeres. Dwight no lo negó. «Lo estamos resolviendo», fue todo lo que contestó.

Esa noche, más tarde, me quedé quieta y en silencio mientras Dwight me

follaba. Parecía más emocionado que las semanas anteriores, como si la conversación sobre follarse a robots hubiera encendido algo en él. No usamos condón; yo todavía creía que era estéril, y él prometió que se saldría a tiempo. No lo hizo.

La farmacia CVS de Long Island es de un bonito color verde oliva, diferente de todas las que yo había visto en la ciudad. Dwight me llevó a primera hora mientras todos los demás hacían las maletas. Nunca había tomado un anticonceptivo de emergencia y leí las instrucciones y los efectos secundarios antes de hacerlo.

—No te molestes —me advirtió Dwight, incómodo en el asiento del conductor, mientras me pasaba una botella de agua.

—¿No me tomo la molestia de tomármela o de leer sobre ella antes de hacerlo?

—Siempre dicen que hay riesgo de mareos, náuseas y síntomas parecidos a los de la gripe. Es psicossomático.

Cuando regresamos de la farmacia, todos estaban ocupados metiendo el equipaje en los coches. Crucé la puerta del cercado de arbustos y me detuve en seco. Había un cuerpo colgando del árbol donde vivían la rana y la serpiente. Caminé despacio hacia él, preguntándome cómo proferir un sonido que fuera más que un susurro y tan fuerte como un grito de ayuda. Cuando estuve más cerca, me di cuenta de que sólo era la funda de plástico con el logotipo de Saks en la que Nat guardaba sus trajes elegantes. Tenía una etiqueta escrita a mano que decía SUÉTER NEGRO (la palabra *suéter* había sido tachada y reemplazada por *traje*); la palabra *noche* también había sido tachada y reemplazada por *funerales*. ¡Ahora la etiqueta decía TRAJE NEGRO, FUNERALES! Exhalé con fuerza y entré a por mi propia maleta. Había visto a Ume colgada del árbol.

—¿A qué viene tanto *negro*? —preguntó Silvia antes de saludar—. ¿Se ha muerto alguien durante tus bonitas vacaciones?

Me había comprado un vestido negro, suelto como un hábito; había adoptado ese uniforme de sacerdotisa para imitar el de Mizuko. Hacía unos días que habíamos vuelto de casa de Walter, y me estaba quedando sobre todo en casa de Dwight; había llevado conmigo todo lo que necesitaba tener y esa mañana había ido a Brooklyn de compras en el camino de regreso a Morningside Heights. Me sentía incómoda. Odiaba el aire cálido y pegajoso de la residencia y, en esa ocasión en particular, notaba una náusea como azucarada. No sentía pena por aquellos pacientes que no eran Silvia, sino sólo asco.

Monitorizar a Mizuko significaba que cualquier otra distracción o exigencia que se me hiciera comenzaba a irritarme. La residencia y sus habitantes eran especialmente incompatibles con la belleza y el humor negro de la perspectiva del mundo de Mizuko. Navegué. Ahí estaba la fotografía original de Mizuko en su veintiún cumpleaños, con su disfraz basado en la película *Asalto a la Tierra*. Había visto la película *online* en casa de los Rooiakker antes del viaje y convencido a Dwight de que la viera conmigo, asegurándole que tendría muchos efectos especiales (especiales para 1956). En la cinta, una raza alienígena llega a la Tierra para advertir a la humanidad sobre un desastre inminente. Intentan alertar a un hombre que podría ser capaz de detenerlo, un profesor de astronomía, pero no pueden contactar con él y, en vez de eso, matan del susto a la gente de Tokio por su apariencia —son como unas enormes estrellas de mar negras con un ojo en medio del torso

—, hasta que a uno se le ocurre un plan. Consiguen una fotografía de una mujer famosa, y uno de los alienígenas se ofrece como voluntario para ser «transmutado» y así quedar idéntico a la mujer a quien todos adoran en Tokio. El doble logra infiltrarse en el círculo correcto y explica que un planeta fuera de control (planeta R) está siguiendo una trayectoria de colisión con la Tierra. El disfraz de Mizuko es precioso. Tiene pequeñas estrellas de color pastel en los hombros, una chaqueta blanca como de traje espacial, un casco también blanco y una pequeña antena con un corazón en la punta. Mientras Dwight y yo veíamos la película, Ingrid entró y nos pidió que bajáramos el volumen. Intentaba hacer su yoga kundalini y llegar a la verdad.

—¿Qué veis? —preguntó después de que reguláramos el volumen.

—Una estupidez japonesa —respondió Dwight, horrorizado frente a la imagen del alienígena con forma de estrella de mar a punto de ser sometido a la transmutación.

Ingrid se detuvo detrás de nosotros. Su perfume olía bien. Sentí que Dwight se tensaba cuando ella se inclinó sobre él desde detrás del sofá; su cabello rozó mi brazo.

—Sí, la conozco. La he visto. Robin me hizo verla una vez.

—¿De verdad?

—Esa *cosa* está a punto de convertirse en una mujer.

—*Spoiler* —dijo Dwight.

—A Robin le encantan estas cosas. Cuando lo conocí tenía una especie de obsesión con Japón. De ahí que tengamos todos estos objetos pseudojaponeses en la casa, como los biombos. Dejadme decirle que la estáis viendo.

—¡Eh!

Volví de golpe a la habitación. Silvia sacudía la mesa regulable que estaba junto a su cama. Me dijo que se estaban desquitando con ella. Cuando pregunté quiénes y de qué se desquitaban, ella sólo contestó:

—Años de opresión.

Caí en la cuenta de que se refería a las enfermeras, en su mayoría negras, y sentí que se me retorcían las entrañas. El wifi iba lento, así que activé los datos móviles. Mi recompensa fue el rostro de Mizuko —un cepillo de dientes sobresalía de su boca de botón de rosa— reflejado en un espejo de baño. Llevaba un camisón blanco. Debía de haberse levantado tarde. Ya eran las tres. El pie de foto decía: *Carpe diem*.

Sentía que había desarrollado una profunda afinidad con ella, como si fuera una estrella infantil con la que había crecido y cuya vida estaba marcada por hitos que servían para recordar los eventos paralelos en la mía, así como con varias teorías basadas en sus cuentos y con lo que podía encontrar sobre su vida en internet y lo que sólo yo —y Nat— sabía. No lograba descifrar cómo se habían conocido Robin y Hiromi. Tras mucho esfuerzo, hallé un resultado de Hiromi Himura en una página que no estaba bien indexada y que de alguna forma la conectaba con el Imperial College. El año mencionado es el año anterior al nacimiento de Mizuko, pero se mencionaban muchos otros años y no podía estar segura de si los términos de mi búsqueda habían dejado claro lo que intentaba encontrar. Su nombre podía aparecer conectado a esa página por la sencilla razón de que había estado inscrita en la Universidad de Tokio, que a su vez pudo mantener intercambios académicos o realizar congresos de algún tipo —no sé cuál— con el Imperial College. Mis términos de búsqueda, resaltados en amarillo para mostrar por qué me daba el buscador esa respuesta, estaban integrados en JavaScript, y otros estaban escritos en japonés, de manera que no estaba segura de qué estaba viendo o de si algunas partes de la página no funcionaban. Había pasado tanto tiempo viendo las cosas con los ojos de Mizuko, desde su altura exacta o su postura, que sentía que casi podía predecir lo que haría a continuación. Decidí que quería verla en persona de alguna manera para comprobar que fuera real y no sólo un error en el sistema que me permitía verme en otro universo. En un principio pensé en fingir un encontronazo cuando estuviera sola en algún lugar público, pero ella solía ir en bicicleta a

todas partes, incluso en distancias cortas, así que mis oportunidades parecían pocas. Silvia sacó los pies por el borde de la cama y me pidió que le pusiera sus pequeñas zapatillas de terciopelo porque tenía frío.

—¿Tienes alguna otra idea sobre lo que quieres hacer? Tal vez Ingrid podría contratarte en prácticas.

—Mmm... Tal vez.

—¿No?

—Creo... —No estaba prestándole mucha atención—. Creo que tendría que saber usar CAD y esas cosas.

De pronto sentí que la sangre se me acumulaba en las orejas y que un terrible accidente de circulación tenía lugar en mi cabeza. Después del selfi del cepillo de hacía quince minutos, había seguido una vista aérea de una mesa y una mano de hombre que, por el reloj que llevaba puesto en otras fotos, tenía que ser Rupert. Estaban en la Hungarian Pastry Shop, que Robin —y, por tanto, también los mellizos— llamaba el *café húngaro*, a unos metros de donde yo me encontraba. Había ido una vez con Robin y los niños, y la reconocí por la pintura roja de la pared debajo de la baranda y la capa crujiente del pastel. De cualquier modo, había etiquetado su ubicación, así que no podía haber confusión. Si sacaba la cabeza por la ventana y miraba a la derecha, casi podría ver su toldo de rayas rojas y blancas desde la habitación de Silvia.

—Oye. —Silvia me golpeó con su huesudo pie—. Cuéntame cosas.

Quería saber sobre la casa de cristal de Walter, si era o no muy moderna, y luego dictarme una carta para una vieja amiga que vivía en Francia. En mi desesperación por llegar al café antes de que Mizuko y Rupert se fueran, olvidé enviarla. Todavía tenía la carta en la bolsa en la conferencia acerca del Holocausto. Es parte de la colección que tengo bajo mi escritorio y tiene fecha del 10 de agosto. Por la esquina roja que se veía en la foto, deduje que su mesa estaba al fondo y a la derecha, mirando desde la entrada. Las opciones de bebidas no son las que ofrecen ahora la mayoría de las cafeterías

en la ciudad. Las opciones son de una sencillez apabullante. Las únicas bebidas frías en el menú son: leche, Coca-Cola, zumo de naranja (pequeño o grande), agua mineral y sidra fría. Las opciones calientes sólo incluyen: café americano o té, café con leche, chocolate caliente y otros tés, llamados «tés especiales», que sirven en una jarrita. Primero pedí leche por accidente, porque estaba muy nerviosa, y luego la cambié por café y añadí un pastel gelatinoso para poder pasar más tiempo allí si era necesario. HOY ESPERA UN MILAGRO, aconsejaba un letrero en forma de arco iris en la caja.

La última vez que había estado allí observé un flujo constante de estudiantes de Columbia, que eran territoriales con sus espacios de trabajo y sus rincones de escritura. Todavía tengo mi tíquet, que indica mi nombre y cuánto debía. Mantuve los ojos sobre la chica que me servía. Era posible que Rupert me reconociera primero, pero me preocupaba que quisiera evitarme y se fuera. Me senté cerca de la entrada, pero de espaldas a la parte de atrás para poder interceptarlos si intentaba escapar. La camarera dijo mi nombre cuando mi café estuvo listo y le fruncí el ceño. Entonces miré directamente hacia donde estaban por primera vez. Vi el respaldo de la silla vacía a la derecha de Mizuko y luego su espalda junto a esa silla, la cortina de cabello negro y denso. Quería ir hacia allí, tirar de él hacia atrás para que ella se me mostrara y estar segura de que no era un juego de sombras del ciberespacio.

Por suerte, Rupert estaba sentado enfrente, de manera que podría verle la cara de camino al baño, que estaba al final de la barra a la izquierda, a tres cuartos del camino hacia el fondo. Ése era mi plan: entrar en el baño, ensayar mi cara de sorpresa frente al espejo, salir, mirar a Rupert, acercarme, hacer preguntas inteligentes sobre Columbia como, por ejemplo, «Pues sí, ¡menuda coincidencia! Estoy pensando en estudiar un máster de escritura como el tuyo. Supongo que podrías ser mi profesora». Tenía que empezar por el principio, con la mente en blanco, hacer *tabula rasa*. Debía dejar que sintiera el vínculo entre nosotras de inmediato, tal vez hacer referencias veladas a mi inteligencia secreta, un apretón de manos especial, un movimiento de la

cabeza. En ese instante entendí cómo era posible que atraparan a un cerebro del crimen: la tentación de alardear sobre la ejecución era enorme.

Al salir, cerré la puerta del baño. La trampa estaba puesta, un lazo en el suelo para la pequeña pata blanca, una red que aparecería de la nada. Alguien había escrito la composición molecular del LSD en el techo. No tenía que hacer pis, pero me senté en el retrete y miré hacia arriba, a la constelación que estaba encima de mí, para poder calcular un tiempo natural antes de volver a salir. Sabía que, como invitada de Silvia, y ahora de Robin e Ingrid, estaba a punto de romper un código, uno ancestral entre anfitrión e invitado. Pero ¿acaso ellos no lo habían hecho ya? ¿Perteneecía todo Nueva York a las personas y a sus familias una vez que entrabas en sus casas? ¿O podía haber una parte de la ciudad, tal vez no una parte física, pero sí la parte que zumbaba, pulsaba y brillaba con más fulgor de noche, que pudiera ser mía? Sentada sobre la tapa del váter, sentí ansiedad por una nueva razón. Hasta ese momento, todo me había pertenecido. La información estaba contenida. La sostenía —literalmente— en la palma de las manos. Devoraba con perversión lo que Mizuko decidía hacer público sin que ella supiera de mi existencia. No sabía nada de mí. Al conocerla en persona, cara a cara, sacrificaría algo de ese poder y equilibraría un poco la balanza entre nosotras.

Abrí la puerta, di dos pasos y me puse mi grotesca máscara de sorpresa, y Rupert fue tan necio que no la vio. Di dos pasos más —pasos de abuela— y terminé junto a su mesa. Seguían sin verme. Sentí que no podía hacerlo dos veces —poner la cara de sorpresa— por si alguien más la había visto. Por su expresión animada, supe que estaba contándole una historia a Mizuko.

—Pero luego, literalmente, me topé con Uri, el tipo de Oberlin, ¿sabes? — Aplaudió para enfatizar el clímax de su anécdota.

—¡Rupert!

Los dos se volvieron al mismo tiempo.

Como ya sabéis, funcionó de maravilla. Me quedé allí un rato, hice preguntas educadas e introduje en la conversación intereses que le había robado a ella. Luego cogí las cosas de mi mesa y me enredé en las patas de las sillas al intentar sentarme en la suya. El asa de mi taza esmaltada era demasiado pequeña para que evitara que me quemara los nudillos al beber. No obstante, incluso cuando se enfrió, la dejé sobre la mesa medio llena para evitar que se marcharan. Descubrí entonces, mientras Rupert rechazaba la entrada para la conferencia, que es relativamente sencillo conseguir una recompensa instantánea si no te preocupa demasiado lo que viene después.

«Después» vino al amanecer.

Justo cuando la botella de plástico me arrancó de mi pesadilla con el cadáver en el barro, el gato me atacó y Mizuko exclamó «Gato» y giró algunas veces hasta que estuvimos espalda con espalda. Cuando por fin logré regular mi respiración para que coincidiera con la suya, después del *shock* del crujido y luego el sonido de su voz, presencié cómo la habitación entera se iba volviendo rosada, luego roja y después blanca. Estamos en esa habitación otra vez, en la cama de Mizuko, en la cama en el centro de la habitación, el centro del universo, con libros apilados sobre el radiador negro mate y junto a cada pared.

Cuando por fin fui capaz de moverme, me tambaleé hacia el baño. Me palpitaba la cabeza. Al mirarme en el espejo descubrí que se me había hinchado por el marisco que había pedido Mizuko. Había una gran cresta donde debían estar las cejas que me deformaba los ojos y el tabique nasal. Me parecía un poco a Quark, de Star Trek. Aunque había valido la pena, una y

mil veces, pasar la velada con ella y dormir en su cama, no me apetecía mucho que me viera así.

«Podrías irte ahora —dijo una autoritaria voz en mi cabeza con sensatez—, y luego enviarle una solicitud de amistad. Ése es el protocolo correcto, a decir verdad. Llevas aquí más tiempo del que deberías. Apenas te conoce y estás en su baño hablando sola. Sí, es de mal gusto irte así y tan temprano, pero dijo que su apartamento era sólo para amigos íntimos, ¿recuerdas?» «También dijo que estaba embrujado», repliqué. «Bueno, aquí estás, ¿no?»

«Pero si te vas —le advertí a Quark en el espejo—, se acabó. Podrías no tener otra oportunidad. O tal vez sí, pero no de esta intensidad. Será formal e implicará proponer que os veáis para tomar un café, y tal vez luego no pase. Si pasa, Rupert estará ahí, o le dirá que eres patética y que no vale la pena juntarse contigo. Ahora no lo sabe. No te vayas.»

Entonces concluí que una retirada rápida y sin despedidas no sería bien recibida después de la noche anterior. Sentí que nos habíamos mostrado brevemente pequeñas piezas de nuestras almas gemelas, como si hubiéramos jugado a uno de esos frenéticos juegos de cartas, y yo había fingido estar tan conmovida como la primera vez que lo descubrí todo en East Hampton.

Volví a la habitación, donde Mizuko seguía inconsciente. Tenía un mensaje sin leer de Dwight. Le aseguré que ese día tendría la regla, la primera desde nuestra visita a la farmacia, y él quería saber si había llegado a tiempo. Había anotado la fecha en su teléfono: el 11 de agosto. Su presencia, que irrumpió en la habitación con una pregunta tan burda, provocó que la atmósfera cambiara de inmediato.

Respondí:

No, pero la caja decía que podía alterar el período. Además, el mío suele ser irregular, por lo de los ovarios poliquísticos.

Ya le había contado que creía que mis ovarios estaban llenos de quistes.

¿Dónde estás?

Con Silvia, en Amsterdam Avenue.

¿Cómo está?

Bien. Sin novedad.

—¿Podrías traerme un vaso de agua?

El corazón se me cayó al estómago y luego se me cayó el estómago, con el nuevo peso que cargaba, sobre los pantalones. Me contuve como si tuviera que orinar.

—Buenos días —dije con una fuerza inesperada.

Me había preparado durante mucho rato para decirlo, pero aún no estaba lista.

—No del grifo, sino del agua con electrolitos que está en la nevera —murmuró sin levantar la cabeza de la almohada—. No puedo...

Salí del cuarto y me dirigí a la cocina. Las superficies brillaban como si nunca hubieran sido usadas. El frigorífico estaba lleno de pulcras cajitas blancas.

—¡Coge lo que quieras! —gritó con voz ronca al oír el golpeteo del cristal en la puerta de la nevera cuando la abrí y empecé a manipular su contenido con delicadeza, como un ladrón que usa guantes—. Creo que hay bizcochos de chocolate. Lo que quieras.

Mizuko tenía una resaca terrible, sin la adrenalina que a mí me permitía ignorarla. Levantó la cabeza de la almohada, bajó el brillo de la pantalla de su teléfono y comenzó a toquetearla.

—Sin respuesta de Rupert —dijo con parquedad cuando le entregué el vaso de agua—. Es lo que suele hacer, tiene que ver con mantener el control.

Asentí.

Claro que lo hacía, era un imbécil.

—¿Por qué no le envías un mensaje y le sugieres que hagamos algo los tres juntos? A ti te responderá, sobre todo porque hacía años que no os veáis.

Dile que quieres un reencuentro de verdad.

—Claro. Si quieres...

Fingí que tenía el número de Rupert y que le escribía un mensaje mientras ella me lo dictaba para que no sonara desesperado o como que ella me estaba forzando a escribirlo. Tenía que parecer, me explicó, como si hubiera sido mi idea. Fingí que pulsaba el botón de «Enviar». Me sentía como una niña jugando con un teléfono de juguete basado en la versión para adultos. No me importaba exagerar mi amistad con Rupert, pues Mizuko parecía creer que podía acercarse a él a través de mí. Siempre podría decir que el mensaje no se había enviado, o algo sobre que mi teléfono era inglés.

—Te avisaré cuando conteste.

Pasó la mañana esperando la respuesta en la cama, pegada a las imágenes de la CNN de la matanza en Ferguson; parecía un pájaro que había volado hasta chocar contra una ventana.

—¿Nada? —No dejaba de preguntarme.

Yo negaba con la cabeza.

—No.

No deseaba que se produjeran silencios demasiado largos entre nosotras. Me ponía nerviosa. El silencio sólo estaba bien cuando alguna de las dos miraba su móvil. Debía haber una comunicación constante o sentía que nos alejábamos de nuestra reciente intimidad. Temía que, en el silencio, las cosas que intentaba mantener ocultas saldrían por cuenta propia, como vapor escapando de una alcantarilla.

Rupert dio por concluida la relación aproximadamente tres horas y veinte minutos después de que yo no le enviara el mensaje invitándolo a salir con nosotras, así que en lugar de que yo me fuera o él llegara, pasamos todo el día juntas. Mizuko permaneció en la cama como una niña enferma, navegando por las fotos con aire mustio, llorando cada tanto de dolor o profiriendo exclamaciones de disgusto ante lo que veía. Aunque Rupert repudiaba las redes sociales (lo que a ojos de Mizuko lo elevaba a la categoría de

divinidad), tenían los mismos amigos, así que era cuestión de tiempo, me aseguró, que viera algo que no quería ver, algo doloroso.

—Tendré que conseguir un grupo social completamente nuevo si quiero evitarlo —afirmó mientras buscaba rastros de él en los muros de sus amigos.

Compuse una mueca de empatía, pero mi corazón brincaba, agitaba el puño y gritaba: «¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!».

—Siento... —Se llevó la mano al estómago y repitió por enésima vez—: Siento como si me hubieran *arrancado* todo lo que tenía dentro. —Hizo un gesto brusco con las manos—. Hablo contigo y se me olvida por un instante, pero luego recuerdo y lo vuelvo a sentir.

Cuando no la tranquilizaba su móvil, no dejaba de hablar de él. Si entonces hubiera sabido qué hacer, me habría dado cuenta de que lo que quería era imposible. Cuanto más hablaba de su amor por él, menos esperanzas debería haber albergado yo. Por el contrario, en mi inocencia, sólo veía que podía lograr *convencerla* si le daba todo lo que necesitaba. Si estaba ahí para ella, si mi pecho conservaba la marca exacta de su exquisita cabeza, entonces ella no necesitaría otro lugar donde recostarla. Por supuesto, lo que debería haber hecho era seguir el ejemplo de Rupert, intentar retomar lo que él había dejado y tratarla como si fuera una mierda. O tal vez ya era demasiado tarde y sólo hubiera un primer amor. Ella era el mío, pero yo no era el suyo. Mizuko sólo buscaría un eco de él y, si hubiera hecho los ruidos apropiados, ese eco podría haber sido yo durante un tiempo.

—A veces me hace sentir que me equivoco al darme por vencida con él porque podría ser todo lo que quiero que sea. Otras me hace sentir que soy una maldita idiota y que debería haberme dado por vencida en el momento en que lo conocí porque nunca será capaz de ser lo que yo quiero que sea. Es como si, cuanto más tiempo paso con él, menos lo conociera, y eso me hace sentir cada vez más confusa. En ocasiones me preocupa que desaparezca para siempre, y otras pienso que lo preferiría para no tener que lidiar con el hecho

de que no me quiere o de que quiere a otra. Prácticamente dejamos de tener relaciones, ¿lo sabías? —me preguntó.

Sí, lo sabía. Lo había repetido varias veces la noche anterior.

—Bueno, no lo dejamos, ya sabes. Me refería a como era antes, y sin duda, para nosotros, lo estábamos haciendo mucho menos, como una vez al día, y muy rápido, nada que ver con ese fantástico sexo matutino con el que te olvidas de todo —continuó. Tragué saliva con dificultad—. Lo hacíamos todo el tiempo, pero en París lo más romántico que hizo fue ponerme botellas de agua Perrier del minibar en los pies porque tenía ampollas. —Eso sonaba bien—. Me dolían tanto que tenía que gatear por nuestra habitación, incluso en la alfombra. Sé que no debería darle una segunda o una décima oportunidad, sea la que sea en la que estemos, pero...

La dejé hablar mientras la imaginaba gateando alrededor de la habitación de un hotel parisino, ya que no parecía querer nada más de mí que solidaridad ocasional, y a medida que ella hablaba yo daba vueltas por el cuarto y tocaba las cosas que reconocía. Era la misma sensación de reconocimiento, pero más aguda, que tuve cuando llegué a Nueva York y a Tokio. Supongo que hoy en día sucede lo mismo con todos los lugares nuevos: tienes la sensación de estar ahí en realidad, en el lugar que ya habías visto a distancia.

Su apartamento estaba en el piso superior de un edificio con ascensor, conserje y cuarto de bicicletas. Posteriormente se mudó de ahí, así que había habido un anuncio del apartamento con fotos del interior tomadas con un objetivo de ojo de pez, lo que tenía el desorientador efecto de hacerlo parecer mucho más grande, lleno de cosas nuevas. Capturé las pantallas con las fotografías e hice *zoom* tanto como pude antes de que las imágenes se pixelaran.

Al día siguiente le dije que debía comer algo. ¿Qué quería? Pero contestó que todavía se encontraba mal, que los pensamientos sobre Rupert le habían quitado el apetito y no sabía qué podría retener en el estómago, o incluso si podría comer, hasta que viera la comida. Fuimos a un establecimiento de

comida preparada en la manzana contigua. Intenté hacer que eligiera algo, pero estaba distraída y sólo pidió un ajo envuelto en una malla blanca que se balanceaba.

—Mira esto —me pidió, señalando un expositor en forma de torre con postales. Tenía en las manos una con un buey.

—¿Qué?

—Rupert es buey. —Alternaba entre temblar y mover la cabeza mientras verificaba la información en su teléfono—. Sí, es un jodido buey. Debería haberlo sabido. ¡Joder! Debería haberlo sabido.

—¿Tú qué eres?

Le dio vuelta al expositor.

—Perro.

Giré la torre para encontrarme.

Cabra

1919, 1931, 1943, 1955, 1967, 1979, 1991, 2003, 2015

Las personas nacidas bajo el signo de la Cabra son artísticas, creativas, elegantes, honestas, afectuosas, tímidas y encantadoras. También son pesimistas, vulnerables y desorganizadas. Dependen de las comodidades materiales y suelen quejarse a menudo. No manejan bien la presión, pero pueden encontrar la solución a un problema si tienen tiempo. Las mejores profesiones para los Cabra son la jardinería y la interpretación. Son compatibles con Cerdo y Conejo, pero deben evitar a los Buey.

Cogí una ensalada griega para ella —algo me dijo que eso podría ser lo que necesitaba; supongo que estaba pensando en frescura, isla griega, viaje por el Mediterráneo—, pero cuando la alcancé en el siguiente pasillo, estaba llorando.

—¿Qué pasa?

Señaló un paquete de palitos de pan extralargos.

—Son sus favoritos. Los compro especialmente para... para..., porque le

encantan, y yo... yo...

El pasillo del pan fue demasiado para ella. Lancé la caja con la ensalada de vuelta a uno de los estantes, el equivocado (algo que jamás habría hecho en circunstancias normales, pero estábamos en medio de una crisis, o un milagro, según la perspectiva desde la que se mirara; en cualquier caso, en esa situación no servían para nada las reglas de la vida cotidiana) y sugerí que mejor fuéramos al cine.

—¿A ver qué? —preguntó. Nombré la primera opción que apareció en mi teléfono—. ¿Tiene algo que ver con el amor?

—No. No lo sé.

No dijo nada. Estábamos de pie en la calle.

—El verano es siempre una estación deprimente —afirmó.

Asentí y comencé a decir horarios y ubicaciones. Escogió el cine Magic Johnson para el pase de las tres y media. Como hacía un día tan radiante, no había nadie salvo un par de personas iracundas con alergia. Pero la película sí trataba de amor, así que salimos a la mitad, no sin que antes Mizuko recostara su cabeza sobre mi hombro. Cuando se apoyó en mí, me dio forma, me plantó en el lugar en el que estaba. Emerger a la cálida luz después de estar en la fresca oscuridad del cine fue como renacer. Salí sabiendo a ciencia cierta qué quería hacer con mi vida, qué poner en el cuerpo de la mariposa: mi vocación, mi búsqueda, mi significado, mi camino, mi propósito.

Le preocupaba estar a punto de ponerse enferma. Tenía los ojos vidriosos y, bajo la luz, se veía pálida.

—Es sólo la resaca —le aseguré—. Necesitas una Coca-Cola. ¿Puedo, al menos, ir a buscarte una Coca-Cola?

Asintió con aire mustio. Una única lágrima se deslizó por su rostro. «¿Sería raro lamerla?», me pregunté. Sí. Nada de lamer. Entré en la tienda del cine, compré un refresco de cola obscenamente caro y le metí una pajita dentro de tal forma que habría hecho que a Dwight se le hincharan las venas del cuello. Luego me reuní con ella en la acera, donde estaba sentada.

—Toma.

Me miró como si no me reconociera y cogió la bebida.

Esa mirada me desconcertó. Sin duda estaba sufriendo un episodio de estrés postraumático, y entonces me di cuenta de que no podía confiar en que me recordara si la dejaba siquiera un minuto.

La llevé a casa como muestra de altruismo de parte de una amable desconocida que no quería dejarla sola por su propio bien, aunque ella no parecía verlo como un sacrificio de mi parte. No se le ocurrió que tal vez tendría a otras personas a quienes ver, otras urgencias y otros corazones rotos que atender. Afirmó que siempre se había sentido más reconfortada por los desconocidos que por la gente que se suponía que era cercana a ella.

—Gente como... —La voz se le rompió.

No podía pronunciar su nombre sin llorar.

Le sugerí que probara el juego de la mariposa. Dijo que yo tenía el *Zeitgeist*. Estaba haciendo todo lo que se me ocurría para mantenerla alejada de su teléfono, entretenerla. Sobre todo observaba la pantalla bloqueada de su móvil con una mirada vacía, sin responder ni siquiera a preguntas directas. Eran silencios en los que, supongo, una verdadera extraña, o una recién conocida, se habría disculpado y se habría ido a su propia casa, pero yo sentía que no tenía una casa a la que ir aunque quisiera dejarla (cosa que no quería).

—¡Mierda!

Levantó el móvil para mostrármelo, pero yo ya lo sabía por su expresión de pánico mezclado con una alegría enloquecida. Mientras me lo enseñaba, la pantalla se oscureció y la vibración cesó. Puse cara de inocencia, pero estaba bastante segura de que lo había logrado con la mente.

—No le devuelvas la llamada —le ordené—. Ven, dámelo. Yo lo guardo para que no sientas la tentación. —Sin embargo, apretó la mandíbula y abrió los ojos con frenesí, como si yo estuviera a punto de hacerle daño, como si fuera a arrebatarle a su hijo. Lo pegó a su cuerpo, alejándolo de mí—.

Dámelo —insistí. Puse la mano en su muñeca y lo liberé como un *ama* que libera el manjar de una roca con una pequeña espátula—. Confía en mí.

En casa, la dejé en el sofá y le llevé a su gata. Al vivir con los Rooiakker, había superado mi miedo a los perros pequeños (en realidad era a todas las mascotas, incluidas las de mi madre; no confiaba en ellas), y sabía por Thom lo tranquilizador que podía ser tener uno en brazos.

—Cógela —insistí mientras alzaba a la gata.

—Se llama *Michi*.

—Coge a *Michi*.

Cada vez que hacía algo así —fingir que ignoraba algo que conocía tan bien como mi propio nombre—, me felicitaba. *Michi* aparecía por todo su Instagram. Era obesa y su pelaje era ostentosamente esponjoso. Sin problemas, se dejó colocar sobre el regazo de Mizuko.

—No está muy bien la pobre. Tiene conjuntivitis, ¿ves? —*Michi* se enroscó frente a mí, y alcancé a ver que sus ojos eran de un horrendo rojo sangre—. Tengo unas gotas para ella, pero me olvido de ponérselas. ¿Podrías hacerlo? Araña un poco cuando se las pones.

—Sí, puedo hacerlo. ¿Algo más?

—No tiene permitido salir de casa, es una gata casera. Por eso hay redes en las ventanas. Ten cuidado cuando abras y cierres la puerta, porque a veces intenta escapar por el pasillo.

—Vale.

—¿Y podrías salir a comprarme tabaco?

—Claro.

Cuando se sintió con más fuerzas, sugerí que fuéramos a la Biblioteca Morgan. Se disculpó por ser una mala anfitriona, puesto que yo era nueva en

la ciudad. Sabía que la biblioteca era uno de sus lugares favoritos, lo decía su pin de Google. Me dije que la inspiraría para empezar a escribir algo, o a seguir con la novela que había abandonado. Además, yo nunca había ido. Primero me mostró la sala en la que los signos del zodiaco estaban representados en el techo. Un grupo de niños de unos diez u once años de alguna especie de campamento de verano estaban tumbados bajo la cúpula mirando hacia arriba, y una guía les contaba una historia, así que nosotras también nos sentamos en el suelo.

—Las pinturas del techo muestran los tres principales períodos literarios representados en la colección. Tenemos a Emerson, a Hawthorne y a Thoreau. Lo que queráis lo tenemos.

—Adoro *Walden* —le susurré al oído—. Y *La letra escarlata*.

Los dos estaban en una lista de una publicación suya de hacía unos años, cuando la gente nominaba a sus amigos en las redes sociales para que nombraran sus diez libros favoritos y las razones para elegirlos.

—Yo también.

Seguimos con la visita guiada hacia la biblioteca original, hacia el tapiz que representaba la avaricia encarnada en el rey Midas.

—¿Quién sabe qué le ocurrió al rey Midas? —preguntó la guía.

Ninguna mano se alzó.

—¿Nadie? —Hizo una pausa—. Bien. Todo lo que el rey Midas tocaba se convertía en oro. —Los niños parecían impresionados—. Ahora bien, tal vez creáis que eso sería increíble, pero pensadlo un poco mejor. ¿De verdad querríais que todo lo que tocarais, desde vuestra comida, vuestras mascotas, vuestro mejor amigo y vuestra mamá, se convirtiera en oro?

—Noooooo —contestaron a coro.

—Pero imagínalo —me pidió Mizuko de pronto—. Que todo lo que tocaras...

Una sensación me recorrió el cuerpo y tuve la clara impresión de que me miraba la boca mientras hablaba. Sentí que el labio me picaba, como si una

avispa se hubiera posado sobre él.

—No podrías tocar a nadie sin matarlo —respondí con rigidez, tratando de no mover el labio demasiado.

—¿Alguna vez te has preguntado... por qué, o cómo, la gente empezó a besarse? —soltó. Tuve que luchar contra el instinto de poner la lengua sobre mi labio inferior y buscar a la avispa. Si estaba ahí, me picaría, lo único que me quedaba por hacer era quedarme quieta. Debí de fruncir el ceño—. En serio. ¿Cómo sucedió el primer beso? ¿Dos personas decidieron, porque sí, juntar las caras, nariz con nariz, para que sus labios se alinearan y luego los pegaron?

—Supongo —respondí con la mandíbula trabada, intentando mover la boca lo menos posible.

Había habido muchas señales, señales explícitas. Estábamos tan cerca que no podíamos ir sino hacia atrás. A menos que fuera posible cruzar por el medio, pensé. Era como mirarse al espejo, sin tocar jamás el otro cuerpo aunque te pegaras a él.

Cada dos horas, Rupert enviaba un mensaje a su teléfono, que yo aún mantenía cautivo, pero no se lo decía. Aun sin esa información, Mizuko estaba en un ciclo continuo de ruptura. En cuanto comenzaba a pensar que mejoraba, debía empezar de nuevo. Llegué a conocer las etapas del proceso con todo lujo de detalles. De las lágrimas a la rabia y al *shock*, con los ojos vidriosos, y vuelta a empezar. Quería hallar la manera de romper el ciclo y sugerí que intentara un método que había encontrado en internet llamado «La regla de los treinta días sin contacto». Se mostró muy interesada e incluso pagó un manual en PDF que podías comprar una vez que hubieras leído una introducción sobre cómo funcionaba el método. «Garantizaba» que traería de vuelta a cualquier ex independientemente de cómo hubiera sido la ruptura, pero había que expulsarlo por completo de tu vida, como si fuera un cáncer. No sólo era cuestión de ignorarlo y evitar espialo, sino que además tenías

que tomar medidas proactivas para protegerte de su presencia en tu vida. Necesitabas cerrarle por completo las puertas.

Mientras lo leía, le administré las gotas a *Michi*, pedí comida a domicilio con su tarjeta de crédito y cogí unas bonitas prendas de seda negra que me indicó que estaban colgadas de la baranda en lugar de ir a casa a cambiarme. El manual decía que debías sumergirte en distracciones como bailar salsa, nadar o aprender un idioma.

—¿Qué opinas? —pregunté cuando vi que dejaba de leer por un momento y abría otra pestaña en su ordenador para navegar por las fotos de una chica que creía que le gustaba a Rupert—. ¿Quieres intentarlo?

Si se negaba, supuse que también tendría que confiscar ese aparato de alguna manera. No pasaría mucho tiempo antes de que Rupert tratara de cruzar sus barreras por correo. Ahora que he experimentado el silencio de Mizuko de primera mano, puedo imaginar la asfixia que padecía Rupert, la cual se iba agravando conforme enviaba más mensajes para los que no obtenía respuesta. Supongo que tuve suerte de que no hiciera alguna locura.

Nunca había tenido la tentación de probar ningún tipo de droga, mucho menos las que alteran la mente, pero cuando Mizuko me habló del modafinilo, que describía como un «potenciador cognitivo», me tomé dos. De por sí me sentía un poco alterada, algo tensa, un poco más profunda de lo que podía controlar, pero ella lo hizo parecer como si aumentara la sensación de tener las cosas bajo control y no que la disminuyera. Dijo que lo usaba para escribir o para centrarse. No quería sentirme excluida de nada de lo que ella fuera a hacer ese día, a pesar de que una vez había visto que alguien se había quedado colgado después de tomar modafinilo el día anterior a la entrega de una tesis de cincuenta mil palabras, pues insistía en contarlas y volver a empezar cada vez que no sabía por dónde iba. Antes de tomarlo, necesitabas tener una estrategia o te podías quedar colgado. Mizuko admitió que eso era verdad. Una vez se quedó clavada frente al espejo de su dormitorio: no pudo dejar de aplicarse un lápiz de labios rojo oscuro hasta que lo consumió por

completo. Cuando no quedaba más en el tubo, comenzó a describir el mismo trazado con el dedo.

Tuve la misma visión de túnel que Mizuko aseguró que tenía ella. Era excitante imaginar que compartía un túnel similar, si no el mismo. Por supuesto, me enganché de inmediato. Todo lo demás se volvió borroso mientras ella se volvía más fascinante, con una textura en sus bordes como de angora. Cuando tuve que ir al baño, rocié su perfume en el aire y caminé por él.

—Hueles bien —me dijo cuando volví.

—¿A qué?

—A mí.

Noté que mi sistema nervioso reaccionaba con mucha mayor intensidad a sus halagos que cuando Dwight me había dicho que era rara y el aire se había vuelto denso y un poco opresivo. Esta vez, la combinación de su piropo, el calor de mediados de agosto, el perfume y el olor de sus cigarrillos, que fumaba dentro de su apartamento, me hicieron sentir como si me fuera a desmayar. En este punto, llegué a creer que mis cada vez más numerosas oleadas de mareos debilitantes podían ser un efecto secundario del modafinilo.

Desde entonces, pasamos días enteros juntas bajo sus efectos, explorando sin salir del apartamento: buscábamos cosas, contábamos cosas, racionalizábamos cosas. Aún lo tomo de vez en cuando. Me proporciona una capacidad de concentración que, si tengo cuidado, si elijo el agujero de gusano de Wikipedia correcto, puede mantenerla alejada de mí durante horas. A veces tiene el efecto opuesto y me recuerda a ella más que cualquier objeto, sonido o fotografía que tengo. Se tiende una línea, tensa como un cable, bajo el océano, un canal por el que puedo caminar hasta allí.

Creo que era el cuarto o quinto día que pasaba en su casa, sin volver con los Rooiakker ni una sola vez. Supongo que imaginaron que pasaba los días con Silvia y las noches con Dwight. Thom me envió un mensaje que decía:

¿Vendrás hoy a cenar pizza?

Y respondí:

No, gracias.

Pero lo cierto es que no visitaba a Silvia desde que la había dejado para alcanzar a Mizuko en el café húngaro, e ignoré casi todos los mensajes que me envió Dwight, hasta que esa tarde llegó uno en el que me decía que había un problema y que debía ir de inmediato. Lo llamé y no obtuve respuesta. La paranoia de que tenía que ver con Mizuko y mi descubrimiento era ya la única categoría de problema que podía imaginar. Salí del apartamento y me convencí de que podía arriesgarme a dejarla durante una hora. De camino, vi uno de los anuncios de TriMe que Dwight me había prometido que vería.

Cuando regresé a casa de Mizuko, ni siquiera me preguntó qué había pasado. Estaba mirando fotos suyas con Rupert y llorando. Como me preocupaba que Dwight lo viera y sospechara algo, había dejado el teléfono de Mizuko en la panera, donde, obviamente, ella lo había encontrado.

—He visto la foto que has publicado. ¿Un enjambre de abejas? ¿Ésa era la emergencia?

Me enfurecí. Quería que pensara, a pesar de mi promesa de quedarme a su lado, que tenía una vida fuera de su casa.

—Mi novio las cría en su tejado. Se escaparon. Intentaron hacer un nuevo panel detrás de un letrero de neón en un salón de belleza enfrente de su edificio.

—Lo sé. —Parecía dolida.

Acababa de tomarse otro modafinilo porque dijo que debía terminar algo para su primer seminario y las clases volverían a empezar al cabo de dos semanas. Intenté que mi voz sonara inocente y alegre:

—Necesitaba ayuda para volver a meterlas. Tienes que usar unas curiosas botas y máscara y atraparlas con un...

Me di cuenta de que no me estaba escuchando. Dejé la oración a medias y

fingí que había terminado.

Comencé a disponer comida sobre la mesa de centro, junto a sus pies. Había comprado bocadillos en la tienda de comida preparada cuando venía de regreso. Se deslizó hasta el suelo e hizo rodar un huevo de codorniz por la mesa, estrujó la manchada cáscara, la picoteó laboriosamente y, cuando tiró, desprendió un trozo grande entero pegado a la membrana. Parecía haberse apaciguado con los regalos.

—¿Qué has decidido sobre...? —Hizo un movimiento muy gracioso para simbolizar un vientre de embarazada.

Me quedé petrificada. Me había olvidado por completo de eso. En ese momento no pude hacer que mi cerebro procesara la pregunta, más que nada porque me había hecho una pregunta sobre mí, no sobre Rupert, y ni siquiera sobre por qué nos conocíamos Rupert y yo. Había habido un momento exquisito en el que había notado que ella sospechaba, por mi versión un tanto exagerada de mi conversación con Rupert sobre la vista en Tokio, que podríamos haber sido amantes o que por lo menos habíamos tenido una aventura de una noche, y vi que se ponía un poco celosa y que me miraba con más interés. No podía siquiera imaginar la respuesta que daría una persona embarazada. Parpadeé con fuerza, fingiendo con un gesto exagerado que se me había metido algo en el ojo.

Volvió la mirada y estudió con detenimiento un pedazo de cáscara sobre su uña.

—Yo aborté una vez —me confió—. No quería terminar como mi madre.

No había hablado de nada parecido —de su vida antes de Rupert— desde la ruptura. Tampoco había escrito nada al respecto, lo que me parecía más extraño.

—Voy a darme una ducha.

Era la primera desde que Rupert la había dejado.

—Te veo dentro de un rato.

Me acomodé en el sofá y comí rábanos compulsivamente. *Michi* se sentó a

mis pies. Observé su cara malévolamente y aplastada, sus ojos perlados, que ya no estaban rojos, y su nariz rosada. Según el calendario que estaba colgado de la pared, la primera clase de Mizuko, el 3 de septiembre, sería: «“¿En qué idioma escribir?” 15.00 horas. Aula 413».

Escuché con atención los sonidos de la limpieza ritual. Me tomé otra pastilla. Me parecía como si Mizuko llevara siglos allí adentro. «Qué bien debes de sentirte —pensé mientras miraba el pequeño huevo de codorniz en mi mano— cuando te arrancan de esa forma el cascarón, como ha hecho Mizuko, casi de un solo movimiento, y experimentas un segundo de éxtasis antes de ser devorada.» Sin querer, hundí la uña en la clara. Cuando Mizuko volvió, yo ya estaba de los nervios, con la mirada fija en la puerta a la espera de que saliera.

—Me encuentro mejor —afirmó con un suspiro de alivio.

—Deberíamos ir a algún sitio esta noche —contesté al recordar la parte del manual que decía que era lo que debía intentar hacer al quinto día. Para mí, la promesa de la regla de los treinta días sin contacto residía en que al final de ese tiempo ni siquiera querrías a tu ex de vuelta, así que no importaba si el método había funcionado realmente.

Se sentó junto a mí envuelta en una toalla y dejó que la parte de arriba se le deslizara hasta la cintura mientras se escurría el cabello mojado. Desvié la vista al frente.

—No puedo —contestó.

Su larga cabellera había dejado un reguero que iba del baño al sofá.

—Si salgo, seguro que me lo voy a encontrar, sobre todo si estoy tratando de evitarlo o de no pensar en él. Es la ley de lo opuesto y, sin duda, la ley de las rupturas en Nueva York.

—Eres única, Nueva York —dije.

—¿Qué?

—Eres única, Nueva York; eres única, Nueva York. —Sonreí—. Inténtalo. Eres única, Nueva York. Eres única, Nueva York.

—Eres única, Nueva York —repitió dudosa—. Eres única, Nueva York.

—Eso es. Eres única, Nueva York. Sigue. Más rápido.

—Eres única, Nueva York; eres única, Nueva York.

—Más rápido.

—Eres única, Nueva York; eres única, Nueva York; eres única... —A ella también se le empezó a dibujar una sonrisa en la cara—. Dios, sí. Eres única, Nueva York. Sienta bien.

La metí en mi túnel.

Si acaso os preguntáis si examiné todo el contenido de su teléfono mientras lo tuve en mis manos, la respuesta es: «Por supuesto». Suponía que era obvio, aunque tal vez vosotros no penséis como yo. Tal vez no soláis fisgar. Bien por vosotros. Al principio fue una experiencia muy surrealista, sostener el aparato, la fuente de su poder, la fuente de la contaminación. Era como sujetar su cerebro, y lo sostuve así, con la palma de la mano extendida y el índice derecho ligero y veloz, como si el teléfono estuviera engrasado. Mientras estuvo en mi poder, cubrí tanto terreno como pude. Escribí palabras clave para encontrar la clase de cosa que quería, palabras lógicas como *Rupert, Hunter, madre, padre* y, porque podía, algunas como *sexo, sexy, follar, jodienda*. Sólo quería ver qué salía. A veces aparecían mensajes que ella aún no había abierto, así que tenía que marcarlos como no leídos. De hecho, fui y vine del baño tantas veces para mirarlo que Mizuko se extrañó y me preguntó si estaba bien.

Lo primero que miré, después de leer los mensajes más recientes de Rupert y de asegurarme de no salir en la discusión entre ellos en ningún momento de la noche anterior, era una carpeta con el nombre de SOCIAL. Dentro de ella, encontré el logo de Dwight para TriMe. El dedo se me congeló cuando lo vi.

Después de la investigación sobre sexo que hice en la soledad de mi dormitorio tras mi graduación, cuando admiraba a Maria Ozawa, supongo que debería haber estado preparada para la clase de imágenes que Mizuko

había estado intercambiando con desconocidos. No era siquiera que lo que presentaban fuera alarmante, sino que sabía que esa persona era una persona real. Tuve que sentarme, sobre todo porque estaba en *shock*, pero también porque me excitó. Supongo que fue mi «respuesta de lucha o huida» ante las fotos.

Me quedé petrificada y luego luché. Luché en el sentido de que me masturbé con frenesí en el suelo de su baño mientras miraba las fotos que ella y Rupert se habían hecho frente a un espejo. Era una sensación extraña y no necesariamente placentera. La sangre se me enfrió, pero despacio, como si no todo el calor se hubiera extinguido; sentía que una parte de mi corazón se rompía, pero no podía detenerme. Para cuando terminé, noté un hormigueo en todo el cuerpo y tenía el trasero entumecido por las baldosas de cerámica.

—Llevas años ahí. —Me llamó—. ¿Estás bien?

Borré cualquier historial de búsqueda incriminatorio e intenté levantarme, pero tenía las piernas tan muertas que estuve a punto de caerme y tuve que sostenerme del toallero, que estaba ardiendo.

—¡Sí! —exclamé mientras mi cuerpo palpitaba.

Mizuko estaba en cuclillas sobre el sofá y, al verme salir, me llamó.

—Quiero enseñarte algo.

Tenía su portátil. Lo más probable es que fueran más fotos de Rupert. Yo no sabía cómo actuar después de lo que acababa de hacer. Llevaba su teléfono en el bolsillo trasero de los pantalones y me estaba quemando hasta formar un agujero, uno por el que asomaban todas las fotos del pene de Rupert y me daban pequeñas descargas eléctricas. Entonces me explicó:

—He estado buscando retiros de escritura en Wyoming. Estoy centrándome en los que no hay wifi.

Esperé hasta más tarde esa noche, cuando llegó a la parte de la ira en su ciclo de ruptura, después de que nos acabáramos la segunda botella de vino y escucháramos la *playlist* para la carretera que Dwight había puesto en el coche y que luego retumbó en los altavoces exteriores de Walter. Mizuko

bailó sin control por la estancia, moviéndose como si estuviera poseída, balbuceando las estrofas y gritando los estribillos.

—Deberíamos ir a algún sitio —jadeé mientras agitaba las extremidades a su alrededor—. De viaje, ¿sabes? Podríamos ir al retiro juntas.

—Hay que enviar un escrito para que te tengan en cuenta.

—Podría enviar algo tuyo.

Mizuko sonrió y se encogió de hombros, ignorando mi sugerencia. No se había puesto sujetador después de ducharse. Dejó que uno de los tirantes de la camiseta se le resbalara por su delgado hombro. La vi dar pisotones, golpearse los muslos y agitar la cabeza, esperando a que resbalara el tirante que le quedaba. Dio vueltas cerca de mí. Fui a rellenar mi taza con vino.

Reproduzco este recuerdo casi todos los días desde que sucedió. Lo he hecho tantas veces que ya ni siquiera sé si de verdad ocurrió ese momento hiperreal que lo parte todo en dos. Cuando regreso, se inclina sobre mí con los ojos cerrados y estira el cuello. Expone su garganta, con la cabeza echada hacia atrás de forma que su nariz casi toca la punta de la mía. Miro la delgada piel de sus párpados, veo que sus ojos se mueven por debajo, y me pregunto si se está imaginando a otras personas en otros lugares en vez de mí, y dónde estará ahora. Cuando vuelve a abrirlos, confundida porque no la he besado, le digo si quiere más vino, y ella saca despacio uno solo de sus cabellos de mi boca mientras intento hablar. El cosquilleo que siento en la boca cuando sale su pelo es tierno pero extraño. «Éste es —pienso—; éste es el punto de inflexión.» El manual así lo decía. Y desde ahora estoy cayendo. Me besa. Un hilo de saliva se extiende entre nosotras mientras ella se aleja, lo corta con el dedo.

Cuando vamos a la cama, no decimos nada, pero ella me rodea con los brazos y nos quedamos así toda la noche.

Por la mañana, la única señal de que algo había cambiado fue que Mizuko anunció que por fin tenía la fuerza mental suficiente para salir sin ayuda. Me pidió que le devolviera su teléfono y yo accedí impulsada por el beso, aunque seguíamos sin hablar de él.

Salir significaba caminar, afirmó, y deseaba ir sola; esa noche quería ir con sus amigos a un restaurante al que yo también podía ir si no tenía otros planes. Cuando volvió, me quedé cerca de ella toda la tarde, a la espera de que el beso se repitiera. Pasé la noche reviviéndolo en sueños; lo veía desde fuera en lugar de desde dentro, como en una película. Pero no volvió a suceder, y cuando ella no correspondió a mis amorosas miradas, comencé a preguntarme si nos habíamos precipitado. A fin de cuentas, todavía estaba dolida con Rupert. Me repetí que debía ser paciente.

Tardó siglos en prepararse para la cena, hasta que por fin salió con un elegante vestido negro, con una falda larga y un estrecho corpiño, aunque con las deportivas blancas que solía usar. La observé mientras elegía un sombrero negro de ala ancha, aretes y un bolso estampado. Todas sus cosas parecían caras. Traía la botella azul celeste de perfume en las manos. Ésa fue la revelación, ahora que de verdad estaba en su presencia física: su olor. Ahora sabía de dónde provenía el aroma a leche y a madera; lo podría reconocer en cualquier lugar, a lo largo del apartamento, donde se mezclaba con el incienso de sándalo. Uno de mis pequeños remordimientos es que apenas puedo olerla cuando me rocío el perfume. Me he vuelto inmune.

—Estás increíble —dije.

—Gracias.

Intenté ralentizar sus movimientos con los ojos, captar su atención en el espejo mirándola directamente. Como seguía sin prestar atención, me pregunté si debía colocarme detrás de ella y cogerla por la cintura como había hecho la noche anterior. Di dos pasos hacia ella, levanté las manos —de pronto, hechas de plomo— hacia la parte baja de su espalda y me incliné sobre su cuello con incertidumbre. Abrí la boca para hablar; no sé qué iba a decir, tal vez su nombre.

—Mi... —empecé a decir. Ella notó mi aliento en su cuello y se dio la vuelta alarmada. Entonces tartamudeé—: Estás increíble.

—Me lo acabas de decir, boba.

Soltó una risita y se volvió de nuevo hacia el espejo.

Quería preguntarle por qué se esforzaba tanto en arreglarse. Me gustaba su desintegración reciente. El cabello grasiento y el delineador corrido resultaban reconfortantes. Pero pareció que me leía la mente.

—Podríamos encontrarnos a Rupert —indicó sin dejar de mirar su cara en el espejo.

El restaurante era italiano. Fueron tres de sus amigos. Eran de Yale, no de Columbia. Fue difícil. Mizuko no dejaba de repetirme lo increíbles, inteligentes y graciosos que eran. Me presentó como a una mascota nueva y, claro está, a mí me encantó la deferencia, pero lo cierto es que fui incapaz de hablar. Apenas dije alguna que otra palabra mientras sus amigos me miraban expectantes. Fui al baño para recomponerme y miré algunas fotos del viaje que había hecho antes de conocerla, algunas anécdotas que recordar, pero ni aun así llegaron las palabras, o por lo menos ninguna increíble, inteligente o graciosa. No eran la clase de palabras que esperaban. Quería que Mizuko contara mis historias y así darme cuenta de qué impresión causaban en ella. Todo lo referente a mi relación con Dwight le parecía graciosísimo, pero no estaba de humor para hablar de eso frente a sus amigos, no ahora que ella y yo nos habíamos besado. Quería quitarlo poco a poco de en medio, por si ella pensaba que era un obstáculo. Cuando por fin se me ocurrió algo que no

tuviera que ver con enemas ni ancianas, las palabras se acumularon en mi boca, reacias a salir y a enfrentarse a su público, y tuve que tragármelas de nuevo.

La situación empeoró cuando después fuimos a su apartamento y alguien puso música. Un anuncio interrumpió en el momento en el que yo era quien estaba más cerca del ordenador, y alguien me dijo (en un tono que me pareció bastante amenazador):

—Pon otra cosa.

Por supuesto, me olvidé de todas las canciones que había oído en mi vida. De un plumazo, como si el truco de tirar del mantel y que todo lo demás se quede sobre la mesa hubiera salido mal, desaparecieron también todos los nombres de los artistas. Las únicas palabras clave en las que pude pensar eran las que había en un teclado de juguete que me regalaron cuando era niña, y cuyo significado todavía no conocía, como, por ejemplo, *bossa nova*.

Dije que no podía pensar en música, en ninguna, salvo en silencio, y me retiré a una esquina de la habitación, donde fingí estar ocupada analizando una estantería en la que había varias figuritas, así como muchos de los libros de Mizuko. «Reliquias», me había dicho. Fue una de las pocas veces en las que pronunció mal una palabra; lo dijo como *relicias*. Los *karakuri* son títeres mecanizados, o autómatas, de los siglos XVIII y XIX. La palabra, según Wikipedia, significa «aparato», aparatos mecánicos y aparatos de engaño. Su principal propósito era el entretenimiento, pero algunos podían servir té o disparar una flecha. Habían pertenecido al padre de Ume, el bisabuelo de Mizuko, quien se los legó a Ume al morir y, según Mizuko, inspiraron la obsesión de su madre con la robótica cuando era pequeña. Ume le regaló algunos a Mizuko. Me encantaba mirarlos, pero no los tocaba. Tenía demasiado miedo de romperlos. Había dos así en el desván de mi casa. Uno ya estaba roto, pero me encantaba jugar con el otro. Representaba una montaña negra en miniatura con una viejecita en la cima sentada en una silla

y un pequeño conejo que corría al pie de la montaña cuando girabas una manivela.

—Háblanos de Rupert —exigió una de sus amigas.

Me di la vuelta. Estaban sentados formando un círculo en el suelo. Mizuko estaba en la cocina. La chica me hizo una seña para que me acercara.

—No conocemos a ese imbécil. ¿Es tu amigo?

—Claro que no —les aseguré.

—Pero así fue como conociste a Mizuko, ¿no? A través de Rupert.

—Bueno, sí —me corregí, y presioné la lengua contra los dientes como si estuviera buscando algo que se me hubiera enganchado ahí.

No sabía qué más decir.

Mizuko volvió al salón con unas cervezas en la mano y un cigarrillo en la boca.

—Tomad —dijo con los labios entreabiertos, apuntando hacia las botellas de cerveza que traía.

—Alice iba a contarnos cómo conoció a Rupert —la informó su amiga.

Mizuko se sentó en el círculo y tiró la ceniza de su cigarrillo en una de las chapas de cerveza. Esperó a que comenzara, como si no me hubiera hecho repasar todo lo que sabía sobre él unas cien veces ya.

—Hicimos un *tour* por Japón juntos —expliqué—. Y luego fuimos a la misma universidad.

—Pero él es mayor —interrumpió Mizuko—. Tiene veintiocho y tú tienes... ¿veintiséis?

—Veintitrés.

—¡Una niña! —exclamó.

Todos estuvieron de acuerdo, y una de sus amigas más condescendientes, enternecida, hizo un puchero.

—¿Y cómo era él en la universidad?

—Raro —confirmé.

—¿Cómo?

—Una vez fingió estar en África cuando en realidad estaba escondido en su cuarto en el campus. Bueno, ni siquiera era su cuarto, estaba en una autocaravana.

Sentía que la historia era mucho mejor y que había hecho que pareciera mucho más peculiar la primera vez que la había contado, pero era incapaz de relatársela como lo hice con Mizuko. Cuando se la conté a ella, la noche en que nos conocimos, estaba como hipnotizada. No sabía siquiera que el episodio del coma, cuando a Rupert lo atropellaron mientras iba en su bicicleta, estaba relacionado con la autocaravana y la farsa africana. Me hizo sentir que era fascinante, como una fuente de sabiduría («¿Por qué no me ha contado eso nunca? Siento como si no lo hubiera conocido en realidad. Continúa»).

La conversación cambió de tercio y una de las amigas empezó a hablar sobre uno de los hermanos de su otra amiga, también de Yale, que estaba a punto de abrir una empresa que fabricaría unas hermosas cabañas de madera de inspiración escandinava que podías alquilar para retiros en completo aislamiento.

—Forma parte de ese movimiento de las minicasas.

—Microcasas —intervine—. Son japonesas.

—Da igual —continuó la amiga—. La idea es alejarse de todo. Están pensadas para escritores, supongo. —Le hizo un gesto a Mizuko—. Y *millennials* como tú —me dijo con una sonrisa socarrona—. Pero es ridículo; cuesta algo así como trescientos dólares y pagas por estar atrapada en una cabaña vacía en medio de la nada... Bueno, en Boston. Es un buen plan de negocio, supongo. Hacer que la gente pague por nada o por lo que antes era gratis.

—Yo lo haría —dijo Mizuko.

—Sin duda —agregué.

Mantuve la vista clavada en ella para intentar volver a unirnos con una mirada cómplice de reconocimiento. Me era más difícil hacerla vibrar —

obtener las mismas reacciones de sorpresa y emoción— en compañía de gente que la conocía.

Esa noche se fue directa a la cama mientras yo limpiaba y sacaba la basura. Estaba demasiado cansada y borracha incluso para lavarse los dientes.

—Hazlo por mí —murmuró.

—Claro —contesté, entrando en el baño a mojar su cepillo y extraer un poco de pasta para ponerla sobre las cerdas.

Cuando volví, roncaba con la boca bien abierta.

Por la mañana, Mizuko me sacudió para despertarme. Sostenía su móvil frente a mi cara, oculta a medias por la almohada. Odio que los demás se despierten antes que yo, y me levanté con una horrible sensación de mareo.

—Dice que soy exigente con él. ¿Qué debería responderle?

Me senté, parpadeé para ahuyentar el sueño y me estiré para coger el teléfono, pero esta vez no me lo dio y lo sostuvo para que pudiera leerlo a distancia.

—No puedo ver la pantalla —me quejé. Acercó la mano a mi cara, pero no me dio el teléfono. Y yo leí—. Dile que no puede apagarte y encenderte cada vez que haya un problema. No puedes reiniciarte sin más.

Me mataba que Rupert supiera que podía evaporarse y reaparecer cuando le diera la gana.

Él sugirió que se encontraran y, tras veinte minutos de largas negociaciones conmigo, Mizuko respondió diciéndole que lo vería sólo si era para volver.

—Quiero verlo. Punto —refunfuñó—. Ahora va a decir que no quiere verme.

—Confía en mí. No será así.

Aunque eso era exactamente lo que yo quería.

¡Ping!

—¿Ves? —Sacudió el teléfono frente a mí y gritó con la barbilla apuntando al cielo, de forma que el cabello le caía lejos de la cara y las

puntas le rozaban los muslos.

—¿Qué?

—Lo ha dicho.

—Porque no estamos siguiendo la regla de los treinta días —contesté. Se lanzó sobre la cama y empezó a hacer un ruido como de animal salvaje—. Tenemos que ir a algún sitio, como una de esas cabañas de aislamiento de las que hablaba tu amiga.

—¿Y si cambia de opinión y yo estoy en Boston?

Me encogí de hombros.

—Sé que sólo lo quiero —afirmó entre sollozos, con las sílabas todas distorsionadas— porque él no me quiere a mí. ¿Cómo es posible?

—Es normal querer lo que no podemos tener —respondí en tono reconfortante.

—No, quiero decir, ¿cómo es posible que no me quiera?

—Mira el manual. ¿Ves lo que dice? Cada vez que te pones en contacto con él o respondes a sus mensajes, tienes que empezar la cuenta de los treinta días de nuevo. Necesita echarte de menos, darse cuenta de lo que es no tenerte. Confía en mí; ésa es, en verdad, la única forma en que se dará cuenta del error que está cometiendo.

Mizuko cogió aire.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo. He consultado el manual.

—De todas formas, dice que conocerás a alguien nuevo alrededor del día veinticinco, cuando destiles una seguridad nueva y fresca.

Una vez que vio el vídeo que había hecho la empresa de las cabañas, en el que todas tenían nombres y una de ellas estaba anunciada como hecha especialmente para escritores que necesitaban aislarse, volvió a contemplar el plan con optimismo.

—Estoy en contra de los hombres —anunció—, pero a favor de las vacaciones.

Busqué los detalles, pero no abrían hasta el mes siguiente.

—Da igual. Ya no puedo.

No obstante, estuvo de acuerdo en que la mejor manera de dejar de pensar en él sería empezando a escribir de nuevo. Tenía una idea sobre una chica llamada Grainne que se negaba a comer por si acaso su novio había escondido un anillo de compromiso en su comida. Grainne tenía tanto miedo de tragarse el anillo y de ahogarse que al final dejaba de comer por completo y moría.

—Pero no estoy segura... Creo que necesito... cosas en las que él no tenga nada que ver.

Un cambio de aires, sugerí, podría ayudarla a tener una visión nueva.

—Está bien. ¿Por qué no lo planeas? Sorpréndeme. Me encantan las sorpresas.

La mañana de nuestra partida, Mizuko fue a dejarle a *Michi* al portero en su trasportín. Le encantaba cuidarla, me dijo, por lo que solía dejársela a menudo. Fui a por provisiones al establecimiento de comida preparada. Compré, entre otras cosas, dos huevos escoceses, pues era lo que mi madre siempre llevaba para los viajes largos en coche. Mizuko, al parecer, nunca había visto uno.

—¿Qué mierda es eso? —dijo mientras exploraba el contenido de la bolsa. Le expliqué el concepto—. Dios, pensé que era un limón mohoso.

Íbamos a Texas para un «fin de semana largo», como yo solía decir, aunque ninguna de las dos tuviera nada que hacer antes ni después. Pensé en Texas primero simplemente porque Mizuko tenía un amigo poeta y profesor de quien hablaba con admiración y a quien quería, que vivía en Austin. Después de buscar su nombre en Facebook y ver que estaba soltero y lo atractivo que era, dejó de ser una opción. No obstante, Texas me dio otra idea.

—Pues tengo una idea para ti, para un cuento —dije con calma mientras el

taxi se alejaba del edificio, cuando ya era demasiado tarde para que se arrepintiera.

No sabía cuánto había retenido de lo que le conté en nuestro primer encuentro sobre Mark y Susy, pues se lo referí a medias a causa de los nervios, el alcohol y la sensación de que sería mi única oportunidad para impresionarla con nuestra simetría cósmica. Creo que en un principio no entendió lo que le estaba ofreciendo.

—Pero ahí no está tu padre, ¿o sí? Tu padre adoptivo, quiero decir. No iríamos a visitarlo.

Inhalé profundamente. Estaba claro que no la había impresionado lo suficiente.

—De acuerdo. No, no está ahí. Es casi un hecho que está muerto. Pero podríamos ir y echar un vistazo. Podrías escribir sobre mi búsqueda o algo así, o sobre el descendiente del hombre que Sugihara salvó o lo que sea. Ya sabes, una historia de búsqueda.

No pareció entender la referencia. Tal vez yo conocía los detalles de su vida y sus recuerdos mejor que ella.

—¿Cómo se llamaba?

—W-a-x-a-h-a-c-h-i-e. Busca «Supercolisionador Superconductor».

Cuando terminamos de leer sobre él, su rostro tenía un brillo que no veía desde que había hablado acerca del diplomático japonés. Luego me hizo repetirle los detalles de la historia. Cuando terminé, yo debía de tener una expresión parca y vacía. La nariz se me torcía como si estuviera a punto de llorar. No era así, pero ansiaba su aprobación. Quería que escribiera un cuento al respecto.

—Pareces un conejito —dijo, rodeándome con los brazos y dándome un abrazo breve y firme antes de mirarme a la cara de nuevo y morderse el labio de una manera que sugería que quería sonreír. Cerré los ojos y esperé a que su suave boca aterrizara sobre la mía—. En la cubierta, quiero la mancha de regla sobre la silla blanca.

Abrí los ojos con sorpresa.

—¿Por qué pones esa cara? En los *thrillers* siempre hay sangre. ¿Cuál es la diferencia?

—Cierto.

Vi que el taxista nos lanzaba una mirada por el retrovisor.

—¿Estás segura de que no te importa que escriba sobre esto?

Sacudí la cabeza con vehemencia.

—No, es tuyo.

Por primera vez, sentí que alguien me veía de verdad. Pero no sabía qué era lo que había visto, así que no quise hablar de ello ni señalarlo para no revelar el hecho de que el tema no era realmente mío.

—Silvia solía llamarme así —dije de repente.

—¿Así, cómo?

—*Conejo*.

Al buscar vuelos nacionales con tan poco tiempo de antelación, todos eran ridículamente caros, y sentí que no podía abusar de la confianza de Silvia y usar su tarjeta de crédito para pagarlos. Mizuko negó con la cabeza y afirmó que ella se habría hecho cargo, porque el tren iba a ser una tortura.

—Bueno, supongo que pensé que debía ser una verdadera experiencia. Un tren resulta más romántico, ¿no? ¿Y qué me dices de hacer autostop? He pensado que podríamos ir así desde la estación.

Imaginé que, al ser una niña rica consentida, le vería encanto a nuestro miserable itinerario, pero parecía que no era así.

Tomamos tres trenes, que fueron terribles, y dormimos en nuestros asientos; luego hicimos autostop sólo para el último tramo.

La primera vez que esperamos al borde de la carretera comencé (de manera tardía) a cuestionarme si alguien aún hacía eso o si era algo que había desaparecido en los años sesenta. Me quedó claro que la mayoría de la gente que nos recogió lo hizo por Mizuko. Si lo hubiera intentado yo sola, nadie se habría detenido. Me asomé por la ventanilla en busca de los lugares adonde

habrían ido a parar los restos, imaginándome trozos de cuerpos, un corazón, un torso y pies, del transbordador espacial que cayó a la Tierra cuando Mizuko cumplió veintiún años.

Dallas estaba a cuarenta minutos al sur y, a medida que nos acercábamos, el paisaje parecía más desolado, y la gente que nos recogía era cada vez más rural. Nos dejaron frente al Palacio de Justicia del condado de Ellis, cuya fachada admiramos durante un rato. Luego entramos en el museo, donde había montones de sombreros de terciopelo polvorientos, sombrillas y colchas, maniqués sobre los armarios y, una vez que pregunté dónde encontrarlos, mapas y objetos relacionados con el SCS. Hallamos una pensión cerca de la plaza del pueblo en la que cada habitación tenía el nombre y el estilo de un autor. Mizuko eligió la habitación de William Shakespeare, en el segundo piso, que prometía un balcón privado para el café de la mañana, refrigerios por la tarde «o soliloquios».

—«Durante mucho tiempo —le leí en mi móvil— nadie supo qué hacer con un supercolisionador abandonado. Al gobierno federal le gustaba la idea de convertirlo en un centro de entrenamiento antiterrorista. Alguien filmó allí una película sobre superordenador que controlaba un pequeño ejército de robots. El condado de Ellis lo usó durante un tiempo para almacenar vasos de poliestireno. Después hubo un plan para convertirlo en una granja de hongos y luego en un centro de almacenamiento de datos, pero el inversionista resbaló en el hielo y murió.»

—Perfecto —exclamó Mizuko mientras tomaba notas—. ¿Y qué es exactamente lo que hace el nuevo dueño del lugar? —le preguntó al dueño de la pensión esa noche.

—Todo tipo de cosas: suspensiones de goma guar, tapafugas para el aceite de motor, tampones químicos, interruptores automáticos, reductores de fricción, cámaras de inhalación, aditivos para el cemento, estimuladores de raíces, micronutrientes, estabilizadores de nitrógeno, nutrientes animales,

limpiadores de bobinas, desengrasantes y productos para la limpieza de coches. La compañía se llama Magnablend.

—¿Podría llevarnos mañana?

—Claro que sí, si de verdad os interesa. Aunque no veréis mucho. No puedo entraros ni nada por el estilo.

—Está bien.

Hubo una pausa en la que pareció que no quería irse de nuestra mesa.

—¿Le gusta vivir aquí? —preguntó Mizuko con amabilidad.

—Me gusta, sí. He vivido aquí casi toda mi vida.

Ella le dirigió una gran sonrisa, y el tipo por fin nos dejó comer.

De vuelta en nuestra shakespeariana habitación, comencé a fisgar en su teléfono mientras ella se duchaba, pero de pronto salió corriendo por la puerta del baño y tuve que lanzarlo a un lado.

—Sólo estaba comprobando la hora —dije de repente.

Estaba empapada, pero se le había ocurrido una idea para el cuento y quería escribirla antes de que se le olvidara. Prefería que no hablara en esos momentos. La estudié mientras tecleaba.

Yo no me consideraba lesbiana. Comparé la sensación de excitarme al ver a Mizuko sin toalla con el recuerdo de Ingrid con su traje de baño en los Hamptons, su piel marmórea y su figura fuerte y andrógina. Tal vez lo fuera. A veces sentía más como si viera a las mujeres con los ojos de un hombre, el que dirigía a Maria Ozawa con una cámara en primera persona. Ahora que los había visto juntos, solía ver a Mizuko con los ojos de Rupert, con los ojos de todos los hombres que la miraban de ese modo. En algunas fantasías adoptaba los personajes de la gente de su teléfono y me imaginaba que era uno de ellos. Tenía montones de sueños/pesadillas en los que veía cómo la profanaban y su expresión solía ser de rabia. Era completamente distinto de cómo me sentí cuando nos besamos y me abrazó esa noche. Pero no era del todo distinto de cómo lo repetía ahora en mi cabeza, como un *voyeur*. Era casi más emocionante mirar cómo nos besamos que el beso en sí mismo. Sin

embargo, aún tenía la esperanza de que el momento se repitiera durante nuestro fin de semana largo, aunque en la habitación había dos camas y parecía que esa fase del experimento se había terminado para Mizuko.

La miré con los ojos entornados. Sostenía el teléfono cerca de la cara, me daba la espalda y el aparato formaba un halo de luz alrededor de su cabeza. Al final lo dejó sobre la mesilla de noche entre nosotras y se durmió. De buenas a primeras, la pantalla se encendió y empezó a vibrar en la mesa: *bzzz, bzzz, bzzz*. Me estiré y lo cogí antes de que el ruido la despertara. Al leer el mensaje de Rupert, me di cuenta de que notaba un extraño calor por todo el cuerpo.

Por la mañana, sentía los dedos de las manos como había sentido los pies después de caminar por Manhattan: llenos de ampollas y sangrantes, incapaces de detenerse. Repasé las imágenes una y otra y otra y otra vez, sin importarme que la batería se estuviera acabando ni que ella pudiera sospechar. En algunas había atrezo: tenía canicas en la boca, dientes de vampiro de plástico, calcetines blancos. En una estaba cortando fruta con unas tijeras con el mango rosado. Eran pequeños dioramas eróticos. Rupert la había puesto en esas poses y había hecho las fotografías. Me dormí fantaseando con ella, él y a veces yo, con el tintineo de su cadena de oro, su cabello negro contra el pecho de Rupert y luego de vuelta a ella mientras se enderezaba, pálida y temblorosa. Cuando no los veía desde un lado, estaba entre ellos, una grieta rellena de oro. Luego sentí una ráfaga de aire frío. Vi que su rostro se estrechaba de pronto, mientras el otro lado de la imagen se me acercaba; me habían descubierto observándolos desde una ventana. Entonces me desperté y me sorprendí al verla de pie.

—¿Qué haces? —pregunté. Pero no respondió—. ¿Adónde vas?

—A cerrar la ventana. Vuelve a dormirte.

En el desayuno, el dueño de la pensión nos enseñó dónde estaban los distintos tipos de cereales y de leche. No tenían leche de almendras ni de coco, así que Mizuko tomó los suyos sin leche.

Le preguntó sobre el transbordador espacial que se había estrellado el día de su cumpleaños. Él le contó que una pequeña parte de los restos había estado en el mismo mantel sobre el que ella tenía los codos en ese momento. Uno de los huéspedes había ignorado las advertencias de la policía, se había llevado una pieza del transbordador de uno de los campos e intentó venderla en eBay. En aquella época, reconoció Mizuko, la gente suponía que sus acciones en internet no podían ser rastreadas.

Nos subimos a su camioneta. Mientras conducía, Mizuko le explicó el propósito de nuestra misión; no la parte sobre Rupert, sino cómo iba a escribir un cuento acerca de mi padre y el SCS abandonado que se titularía «El nómada». Me enderecé en el asiento de atrás cuando lo dijo (ella estaba junto a él en el asiento del acompañante). No sabía que ya tuviera un título.

El dueño de la pensión nos señaló un tren industrial que pasaba por detrás de una pradera y que avanzaba por las vías llevando unas cisternas.

—Creo que se avecina tormenta. Será mejor que vuelva pronto.

Bajamos de la camioneta y encontramos un lugar desde donde se alcanzaba a ver el complejo con unos prismáticos que él sacó de la guantera. Al menos a esa distancia, dijo, por fuera se veía casi idéntico a como se veía antes. Para mantener las mismas siglas, Magnablend había bautizado sus nuevas instalaciones con el nombre de Servicios Complejos y Sencillos. El único indicativo de los ejes que se habían hundido eran unas pequeñas depresiones en el paisaje.

—Vamos —dijo Mizuko—. Tenemos que acercarnos.

Era difícil imaginarse un paisaje más distinto del de Nueva York. Mientras los cimientos firmes de Manhattan, salvo por la parte media debajo de Central Park, eran considerados perfectos para construir rascacielos, allí la geología, sobre el acuífero de Austin Chalk, era perfecta para construcciones subterráneas. El Austin Chalk es «una formación geológica que se extiende desde Mississippi hasta México». Lo había leído todo sobre él antes de ir a visitar a Silvia. La tierra tenía que ser apropiada para hacer túneles, pues el

SCS sería «una de las construcciones subterráneas más grandes del mundo», y por esa sencilla razón el sitio era perfecto. Otra ventaja que señalaba Silvia en la lista de lugares que guardaba en sus cajas era su «conectividad con el mundo». Eso significaba, supongo, que era céntrico. Donde estábamos paradas en ese momento habría sido el centro de un anillo de cuatro metros de diámetro que recorrería una circunferencia de ochenta y cuatro kilómetros. Se pensaba que habría 4.728 imanes de diecisiete metros, dos millones de litros de helio líquido y cerca de dos mil personas, casi todos físicos, que vivirían allí a tiempo completo. Luego llenaron los túneles abandonados de agua. Tiramos piedras en ellos para oír cómo caían.

—Entonces ¿antes se podía entrar?

—Sí —respondió nuestro guía—. Una vez, unos físicos se colaron y sacaron un montón de fotografías.

—¿De qué?

—Óxido y deterioro.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por masoquismo —contestó Mizuko.

Se le ensombreció la expresión.

Estaba segura de que pensaba en su propio hábito autodestructivo de buscar evidencias de que Rupert estaba con otras mujeres.

—¿Así que permaneció vacío durante veinte años?

—Así es. Se armó un escándalo porque venía gente inapropiada: ladrones, vagos y demás. Había grafitis, pero no había..., en realidad no estaba tan mal como Magnablend decía. Dijeron que había...

—Fiestas de alcohol y drogas. —Había leído todos los artículos.

—¿Qué es una fiesta de drogas? —inquirió Mizuko risueña.

Me encogí de hombros avergonzada.

—Así que, en teoría, el bosón de Higgs se podría haber descubierto aquí, ¿no es cierto? —Mizuko hundió el pie en la tierra—. Hace unas dos décadas.

—Sí —repuse—. En cambio, lo encontraron en Ginebra hace dos años.

—¿El Día de la Independencia?

—Lo anunciaron el Cuatro de Julio, sí. Podrían haberlo encontrado en cualquier lugar, en cualquier momento. No sólo hay uno.

—Claro. Pero recuérdame qué es... Yo estoy hecha de ellos, ¿no?

A lo largo del viaje, casi se me habían acabado las analogías de la vida real para responder a esa pregunta, pero ninguna de ellas la había dejado satisfecha, salvo la más antropomórfica, la cual requería ajustar un poco la ciencia.

—Son partículas, los bloques básicos del universo. Son partículas que no pueden dividirse en nada más pequeño.

—Vale. ¿Y qué hacen?

—Dan masa a las cosas. Cuando una partícula viaja por el campo de Higgs, que está alrededor de nosotros —agité un brazo en el vacío—, interactúa y obtiene masa. Cuanto más interactúa, más masa obtiene. Piensa en ello como... —busqué algo que la ayudara a entender— los «Me gusta» que se acumulan en una foto en Instagram.

—El bosón de Kim Kardashian. —Parecía muy satisfecha con su chiste.

—Supongo. Antes podíamos detectar las partículas y conocerlas por su masa, pero no sabíamos por qué tenían esa masa hasta que a alguien se le ocurrió la idea del campo de Higgs.

—¿Ese alguien fue tu padre?

—No, en realidad, no... No. Él sólo era alguien que quería ayudar a encontrarlo. Y el bosón de Higgs es una excitación del campo. Eso es lo que en cuántica...

—Alto. Me he perdido. Dame otra analogía. He entendido el campo lleno de nieve y el pez que se da cuenta de que está en el agua, pero ¿qué pasa aquí? Sigue con la nieve.

—Está bien. Imagina que el bosón de Higgs es un copo de nieve. El colisionador que se estaba construyendo debajo de este lugar iba a lanzar unas enormes bolas de nieve por una pista, casi a la velocidad de la luz, para

luego hacerlas chocar. Una máquina con cientos de sensores habría captado y analizado los escombros.

—¿Y entonces lo habrían rastreado?

—Todavía no. El momento en que lo encuentran no puede ser detectado directamente. El Higgs es inestable. Se divide en partículas. Es sólo después de millones y millones de colisiones que esos fragmentos se acumulan y se convierten en una curva en una gráfica. Cuantos más datos hubiera, más pronunciada sería la curva, hasta que fuera innegable.

—¿Y entonces dirían que habían hecho el descubrimiento?

—Entonces sabrían que habían encontrado el rastro del Higgs, sí.

—Lo estoy pensando en términos de un arco argumental. ¿Cuándo sucedería el descubrimiento de la celebración?

—Hacia el final, supongo. Pero, recuerda, no fue mi padre. Él no lo encontró. Eso no sucedió aquí. El proyecto se canceló y nos fuimos. Ésa es la historia, ése es el final.

—Bueno, no es el final. Luego os abandonó a ti y a tu madre, ¿no es cierto?

Vacilé.

—Sí.

Sentí como si me hubiera abofeteado con fuerza, y los ojos se me llenaron de lágrimas calientes y saladas. El rechazo era mayor que el momento presente. Entonces entendí por qué Susy seguía sumida en la negación de que el mismo hombre que le había dado una vida segura, que la había convertido en parte de sus posesiones, fuera también quien la había dejado atrás.

Mizuko caminó conmigo de vuelta a la camioneta cogiéndome suavemente del brazo. Parecía encantada con las lágrimas; me decía «Ya, ya» con voz reconfortante, pero agregaba que lo que en realidad buscaba era el residuo emocional, así que las lágrimas eran buenas. Podía llorar todo lo que quisiera. Me explicó que los hechos no le importaban mucho. Sin embargo, yo sentía cada vez más que eso era lo tranquilizador de la llanura, el vacío

físico. Era un paisaje objetivo e indiferente, desierto y vasto. Las cosas se podían desglosar hasta su mínima expresión tangible: tierra, cielo, tormenta, tren, carretera, casa. Imaginé el enorme anillo que habría dado la vuelta bajo nuestros pies, las partículas girando una y otra vez hasta que chocaran con tal fuerza que revelarían su secreto.

La verdad era que tenía pocos residuos emocionales que no fueran de la autoría de Mizuko. El reflejo de su rostro brillaba en cada lágrima. Ya no podía separar lo que sentía que era mi historia de lo que sentía que era la suya. Susy había llenado todos esos huecos en relación con mi propia historia. La única relación que me quedaba por establecer con Mark era de corte intelectual; yo era la archivera, la crítica, la cuasi física. Mientras crecía, siempre hacía que se evaporara bajo el peso de mi cuerpo de niña cualquier cosa cercana, cualquier cosa parecida a la identificación. Después de fingir que era él al escribir la nota de suicidio y que la había encontrado en el desván, mi cerebro acordonó un área de sí mismo como si se tratara de una casa abandonada. Se volvió menos real de lo que ya era. Su sustancia se fue, como si mi carta lo hubiera expuesto como si fuera una adolescente con una caja de cerillas. Me di cuenta, mientras escribía sus palabras, de que no tenía preguntas que hacerle, salvo algunas sobre física, sobre las leyes que gobernaban a la gente desde hacía tanto tiempo y que ahora habían desaparecido o se habían vuelto irrelevantes. La pregunta emocional era por qué Susy me rechazaba. Estaba interesada en ese paso de querer activamente a no querer. ¿Por qué no podríamos encontrar la manera de compartir el dolor y crear nuestros propios rincones en él, tal como había compartido el espacio con Silvia?

Por esa razón, Susy no se conformaba con una sola versión y sus palabras se me resbalaban siempre que intentaba apresar alguna. Como consecuencia, su dolor se tornó desagradable para mí, porque la historia no tenía sentido. Era como uno de los grabados de Escher que mi profesora favorita tenía enmarcado sobre su escritorio y que yo odiaba: manos que dibujaban manos.

El dueño de la pensión y yo esperamos en la camioneta mientras Mizuko hacía algunas fotografías más. Quería que yo le sacara una, pero justo cuando me dio su teléfono, se quedó sin batería.

—¿Puedes hacerla con el tuyo y mandármela?

—Claro, o puedo publicarla.

—No —respondió—. Mándamela. Quiero publicarla yo.

—¿Podemos publicarla las dos?

—No.

Seguía teniendo el mismo problema. Allí no había señal.

—Tengo problemas para conectarme.

—Envíamela cuando volvamos, entonces.

Esa foto era parte de una narrativa posruptura cuidadosamente construida. Quería dar la impresión de que quizá tenía un nuevo novio o algún tipo de compañía masculina en ausencia de Rupert. Dependía de qué amigos la vieran y se lo dijeran. Yo nunca aparecí en las fotos. Mi sombra fue lo que más se acercó. Olvidé las esperanzas de otro beso; la intensidad de no besarnos funcionaba casi igual de bien, la cercanía y la negación. Pero, aunque me explicó por qué no podía aparecer de manera pública en su fin de semana largo, dado que no sería lo bastante ambiguo ni sugeriría que tenía un nuevo novio si lo hacía, me dolía ser borrada de nuestra vida conjunta todo el tiempo; con frecuencia miraba otra vez todas las fotos que había hecho de Rupert o de ellos dos juntos y me preguntaba cuándo me tocaría a mí.

De alguna forma sucedió esa tarde, pero a modo de foto y sin hacerse pública. Estábamos sentadas en un café en la plaza principal, a punto de irnos. Me preguntó por qué antes quería ser física y por qué no lo había sido. Intenté parecer objetiva en mis respuestas. Hablar de ello hacía que me temblara la voz de cierta forma. Extrañaba tanto estudiar Física en ese momento que me dolía; traté de negar la posibilidad de que quizá fuera el único camino correcto, la única disciplina que podía contenerme y definirme,

pero ya era demasiado tarde; ahora era un borrón, una mancha corrida de datos; todo lo que me quedaba era el *Zeitgeist*.

Dame tiempo, dame espacio, dame olas. Reglas para el comportamiento de los cuerpos.

Una parte de mí también comenzaba a sospechar que Mizuko me estaba engañando de algún modo, porque de pronto parecía demasiado interesada en mi vida. De alguna manera esperaba que me mirara y dijera: «Era broma». No fue así. En cambio, quería que le explicara de nuevo las principales teorías que serían probadas o desechadas como resultado del descubrimiento del bosón.

—¿En cuál crees?

—En la supersimetría —contesté sin dudar.

—Ésa también era en la que creía tu padre, ¿verdad? —añadió. Y yo asentí—. ¿Qué dice?

—Predice que hay una partícula que hace pareja con cada partícula cuya existencia conocemos.

—Qué bonito. Pero ¿qué pasa si es otra cosa, como...? ¿Cómo se llamaba?... ¿el multiverso?

Me gustó que recordara por lo menos algo de mis múltiples explicaciones.

—A algunos físicos los atrae la idea de que le importamos a alguien, a algo más grande que está más allá de nosotros. Pero si somos un accidente fortuito, una anomalía... —Me encogí de hombros y apreté la taza de café entre las manos—. Entonces no hay de qué preocuparse. Nada se revisó y se afinó con cuidado. Nadie hizo nada de cierta forma concreta para que seamos como somos por un motivo. Sería el fin de la física, supongo. No habría orden ni patrón, sólo caos, montones de pequeños universos separados por pantallas invisibles y...

—Mi terapeuta diría que estás proyectando la pérdida de tu padre sobre el bosón de Higgs.

Levanté las cejas e hice un gesto que expresaba mi desagrado ante la

posibilidad de que me psicoanalizara. En realidad, me sentía bien.

—¿Qué sientes ahora que estamos aquí? ¿Te trae algún recuerdo?

Entonces supe que Mizuko estaba intentando hacerme llorar. Sabía de su fijación con el llanto por sus mensajes en TriMe. Sabía que le gustaba cuando a la gente se le salía el labio inferior y se le arrugaba la barbilla. Fingir el llanto es como fingir la risa: después de un tiempo lo haces de verdad. Antes de darme cuenta, unas lágrimas calientes me resbalaban por las mejillas, y Mizuko se sumergió en su bolso bajo la mesa, sacó su minúscula cámara Instax de color rosa y me hizo una foto. La agitó en el aire, y yo seguí llorando con más fuerza. La puso sobre la mesa y dejó que se revelara sin decir una palabra más.

Tomamos un tren —un coche-cama— para hacer todo el camino de vuelta. Tardamos casi dos días y las vistas eran grises. Al menos, para ella lo eran. Yo me asomaba por la ventanilla y encontraba similitudes entre ese paisaje y el de la zona de exclusión por la que había conducido Mizuko de camino a Minamisōma con Ume.

—¿Dónde crees que podrías publicarlo? —pregunté tras un silencio prolongado.

Mi mente estaba dando brincos hacia el futuro mientras miraba por la ventanilla del tren, y visualicé una dedicatoria: «Para Alice». Incluso podría estar en clave: «Para Conejo». Se alisó el cabello y dijo que, aunque al principio la había emocionado la idea del cuento que le había dado, al final había decidido que no tenía la suficiente distancia. Si acaso, la había llevado de vuelta a la idea de explotar su propia historia familiar. Quería volver a su novela incompleta. Ahora veía que, al tomar mi historia, Mizuko estaba probando los límites entre nosotras, esperando a ver si en algún momento levantaba la mano y decía «Alto». Como no lo había hecho, había decidido que no la quería. Como tantas personas ricas, parecía pensar que las cosas no valían la pena a menos que tuvieran un coste.

—Lo entiendo. Entiendo que no resultó para ti —dijo despacio mientras miraba su teléfono—. Pero ¿tú no entiendes que sería muy fácil para mi padre ponerse en contacto conmigo si quisiera? Ya no es como antes.

Comencé a notar las lágrimas.

Como antes significaba, seguramente, épocas más morales y con menos conexiones; en la época victoriana, si la gente perdía el contacto, lo perdía para siempre. O tal vez quería decir que en épocas más morales y con menos conexiones, como la época victoriana, los hijos ilegítimos eran más problemáticos que hoy en día. Le pregunté cuál de las dos era.

—Mira, o no sabe que existo o no tiene curiosidad por buscarme. Dónde está ni siquiera es relevante. Podría estar en cualquier parte del mundo y para él sería igual de fácil buscarme si quisiera.

Yo estaba encantada de volver a la ciudad, y estaba encantada, sobre todo, por no tener que hacer autostop esta vez. Arrastraba desde hacía tiempo una creciente sensación de mareo. El estómago se me estrujaba como un puño sin previo aviso, lo que había supuesto que, de camino a Waxahachie, había tenido que pedirle a un conductor que nos dejara bajar cinco minutos después de que se hubiera compadecido de nosotras y hubiera parado a recogernos. Desde que conocía a Mizuko se lo achacaba al modafinilo y al enamoramiento. Luego, dada mi situación de voyeurismo con ella y con Rupert, concluí que las náuseas eran, con toda probabilidad, un castigo moral compuesto de paranoia, fantasías sexuales y una excitación casi permanente. Sin embargo, ahora que tenía más náuseas y a la vez más hambre, comencé a pensar que podía ser otra cosa, como una solitaria. Incluso en el tren de vuelta, aunque era mejor que ir en coche, tomé Biodramina para ahuyentar el mareo. Para cuando llegamos a Penn Station —después de un largo rato de mirar por la ventana con desconsuelo—, caí en la cuenta.

Leí las instrucciones tres veces. Mientras rociaba la tira de la prueba con mi torrente de orina, la punta se volvió de color rosa. La dejé en el suelo y la miré desde una esquina. Estaba de nuevo en el baño de los Rooiakker. Había

regresado con la intención de recoger mis cosas y decir «Gracias por todo y adiós», pero no estaban en casa, y entonces no resistí la tentación de hacerme allí, en su bonito baño, la prueba de embarazo que llevaba en el bolsillo, a pesar de saber que no era apropiado. Volví a recordar cada una de las silenciosas eyaculaciones de Dwight: fuera, encima, pero nunca dentro de mí, a excepción de aquella. La casa de Walter debía de ser la culpable. Aunque yo había llegado a esa conclusión, cuando la prueba también lo hizo me vine abajo. Algo se me revolvió dentro del estómago, como una cola de un pez que giraba. Me apoyé en la pared con una sensación parecida a la resignación.

Me quedaba clara otra forma en la que el sexo con Mizuko, si es que alguna vez ocurría, sería completamente distinto del sexo con Dwight, ya que en ningún momento existiría la posibilidad de la reproducción. No implicaría la fusión de dos cosas separadas para crear una cosa nueva. Los orgasmos serían olas que no traerían nada ni se llevarían nada; nos vaciarían y luego nos dejarían nadar de nuevo. Con Dwight no existía el peligro de la intimidad, pero siempre habría la amenaza de la unión de un óvulo y un espermatozoide. Supongo que en eso estaba pensando —en mi visita a la farmacia CVS para comprar la píldora del día después— cuando le dije a Mizuko que estaba embarazada. Desde entonces le había dejado entrever de manera tácita que ya lo había interrumpido. Ahora tenía que hacerlo de verdad. Estaba bastante segura de que era la clase de cosa que a ella le gustaría hacer. Había muchas posibilidades de que hubiera gente llorando en la sala de espera. Era la clase de cosa que haría para poder usarla en su propio beneficio. Sólo muy de vez en cuando había desmentido su postura hostil a tener hijos diciendo cosas como «De hecho, creo que sí quiero tenerlos, y quiero que sean tan monos que incluso me empalaguen. Y quiero que tengan patas», y de inmediato añadía que en realidad no necesitaba un hijo porque tenía las patitas de *Michi*.

Comencé a escribirle un mensaje tumbada en la amplia cama en la que

dormía en casa de los Rooiakker. A pesar del instinto de marcharme de allí antes de que Ingrid y Robin llegaran, estaba demasiado cansada para moverme y me desplomé en mi antigua habitación. Me quedé dormida a la mitad del mensaje con el teléfono sobre el pecho.

Por la mañana me llegó un mensaje suyo.

En un principio pensé que quizá tuviera algún problema. Me envió una captura de pantalla de su cuenta de TriMe. Maldije en voz baja. ¿Lo sabía?

No obstante, cuando la observé con más detenimiento, me di cuenta de lo que era: un mensaje de Dwight en TriMe, capturado con el teléfono de Mizuko y ahora guardado en el mío, una jerarquía que aún no comprendía.

Luego me mandó un mensaje complementario con las palabras:

¿Éste no es tu novio?

Estaba usando un alias, una combinación de letras y números. El de Mizuko, yo ya lo sabía, era Pearl. Cada noche me quedaba despierta en la cama o en el suelo del baño rememorando una imagen de ella con Rupert o de ella con cualquiera de los extraños que vivían en su teléfono. Intenté imaginar que de verdad se llamaba Pearl. Mi pedantería interna quería decirle que las perlas no eran más que pequeñas cárceles brillantes que contenían gusanos muertos, intrusos, esqueletos y bacterias. La exposición en el Museo de Historia Natural que había visto con Dwight a principios de verano tenía una serie de radiografías que mostraban cómo el gusano está atrapado en el manto debajo del caparazón.

Sí, es él.

Ahora que estaba embarazada de verdad y no fingiendo un embarazo, decidí que la adivina que había cruzado la calle para decirme que podía sentir mis vibraciones tenía razón después de todo. Parecía que yo era capaz de hacer que las cosas sucedieran con sólo pensarlas. Un limón, un aguacate, un nabo, que pronto estaría desarrollado por completo, con nariz y costillas, pues

cada parte del cuerpo se estaba descargando más rápido de lo que una esperaba.

No pienses eso o te vas a volver loca. Sé que es un mal momento. ¿Él lo sabe?

No.

Vi que estaba escribiendo.

Mientras lo hacía, yo perdía mi poder y sentía de nuevo la aprensión.

Mi respiración se volvió pesada.

Los tres puntos grises se movían mientras yo exhalaba.

Sé cómo te sientes, como si estuvieras perdiendo la cabeza, pero confía en mí. Si tienes que pensar en ello, imagínate que es un parásito. De hecho, ni siquiera llega a eso, sino que se alimenta de otro parásito, sin ofender. Quiero decir que no eres independiente.



Los protozoos habitan en el tracto digestivo de las pulgas que viven en los perros. Eso es lo que tienes. Te lo juro. No es en absoluto adorable.

Asentí tontamente para mis adentros, sola en la gran cama del cuarto de juegos de los mellizos. Echaba de menos compartirla con ella.

¿Puedo ir a verte o estás ocupada?

Estoy ocupada.

¿Más tarde?

¿Puedes a las 11?

De acuerdo. Pediré hora esta tarde en

Planificación Familiar. ¿Me acompañas?

Claro. Y escríbele a ese idiota para que sepa que se acabó.

Pero quizá sea para esto para lo que nací.
Como un salmón.

¿En qué sentido te pareces a un salmón?

En que nadan contracorriente desde el océano hasta llegar a su río natal y ahí desovan, ¿sabes? Nadan directos hasta la desembocadura del río en el que nacieron para tener a sus crías.

Después de eso, ya no recibí respuesta.

Estaba demasiado cansada para caminar y reunirme con ella, a pesar de estar tan cerca. Pensé que quizá podía tomar prestado uno de los patinetes de los mellizos, rodar una manzana por detrás de Riverside Church y cruzar la calle para llegar al Olive Tree Deli. Era un punto intermedio entre ambas. No obstante, había una pendiente muy pronunciada entre las calles 120 y 119, así que tendría que bajarme del patinete y cargarlo al hombro. Me impacientaba saber que no podía teletransportarme a su dormitorio con un clic. Me quedé en la cama y seguí leyendo sobre el desove de los salmones en mi móvil. Aprendí, para mi desgracia, que conforme las hembras se acercaban al agua dulce «perdían el estómago», que se desintegraba en sus entrañas para dejar sitio a los huevos. Una vez desovaban, se quedaban vacías y morían, y sus cuerpos eran arrastrados por la corriente hasta las riberas, en donde los osos se los comían.

Le envié a Dwight un mensaje que copié textualmente de la plantilla sugerida por Mizuko, sin añadirle ningún detalle personal: «Se acabó», seguido de una captura de pantalla del porqué.

Una vez que tuve confirmación de que lo había leído, me levanté, empecé

a vestirme —aunque con frecuencia necesitaba llevarme la mano al vientre— y a recoger mis cosas. Oí que Ingrid estaba en la cocina. Escribí a Mizuko:

Listo.

Esperé alguna señal de aprobación de su parte. Vi que había leído mi mensaje. Durante un rato, ni Dwight ni ella contestaron. Volví a sentarme en la cama. Sentía que no podía salir de la recámara hasta que alguno de los dos escribiera. Esperé quince minutos.

Mizuko me envió tres piñas.

No estaba segura de cómo debía interpretarlo.

Le envié un *emoji* de dos chicas cogidas de la mano: «Gracias». Intenté cruzar de puntillas frente a la cocina para llegar al ascensor.

—Lamento lo de tu novio —exclamó Ingrid.

—*Ex* —la corregí.

Debía de habérselo dicho Walter, quien seguramente lo había sabido por Dwight. O quizá ahora Ingrid estaba en contacto directo con Dwight. Me acerqué a ella con cautela. Al menos, parecía que Robin no estaba en casa.

—Me voy —soltó éste de repente, saliendo de su dormitorio—. Tengo un almuerzo a la una, y luego pasaré la tarde fuera.

—Gracias por tu contribución al círculo de confianza —murmuró Ingrid.

Robin se detuvo a unos pasos del ascensor y dijo en un tono frío y sarcástico:

—Hola, Alice. Es un placer volver a verte. —Después de eso, se fue.

—Tenemos unas entradas que Walter nos pidió que compráramos para ir a ver una obra de teatro el viernes. Robin y yo nos vemos obligados a ir por la forma en que nos comportamos durante las vacaciones, y acabo de enterarme de que Dwight no vendrá ahora que lo habéis dejado. Pero ¿tú vendrás? Puedes invitar a alguien más, a un amigo o algo así. No querría que fuéramos sólo Walter, Robin y yo.

Me tambaleé en el sitio al sentir que volvían las náuseas.

—Claro.

—Perfecto. Te enviaré los detalles. Por cierto, ¿cuándo fue la última vez que visitaste a Silvia?

Traté de eludir la pregunta con tanta desesperación que dejé una de mis bolsas en la silla. La última vez que *había intentado* visitar a Silvia había sido justo antes de comprar la prueba de embarazo, y por eso estaba en el barrio. Había ido directa de la estación de trenes, decidida a hacerlo antes de que acabara el horario de visitas. Me dijeron que volviera más tarde porque Silvia estaba dormida, lo que, por supuesto, no ocurrió. Entonces me dirigí a la farmacia y decidí que, como la casa de los Rooiakker estaba tan cerca, tenía sentido que recogiera mis cosas.

Después de que saliera de casa de los Rooiakker dejando mi bolsa en la silla, fui a reunirme con Mizuko a un bar cerca de su casa, donde repasamos qué diría Dwight y qué le contestaría yo. Cuando por fin hablé con él por teléfono, mientras Mizuko salía a fumar, la frase que más repitió fue «Lo único que diré al respecto es...», pero nunca era lo único, así que no pude pensar en otra cosa que no fuera la desconexión entre lo que decía y lo que en realidad hacía, en lugar de concentrarme en las cosas importantes de las que se suponía que debíamos hablar.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Mizuko cuando volví a la mesa.

—Muchas cosas. Sobre todo, que no la usaba para conocer gente en la vida real, y que no entendía bien cuál era el problema de que hablara por mensaje. Dio por hecho que yo sabía que estaba registrado en la aplicación. Ha dicho que todo el mundo lo estaba.

Mizuko me pasó una bebida servida en un frasco de mermelada.

—Es igual que Rupert. No creo que entienda siquiera que lo has dejado. —Quizá tuvo la impresión, o yo se la generé, de que mi relación con Dwight iba muy en serio. Me tendió la mano y yo se la cogí—. No. —Señaló el teléfono—. Enséñamelo. —Le pasé mi móvil—. Sí, definitivamente es él. —Comparó una foto suya con la captura de pantalla que había hecho. En ella,

Dwight seguía apareciendo «Activo hace 2 minutos», como si el tiempo se hubiera detenido—. Lo reconocí de tu Instagram.

En medio de tantas otras noticias —cuando parecía que todo empezaba a despegar—, justo ese fragmento de información me causó una gran emoción: Mizuko también examinaba ciertos aspectos de mi vida.

—«Hombre renacentista y amo de la publicidad» —leyó en voz alta—. Menudo imbécil. ¿Por qué pone palabras aleatorias en mayúsculas? *Mendokusai*.

Se apartó el cabello de la cara, se llevó un dedo a los labios y en repetidas ocasiones se pasó la uña por el surco entre la nariz y el labio. *Mendokusai* podría traducirse por «demasiado problemático» o «me da pereza».

Succioné con fuerza por la pajita, pero luego tuve que sacar una hoja empapada que se había atascado en ella.

—¿Qué es esto? —La bebida me dejaba un extraño sabor en la boca y empecé a sentir náuseas de nuevo.

—Whisky con menta.

—Oh.

Eran las once y media.

Tal vez era porque estaba embarazada, o porque ahora sabía que estaba embarazada, pero tenía un desagradable sabor metálico en la boca.

—Necesitas deshacerte de él. No debes volver a hablar con él jamás. Bloquéalo en este instante. De hecho, deja de seguirlo, retírale tu amistad, bórralo, haz lo que sea necesario. Espera, ya lo hago yo.

Le arrebaté mi teléfono.

Me examinó para determinar si la decisión era producto de la desobediencia o de la tristeza. Puse mi cara de conejo.

—Ay, pobre Conejo. Al menos las dos estamos solteras al mismo tiempo.

Un camión con un enorme anuncio de TriMe en un lateral pasó junto a nosotras y ambas nos volvimos para observarlo, luego nos miramos y al final desviamos la vista. Intenté llorar por Dwight para complacerla, pero no me

salían las lágrimas. Recordé ciertas cosas, como ir en coche por la Long Island Expressway, caminar junto al mar, tumbarnos en el parque, dibujar la mariposa, pero después mis pensamientos volvieron a centrarse en el hecho de que de alguna manera Dwight intentaba ligarse a Mizuko, y entonces tuve que contener el impulso de sacudirme en el asiento. Supongo que mi expresión reveló que me sentía herida.

—Seamos realistas por un momento. Es probable que estuviera aburrido en casa, masturbándose. Eso no significa necesariamente que yo le guste más que tú, ni dice nada malo de ti. Tan sólo lo hace quedar como un tonto.

—¿Por qué?

—Quiero decir, yo no... —Agitó la mano en el aire—. Debe de estar loco si cree que yo haría algo así —continuó. Por un instante pensé que quería decir que nunca se liaría con un novio mío—. Es un adefesio, y definitivamente no es mi tipo —contestó. Me quedé callada un momento—. No te lo tomes a mal. Entiendo qué le veías, y no es a eso a lo que me refiero. Soy demasiado vieja para él, eso es todo.

Cerró los ojos y volvió a comenzar tras una profunda inhalación. Supuse que estaba a punto de emprender uno de sus largos discursos sobre internet. Ya sabía cómo iba. Mi generación, su generación, bla, bla, bla, *Armagedón*.

Esta vez, decidí interrumpirla:

—Entonces ¿por qué te registraste en TriMe?

Por un instante pareció sorprendida, pero luego, como si me compadeciera, me dijo:

—No te enfades, Conejo. No *conmigo*.

—Perdona. No he querido parecer molesta.

—Lo sé. Está bien.

Me pregunté qué era lo que estaba bien. Nada estaba bien. Recordé las horas perdidas, sobre todo bajo los efectos del modafinilo, descifrando las aforísticas respuestas de Rupert. La más común e irritante era «Está bien».

Dijo que iría al baño antes de irnos, así que leí los mensajes más recientes

que le habían llegado sin mover el teléfono de la posición en la que lo había dejado junto a su tarjeta azul cielo de Columbia. El último era de hacía tres horas:

He visto muchos vídeos tiernos que sé que te
gustarían, pero debo contenerme para no
enviártelos. ¿Ya has visto el
del mono?

Retrocedí de golpe, como si el aparato hubiera intentado morderme.

Seguí la cadena de mensajes entre Rupert y ella hacia atrás. Continuaban mandándose fotos desnudos y diciéndose que echaban de menos ciertos tipos de sensaciones. Cuando dejé el teléfono, las manos me temblaban.

Extraño sentirte.

Extraño sentirte.

Extraño sentirte.

La dimensión física del asunto me daba náuseas. El mensaje contenía los músculos, los hombros y los brazos fibrosos de Rupert. Se movía. No podía dejar de mirarlo, y me recordó que, mientras que ahora tenía acceso directo a la mente de Mizuko a través de su móvil, sólo Rupert tenía acceso al resto, a pesar de ser yo quien estaba allí junto a ella. Cuando volvió, se me subió el color y la ira a las orejas y no pude mirarla a la cara.

Después, cuando nos levantamos de la mesa para irnos, supuse que me iría con ella, pero me avisó de que se reuniría con «unos amigos». Esa semana volvió a usar ese pretexto para no pasar la tarde conmigo tres veces. No podía invitarme porque los tres distintos anfitriones tenían mesas muy pequeñas. O mesas de tamaño normal en apartamentos muy pequeños. Demasiado pequeños para mí, pero lo bastante amplios para su teléfono, en el cual era posible simular un universo entero. Imaginé qué pasaría si cada elemento contenido en su móvil —cada pene y cada dirección de correo de

columbia.edu y cada persona o cosa con quien se hubiera escrito que estaba atrapada ahora en ese limbo— recuperara su masa física real. Imaginé el caos que eso implicaría. Los penes chocarían con ventanas salidas de cuadros holandeses y con sus estudiantes de primer curso. *Michi* saltaría sobre todos los objetos, o quizá lamería la saliva de su dueña, como suelen hacer las mascotas. Yo también estaría allí, rompiendo penes.

A pesar de que tenía muchos compromisos sociales y trabajo que hacer antes del comienzo de las clases, Mizuko me acompañó a Planificación Familiar. Me guio a través del arco de seguridad y la sala de espera, donde había folletos que anunciaban en letras grandes LA PLANIFICACIÓN ES PODER en varios idiomas. Rellené los impresos mientras ella observaba los movimientos de mi bolígrafo. Puso atención a cómo mi mano sobrevolaba las diversas raíces étnicas del formulario. Primero estaba la casilla de «caucásico», e inmediatamente después la de «afroamericano». Hubo un breve titubeo, una protesta silenciosa, una mirada al abismo de todo lo que desconocía de mí. Mizuko, al igual que yo, estaba hecha de mitades.

En un principio pensé que iba para que me realizaran un aborto no invasivo (con pastillas), pero cuando el doctor me examinó decidió que debía esperar para realizarme un procedimiento quirúrgico, pues el feto ya tenía más de doce o trece semanas. Era del tamaño de un huevo. Cuando oí eso, los ojos se me llenaron de lágrimas que, como en ese momento estaba tumbada, me escocieron en los ojos.

—No sé por qué estoy llorando —dije.

También estaba segura de que no podía estar tan avanzado y de que el médico sólo había hecho ese cálculo por culpa de mi último período irregular. Estaba segura de que la concepción había tenido lugar aquella última noche en los Hamptons, lo que significaba que debía de estar como de cinco o seis semanas. ¿Cómo podría haber ocurrido antes? ¿En sueños?

En mi expediente, el cual tuve que devolver a la recepción, había una ecografía de mi útero etiquetada con la fecha y la hora, 2 de septiembre, e

impresa en un fino papel fotográfico. No veía nada, por más que buscaba y rebuscaba, del mismo modo que tampoco había sido capaz de encontrar el conejo en la cara de la Luna. Debía volver la primera fecha que tenían disponible, que era al día siguiente de la obra para la que Walter tenía entradas, y al mismo lugar, el Margaret Sanger Center en Bleecker.

Fuera nada se movía. La calle estaba acordonada y de una alcantarilla salía un humo negro y espeso. Los taxis amarillos pasaban despacio por el cruce, como las avispas que anuncian el final del verano. Decidimos caminar o, más bien, empezamos a caminar y, sin alzar la vista de su móvil, Mizuko me siguió.

—Eres tan fuerte... —afirmó—. Eres tan *valiente*...

Es difícil explicar cómo surge en realidad la obsesión. Es un estado que se apodera por completo de uno, así que resulta prácticamente imposible recordar cómo era vivir dentro de tu propia cabeza antes de que empezara. Todo lo que lo precede se convierte en un sendero que siempre condujo hacia allí. El tiempo previo sólo es valioso como recurso para configurar una personalidad que atraiga al objeto de deseo. Compartí mi vida pasada (parcialmente fabricada) con Mizuko para que creara una historia que al final no llegó a contar. O al menos no fue ella quien la contó. También es difícil explicar la intensidad de la obsesión. Rara vez hay una explicación que pueda parecerle razonable a alguien que no seas tú, a menos que seas parte de un culto o de un fenómeno viral, de modo que, cuando llores fuera de la habitación de hotel de tu ser amado, lo hagas rodeado de millones. Esa clase de histeria no rodeaba a Mizuko cuando la conocí, aunque por los artículos y las reseñas de blogs que he leído sobre ella en fechas recientes, me temo que está aumentando. Por aquel entonces era más fácil suponer, en mi soledad, que era alguien especial. La única persona que parecía albergar sentimientos que competían con los míos era Rupert, y quizá, por la manera en que ella lo comentaba de pasada, uno o dos de sus estudiantes. El día después de que me acompañara a mi cita en Planificación Familiar, empezó a dar clases de nuevo, así que decidí seguirla. Entre horas, trabajaba en la sala de lectura de Papirología y Epigrafía, en el sexto piso de la Biblioteca Butler. Le dije que creía que era buena idea estar a su lado o detrás de ella, tanto como fuera posible, para mantener a Rupert alejado. La primera vez que lo vi, estaba apoyado en las columnas estriadas frente a Dodge Hall. Cuando me acerqué a

él, fingió no verme, apagó su cigarrillo y se fue. Tenía ese tipo de arrogancia descarada que a veces se interpreta como retraimiento, o como timidez inglesa, lo que le permitía salirse con la suya cuando merodeaba.

En Dodge Hall examiné los tabloneros de anuncios, sobre los cuales se agitaban múltiples capas cada vez que se abrían las puertas de su clase. Estaban saturados de folletos y anuncios a los que les habían arrancado partes. Alguien cobraba veinte dólares la hora por brindarte compañía felina en tu propio hogar; otro, o quizá la misma persona, cobraba diez veces eso por equilibrarte los chacras. Me tranquilicé pensando que no sería demasiado difícil encontrar algo que hacer si de verdad debía hacerlo. La tarjeta de crédito de Silvia parecía arder de culpabilidad dentro de mi cartera.

La puerta de otro despacho estaba entornada y dejaba ver a un hombre con chaqueta de *tweed* y el rostro oscurecido por la sombra de una librería. Cogí discretamente un folleto de la bandeja que estaba frente a la oficina de aquel profesor y luego encontré el casillero de Mizuko, que estaba cubierto de pegatinas. Me pregunté si no sería buena idea meter por la rendija una nota romántica. Tal vez le parecería tierno. Pero en ese instante alguien abrió de golpe la puerta de un casillero a mi lado, así que seguí adelante hasta el final del pasillo y salí de nuevo del edificio. Caminé por el sendero principal que atravesaba el campus y terminaba en la calle 116. Dado el flujo constante de gente, estudiantes y público en general que iba en todas direcciones, era la zona geográfica más difícil de controlar. Me senté en un escalón para leer el folleto e imaginé qué se sentiría al vivir ahí la vida cerebral de Mizuko. Le envié un mensaje, pero no recibí respuesta. Odiaba que me hiciera eso, sobre todo si entretanto publicaba algo, lo cual sólo enfatizaba su silencio. Siempre que un silencio se extendía demasiado, suponía que había descubierto algo terrible de mí, que en realidad nunca le había escrito a Rupert, que había estado espionando su móvil a escondidas u otras cosas peores que también le estaba ocultando. Cuando no estaba con ella y no podía seguirla, pasaba mis ratos observándola ir y venir en internet.

Me preocupaba que se hubiera cansado de mí. Tal vez, como aquello de los «nómadas digitales», me faltaban kilómetros de experiencia. No sabía cómo ser distante con ella para mantener su interés, y al mismo tiempo acercarme lo suficiente para cultivar el apego. Se notaba que se estaba agotando el encanto de aquello que le había parecido que era una coincidencia. Mi capacidad para entenderla se volvió predecible, y mi familiaridad, anticipada. Era el resultado lógico y anodino de conocerla *en realidad*. Era tan mágico como predecir los días de la semana en orden. Claro que aún tenía una sorpresa bajo la manga que, si lograba insertar de forma sutil y natural, podría afianzar mi lugar en su vida para siempre.

Me quedé allí sentada hasta que se encendieron las farolas de la calle y la oscuridad de la noche se volvió inequívoca. Aun así, seguía sin recibir respuesta, a pesar de que estaba segura de que sus clases habían terminado. Finalmente, aunque quería sugerírselo en persona, decidí enviarle otro mensaje.

Hola. Seguro que estás ocupada, pero pensaba que nos veríamos después de tus clases. También he pensado que quizá querrías acompañarme a esto.

Busqué la obra en internet y copié el vínculo de una reseña positiva en el mensaje: «Una producción envolvente y una adaptación moderna de la tragedia griega Alceste». «Todo el mundo debe llevar máscara», añadí para reforzar que no era una invitación a una obra convencional de Broadway. Era refinado, literario, provocativo, y sería algo en lo que le encantaría participar.

Como de costumbre, la aparición de la palabra «Visto» estuvo a punto de provocarme un orgasmo o ganas de vomitar, era difícil distinguirlo. Esa obra estaba hecha a su medida. Finalmente contestó con una sola palabra: «Sí». No era «PUES SÍ», pero sin duda era mejor que nada.

Logré encontrar su rastro, y esa tarde las cosas volvieron a ser casi como eran antes de nuestro viaje, que había tensado un poco la relación. Volví a

sentir que estaba en el lugar correcto: en su cama, comiendo algo congelado, sin lactosa, intercambiándonos una fría cuchara de metal que aún conservaba rastros de la calidez de su boca y cuya suavidad plateada me recordaba a su lengua, suave como el terciopelo.

Como las cosas parecían ir mejor, me pregunté si me habría precipitado demasiado. La idea de llevarla a la obra dejó de parecerme tan buena una vez que accedió, sobre todo porque ahora estaba demasiado entusiasmada por ir. Me dijo que había leído todas las reseñas antes de que yo le enviara el mensaje.

Las entradas estaban agotadas desde hacía meses y las que se vendían en eBay alcanzaban los cuatrocientos dólares, así que se había dado por vencida. Pero ¿cómo había logrado mi amiga conseguirnos entradas? Tuve que hablarle de Ingrid, Robin y Walter, de quiénes eran y qué hacían. Sentí una opresión en el pecho al hacerlo.

Le pregunté más cosas sobre la obra para cambiar de tema. Ella había leído la tragedia original y tenía curiosidad por ver qué tratamiento le *habían dado*, como si se tratara de una casa en la que alguna vez hubiera vivido.

Cuando fue a ducharse, cogí su móvil por instinto, pero descubrí que había cambiado la contraseña. Para intentar descifrar la nueva, ladeé la pantalla bajo la luz para que se me revelaran las huellas dactilares más marcadas. Como era de esperar, había huellas por todas partes. Recordé cómo había conseguido adivinar su contraseña con tanta facilidad en el auditorio antes de la conferencia. Las cosas que al principio parecían señales, si las analizaba durante mucho tiempo, terminaban pareciendo movimientos de mi propio reflejo en un cristal oscuro.

—¿Has cambiado tu contraseña? —le pregunté cuando salió del baño. Intenté reproducir mi gesto de conejito inocente.

Mizuko frunció el ceño.

—Ayer. Aunque pronto cambiaré mi teléfono por uno de esos equipos que se desbloquean con huella digital.

Sentí un escalofrío repulsivo en el estómago, una mezcla de rabia, empatía y náuseas matutinas, al cual ya me había acostumbrado y que empezaba a confundir con amor.

El día que fuimos a ver la obra, llegamos a la entrada del teatro —que en realidad no era un teatro— un poco más tarde que los demás, pues Mizuko insistió en que rodeáramos Madison Square Park y nos fumáramos un porro antes de entrar porque eso intensificaría la experiencia. Cuando entramos, nos dieron a cada uno una máscara blanca con los bordes como de mantarraya y una carta; la mía era un ocho de corazones, que tenía un agujero y determinaba el grupo de cinco «huéspedes» con los que entrabas en el edificio. Mizuko se me adelantó, y yo tuve que esperar. Nos separaron a propósito, y entonces caí en la cuenta, sin ningún entusiasmo, de que a lo largo del pasadizo oscuro que llevaba de la calle a la sala había toda clase de carteles que te invitaban a renunciar a tus amigos y a disfrutarla en soledad. Esperé en la fila con un grupo de desconocidos a que llegara el siguiente ascensor. Ya empezaba a detestar la situación, y la goma de la máscara me estaba provocando dolor de cabeza.

La primera habitación a la que llegué estaba toda cubierta de mármol y puertas correderas. Después de eso, recuerdo un bosque oscuro, un cementerio y una estancia cavernosa con luces estroboscópicas. Por lo que entendía y cuando lograba identificar a los personajes, el protagonista estaba pasando por una crisis de la mediana edad. Su esposa, Alcestes, pasaba mucho tiempo llorando en una gran cama blanca o arrodillada frente a una pequeña estatua dorada de Shiva ubicada en un extremo de un tapete morado de yoga cuya longitud era exagerada para que asemejara la alfombra de un pasillo. Vi un fragmento cuando cambió la iluminación alrededor de la cama y la transformó en una jaula en la que Alcestes quedaba atrapada. También vi un fragmento en el que le cortaban un rizo a Alcestes con un cuchillo parecido al que había cerca de la piscina de Walter. Pensé que la obra sólo se desarrollaba en tres pisos, pero después Mizuko me dijo que eran cinco. Para

ser sincera, pasé todo mi tiempo haciendo lo contrario de lo indicado; ignoré por completo la obra y busqué a mi «amiga». En lugar de seguir a los personajes a través de aquel laberinto, intenté adaptar la mirada para encontrar a Mizuko, a Robin y a Ingrid. Con las máscaras era casi imposible, pues ni siquiera sabía qué clase de ropa llevaban los Rooiakker. En el caso de Mizuko, cualquier mujer de cabello largo y oscuro resultaba ser otra.

Ciertas personas del público se abrían paso a empujones para seguirles la pista a determinados personajes y aspectos de la trama que tenían interés en conocer mejor. A veces, mientras se desarrollaba una escena estática, algunos hombres adultos se adelantaban hasta llegar al frente del público para tener la oportunidad de que los eligieran y disfrutar de una interacción especial con alguno de los personajes. A un crítico se lo llevó una mujer con un vestido negro a un cuarto secreto que estaba decorado como si fuera una cabaña. Ésa era la clase de experiencia que Mizuko a todas luces ansiaba tener. Yo deambulé en busca de mis compañeros, pero cada vez con menos esperanza, y prefería mantenerme en movimiento a quedarme quieta. A veces permanecía sola durante largo rato o entraba en las salas vacías, donde la gente podía abrir los cajones y husmear en ellos en busca de pistas sobre la historia. De pronto, me sentí agotada y me senté en un rincón de una habitación oscura hasta que se encendieron las luces que indicaban que la obra había terminado.

Al salir, Walter nos invitó a cenar en el NoMad. El restaurante, que pertenecía al hotel, era casi tan desconcertantemente oscuro como el recinto teatral de al lado, pero allí todos podían volver a comportarse como de costumbre y no como asesinos en serie en Halloween. Sin aquel plástico blanco y liso, cada uno de los rostros, incluyendo el de Mizuko, parecía presentarse en una definición superalta: más humano, brillante, irregular y poroso. Sentí una palpitación en el pecho al ver los rostros de Robin y de Mizuko tan cerca el uno del otro. La palpitación descendió al estómago y

siguió bajando, como si alguien me estuviera desabotonando la ropa muy despacio.

Cuando nos llevaron a nuestra mesa, Robin y Mizuko se sentaron uno al lado del otro, mientras Walter se acomodaba enfrente de ella, junto a mí, en una esquina. Examiné de nuevo sus caras, ahora que estaban sentados. Al principio no percibí parecido alguno, pero poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y entonces lo vi. Un destello fugaz en uno y creciente en el otro. No se parecían en absoluto, pero compartían el mismo tipo de arrogancia. Ocupaban el espacio de la misma manera, como si les perteneciera. Mis ojos se pasearon de uno a otro. Mizuko era muy pálida y delgada, como una niña. El cabello le colgaba sobre los hombros huesudos, los brazos delgados y los codos. Era una de esas raras ocasiones en las que no iba vestida de negro. En vez de eso llevaba una diminuta falda escocesa azul, una blusa setentera de rayas blancas y marrones y una fina gargantilla negra. Acomodaba una y otra vez sus platos y sus vasos en la mesa para hacer fotos, al parecer sin percatarse de la forma en que Walter y Robin la miraban, o tal vez sin que le importara.

—Ha sido algo muy reflexivo —comentó Ingrid—. Tanto silencio y encierro. He sentido que entraba en una especie de trance. De hecho, me atrevería a decir que para mí ha sido una experiencia espiritual.

Sin poder dejar de mirar a Mizuko, Walter volvió a tapar la botella de agua con gas y chasqueó la lengua para mostrar su aprobación.

—Entiendo perfectamente a qué te refieres —contestó Mizuko—. Ha sido algo *muy* intenso.

Era extraño verla en compañía de gente a la que yo conocía y no de gente a la que ella conocía.

—Gracias por invitarnos —dijo Robin con una floritura exagerada, como si el restaurante, o quizá el hotel entero, fueran propiedad de Walter.

Ingrid le lanzó una mirada fulminante.

Mientras los oía discutir sobre la obra, caí en la cuenta de cuánto me había

perdido mientras los buscaba. Y aunque ahora todos estábamos sentados a la mesa, seguía sintiéndome excluida. Intuí que, ahora que Mizuko estaba entre «adultos», tenía dificultades para ejemplificar la diferencia de madurez que había entre nosotras. Estaba argumentando con detalle una cuestión de libertad de movimiento, elección y técnicas de juego, y se notaba que Walter se lo estaba creyendo todo.

—Exacto —replicó él—. Ése es el punto.

Robin se acarició la barbilla, como sugiriendo una fascinación desapegada al encontrarse en compañía de tanto pseudointelectual.

—A mí me ha encantado su naturaleza aleatoria —intervino Ingrid. Hablaba de una forma peculiar que no le conocía.

Mizuko también parecía enganchada. La forma en que se inclinaba hacia delante, con el cabello rozando el plato de aceite de oliva, para fijar la mirada en Ingrid mientras ella hablaba me enfureció. La miré con cara de «¿Por qué te comportas de una manera tan extraña?». No sabía si era mi imaginación o si sólo que Mizuko estaba drogada.

La situación me resultó por completo agotadora. Antes de que pudiera sentarme, había pasado dos horas de la obra caminando. Me pregunté si estaría bien apoyar la cabeza sobre el suave mantel y cerrar los ojos. Estaba demasiado cansada para preocuparme por lo que ocurriría si lo hacía. Mi cuerpo intentó apagar mi cerebro y tumbarlo por la fuerza sobre la mesa. Mi plan era diseccionar la carrera y la historia familiar de Mizuko durante la conversación para que ella misma pudiera adivinarlo, pero ahora sentía que se me envenenaba el cerebro cada vez que Robin la miraba de reojo, y cada vez que ella me ignoraba o me menospreciaba frente a él. El veneno me causaba una dolorosa inflamación cerca del corazón y de la entrepierna, al mismo tiempo que hacía que todas mis extremidades se volvieran de plomo y me inundara el sueño. Me sentía incapaz de frenar esa conversación. Tal vez no quería que ocurriera, después de todo. Tal vez Mizuko no lo merecía. Me sentí cada vez más impotente, y los párpados me pesaban aún más mientras

observaba esa conversación que pasaba de persona en persona, sin pasar por mí, pues sabía poco de la escena teatral neoyorquina. Cuanto más impotente me sentía, más sonoras eran sus risas y más evidente se volvía la empatía que había entre ellos. Y más segura estaba de que entregarle a Robin de esa manera era un error que me excluiría de la ecuación para siempre.

Cuando Mizuko se puso de pie, me sujeté a la mesa, me levanté y la seguí.

—¿Adónde vas? —exigí saber, pero en un tono más débil de lo que esperaba.

—Tengo que hacer pis —respondió entre risas—. ¿Te parece bien?

La acompañé.

—¿Le estás enviando mensajes a Rupert? —pregunté, intentando modular mi tono. El simple hecho de pensarlo fue como una descarga eléctrica y envió energía renovada a mis extremidades.

—No, en realidad no —contestó desde el otro lado de la puerta. Pero eso no parecía que fuera todo. Había más. Mizuko hizo una pausa. Yo me quedé callada y ella añadió en voz muy baja—: ¿Te cuento algo?

Me quedé paralizada; me deslicé hacia el suelo apoyada en la pared del baño frente a su puerta y con la mirada clavada en ella. O era lo que más ansiaba oír, o lo que menos quería saber.

—Puedes contarme cualquier cosa. Ya lo sabes —dije con absoluta calma, como un negociador en una situación que involucraba rehenes. Pensé que quizá era momento de negociar.

—Ay, Dios. Vale. Espera un momento. —Tiró de la cadena, y en ese instante comencé a estremecerme. Sentí que las piernas no me volverían a sostener jamás. Finalmente se abrió la puerta. Alcé la vista para mirarla, le di un tirón en la falda y observé por encima de mí su imagen en el espejo—. ¿A que no adivinas con quién acabo de hacer *match*?

El teléfono inalámbrico no deja de sonar. Estoy en el apartamento de Silvia. Ella no está. Abro y cierro los cajones de los cubiertos y las puertas de los armarios que contienen vasos elegantes de los tiempos en los que Silvia ofrecía fiestas a sus amistades, pero no sé qué estoy buscando.

Siento la cara como si fuera de goma. Estoy segura de que la piel se me ha engrosado, o de que tengo las puntas de los dedos completamente entumecidas. Estoy convencida de que hay sangre corriendo por debajo de mi piel, como un arroyo subterráneo que lleva poca agua. Pero no me siento cien por cien viva. No me siento la misma persona que era ayer al despertar, que parece ser el mismo día porque no he dormido.

Contestar al teléfono es lo único que debo hacer para que todo vuelva a la normalidad. De lo contrario, sólo estoy ahí de pie con ese ruido de fondo, y eso es lo que hace que la escena parezca irreal.

Es necesario que comprenda que estoy exagerando. Esto no se corresponde de ninguna forma con la realidad de las cosas. Lo único que ocurrió fue que fui a ver una obra de teatro extraña y pasé todo el tiempo caminando sola de un lado a otro, y después fui a un hotel, o a su restaurante, y podría haberme quedado dormida sobre la mesa de tan cansada que estaba, pero luego no fui capaz de conciliar el sueño porque estaba llena de adrenalina, fui a la fiesta, Mizuko se marchó sin mí y entonces —y entonces — volví a casa desde quién sabe qué lugar al que me llevaron y llegué a ese sitio donde Silvia no está pero que para fines prácticos sigue estando igual que la última vez que estuve aquí. Antes.

Así que *hay* un antes y *hay* un después. Eso no lo he inventado yo. Pero no

es más que el paso del tiempo; no es un cambio radical que lo altere todo.

Dejo que siga sonando el teléfono inalámbrico y desvíe las llamadas al contestador. Los empleados de la residencia donde está Silvia dejan mensajes sin información alguna, en los que sólo piden que se les devuelva la llamada. No dejo de comprobar mi móvil. Nada. La última foto que subió fue de la fiesta: sale ella en medio de dos amigas.

Fue culpa mía. La cercanía. Supongo que fue inevitable. Todo el mundo se había registrado, según Dwight.

«A menos de un kilómetro de distancia», decía la pantalla.

Cuando salió del baño del NoMad, me contó que siempre había parejas mayores de gente blanca que le mandaba ese tipo de mensajes o tipos que tenían una fijación con las japonesas. No podía explicarme por qué había descargado la *app*, salvo porque «¿por qué no?». Era real, había visto los anuncios. Según ella, Rupert siempre había querido intentarlo. Hacer un trío. Parecía la forma más sencilla de mantener vivo su interés en ella.

Se negó a mostrarme mensajes que se hubieran enviado entre ellos. Sólo me enseñó de pasada el perfil: en una foto salía la mano de Ingrid y su hilera de anillos de diamantes en bruto. Le habían recortado la cara. No podía negarlo, pero tampoco podía levantarme del suelo del baño por el sueño, así que le dije en el tono más tranquilo posible que me parecía demasiado «extraño».

Hizo un gesto y sorteó para lavarse las manos.

—Sabía que no debía decirte nada.

—No, sí debías. Está bien.

—¿Por qué es extraño? ¿Cómo de bien los conoces, en realidad? Y no les vayas a contar que te lo he dicho, ¿eh?

Sugerí que inventáramos un pretexto y nos fuéramos, aunque nuestros platos acababan de llegar a la mesa.

Mizuko puso los ojos en blanco.

—No es que tenga que contestarles necesariamente... Si te molesta tanto,

no. Pero debes recordar, Alice, que soy bastante mayor que tú. Sería distinto si alguno de ellos te hiciera insinuaciones a ti —afirmó. No pude más que abrir y cerrar la boca—. Se ve que deben de ser bastante abiertos si el tipo decidió adoptar el apellido de su esposa.

—¿Qué? ¿Quién te ha dicho eso?

—Tú me lo contaste. Anoche. No quiero hablar más del asunto. Después de tu reacción, no. No son tan viejos, al menos no comparados conmigo, ¿sabes? ¿Por qué te resulta tan repugnante? Levántate.

—¿Cómo sabes qué edad tienen? —pregunté, aún en el suelo.

—Es obvio. Ahí lo dice. Treinta y seis y cincuenta y seis. No creo que puedas mentir sobre tu edad porque la cogen de... Oh, bueno, supongo que sí podrías.

—¿Podemos irnos, por favor?

—He dejado mi bolso en la mesa.

—Ve por él. Diles que no me encuentro bien. Son las náuseas matutinas, pero sólo diles que no me encuentro bien, que hace unos días que estoy mal.

Me tendió una mano, y yo me tambaleé hasta la recepción. Me senté en un sillón negro de terciopelo y respaldo elevado. Mizuko pareció tardar siglos. Le envié un mensaje para pedirle que se diera prisa. Me preocupaba que hubiera vuelto a sentarse con ellos, que Walter la hubiera convencido para que se quedase. Por fin apareció.

—Ya está aquí el coche —anunció.

El mareo se intensificó cuando monté. Intenté fijar la mirada al frente y fingir que era yo quien conducía para sentirme mejor; es extraño que ayude el simple hecho de imaginar que eres tú quien tiene el control del vehículo. Después de unos cuantos minutos me di cuenta de que el conductor no iba a donde yo creía que íbamos, a donde yo conducía mentalmente el coche. Íbamos hacia el sur, no hacia el norte.

—¿No vamos camino de tu casa?

—No.

—¿Qué dirección has puesto?

—La de una fiesta en la que quizá esté Rupert. En Brooklyn.

El conductor y Mizuko charlaron mientras yo me quedaba sentada en silencio. Él le hizo un cumplido por sus zapatos y le preguntó si era modelo de pies.

—¿Se quitan con facilidad? Es lo que les piden a las modelos de pies, que saquen la mitad del pie para que se les vea el empeine.

La miré con cara de «¿Quién es este perverso?».

—¿Cuánto te han costado? —insistió.

—¿No se supone que deberías concentrarte en conducir?

—*Relájate* —me pidió Mizuko con firmeza—. Piensa en mi calificación.

Nos abrimos paso hasta la puerta del edificio.

—Seguro que muchos de los invitados serán anarquistas.

—De acuerdo.

—Y las personas que viven aquí son dueños de una maravillosa pastelería llamada Bird and Daughter.

Seguí asintiendo mientras cruzábamos el pasillo y bajábamos la escalera por donde se oía ruido de gente.

—Y básicamente todos son poli —me advirtió. La miré de reojo—. Poliamorosos —agregó al ver mi confusión—. Todo es bastante incestuoso, en realidad.

Me sentía como si me hubiera perdido algo.

Dimos una vuelta, y Mizuko concluyó que Rupert no estaba allí, así que buscamos una esquina donde instalarnos, y ella hundió la cara en su móvil. El cabello le caía alrededor de la cara, por lo que me impedía ver lo que estaba haciendo. Tuve que mirarla y aparentar estar metida en lo que fuera que estuviera haciendo; de otro modo, parecía que estaba allí de pie sin tener a nadie con quien hablar.

—¿A quién le escribes? —pregunté tontamente.

—A R... —Se detuvo al leer una respuesta que acababa de llegarle y que

se anticipó a lo que ella estaba escribiendo.

—¿A Rupert? —corroboré.

—*Sip*.

Cuando por fin Mizuko me presentó a la gente de la fiesta, repitió las cosas que había dicho con convicción en el restaurante italiano:

—Os presento a mi nueva amiga Alice.

O:

—La he adoptado.

O:

—Estamos *enamoradas*.

Sin embargo, lo decía distraída, como si sólo estuviera cumpliendo con el protocolo, después de lo cual se esfumó y me abandonó a mi suerte. La única persona con quien recuerdo bien que hablé fue con un chico que tenía signos de más y menos tatuados en las rodillas, quien me contó que había conseguido un trabajo de prueba de seis meses en una empresa de tecnología y decía conocer a Dwight. Nos sentamos juntos en un sofá donde la gente se pasaba *brownies* de mano en mano. Supuse que serían *brownies* de hachís, así que le di un pequeño mordisco a uno de ellos.

—Están muy ricos, pero no quiero pasarme. Gracias.

Me contó también que el gobierno lo vigilaba.

—Es probable que también a ti te estén vigilando —me advirtió cuando me reí con nerviosismo—. ¿Qué haces?

—¿Yo? Nada. Acabo de graduarme de la universidad.

Parecía sorprendido.

—Bueno, seguramente te vigilan de todos modos, sobre todo si vienes a fiestas como ésta. La mayoría de la gente que está aquí aparece en alguna lista —me explicó. Supongo que mi expresión delató mi ignorancia—. Son agitadores. Pero, aunque sólo te quedes sentadita, te portes bien y compres su mierda, tu identidad está siendo comercializada todo el tiempo, y con tu permiso. Es como polvo, pequeñas manchas en tu piel y en tu cabello.

Quizá ese mordisco de *brownie* había sido más potente de lo que yo creía, porque empecé a sentir que me hormigueaba la piel.

—Entonces ¿a qué te dedicas? ¿Evitas fraudes electrónicos y ese tipo de cosas?

Parecía ofendido.

—No precisamente. El tipo de compañías que solicitan mis servicios son más bien empresas de seguridad y contratistas que desarrollan software para el gobierno.

—¿Y ellas qué hacen?

—Monitorizar los movimientos de las personas y predecir sus acciones futuras a través de la extracción de información proveniente de redes sociales. Es posible hacer un retrato bastante íntimo de la vida entera de una persona: sus amistades, los lugares a los que va...

—Lo sé —repliqué—. Quiero decir que me imagino que pueden hacerlo.

No recuerdo haber decidido colocarme tanto que terminara expulsándome de mi propia cabeza para convertirme en una especie de neblina, un rocío fresco en los rostros ajenos, pero sí recuerdo que me ordenaron: «Abre la boca y cierra los ojos», y que alguien me tiró de los labios hasta que se me vieron las encías, y que otra persona me sostenía la cabeza y me acariciaba; luego probé la cosa más amarga que he probado jamás, y después alguien más me preguntó cómo conocía a Mizuko, a lo que yo contestaba en sueños, una y otra vez:

—Me adoptó. Estamos enamoradas. —Luego me tumbé como una niña somnolienta a la que desvisten para ir a la cama. Mis brazos flotaban en el aire y mis pies se liberaron de los zapatos—. ¡Despellejad al conejo! —dije, medio dormida, como estaba segura de que me decía Silvia en mi infancia cuando era hora de acostarme.

A continuación me dejé llevar por una nebulosa primigenia de extremidades, con los ojos cerrados para no ver la luz del techo. Había dos sofás, uno frente al otro, formando una especie de parque infantil acolchado.

Las capas exteriores se usaban para cubrirse o salían volando hacia los lados. No estaba segura de si las voces me hablaban a mí, así que casi no les contesté. Sentí que mi boca chocaba con objetos rígidos, y luego me oí gritar:

—¡Me caigo! —Eso dio lugar a una oleada de risas y caricias—. De acuerdo... —Reí tontamente y acaricié mi propio brazo.

Notaba que mi columna se convertía en espuma. Me volví incorpórea. Nunca olvidaré esa sensación, aunque cuando intento visualizar esa escena ahora no recuerdo nada. No hay rostros, quizá alguna que otra sombra difusa y protuberancias y depresiones como en los mares de la Luna. Terminó visualizando una simulación que nos mostraron en el primer año de escuela sobre cómo la noción de ciencia se divide en tres: biología, química y física, y de cómo se suponía que era el universo instantes después del Big Bang.

Cuando la policía llegó a la fiesta, yo no podía sumar dos más dos. Hubo gritos por todas partes.

—¡Los federales! ¡Los federales!

Esa palabra no significaba nada para mí, pero ellos empezaron a acorralarnos en el sótano, así que me puse lo primero que encontré. Era ropa de hombre.

Algunas personas se escaparon por una pequeña ventana que daba a la calle. A mí ni siquiera se me ocurrió intentarlo, aunque observé con un interés desapegado mientras el de los signos de más y menos hacía uso de su ventaja. Alguien pasó un puñado de pastillas.

—Rápido, tragáoslas.

Obedientemente, me tragué como tres. Luego vi unos puntos negros frente a mí. Oí un zumbido, quizá de sirenas, música u otra cosa. Tal vez porque no intenté irme, porque no actué como si los oficiales representaran algún peligro o porque la enorme y sudada chaqueta vaquera que me había puesto tenía unos misteriosos cuadritos de origami llenos de polvo en los bolsillos, yo fui una de las pocas invitadas a las que se llevaron en una furgoneta. Cuando salimos nos condujeron a tomarnos las huellas digitales y unas

fotografías, y yo sonreí durante todo el proceso hasta que me dolió la mandíbula. Una vez que terminaron, no podía parar de mirarme las manos, que parecían patas de conejo caricaturizadas. Quería mostrárselas a Mizuko y pedirle que las sostuviera y las apretara.

—¡Qué boniiiiiiitooooo! ¡Qué boniiiiiiitooooo!

La celda de hormigón era pequeña, y una cuarta parte de ella estaba ocupada por un retrete que estaba a la vista de todos. No obstante, a pesar de eso, recuerdo que había muy buenas vibraciones en la sala. Con el tiempo empecé a pensar que era más feliz allí, que me sentía más como en casa que nunca antes en mi vida. Hablé largo y tendido con mis compañeros de celda, cuyas vidas comprendí al instante con tanta profundidad como si yo las hubiera experimentado, porque las estaba experimentado. Las experimenté todas, no una por una, sino simultáneamente. Claro que para entonces había entendido que estaba bajo los efectos de una droga psicoactiva que se consume en particular por sus efectos eufóricos y empatizadores, y que no estaba teniendo una revelación divina. Alguien me dijo que debía beber agua, así que, para tranquilizarlo y mostrar mi aprecio por su inquietud, pedí agua a gritos, pero nadie se acercó.

Después de un rato, mis incesantes comentarios sobre la unidad de todas las cosas se convirtieron en un ligero murmullo y por último en silencio cuando me apoyé en la fresca y milagrosa solidez del muro de la celda. A mi izquierda, una voz me preguntó si me encontraba bien, y yo le contesté que la amaba y que lamentaba mucho no saber su nombre. Mis células —las de la piel de mi espalda— parecían explotar una por una al entrar en contacto con el muro. Eché la cabeza hacia atrás. Procedente de algún lugar detrás de mí, más allá de un aro brillante, oí un canto.

No recuerdo que me hicieran preguntas. Lo único que recuerdo es haberles dado el nombre de Mizuko como si fuera mío. Luego, cuando me soltaron sin presentar cargos, caminé hacia el oeste mientras pensaba que Columbia flotaba en esa dirección, con cables de telégrafo ondeando a su espalda. Esa

imagen la vi colgada de un tablón de anuncios en Dodge Hall. Murmuré la palabra *oeste* hasta que ya no pude mover más la mandíbula. Tenía una sensación reseca y amarga en la boca. Caminé bajo el cielo que se teñía de color rosa, atravesé Prospect Heights y luego me dirigí hacia el norte por Fort Green, donde saludé a extraños que me llamaban la atención en su camino al trabajo. Podría haber ido a casa de Dwight, pero entonces recordé que ya lo habíamos dejado, y entonces me acordé de Mizuko. Me habían devuelto mi móvil, pero ya no tenía batería. Quería seguir caminando, pues las piernas no me permitían detenerme. Sentía que alguien me dirigía, así que dejé que mi mente divagara con libertad, a sabiendas de que alguien me cuidaba. Una fuerza benigna me impulsaba hacia delante. Me detuve frente a un letrero: un mensaje de leds rojas como sangre palpitaba sin cesar en perfecta sincronía con mi corazón, de una manera hipnótica.

QUE TENGA UN BUEN DÍA Y TOME BUENAS DECISIONES

QUE TENGA UN BUEN DÍA Y TOME BUENAS DECISIONES

QUE TENGA UN BUEN DÍA Y TOME BUENAS DECISIONES

«Sí», le prometí mientras las palabras seguían recorriendo mis venas.

Crucé el puente de Brooklyn y llegué al ayuntamiento.

—Soy hija de esta ciudad —anuncié con un brazo en alto, en la misma posición que imaginaba cuando Susy describía a Mark de joven, la vara de zahorí, mientras unos cuantos madrugadores y empleados de la limpieza pública seguían su camino.

El cielo rosado comenzó a nublarse, y poco a poco la unidad del universo empezó a desvanecerse. La luz se transformó en una nube blanca, deslavada y ordinaria. Me di cuenta de que estaba dolorida y tenía muchísima sed. Me senté en una intersección que por un instante creí que era el parque de Pearl Street, lo que me confundió y me hizo pensar que no había llegado, sino que había ido en dirección contraria. Sólo de pensarlo me sentí agotada, así que no pude ponerme en pie otra vez. Le pregunté a un transeúnte, quien me

confirmó que estaba en Midtown, y ese intercambio me inyectó una pequeña cantidad de energía que me permitió levantarme y caminar de nuevo. No fue sino hasta que llegué al edificio de Silvia y le sonreí con timidez al portero — quien me reconoció y me entregó una llave (que nunca tuve mientras viví ahí con Silvia)—, cuando recordé que ahora ella estaba en Amsterdam Avenue y que teóricamente yo seguía en casa de los Rooiakker.

Consideré dirigirme a la residencia, pero la simple idea de ir hasta allí hacía que me flaquearan las piernas. En el apartamento había un silencio sepulcral, así que podía oír mi propia respiración y los latidos de mi corazón en las orejas como si estuviera en las profundidades del mar. Noté una presión en la espalda. De pronto sentí frío, como si una sombra hubiera bloqueado el sol, y la sensación me oprimió los riñones. Me quedé de pie junto al lavabo con el grifo abierto y pasé la mano una y otra vez por debajo del suave chorro para ahogar el sonido de mi respiración con el golpeteo del agua contra el metal. El agua del grifo de Nueva York nunca lograba saciar mi sed. Fui a mi antiguo dormitorio, me tumbé en la cama en perpendicular con los pies en el suelo, pero un intenso dolor, como si me hubiera apoyado en una plancha incandescente, me atravesó y me obligó a levantarme de un brinco. La pantalla de mi móvil se iluminó sobre la almohada, donde se había cargado lo suficiente para encenderse de nuevo. Mientras sostenía el objeto liso y sólido en mis manos, lo recordé.

El teléfono inalámbrico empezó a sonar, y a sonar, y a sonar; luego se detenía, y volvía a sonar. Salí a la sala a escuchar los mensajes. Era de la residencia de Amsterdam Avenue. Que les devolviera la llamada.

Fui a buscar una aspirina a la cocina, pero al entrar olvidé a qué había ido. Me di cuenta de que olía a pordiosera, y sentí tal urgencia por ducharme que empecé a desnudarme allí mismo. Me fui quitando todas las prendas como una niña y tirando al suelo la ropa desconocida que llevaba puesta y que apestaba, y entré cojeando en el baño de Rex como si mis pies estuvieran hechos de puro hueso. Despellejar al conejo. Quería quitarme hasta la última

capa y llegar al músculo. Y entonces me detuve, pues me sobresaltó ver mi imagen en el espejo. Estaba toda amoratada; algunos cardenales eran pequeños y abultados como uvas, mientras que otros eran tenues y estaban punteados, o eran borrosos y se extendían como podredumbre; eran marcas de dedos, mordeduras, rasguños. Me quedé allí de pie, junto a la ducha, para examinarme de arriba abajo, e incluso me aparté el cabello de los hombros para contemplar cómo me trepaban hasta el cuello. Estaba fascinada. Era como mirar a otra persona, pero cuando los tocaba me dolían igual que me habían dolido al tumbarme en la cama. Pensé que se notaba que estaba embarazada. Tenía los pechos hinchados y una ligera protuberancia en el vientre. Me mareé al estar así de pie y sentí que la tierra se abría bajo mis pies. Medio me caí y medio me dejé caer sobre la alfombrilla del baño. «No te golpees en la cabeza.» ¿Había sido el dron o había sido yo quien lo había dicho? Lo oí con la voz de Susy, quien tenía mucho miedo a las superficies resbaladizas y siempre decía esa clase de cosas, como si yo sintiera una atracción por las contusiones.

De haber tenido otra amiga o amigo al que llamar aparte de Mizuko, ése habría sido el momento para hacerlo. Le habría dicho: «Creo que accidentalmente participé en una orgía violenta en un sótano de mala muerte que parecía la casa de un asesino en serie, hasta que llegó la policía y me sacó de allí en una furgoneta después de que todos los vecinos llamaran a emergencias para informar de que había disturbios en la zona». Luego esa persona habría venido a verme y me habría abrazado un rato, me habría acariciado el cabello y me habría llevado a una clínica a que me hicieran pruebas de ETS. Me habría dado cuenta de que Mizuko era una persona horrible. Pero no tenía a nadie a quien llamar salvo a ella, que no me contestaba, así que no era una historia graciosa ni sorprendente que pudiera contarle a nadie, y seguí considerándola mi diosa.

Al meterme en la ducha, sentí un ligero escozor cuando el champú se me escurrió entre las piernas, como si algo se frunciera, como si tuviera un ligero

desgarro. Oí las voces de la fiesta regurgitar desde el desagüe y empecé a estremecerme. Al principio fue leve, pero luego se volvió más violento, hasta que tuve que asirme de las agarraderas de plástico para sostenerme en pie.

Una vez que logré cerrar el grifo, me di cuenta de que estaba sangrando. Miré mi cuerpo en el espejo, aunque ya sabía de qué se trataba. Me puse muy seria y me senté en el retrete, con las manos abrazando mis rodillas. Si no soy seria y tajante conmigo misma en momentos así, entonces sé que tendré un ataque de ansiedad. Tan pronto como hube salido de la ducha, donde el agua lo disimulaba un poco, el ligero sangrado se convirtió en una intensa hemorragia. Cuando cesó, miré en el interior del váter y me arrodillé frente a él para examinar su contenido. La sangre del fondo era oscura y tenía coágulos que liberaban oleadas rojizas y teñían el agua de rosa opaco, de modo que no tardó en volverse más difícil observar lo que había ahí. Una parte de mí se aferraba a la idea de que era una situación ocasional de los embarazos en la primera etapa. Entre listas de frutas y verduras, había leído que era posible tener ligeros sangrados. Metí la mano en el agua y agité el fondo. No quería tirar de la cadena sin estar segura. Busqué imágenes de abortos espontáneos en internet, me arrodillé de nuevo frente al retrete, mientras me agarraba de la cerámica con la otra mano para intentar calmar los temblores, y luego usé el vaso de los cepillos de dientes para ir sacando poco a poco el agua rosa e ir trasvasándola con cuidado al lavabo, donde había puesto el tapón. Seguí haciéndolo, de forma meticulosa y con calma, usando la mano como colador, hasta que encontré lo que buscaba.

Contesta, por favor.

Después de eso, para darle al mensaje un peso distinto y mayor gravedad que a los otros casi idénticos que se acumulaban sobre él, le pregunté si, ya que a ella le habían administrado pastillas para abortar —lo que significa que una está del todo consciente cuando ocurre, como una menstruación intensa—, vio salir al feto y, de ser así, si no estaba demasiado ocupada con sus múltiples tareas pendientes para echarle un vistazo al pequeño bulto carnoso que había logrado rescatar del agua.

No hubo respuesta.

Ni siquiera aparecía como «Visto».

Añadí en un segundo mensaje que también podía enviarle una imagen para que la analizara desde donde estuviera.

La palomita de «Enviado» permaneció gris y pálida. Quería que cambiara a azul, a ese hermoso y brillante azul que crearía un sendero neuronal entre nosotras.

Para que fuera del todo imposible que me ignorara a menos de que de verdad estuviera pasando algo malo, apocalíptico e inminente, envié un mensaje más:

De verdad te necesito en este momento.

Me volví de nuevo hacia el lavabo y contemplé el trozo de *sashimi* rojo intenso que había rescatado. En cuanto a textura, se parecía a lo que había escupido en la taza del baño del restaurante japonés al que había ido con Mizuko. Me lo puse en la palma de la mano para examinarlo en busca de

huesos. No le encontraba ningún parecido ni remotamente humano, pero aun así sentí una familiaridad desconocida. Mientras lo sostenía, pareció moverse, luego encogerse y contraerse por los bordes como uno de esos peces de la buena suerte.

Me vino a la mente que ese mismo día tenía visita en Planificación Familiar. Me pregunté si debería llamar y cancelarla. ¿Funcionaba así? ¿Era como ir al dentista? Aunque lo que había expulsado no fuera aquello y yo siguiera embarazada, no creía que fuera el día indicado para que me sedaran.

—Qué cosa más extraña —le dije al pescado. Los bordes se le achicharraban a causa de la calefacción central—. Es como si supieras qué día es.

Cuanto más tiempo lo sostenía, más carnoso e indestructible parecía. Pensé en la profecía que había cumplido. Había afirmado que estaba embarazada y se había hecho realidad. Había decidido que me desharía de él y eso también había ocurrido apenas unas cuantas horas antes de que se hiciera indispensable que me sedaran y me lo aspiraran. Percibí un hormigueo en la punta de los dedos. Era una sensación poderosa, diez veces más intensa que la de hacer fotografías. No obstante, al mismo tiempo, una parte de mí se vio desprovista de esa misma sensación. Aunque ya había tomado la decisión, noté que me habían quitado el poder de decidir, para bien y para mal, y lo habían reemplazado con cierta inevitabilidad. Como si hubieran tachado una vez un recuadro de una forma, el recuadro negro, y eso hubiera sido todo. Lo que me ocurrió y la manera en que el mundo se volvió receptivo de mí, su hija nativa, no parecía ser una elección en absoluto.

Mizuko seguía sin contestar.

Depositó mi pescado sobre un trozo de papel absorbente. Saqué una de las últimas cuatro pastillas de modafinilo que tenía en la bolsa bordada que Mizuko me había prestado y que yo llevaba tanto en la fiesta como en la comisaría de policía. Me coloqué frente a la librería de Silvia, saqué cuatro libros al azar y esperé que se abriera el túnel.

El primer libro era sobre civilizaciones clásicas. Me concentré en crear imágenes mentales exactas de los artefactos descritos. Los materiales: madera, piedra, barro y cristal. Los objetos pequeños: frascos, monedas, cuentas, sonajeros. Herramientas sencillas. Imaginé las texturas: lino, lana, metal, tierra. Al poco tiempo, los ruidos de la ciudad se disiparon. Quise llenar mi mente con ese otro mundo más antiguo tanto como fuera posible para no dejarle espacio a ella, para que ni siquiera tuviera la oportunidad de nacer. En este mundo, ella no me abandonaba en una fiesta porque simplemente no existía. Su aparición repentina y anacrónica en ese mundo de ánforas y togas sería recibida con un silencio anonadado, y entonces ella tendría que retroceder de nuevo, avergonzada, como si hubiera entrado dando tumbos por la puerta equivocada.

Llegué a un subtítulo: «Vírgenes vestales». A ellas les tocaba vivir juntas en el único colegio romano de sacerdotisas de tiempo completo. Eran hijas de la ciudad y vivían libres de las obligaciones habituales, como el matrimonio y los hijos. Pensé que ésa podría ser yo. Sin duda habría sido una vestal si hubiera vivido en esa época. En medio del calor negro y resplandeciente, sonó el teléfono inalámbrico, pero decidí ignorarlo. Las vestales hacían voto de castidad y pasaban su tiempo atendiendo rituales, sobre todo el de cuidar el fuego, que no debía apagarse nunca. Pensé que era como la calefacción central de Silvia, y prometí que soportaría la incomodidad con más gracia. En los *idus de marzo*, las vírgenes iban en procesión a varios santuarios y recolectaban pequeñas figuritas humanas hechas de juncos, cañas y paja; luego se dirigían al Tíber, donde las lanzaban al agua. El libro sugería que dichas figuras sustituían el sacrificio humano y absorbían toda la contaminación y la maldad de la ciudad, de modo que su sacrificio llevaba consigo la purificación. Tenía los ojos secos, así que tuve que obligarme a parpadear.

Sentía que mi cerebro iba a toda velocidad, y me tumbé en el suelo de la sala.

El teléfono de Silvia volvió a sonar, como burlándose del silencio del mío. Arranqué el cable de la pared, y la paz repentina no sólo me brindó alivio, sino que también me hizo sentir bajo control. Supuse que a eso se refería Dwight cuando hablaba de empujar, de resistirse a fuerzas desagradables o que iban contra tus principios. Ruidos que amenazaban con oprimirte. Volví a mi sitio en la alfombra, donde me tumbé de espaldas con las rodillas pegadas al pecho para tratar de aliviar los cólicos.

Miré fijamente mi móvil, que estaba junto a mi cabeza en la alfombra. Cuanto más lo miraba, menos lo reconocía. Se convirtió en un desconocido. Un sordomudo. Oscuro y decidido. No tenía ninguna característica que sugiriera que pudiera ser un objeto con el que comunicarse. Acariciarlo con los dedos o llevármelo a la oreja e intentar hablar me parecía tan inútil como hablarle a una roca. Me volví hacia un costado y estiré el brazo para sorprenderlo.

«¡Espabila!» Me parecía terriblemente ligero e insustancial en comparación con la impresión de solidez que generaba. Encontré una foto subtitulada de una de las escenas favoritas de Mizuko de *Tú a Londres y yo a California*. La colgué como cebo. Y esperé. Nadie le dio «Me gusta». Ella no le dio «Me gusta». Para cuando llegó el ocaso, como un pescador que se va con las manos vacías, la borré.

Decidí salir del apartamento y llevarme mi pequeño pez rojo de la buena suerte a Roosevelt Island, donde había conocido a Dwight, a Walter y a Ingrid. Lo metí en uno de los sobres amarillos de Silvia y decidí que, como una vestal, iría al parque triangular que había al final de la isla y lo arrojaría al agua.

Fuera, todo parecía retumbar al mismo ritmo que el ruido en mi cerebro, pero mucho más fuerte. Daba la sensación de ir en esa dirección, en lugar de que el ruido de mi cabeza viniera de fuera, aunque en realidad era difícil saberlo. Tenía un ritmo particular —*dugadug, dugadug, dugadug*—, como una cadena atrapada entre los dientes de algo que tira de un ancla en las

profundidades. El cielo vibró con un ruido que se engrosaba, se afinaba y reverberaba como un fuerte murmullo.

Llegué al parque antes de que cerraran y, muy despacio, subí la escalera que llevaba al triángulo de césped, con los pies temblorosos y sujetando el sobre con ambas manos cerca del pecho. Una vez arriba, caminé en línea recta por la mitad del triángulo hacia el punto de fuga hasta que llegué al recinto abierto de granito en la punta sur de la isla. Una vez allí, me senté en los bloques de piedra, que estaban fríos a pesar del sol, y perdí la mirada en el vacío gris —la corriente hacía que pareciera que la isla se movía— hasta que sentí un roce en el brazo y oí que alguien me decía que era hora de irme a casa. ¿A qué casa?

Me levanté para obedecer. El cálido baño de serotonina y dopamina se evaporó del todo. Empecé a ponerme nerviosa. No podía tirar el sobre al agua. Me di cuenta de que aún no podía separarme de él. Cuando el parque cerró, me senté en un banco junto al teleférico e hice unos sonidos largos que cortaban el aire con mis pulmones jadeantes y chirriantes. Y luego me quedé dormida.

Cuando desperté estaba desorientada. Estaba oscuro y me dolían los huesos. La rejilla metálica del banco me había dejado dolorosas marcas en los moretones. Me entró el pánico al ver que a mi móvil casi se le había agotado la batería. No podía dejarlo morir ni por un instante, por si era el mismo instante en el que ella intentaba llamarme.

Volví a casa de Silvia y, como estaba oscuro y no se oía el familiar sonido de las películas del canal TCM ni se veía el resplandor que salía de su guarida, percibí el vacío con más agudeza que antes. Me senté en el suelo, justo tras la puerta de entrada, y puse a cargar el teléfono en el primer enchufe. Pero ahí la señal del wifi sólo incluía el epicentro y no las ondas que irradiaban de él, así que me arrastré todo lo adentro que pude hasta que el cable no dio más de sí.

¿Cómo habíamos llegado tan lejos y nos habíamos acercado tanto para que

luego ella desapareciera? La asedié actualizando con vehemencia cada pocos segundos y mirando cómo la rueda giraba como un instrumento de tortura. Giré la manivela de muros, suelos y techo para que se fueran cerrando sobre sí mismos. La foto de la fiesta seguía siendo la más reciente. La miré, la miré y la miré.

¿DÓNDE ESTÁS?

Cuando por fin el modafinilo dejó de hacer efecto, me di cuenta de que tenía una gran urgencia de ir al baño. No obstante, cuando salí y apenas di dos pasos, volví a sentir la necesidad de orinar. Regresé, lo repetí, me levanté de nuevo. Y necesité orinar otra vez. Volví a sentarme, pero esta vez sólo salió una gota. Me levanté y volví a salir del baño, pero una vez más regresó la sensación de ardor y la necesidad de orinar. Pasé casi toda la noche en el baño inmersa en ese círculo. Cada vez que intentaba salir, sentía de nuevo la necesidad de orinar, y la vejiga me llevaba de vuelta al baño. Si lograba orinar, aunque fuera una gota, recibía como premio un dolor agudo y ardiente que sólo se calmaba un instante antes de ser reemplazado por el deseo de volver a orinar. El móvil me atraía con su espejo negro. Me abalancé sobre él, pero no me dijo más que la hora, puros números. Estaba segura de que, cuando hubiera números idénticos a cada lado de los dos puntos, o números capicúa, me llamaría. Cuando esos números aparecían, me ponía tensa, pero no pasaba nada.

Lancé el teléfono al otro lado de la habitación. Ella me aterraba y me enfermaba, y yo dependía del todo de ella para sobrevivir, aunque no me diera más que puro aire. Quería huir. Desde el suelo del baño comencé a buscar vuelos, con Skyscanner abierto en una pestaña, una lista de síntomas de cistitis en otra y la actividad virtual de Mizuko detenida en las pestañas tres, cuatro y cinco. Era muy extraño que no hubiera actualizado nada en las últimas veinticuatro horas.

Se me había acabado el modafinilo. Necesitaba un nuevo estímulo visual.

Empecé a buscar imágenes de los dormitorios del NoMad. Imágenes de Robin e Ingrid. Revisé las fotografías de Dwight. Busqué rutas entre los apartamentos de los tres en Google Maps. Eso me ayudó a formarme imágenes mentales de lo que tramaba Mizuko. Imaginé que, al irse de la fiesta, había vuelto al restaurante y luego a una habitación de hotel del NoMad para alcanzar a Ingrid y a Robin. Mi tracto urinario inflamado —el deseo permanente de orinar y extraer hasta la última gota de líquido de mi cuerpo y que no quedara más— parecía estar completamente conectado con la incapacidad de Mizuko de contestar.

¿DÓNDE ESTÁS?

En algún lugar, las señales se mezclaban. Las neuronas enviaban mensajes que se desviaban. Había un bloqueo. Un domo invisible que hacía que mis misiles rebotaran. Tal vez fuera culpa de los Rooiakker. Un juego sexual fallido. Ataduras demasiado apretadas. Esas cosas ocurrían con frecuencia. Cadáveres en maletas. Palabras de seguridad olvidadas. Falta de riego sanguíneo. Algo estaba atascado, sin duda alguna. Me pregunté si debía ir a su apartamento. Me imaginé galopando por Claremont Avenue. «¡Desata a esa mujer ahora mismo!» Me imaginé dándole puñetazos a Robin en el estómago. Pero sólo podía hacerlo con imágenes. Era incapaz de imaginar mi propio cuerpo físico entrando siquiera a su prístino hogar una vez más. Sólo de pensarlo me sentía avergonzada. Se reirían. También Dwight y Walter. El vientre de Robin recibiría los golpes como si fuera de plastilina; mi mano entraría y sería absorbida como si fuera una trampa. Imaginé a Mizuko con los ojos entornados en un gesto de deleite felino.

¿DÓNDE ESTÁS?

Le envié el mismo mensaje tantas veces que las palabras formaban columnas perfectas debajo de sus predecesoras. Pensé que era algo simpático, así que envié otro.

¿DÓNDE ESTÁS?

Esperaba que, si algo le había pasado —no precisamente un juego sexual fallido, sino algo que la absolviera de toda culpa por aquella tortura—, los vería cuando por fin tuviera acceso a sus mensajes y los consideraría divertidos o simpáticos. Una especie de *performance*. El arte de la perseverancia.

Fui a la cocina a buscar más agua, pero no porque tuviera sed, sino para tener algo que procesar con los riñones; vi la ropa de un desconocido en el suelo, y por un instante pensé que había un intruso en el apartamento, hasta que recordé que yo me había puesto esa ropa antes de entrar. Intenté imaginar qué me sugeriría Silvia que hiciera en ese instante, así que volví a la pila de libros para intentar recrear los efectos del modafinilo sin la pastilla. Los acomodé en un círculo a mi alrededor y dejé el aparato al otro lado; me prometí que no cruzaría el círculo para cogerlo, ni para ir al baño para satisfacer el ansia fantasma de orinar, hasta leer un libro entero de principio a fin, después de lo cual podría salir del círculo para usar el baño y ver la hora —que ya no era propiamente una hora del día o de la noche, sino meros dígitos que revelaban una cuenta atrás—; luego tendría que volver al círculo para leer otro libro y reiniciar el proceso. Para tener doble protección, imaginé a Silvia vigilando mi método en el silencio del apartamento, pero no lograba controlar mis pensamientos ni sacar a Mizuko de ellos. «Se morirá —pienso—. Se morirá, y entonces todo estará bien.»

Volví la bolsa de Mizuko del revés. Cayeron monedas, chicles, pelos y pelusas, recibos y una pastilla de modafinilo.

Finalmente volví a sumergirme en aquel estado familiar de concentración profunda. Mi cerebro de nuevo estaba engrasado y listo, los fragmentos fueron reconstruidos con oro, y todos los senderos enredados derivaban en uno mismo cuyas lindes se elevaban y me enmarcaban como un túnel. Sentí que recobraba los poderes, la capacidad de descifrar el significado de cualquier signo con sólo fijar la mirada en él durante largo rato.

Cuando ahora pido el medicamento desde Inglaterra, me lo envían en un estuche de suplementos de rosa mosqueta. ¿Acaso afectó mi comportamiento para con ella en su momento? No lo sé. Supongo que lo que hace es encerrarte en tu forma particular de ver las cosas.

Llegué a un capítulo sobre Pandora. Por fin todo empezaba a tener sentido. Había un vínculo entre ella y —*dugadugadugadugaduga*— yo. Llegué a una palabra que me deslumbró y me hizo darme una palmada en la frente. «Mi teléfono es la vasija. Mi teléfono es la maldita vasija.» El libro de Silvia me reveló que la mala traducción de *pithos*, una vasija grande de almacenamiento, como «caja» suele atribuírsele a Erasmo cuando tradujo a Hesíodo al latín.

«Joder —pensé, y agité la cabeza mientras contemplaba tan flagrante corrupción textual. Los dientes me rechinaban—. Es enorme.» Debía anotarlo. Busqué mi agenda y descubrí que era la de Mizuko. ¿Estaría leyendo la mía en ese instante? ¿Se estaría riendo con Rupert de mis chiquilladas?

La combinación de infección urinaria, calefacción opresora y mi preocupación ante el silencio inexplicable de Mizuko provocó que los efectos más intensos del modafinilo no duraran tanto como de costumbre. Sentí que la cadena, y luego la otra metáfora que usaba para hacerlo todo más tolerable, que era el túnel, empezaban a desintegrarse. Ocurrió antes de que pudiera terminar el libro, así que los últimos capítulos fueron una tortura. Tuve que leerlos con las manos en las comisuras de los ojos, como anteojeras de caballo. Cuando por fin terminé, me permití ir al baño, y sólo después de eso me permití echar un vistazo al teléfono.

Nada.

Veinticuatro se convirtieron en treinta y seis, que se convirtieron en cuarenta y ocho, que se convirtieron en bloques que eran días, no horas. Supongo que fue el momento en el que sufrió el ataque y Perry llamó a la ambulancia.

Empecé a sentir que era el miedo, tanto como Mizuko, lo que me esclavizaba. Comencé a correr de una habitación a otra. Pensé que me agotaría y luego me dormiría y ya no tendría que saber que el tiempo seguía pasando. Había suprimido sus notificaciones de conexión en WhatsApp cuando había terminado con Rupert, pero al parecer las había reactivado. Revisé su última hora de conexión antes de empezar a correr.

Llevaba días inactiva. Cuando dejé de correr, decía «Activo hace 19 minutos». Inhalé profundamente, me di un golpe en la frente con la base de la mano y tiré el teléfono al suelo como si me hubiera quemado.

Tal vez hubiera perdido su teléfono. Tal vez lo tuviera otra persona. Tal vez lo hubiese perdido en la fiesta.

Tal vez estuviera en manos de Rupert.

Tal vez estuviera usando Facebook en su ordenador y por eso por fin aparecía activa...

Tal vez lo tuviera Robin.

... pero no podía leer los mensajes, y el teléfono sólo sonaba y sonaba.

Pensé que sería un auténtico milagro que lo hubiera perdido porque entonces sería incapaz de contactar con los Rooiakker en TriMe, o ver mis «¿DÓNDE ESTÁS?».

Mientras permanecía encadenada al baño, instalé TriMe con la idea de plantarme frente a su edificio y comprobar si la proximidad la hacía aparecer en mi pantalla. No tardaron en inundarme mensajes de hombres blancos diciendo que sus novias siempre habían deseado acostarse con una mujer negra. Pero cada vez que recibía una notificación pensaba que podía ser suya, así que decidí desactivar la aplicación. Su silencio debía de significar algo. Sólo lo toleraba si lo consideraba un mensaje que debía decodificar, y no una ausencia. En la quietud del apartamento de Silvia, volví a sentarme en el suelo y recé porque el lugar en el que ella se encontrara también estuviera tranquilo y en silencio. Luego me tumbé y recé porque ella también estuviera

en la misma posición boca abajo. Sola. Yo tenía magia negra. Cerré los ojos en la oscuridad, como si eso me permitiera ver lo que ella veía. Un tres de color rosa neón parpadeó y al instante volvió a desaparecer en la oscuridad. Verlo en la pantalla de mi propio móvil me pareció repugnante. Presioné el botón de menú durante unos segundos hasta que los logos de cada una de las aplicaciones empezaron a vibrar. Borré el maldito tres. Pensé en borrarlo todo. Limpiarlo. Era una idea cautivadora, una especie de autocancelación, múltiples minisuicidios, una forma de acabar conmigo sin moverme del sitio.

No cancelé mis múltiples presencias por completo, porque entonces, si ella intentaba ponerse en contacto conmigo, nunca lo sabría. Sólo haría una cosa más. Un gesto más. Me serví un vaso del vodka de Silvia, jugueteé con el móvil unas cuantas veces y presioné el botón. «Dejar de seguir.» Por un instante, me sentí bien.

Era posible que estuviera experimentando una especie de encefalitis empática; encefalitis es una inflamación cerebral, que fue lo que le diagnosticaron. El resplandor sobrenatural siempre era un falso amanecer. Cada vez que la pantalla volvía a oscurecerse, miraba las marcas grasientas de mis huellas digitales y rastreaba los botones de configuración que había pulsado para inducirme esa fiebre. «Dejar de seguir.» Empecé a buscar resquicios que me permitieran deshacer lo que acababa de hacer. Ni siquiera eran botones reales. No existían salvo en el instante en el que yo les infundía corporeidad al tocar el cristal, que ahora estaba oscuro. Me repetí que eran unas nalgas que se contraían al pensar en Dwight, esqueumorfismos. Eran parte de un simulacro gratificante que se sobreponía a un campo invisible cuyas leyes no podía esperar entender siquiera, mucho menos revertir; estaban diseñadas para hacerme sentir como si hubiera dejado de apretar algo, cuando en realidad no lo había hecho.

Me quedé tumbada boca arriba, ansiando que todo terminara. Después de un rato, encontré una pequeña área de la alfombra que me permitía sentir otra cosa. Era un espacio fresco que se iba haciendo más fresco y más amplio a

medida que me apretaba contra él, hasta que se transformó en mi contorno. Tras un breve instante de pánico en el que pensé que quizá me había vuelto incontinente como consecuencia de la infección urinaria y que estaba condenada a morir sola tras haber dejado una mancha en la alfombra de Silvia, me sentí revitalizada e invencible. Decidí confesarlo todo. Lo pondría absolutamente todo por escrito. Sería brutal e implacable con ambas, pero, después de leerla, ella podría verse como yo la veía y me entendería en todas mis dimensiones. Ahora me pregunto si todo habría salido bien si no lo hubiera hecho. Yo sentía que era un mensaje de amor, una limpieza ritual, una revelación de todo lo que había intentado ocultarle. Cuánto la amaba, cuánto la odiaba, cómo en realidad no había sido el destino lo que nos unió, sino que fue de otra forma. Los patrones y la paternidad que yo descubrí.

Escribí a toda prisa, pues sentía que el tiempo adecuado para hacer confesiones estaba a punto de terminarse, y después de eso ya no serían bienvenidas. Supongo que también lo hice de forma anónima, aunque eso no significaba nada más allá de mi nivel de intimidad con ella en ese momento. Si alguien me hubiera enviado algo así, habría dado por sentado que provenía de ella.

Mientras escribía, sentía que nadaba hacia la superficie. Mis piernas pataleaban, mis brazos se estiraban para intentar aferrarse al aire, como si en poco tiempo fuera a ver la luz de nuevo. Cuando terminé, me sentí expuesta, como si el mar se hubiera retirado de la costa, como unos labios que revelan las encías que hay debajo. Después de releerla, pensé que sería imposible que no arremetiera de nuevo la ola. Sería imposible que no volviera a mí con todas las fuerzas de la tierra temblorosa y el mar furioso en forma de un muro de agua. Admito que algunas partes eran altamente provocadoras, pero ésa era la intención. Como ya he dicho, cualquier respuesta me parecía mejor que el silencio.

Para que no pudiera reenviarse a las demás personas implicadas y para imprimirle cierta solemnidad a la ocasión, decidí entonces que fuera en papel

y no electrónica, pues una vez ella dijo que sólo leía bien las cosas que estaban impresas y que sólo las entendía de verdad si las sostenía con las manos.

Fuera, sentí que me rodeaba un campo invisible en el que nadé. Cada paso que daba era más lento que el anterior, y el aire se fue espesando hasta que sentí que estaba moviéndome en ketchup. Las multitudes parecían formarse y aglomerarse a mi alrededor, sin importar dónde estuviera. Me había acostumbrado a no tener nombre ni rostro en la ciudad. Era mi anonimato en medio del parloteo impersonal de la multitud. Pero ahora, cada vez que pasaba junto a alguien, veía un guiño de reconocimiento en su rostro. En primer lugar, los hombres del vestíbulo se comportaron de una manera más amistosa de lo habitual, y mi amigo el vagabundo del banco regresó y me saludó con un gesto esperanzado. Luego fue gente desconocida, gente aleatoria en la calle, que me miraba como si me conociera, y me pareció oír que uno o dos susurraban mi nombre. La ciudad me conocía. Podía distinguir mi llanto del de millones, tal como las madres reconocen el llanto de sus hijos.

Fui a usar un ordenador a una tienda de comestibles que ya no existe, pero que parecía estar construida por completo de periódicos apilados y packs de seis botellas de agua. Puedo visualizar el interior de la tienda ahora mismo: estrecha y polvorienta, con florituras barrocas de fruta envasada al vacío. Tenía una sed atroz, a pesar de estar rodeada de muros de agua, y seguía desesperada por orinar, así que me pregunté si no estaría alucinando. Intenté hacerlo rápido, pero debía encontrar un sistema para mover el ratón, dirigir su puntero caprichoso a donde no quería para que fuera a donde sí quería que llegara. El teclado tenía un retraso impredecible entre lo que tecleaba y lo que aparecía en la pantalla, así que al principio tecleé mal, y luego borré mal, y quedé atrapada en ese círculo una y otra vez. Diez minutos después, pensé en abortar la misión, pero entonces la pantalla se congeló y no pude hacerlo. Abandonar implicaría dejar mi confesión abierta al escrutinio ajeno.

Dudaba que alguien hubiera usado ese ordenador en años. El escritorio predeterminado era una plasta beige como de roca antigua iluminada por el atardecer. El calor incrementaba su resistencia. Estaba claro que la estaba empujando a una batalla que estaba perdida de antemano. Cuando creía que ganaría, la impresora cerró filas. Y en ese instante proferí el primer sonido público en días.

—¡Mierda! —exclamé, como un ladrido.

Pagué la impresión, el sello correcto y un sobre grande de color café. Un par de manos morenas aparecieron en el mostrador con el tíquet, lo cual era extrañamente cómico, pero lo conservé como prueba de que había enviado algo. Me gusta reunir evidencias de mi vida, como también me gusta dejarlas por ahí para que otros se pregunten por ellas. Por ejemplo, me quitaba los cabellos de la ropa y los soltaba al aire para que, en caso de que me asesinaran, mi ADN estuviera disperso por toda la ciudad y el caso permaneciera en boca de todos aunque nunca fuera resuelto.

Desde mi intercambio de cartas con Silvia, había perdido la costumbre y dudaba tanto de cómo usar el correo ordinario que a punto estuve de meter el sobre en un contenedor de basura. Pero lo envié. O, más bien, lo dejé caer en el buzón correcto para su envío. Literalmente quería quitármelo de encima. Quería que otra persona cargara con ese peso. Calculé que lo recibiría en las siguientes cuarenta y ocho horas.

Volví a casa y esperé a que pasaran todas y cada una de esas horas. A pesar de lo mucho que temía su reacción, temía más la prolongación de su silencio. Sin duda, algunas cosas resistían. Otras parecían contraseñas. El teclado estaba arenoso y las teclas se pegaban. No llevaba el importe exacto. Pero no creo que hubiera sido capaz de evitar escribir lo que escribí si hubiera querido que ese episodio pasara sin más. Creo que no habría pasado sin más a menos de que lo hubiera escrito y enviado. En total tenía como veinte páginas con múltiples subtítulos y notas al pie. La parte de la que me arrepiento es de haber dado por sentado que ella había regresado al hotel y las perversiones

que había imaginado que ocurrieron después. Las escenas de depravación que me vinieron a la mente como *collages* de las fotografías que había visto en su teléfono, pero con rostros y facciones distintas. Quería obligarla a reconocerlo, porque no sabía si lo había hecho, así que lo escribí como si estuviera del todo segura. Cuanto más escribía, más hervía de fiebre, y las oleadas de excitación y de angustia se aceleraron tanto que tuve que terminar tecleando con una mano y apaciguándolas con la otra entre los muslos.

Cuando pasaron otras cuarenta y ocho horas y seguía sin saber de ella, les pregunté a los hombres del vestíbulo si les importaría llamar a mi móvil para asegurarme de que funcionaba. Al ser un teléfono inglés, supuse que era una duda razonable pensar que de eso se trataba, así que mi estado mental se estabilizó. Tal vez no tenía suficiente en la cuenta para pagar la factura del teléfono, o quizá había superado mi límite de *roaming*. El teléfono procedió a vibrar en círculos sobre el mostrador, y los hombres sonrieron como si todos fuéramos amigos.

En un principio, enviar la confesión por correo postal me pareció una estrategia genial. No tendría que sentarme junto al móvil a esperar señales que indicaran que había sido enviado y leído. El papel sólido y fino me permitiría expresarme mejor. Pero después tuve que contemplar las verdaderas debilidades del sistema. Era ridículo confiarle algo de tal magnitud a un cartero. A un perfecto desconocido. Busqué historias de carteros infames de Nueva York. Había una sobre un hombre que maliciosamente había cambiado la vida de personas como yo al acumular cuarenta mil unidades de correo no entregado. La ciudad estaba plagada de ladrones y gente malcontenta. No obstante, pensé que también era desleal que, después de tanta neutralidad que era casi indiferencia, cuando no hostilidad abierta, en el momento en que la ciudad me parecía trémula y viva, como una estructura enfurecida que me recibía y se acoplaba a mis movimientos de tal manera que parecía que me estuviera esperando y yo fuera bienvenida, ella fuese lo único que no me respondiera.

Esa clase de tortura tenía un nombre particular, por supuesto. Como ya sabéis, me habían hecho *ghosting*. Quizá estéis pensando que podría haberme retirado, desconectarme, salir de allí. Pero dejadme deciros una cosa: no tenía escapatoria. Era una caja de seguridad más fuerte que la de cualquier mago escapista. Era tan indestructible como invisible, y no estaba hecha de nada, pero lo permeaba todo. Cuando decidí ir a verla, ya habían transcurrido ocho días. A pesar de mi encierro solitario, sentía que alguien me hablaba.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre el amanecer y el ocaso? —preguntó con malicia el cielo mientras yo caminaba debajo de él.

Lo pensé un instante. Era un crepúsculo metálico, y el sol moribundo no era visible salvo por los múltiples reflejos lúcidos que rebotaban en los edificios.

—No —contesté.

—¿No? En ese caso, ¿por qué habría de ser éste el final?

Las luces de neón fueron cobrando vida conforme recorría mi camino. Las oía, como una inteligencia *in crescendo* a mi alrededor, como si un enjambre de abejas acechara debajo de todas las superficies brillantes. Recuerdo haber pensado que quizá eso significara que había adoptado las costumbres del lugar, que ya hablaba su lengua con fluidez. Al caminar, fui aprendiendo el lenguaje de la ciudad. Entendía todos los mensajes codificados que volaban a mi alrededor, cada uno con su olor y su color distintivos que se integraban en mi mente, y veía quién los enviaba, adónde iban y quién los leía. Era capaz de dejarlos suspendidos en el aire como moscas en una telaraña, y luego los ponía en marcha de nuevo con un movimiento de la muñeca. Los cocineros

con zuecos de plástico, fumando agachados, la gente invisible acurrucada en sacos de dormir, los ejecutivos desorientados al salir del trabajo, todos con sus teléfonos móviles convirtiéndose en partes, y las partes se convertían en células, y las células se iban haciendo cada vez más pequeñas hasta volverse del tamaño de aquello que palpitaba en el cielo y a mi alrededor. Ahora podía conectar el olor acre de la basura que se mezclaba con el del desinfectante proveniente del local de *striptease* y de aquel lugar bajo el puente que siempre olía a orina, y era un patrón. Era como un estribillo musical que se repite. Podía diseccionar cada anuncio de neón que veía y mirar a través de él hasta observar los cables, las partículas luminosas y los pequeños fragmentos que conformaban esas partículas.

Llegué al parque de la 73 y me dirigí hacia el parque infantil Levin. Metí la cabeza en el rocío que siseaba en el pálido bebedero de granito. Al otro lado del parque avancé más aprisa. Por la 96 hasta Columbus. Bajé la mirada y vi una fila de pequeñas pisadas como de gato.

—Increíble —dije en voz alta, y sacudí la cabeza, maravillada. Las huellas habían dejado su marca en la acera fresca y me guiaban hacia donde estaba ella.

Empecé a temer cuando vi el café Nussbaum & Wu en la esquina y los carteles del local de uñas y de los almacenes en la acera opuesta que anunciaban mi llegada. Su edificio seguía allí, y no mostraba señales de haber cambiado en absoluto. Continuaba siendo de color gris hongo, y una serie de columnas clásicas flanqueaban la entrada. En el centro de la edificación, justo encima del portal, la escalera de incendios ascendía por la fachada. Los marcos oscuros de las ventanas parecían bocados en la piedra. Aún estaban los familiares escalones rojos que llevaban a la puerta y los aparatos de aire acondicionado asomándose por las ventanas. Las mismas molduras y cornisas decorativas. Su apartamento estaba en el último piso, el sexto.

La voz incorpórea de Perry, el portero de Mizuko, me sorprendió cuando intentaba pasar frente a su habitual puesto en la entrada sin que él se diera

cuenta. Su cabeza se asomó como una boya por encima del mostrador.

—Hola, Alice.

Yo había recogido el correo con frecuencia, así que supongo que se había acostumbrado a verme por allí. Perry me contó las partes de la historia que había visto con sus propios ojos: los paramédicos, la llegada de la madre proveniente de Japón, el rumor que había recorrido el edificio, y que él había tenido que desmentir, de que era ébola, y lo poco que Hiromi le decía cada vez que volvía de visitar a su hija en el hospital. Mizuko vivía a diez minutos caminando del hospital Saint Luke, por lo que Hiromi iba y venía varias veces al día. Los horarios de visita de los pacientes en cuidados intensivos se limitaban a intervalos de quince minutos, pero podían repetirse varias veces al día. La noche anterior, Hiromi se había marchado al aeropuerto con el pretexto de que Mizuko había mejorado bastante y de que pronto volvería a casa, aunque ella debía regresar a Japón porque tenía trabajo y había tenido que dejar sola a su anciana madre mientras estaba fuera. Debía volver a cuidarla.

Cada vez que Perry pronunciaba el nombre de Mizuko, yo sentía que los antiguos mareos regresaban. La sensación de estar flotando. Percibí que los poderes mágicos se me escurrían de las manos.

—Tenía una especie de parásito. Apuesto a que fue esa maldita gata del demonio. Son animales asquerosos. En realidad, ni siquiera está permitido tener mascotas en el edificio. Mi familia y yo tuvimos que ir al médico a que nos examinara porque la gata se quedó con nosotros cuando os fuisteis de viaje al desierto. ¿Te he contado que sufrió una convulsión justo aquí, en medio del vestíbulo?

Asentí.

—¿Dónde está *Michi* ahora? —quise saber, y Perry señaló al cielo—. ¿Murió?

—No, no, está arriba. Creo que su madre ha estado dándole de comer.

Me dejó entrar con la copia de la llave que había estado usando Hiromi.

—¿Has visto las noticias? —me preguntó mientras emprendía el regreso al vestíbulo—. El tipo aquel del hospital de Dallas ha muerto.

—Mmm —susurré. No sabía a qué se refería, así que di las gracias porque las puertas del ascensor se cerraran entre nosotros.

Empieza con síntomas parecidos a los de una gripe: cansancio extremo, fatiga, dificultades para respirar, debilidad en las extremidades, una sensación extraña de sequedad en la garganta... Algunas personas se recuperan del todo de una encefalitis. No obstante, en muchos casos, ésta puede provocar daños cerebrales y complicaciones, entre ellas:

- *pérdida de memoria,*
- *epilepsia, una afección que provoca convulsiones recurrentes,*
- *cambios en la personalidad y el comportamiento,*
- *alteraciones en la atención, la concentración, la planificación y la resolución de problemas.*

Nunca había oído hablar de ella, pero era la clase de cosa que imaginaba que Mizuko debía de haber inventado. Luego me dije que no sería capaz de llegar tan lejos por una simple historia. Me obligué a recordar lo que me había dicho Perry de los paramédicos. A menos que... ¿Y si de alguna forma había sido algo autoinfligido? Al parecer, hay gente que hace cosas así. Busqué en Google «parásitos autoinfligidos». La gente los pedía por internet y se los tragaba con bastante frecuencia. Pérdida de peso, problemas digestivos, toda clase de cosas. Intenté no dudar de ella. Quería creerla y creer que una fuerza benevolente estaba inclinando la balanza a mi favor.

Michi estaba escondida debajo del sofá. Me agaché, pero ella retrocedió.

—Hola, *Michi*. ¿Es a ti a quien debo dar las gracias?

Rara vez tenemos la oportunidad de ver las cosas bajo una nueva luz. Recuerdo una traducción del latín que una vez me hizo suspender un examen porque una de las palabras, que estaba traducida a pie de página con la intención de ayudarnos, era *inválido*. Lo interpreté como *falso, nulo, ilegal*.

Lo opuesto a *válido*. Pero la idea era que lo entendiéramos como alguien inválido, enfermo. Eso alteró por completo mi traducción. En lugar de atender la enfermedad, los sacerdotes eran acusados de fraude y de no cumplir con sus deberes. Aunque no coincidía con la gramática ni con la historia, volví una y otra vez a esa palabra, y cada vez que lo hacía no podía interpretarla más que como lo había hecho: *inválido, nulo, vacuo*.

Tardé unos cuantos minutos en procesar la nueva situación. Básicamente el único escenario que no contemplé era ser capaz de empezar de cero de alguna manera. No obstante, al parecer ocurrió una especie de borrón milagroso, tan simple como la eliminación del historial o el restablecimiento de la configuración de fábrica, una memoria borrada a partir de la marca impuesta por mí. Excepto por su móvil. Tendría que deshacerme de él.

Me di cuenta de que no sabía muy bien qué era una convulsión. Deteneos un instante e intentad imaginar vuestra vida sin Wikipedia. La dulce fuente de consuelo eterno. El ángel que satisface la necesidad de información. Pensad en vuestras vidas sin la posibilidad de buscarlo todo en internet.

Una convulsión es una descarga repentina de actividad eléctrica en el cerebro. Suele afectar la apariencia o el comportamiento de un individuo durante un breve período. Las neuronas transmiten señales eléctricas y se comunican entre sí en el cerebro con ayuda de mensajeros químicos. Durante una convulsión, hay un arranque inusual de neuronas que transmiten impulsos eléctricos, lo que puede provocar que el cerebro y el cuerpo se comporten de forma extraña. La gravedad de las convulsiones puede variar de una persona a otra. Algunas simplemente experimentan una sensación peculiar, pero no pierden la consciencia, o entran en una especie de trance durante algunos segundos o minutos, mientras que otras caen inconscientes y experimentan convulsiones físicas (movimientos corporales incontrolables).

Intenté imaginar una convulsión. Los impulsos eléctricos del cerebro de Mizuko desplazándose hacia mí a través de las redes neuronales.

El apartamento adquirió un nuevo olor, como de chicle de menta y arroz hervido. También parecía distinto, pero al principio no lograba descifrar por qué. Había unas cuantas cosas nuevas, como una arrocera rosa claro, algunas

latas de té y cajas con las mascarillas quirúrgicas que usaba Robin. Me sobresalté al notar que algo me rozaba el tobillo. Al bajar la mirada, vi las hojas de la planta de interior de Mizuko, que era una especie de palmera. Algunas de las hojas inferiores se estaban marchitando, pero en cierto sentido eso me parecía cada vez más extraño cuanto más tiempo pasaba mirándola. Una curva perfecta que iba del verde al café, la frontera exacta entre la vida y la muerte. Había una caja de pizza tirada en la basura. Los bordes de la pizza se agitaron como si hubiera huesos en su interior cuando la levanté. Me llevé una loncha de pepperoni a la boca. Estaba duro y cubierto de un polvo ambarino. Hacía días que estaba allí.

Antes de tocar cualquier otra cosa, fui al armario del baño donde Mizuko guardaba el modafinilo y, con ayuda de un poco de saliva, me tragué una pastilla. Y luego otra. Fui al dormitorio. Entonces me di cuenta de que no había sopesado bien todas las posibilidades. Vi el sobre con mi confesión: era como encontrarte a un amigo de la infancia a quien te da reparo acercarte. La habían abierto, pero habían vuelto a meterla en el sobre de color café, con mi letra infantil, su dirección y la palabra *urgente*, todo presentado a la perfección en la cama recién hecha. Junto a ella había otro sobre, que estaba cerrado y era de un color amarillo cremoso similar al de aquél en el que había envuelto mi pez rojo, con finos *kanjis* negros al frente. *Agua, niño*. El nombre de Mizuko.

Encontré su móvil. No tenía batería. Una vez que lo cargué, seguí sin poder sacarle nada, pues no tenía su huella digital. Me lo guardé en el bolsillo y cogí el otro sobre. Su ubicación física, junto al mío, sugería que era una respuesta.

—¿Vas a enviar algo por correo? —Perry señaló los múltiples sobres que yo traía bajo el brazo. Asentí—. Creía que ya nadie se escribía cartas en estos tiempos. —Asentí de nuevo, pero luego negué con la cabeza—. Los chicos de tu edad no salen de Facebook y los correos electrónicos. ¿Quieres que los eche yo al buzón por ti?

Negué con la cabeza y me aferré a ellos con más fuerza mientras caminaba hacia la puerta.

Cuando la toqué, la justificación de «Kizuna» de Mizuko me retumbaba en los oídos: «Eres dueño de todo lo que te ocurre».

Había un sobre. Enfrente de mí, así que me había ocurrido a mí, aunque no estuviera dirigido a mí. De cualquier modo, todo indicaba que Hiromi había leído el contenido de mi carta.

Al hacer toda clase de suposiciones sobre el origen paterno de Mizuko no había pensado demasiado en la vida interior de Hiromi. Ella era la pieza del rompecabezas que nunca encajaba, a menos de que le limara los bordes. Me aferré a la idea de que, si había algún culpable de que ahora Mizuko y Robin estuvieran unidos por lazos de sangre, era ella y no yo. No había considerado la posibilidad de que Hiromi fuera una especie de víctima, pues Mizuko nunca la presentaba así. Hiromi era la adulta, y los adultos no pueden ser víctimas. Su trabajo la convertía en un personaje aún menos entrañable. Quiero decir, fabricaba máquinas que se encargaban del cuidado de gente mayor y vulnerable en sus hogares, eliminando la necesidad del contacto humano. En mi imaginario, eso casi la convertía en una villana, además de que me inquietaba que hubiera llenado el apartamento de su hija inválida con

múltiples sensores, como un teléfono que le controlara el pulso o los niveles de glucosa, o un retrete capaz de examinar las deposiciones en busca de enfermedades. Ésa era la clase de cosas que hacía su empresa. Mientras despegaba la solapa del sobre, pensé que quizá incluso habría seguido todos mis movimientos desde que yo había entrado en el apartamento de su hija.

En primer lugar, no pude leer la carta, o al menos no directamente. Estaba escrita en japonés, así que, una vez que me senté en un banco en lo alto de Morningside Park, con una vista panorámica de muchos kilómetros, me preparé para leer la carta y la saqué del sobre, tuve que ponerme de pie y buscar a alguien que la leyera por mí. Supongo que en ese momento se esfumaron todos los límites morales, pero para entonces no tenía más responsabilidad hacia Hiromi o Mizuko que hacia los diminutos jugadores de baloncesto cuyos gritos y lanzamientos oía, haciendo eco desde las canchas del parque colina abajo. En ese momento, ambas eran unas desconocidas que jugaban a un juego distinto del mío, y las reglas de uno no eran aplicables al otro.

Primero me acerqué a alguien en la calle que parecía muy japonesa, pero no lo era. Luego me acerqué a una mujer en un mercado japonés cercano, pero se volvió para mirarme con miedo en los ojos. Después vi a un joven de ascendencia asiática sentado junto a la ventana de un Starbucks que afirmó que podía leer algunas cosas en japonés. Le ofrecí algo de dinero, y él aceptó y empezó a escribir entre líneas las palabras que entendía.

Como ya he dicho, las consecuencias prácticas de algunas cosas suelen ser indirectas e inesperadas. Pienso en eso cuando recuerdo lo que escribí en mi confesión no del todo franca. La World Wide Web fue inventada originalmente por físicos que trabajaban en el Gran Colisionador de Hadrones para compartir información, datos objetivos, y encontrar una versión de la verdad que no pudiera ser negada. No podemos culpar a sus diseñadores de la plaga que se desató después. A veces ocurre a la inversa, y sólo conocemos la consecuencia y no el origen. Hoy he leído acerca de un

terremoto que se supone que habrá en Estados Unidos en cualquier momento. Los científicos lo descubrieron en un lugar cercano a la costa de Washington que se conoce como el bosque fantasma, pues todos los cedros murieron por culpa del agua de mar. La tierra en la que estaban plantados descendió durante un terremoto; los investigadores lo dedujeron a partir de los anillos de crecimiento, que revelaban que todos los árboles habían muerto al mismo tiempo, y no poco a poco, sino de manera repentina. Los científicos luego compararon lo que ocurrió en el bosque fantasma con lo que pasó en la costa noroeste de Japón, a miles de kilómetros al oeste.

En el octavo día del décimo segundo mes del décimo segundo año de la era Genroku, una ola de casi mil kilómetros de longitud azotó la costa. Aunque los tsunamis son consecuencia de los terremotos, nadie notó que la tierra se moviera antes de que azotara la ola, por lo que su origen era desconocido. Cuando los científicos comenzaron a estudiar el fenómeno, lo denominaron tsunami huérfano. Finalmente, encontraron al padre de dicho huérfano, y las piezas encajaron a la perfección. Y ahora hay cilindros con muestras del lecho marino, fragmentos de la historia escrita en código para gente capaz de leerlo y de descifrar el intervalo de repetición del terremoto, que es de doscientos cuarenta y tres años.

Atravesé el corazón de Columbia, la calle 116, una parte de la misma ruta que recorrimos juntas Mizuko y yo la primera vez, cuando su sedoso abrigo se agitaba con el aire veraniego, y todo fluía tan bien y con tanta facilidad que sentí ganas de reír. Ahora reía, pero no de felicidad ni porque hubiera nada gracioso, sino meramente por solidaridad conmigo misma. Era capaz de elegir cualquier realidad que quisiera, y Mizuko no tendría más alternativa que vivirla conmigo, al menos durante una temporada. Ya una vez me había elegido a mí, en cierto sentido. Fue una especie de elección, aunque suficiente, pues me daba permiso. Caminé hasta el río Hudson y encontré un lugar donde podía asomarme al agua. Saqué mi sobre de color café, el que aún tenía su nombre y su dirección y seguía diciendo *urgente*. Luego saqué el móvil de Mizuko de mi bolsillo trasero y también lo metí dentro. A continuación, lo guardé todo en una bolsa de cierre hermético grande que

había cogido de su cocina, y también su otro aparato, un pequeño MacBook, para que hiciera peso. Luego cerré la bolsa —con mi confesión y los dos aparatos de Mizuko— despacio y con un gesto ceremonial, y la dejé caer al río, que corría a toda prisa.

Era lo que había imaginado que haría con mi pez de la buena suerte en Roosevelt Island —devolverlo al agua—, sólo que esta vez sí fui capaz de hacerlo. Cuando vi que la bolsa desaparecía de la superficie, tuve que apretar los dientes y pegar la lengua al paladar para contener un grito gutural. Y entonces sentí que alguien me ponía una mano en el hombro y solté un grito sobresaltada.

—¿Me harías una foto? —me dijo un desconocido.

—Claro.

De vuelta, pasé por la iglesia de San Juan el Divino. Jamás había entrado, pues había algo en la fachada que siempre me había parecido opresor. Estaba construida en un terreno donde había habido un orfanato, y la arquitectura externa, en palabras de Robin, parecía esquizofrénica. Se suponía que al principio la construirían con un solo estilo arquitectónico, pero imagino que los planes cambiaron tras iniciarse la obra. E imagino que les ocurrió más de una vez. Hubo muchas interrupciones, abandonos y posteriores recuperaciones del edificio. De hecho, aún no está terminado. De modo que la construcción y la restauración se empalman. Me repetí que eso estaba bien, que todo estaría bien. Nunca había una única verdad. Incluso la de Higgs podría usarse para comprobar teorías contrarias, pues en una tabla su masa se ubicaría entre ambas. Además, me dije con dificultades para respirar y los ojos bien abiertos, yo era posverdad.

Esa noche, tumbada en su cama pero sin ella, soñé con los pies gruesos de Ume y sus calcetines marrones, asegurados por un doble tirante de cuero, colgando de un árbol antes de que la bajaran. Era el mismo sueño que perseguía a Mizuko en «Kizuna», y una voz me llamaba desde la profunda oscuridad del océano.

Volvió a mí a la mañana siguiente, a las 10.01, un número capicúa, tal y como esperaba.

Oí un tintineo de llaves.

—¿Hola? —dije. No hubo respuesta.

Cuando me dirigí a la sala, me pareció que se alarmaba un poco al verme.

—¿Dónde está mamá? Perry dice que se ha ido.

Asentí.

—¿Cómo te encuentras?

No me miró mientras hablaba.

—Mareada. Enferma. —Las palabras salían de su boca automáticamente, como si estuviera acostumbrada a contestar esa pregunta. Luego agregó—: Es raro estar en casa. Siento como si llevara años fuera de aquí.

—Pero ¿te acuerdas de mí?

Se volvió para mirarme un momento.

—Sí. Eres la amiga de Rupert.

Recorrió el apartamento despacio, a tientas, como si no notara mi presencia. Intenté sentirme como ella se estaba sintiendo. Pensé en cómo estaría si alguien me arrebatara un verano entero. Una parte de mí se sentía aliviada. Me pregunté si sería mejor perder todos los recuerdos y empezar de cero, o perder sólo una fracción, de modo que hubiera que reconstruir en parte y restaurar en parte, como si se tratara de una catedral. Pensé en lo que sería volver a casa y descubrir que me habían arrebatado algo o lo habían destruido. Pensé en la avispa —que, según me informó Thom, era una avispa alfarera, una criatura solitaria que rara vez picaba— que había entrado en mi

dormitorio en casa de Walter. Cada vez que Dwight o yo abríamos la puerta, aparecía y se dirigía directamente al libro azul en el segundo estante de abajo hacia arriba, y desaparecía detrás de él, y desde ahí empezaba a emitir un chirrido agudo, como cristales que chocan en una vitrina o un tornillo que se está aflojando. Una vez me asomé detrás del libro azul y vi que la avispa había construido una serie de cilindros que parecían urnas en miniatura. Había cinco en el del borde del papel que daba a la pared. Los miré largo rato, y luego cogí otro libro y los despegué con el encuadernado. Los nidos dejaron cinco marcas opacas tras ellos, como huellas digitales. Al instante sentí que me había equivocado. La avispa alfarera, que había memorizado el camino hasta su nido, siguió regresando a él y ocultándose de forma irremediable en la librería, como si no pudiera creer lo que había sucedido, lo que yo le había hecho. Su prolongada tarea de amor, la creación meticulosa de un hogar para sus crías, había desaparecido. Volvió una y otra vez en un frenesí cada vez mayor hasta que ya no pude soportarlo más y decidí que la próxima vez que la viera tendría que matarla.

Le llevé a Mizuko una taza de té verde.

—¿Quieres alguna otra cosa?

—¿Dónde está mi móvil?

Me encogí de hombros.

—Tal vez siga en el hospital. ¿Has recogido todas tus pertenencias?

—Me dijeron que llegué sin nada. Sólo me entregaron la ropa desgarrada con la que fui allí en una bolsa de plástico, y yo les dije: «No, gracias, no la quiero».

Volví a encogerme de hombros.

—Lo buscaré. Tú siéntate. Sin embargo, he investigado un poco mientras estabas en el hospital, y dicen que al principio debes evitar pasar tiempo frente a cualquier tipo de pantalla.

Se sentó con cautela en el sofá, como si nunca antes hubiera intentado ponerse en esa posición.

—Pero ¿por qué estás aquí?

Seguí fingiendo que buscaba y rebuscaba debajo de las cosas, y que abría cajones y movía las cosas al azar.

—Quería cuidarte cuando te dieran el alta. Tu madre tuvo que volver a Tokio. Y he hablado con Perry. Creemos que lo mejor es que me quede unos días. Contigo.

—Cuando desperté por primera vez, pensé... —Se le quebró la voz—. En realidad no podía mover la boca ni hablar, pero sentía instintivamente que estábamos mucho mejor juntas. Ella se comportaba como una madre de verdad, y yo pensé... No sé qué pensé, pero estaba feliz de saber que ella estaba allí. Una parte de mí se siente mal porque se haya portado tan bien conmigo.

Me di cuenta de que no había probado el té. Saqué la bolsa y le eché un poco más de agua caliente a la taza. *Michi* pareció percibir que ella era la principal sospechosa, así que se negó a salir de su escondite.

—No quiero estar sola en este momento. No debería estarlo. Me deprimía mucho pensar que volvería a una casa sola. Y no recordaba el teléfono de Rupert. —Su voz se tornó más aguda, como si estuviera a punto de llorar.

Le pasé el brazo por encima del hombro y le dije que se apoyara en mí.

—Todo va bien, yo estoy aquí y no me iré a ninguna parte. Te lo prometo.

Cuando Mizuko se apoyó con rigidez y obediencia sobre mi pecho, vi por primera vez que tenía un círculo rapado en el cuero cabelludo, como si fuera un monje capuchino. Me emocionó verlo. Exhalé aliviada.

—Todo irá bien.

La primera diferencia en su personalidad que noté de inmediato es que se había convertido en una obsesa de la higiene personal. Aunque no salía del apartamento, usaba desinfectante para manos en cada trayecto entre la cocina y el vestíbulo, entre su dormitorio y el baño. Aunque, según Perry, la culpa de todo la tenía *Michi*, Mizuko se negaba a culparla absolutamente de nada y, cuando le insistí en que me permitiera llevarla al veterinario, negó con la cabeza. Le pedí que me describiera cómo se veía el parásito a través de los rayos X («como una cinta»), qué longitud tenía («dos centímetros»), cómo se veía el escáner cerebral («como *gyozas*») y cómo lo identificaron los médicos por primera vez («porque parecía una especie de anillo»). Intenté imaginarme adentrándome en ella y abriéndome paso a dentelladas hasta llegar a su cerebro, al hipocampo, que según ella era hermoso y parecía un caballito de mar.

Decidimos que desde ese momento yo me encargaría de Perry, de los repartidores y de las tareas que implicaran salir del apartamento. Quería ser su vínculo con el mundo exterior, así que adopté gustosa el papel de vasallo y le llevaba obsequios de mis paseos. A veces, cuando volvía de hacer algún encargo, imaginaba que al abrir la puerta vería un camino de ropa que llevara a su dormitorio y los encontraría juntos. A veces eran Rupert y Mizuko. Otras, Robin y Mizuko. A veces también aparecía Ingrid. A veces eran los cuatro. Cuanto más tiempo pasaba alejada de ella, más se intensificaba esa sensación, hasta que una vez, al salir del ascensor y caminar hacia el apartamento, sentí que se me iba a salir el corazón y tuve que meter la llave a

toda prisa, correr al baño, apoyarme en la pared y ponerme la mano entre las piernas.

El segundo cambio inmediato fue que desarrolló migrañas, lo que implicaba que con frecuencia debía quedarse tumbada en la cama con las cortinas cerradas para impedir que entrara el sol. Al principio hacía la mayor parte de sus comidas allí, así que varias veces había encontrado cosas, como una vaina sedosa de edamame, bajo las sábanas. Cuando lograba levantarse de la cama, lo hacía con desgana. Además de la prohibición de los dispositivos digitales, al principio también me dijo que no tenía permitido leer libros, o al menos no durante la primera semana de convalecencia. En ocasiones yo compraba un periódico, lo hojeaba, y luego me sentaba junto a su cama para hablarle acerca de decapitaciones, enfermedades infecciosas y estrangulamientos. También logré interesarla en el avión perdido, lo que pareció atraer su atención durante bastante tiempo.

—La caja negra que están buscando es como del tamaño de una caja de zapatos, pesa unos diez kilos y en realidad es de color naranja.

—¿Naranja?

—Le cambiaron el color para que fuera más fácil de encontrar.

—Ya veo.

—¿Continúo?

—Sí.

—«Expertos en aviación advirtieron el marzo pasado que era muy posible que nunca se supiera cómo habían sido los momentos críticos del vuelo MH370 de Malaysia Airlines, pues la caja negra que registra los detalles del vuelo podría haber sobrescrito la información. —Miré por encima del periódico para ver si seguía escuchándome. Su mirada se paseaba por la habitación—. Las cajas negras consisten en dos cajas: una grabadora de las voces de la cabina y una grabadora de información. La que graba la información registra una serie de datos relativos al vuelo, mientras que la

grabadora de voces almacena conversaciones y otros ruidos que pueda haber en la cabina de mando.»

—¿Puedes repetirlo? —preguntó. Volví a decirlo más despacio—. Entiendo.

—«Cada una de las cajas tiene el tamaño de una caja de zapatos y pesa alrededor de diez kilos. Están hechas de aluminio y diseñadas para soportar fuertes impactos, incendios y presiones elevadas. Aunque las grabadoras de vuelo originales solían pintarse de negro, en la actualidad son naranja para que sean más fáciles de encontrar.»

—Típico.

—«La caja negra del vuelo MH370 de Malaysia Airlines fue fabricada por la empresa estadounidense Honeywell Aerospace, y está programada para grabar la comunicación de la cabina en intervalos de dos horas que se borran, salvo por las últimas dos.»

—¿Por qué?

Fruncí el ceño y seguí leyendo, pero esta vez exagerando el dramatismo.

—«Esto ocurre porque suele ser la última parte del vuelo la que determina la causa del accidente. En el caso del vuelo 447 de Air France, por ejemplo, la grabadora de la cabina aportó información esencial para los investigadores sobre la confusión de la que fueron víctimas los pilotos. No obstante, en el caso del vuelo MH370, se cree que el momento crucial para entender el vuelo ronda el período durante el cual los sistemas de comunicación quedaron deshabilitados, y la nave dio un giro inesperado hacia el oeste antes de seguir en vuelo silencioso durante siete horas más. Aunque la información del vuelo habría sobrevivido si las cajas hubieran sido encontradas a tiempo, la discusión que pudo suscitarse en la cabina justo después de que el vuelo perdiera contacto con los controladores aéreos habría sido sobreescrita, a menos que la fuente de energía que alimentaba la caja se hubiera apagado al mismo tiempo. La caja negra envía un zumbido que se activa al sumergirse en el agua y puede ser identificado por micrófonos y analizadores de señales

a kilómetro y medio de distancia. No obstante, la batería del zumbido del MH370 tenía apenas una duración de treinta días, de modo que, si algún día se encuentran las cajas, es posible que jamás se resuelva el misterio, pues ya han pasado seis meses desde que ocurrió la tragedia. La profundidad del área oceánica en la que los investigadores buscan pistas va de mil ciento cincuenta a siete mil metros. El detector podría haber identificado el zumbido de la caja negra a una profundidad de hasta seis mil cien metros.»

—Me duele la cabeza. Me echaré una siesta. Luego terminas de leerlo.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Ésa es tu solución para todo: tomar más agua.

Dijo que me imaginaba como la *otoban san* de la escuela, la típica alumna responsable que se hace cargo, que se ofrece voluntaria para limpiar la jaula del conejo. Es cierto que yo me esmeraba y tenía muchos planes y reglas. Desde que había sufrido aquella infección de riñón me había vuelto escrupulosa respecto a tomar agua, así que decía que debíamos considerar que su desazón, su pérdida de memoria y la pérdida de sus dispositivos eran una gran oportunidad. De Dwight yo había oído puros lugares comunes metódicos y enfáticos. Pero le recordé que ella siempre hablaba de salirse de la cuadrícula. Ahora la haría cumplir con su palabra. Tal vez un retiro en una bonita cabaña estilo escandinavo en el bosque, donde pudiera reconstruir su alma y sus mecanismos de defensa psíquica. Columbia encontraría a alguien que la sustituyera en sus clases. Le dije que podríamos verlo como un experimento e intentar alargarlo durante treinta días.

—¿Como una monja budista zen?

—Sí, supongo —contesté. Esbozó una leve sonrisa—. Podría hacerte una especie de santuario en tu escritorio para que escribas, y conseguirte una máquina de escribir en algún mercadillo.

—No sabría usarla. Terminaría usando una pluma.

—Sí, claro. Una pluma está bien.

—Una buena, satinada.

—Sí, iré a comprarte una buena pluma satinada.

—¿Y sobre qué escribiré?

—Pues sobre cualquier cosa. Podrías escribir sobre esto, sobre el hospital y sobre perder la memoria, el parásito, las convulsiones. Podrías inventar las partes que no recuerdes...

—La marcha de mi madre.

Hice una pausa.

—Sobre eso también.

Como gesto de solidaridad, dije que le daría mi móvil a Perry para que me lo guardara en el almacén del edificio hasta que terminaran los treinta días. Le recordé que pronto llegaría noviembre, el mes nacional de la escritura de novela, o NaNoWriMo, como se lo conoce. Le dije que planeaba que sus estudiantes participaran. Podría intentar aprovechar para terminar su propia novela, pero desde un poco antes, desde octubre. Al principio no parecía convencida, pero poco a poco le fue emocionando la idea. Le expuse nuestro manifiesto neoludita a Perry, quien me miró tan confundido como impresionado mientras guardaba mi teléfono en una cajita.

Tenía treinta días. Si era cuidadosa, podía hacer que parecieran treinta semanas o incluso —si era muy muy cuidadosa y muy frugal, y los dividía en fragmentos lo bastante pequeños— hasta treinta años. Parecía que su cerebro había rebobinado en el instante exacto en que se derrumbó frente al cine Magic Johnson. Estaba débil y mareada y resultaba patética, y en ese momento me di cuenta de que la amaba aún más porque sabía lo absolutamente condenada que estaba nuestra relación. Quería calibrar cada instante y configurar cada día como una pintura. Aunque tal vez nunca tuviera toda su atención si volvía a escribir, al menos tendría control sobre lo que entraba y salía de su vida mientras estuviera aislada. Después de provocarla hablándole del abandono más reciente, ella juró no volver a hablar jamás con su madre. Lo mismo con Rupert, según prometió. Él era el auténtico parásito. Él le había absorbido toda la energía. En realidad él no

quería que ella fuera una escritora de éxito ni que tuviera nuevas amistades. Estaba celoso. Estaba fuera de sí. No le permitiría que la atrapara de nuevo en ese círculo vicioso.

Sugerí que se deshiciera de cualquier rastro de Rupert que quedara en el apartamento. Metí en bolsas camisetas, calcetines sin pareja y mancuernas, así como una carta en cuyo sobre él había escrito algo.

—¿Necesitas esto? —le pregunté, y le mostré el otro lado del sobre. Era un extracto bancario.

—No. Mete ahí también el cepillo de dientes eléctrico. Él me lo compró —dijo sin mucho ánimo—. Siempre que me lo llevo a la boca, pienso en él.

Fui directa al baño y lo metí en la bolsa.

—Te compraré un cepillo normal.

Mizuko me miró como si yo fuera la persona más comprensiva del mundo.

—Por lo general, soy divertida. Sólo es que no puedo dejar de estar triste en este momento.

—Eres divertida —le aseguré. Esbozó una sonrisa lamentable—. Sea como sea, yo no me iré a ningún sitio. No te preocupes.

No parecía preocupada.

—A veces, cuando me abrazaba, lo hacía durante mucho rato y me apretaba muy fuerte, como si no quisiera soltarme, pero yo me quedaba esperando a que me soltara en lugar de sin más disfrutar del abrazo. Esperaba el instante en el que sus brazos se aflojaban. Le tenía mucho miedo a esa pérdida gradual de presión.

La miré fijamente.

—Bueno, ahora puedes respirar sin tener ese peso muerto encima de ti todo el tiempo. Puedes recuperar tu espacio. Crear nuevos recuerdos —sugerí. Asintió sin fuerzas—. Podemos hacerlo juntas.

Un esbozo infantil de risa. Mi corazón volvió a latir. Ese sonido natural, parecido al hipo, me hizo pensar que todo estaría bien.

Una vez que limpiamos todo rastro de Rupert del apartamento, sugerí que

era posible que su madre hubiera instalado sensores, lo que implicó un segundo repaso del lugar, así como varios viajes de ida y vuelta al colector de basura, que ambas hacíamos como si fuéramos hormiguitas. Se oía cómo se deslizaban las cosas hasta la base del edificio. Lo primero de lo que sospechamos fue de la tetera y la alfombrilla del baño, pero una vez que empezamos a ejercer cierta presión sobre ellos, descubrimos que la mayoría de los electrodomésticos y los muebles del apartamento eran parte de una conspiración y estaban diseñados para manipularnos, distraernos o espiarnos de alguna manera. Nos deshicimos de las cosas físicas. Yo tenía un cajón donde aún había una foto de Ume, pero para cuando acabamos con el lugar se veía muy vacío, y no quedaba más que el colchón, dos lámparas, la copa *kintsukuroi* de su abuelo, una colección de libros de ensayo, un ejemplar de *La copa dorada*, un diccionario y un tesoro. A Mizuko le encantaba leer el diccionario. Le gustaba que las palabras tuvieran múltiples significados, e incluso significados opuestos. Empecé a leer la novela de Henry James y le permití que me contara ciertas anécdotas de nuevo.

Ya sabía en qué clase de ciclo nos habíamos metido.

Ya había habido un beso antes —después de la película, antes de las convulsiones—, y ahora esperaba que se repitiera. Tenía mis esperanzas puestas en ello. Así funcionaban los ciclos. Podía hacerle preguntas que en realidad no eran preguntas, pues ya sabía las respuestas. Incluso podía citarla y fingir que no sabía que ya lo había dicho antes. Podía moverme a una velocidad inhumana y alcanzarla en cualquier lugar al que se lanzara su mente, como una máquina que había sido diseñada para conocerla.

«¿Crees que seguiremos haciendo estatuas de la gente en el futuro?»

Respuesta: «No, porque ya sabremos demasiado sobre ella».

—¡Por Dios! —Mizuko se llevó la mano al rostro—. Me lees la mente.

Me volví capaz de regurgitar cualquiera de las opiniones que ella había vertido en sus viejos estados de las redes. Mi memoria era capaz de brincar en ambas direcciones. A veces sabía algo sobre ella, pero debía esperar —

esperar una eternidad cuando me invadía una extraña expresión lunática— hasta que ella por fin me daba una oportunidad relevante para usar esa información. A veces no surgía precisamente la oportunidad, sino que yo la construía. Y entonces ella me miraba con extrañeza y decía:

—Mira, tal vez seamos gemelas.

Era un rostro familiar. El rostro de quien se bebe la gentileza de un desconocido. Era como viajar en el tiempo y repasar ciertos pasos de baile que sólo una de las dos se sabía. Estaba convencida de que, después de eso, vendría el beso.

Al día siguiente le llevé una pluma y papel. Recuerdo mi alivio al ocultarme en la oscuridad y verla empezar. Sentí que por fin mi lugar en esta historia quedaría asentado; ella escribía sobre la vida real y transmitía al papel cualquier cosa que tuviera delante. Estaba escribiendo *Kegare*, la novela a medio terminar, y lo hacía a mano, y empezaba de cero porque había ideado una nueva forma de «hacer que funcione». A mí me gustaba que su proceso creativo se prolongara, pues eso me hacía pensar que nuestro tiempo juntas también se extendería. Pero comenzó a escribir en japonés. Yo sólo sabía que *kegare* era un concepto sintoísta, una especie de profanación, «el resultado espontáneo de fuerzas amorales». Entre las cosas que producen *kegare* están la muerte, la menstruación, la enfermedad y el nacimiento, pero también se puede producir con la mezcla de distintos espacios físicos, como el interior y el exterior. *Kegare* sería entonces el resultado de llevar el exterior dentro contigo, como, por ejemplo, cuando no te quitas los zapatos. Se puede transmitir de persona a persona, incluso de forma indirecta, a través del contacto con las mismas cosas y de la respiración del aire compartido. Hay rituales que se pueden hacer tanto para contenerlo como para disolverlo.

Cuando le pregunté por su idea para la historia, dijo que tenía que ver con el modo en que el tsunami lo había revuelto todo: objetos, espacios y gente, los contenidos de las casas extraídos y el exterior insertado, con sofás en las ramas de los árboles y coches cubiertos de barro empotrados en los

dormitorios. La mezcla de esos reinos había creado impurezas. Cuando le pregunté por qué ahora era distinto y exactamente de qué forma había encontrado el modo de hacerla funcionar, lo único que contestó fue que se inspiró en *mi generación*. Dijo que la manera en que pensamos estaba en sintonía con el resto del mundo al tener la información al alcance de un botón. También dijo que, de hecho, lo estábamos cubriendo con un velo, o al menos que los peores entre nosotros nos permitíamos supurar sobre todo lo demás.

—¿De qué forma? ¿Sangrando, sudando, llorando?

—Sí, pero incluso en la forma en que veis el mundo y lo proyectáis, y la forma en que os proyectáis a vosotros mismos en otras cosas.

—¿No todo el mundo hace eso?

—Sí, y siempre lo hemos hecho, pero se va haciendo más fácil. Es una nueva escala de medición.

Siempre era desconcertante cuando hacía eso. Yo la veía como una parte vital de la manera en la que me concebía al ver reflejado en mí un corpus de historia y experiencia que sentía que compartíamos, y que yo creía que influía más en la formación de cualquier persona que la familia o el ADN. No obstante, ella no se veía para nada en mí. Ya estaba del todo formada, y yo no tenía nada especial, salvo por mi falsa intuición sobre el funcionamiento de su mente. Para ella, yo no era más que una esquirola de una entidad mucho más grande que deseaba observar bajo la lente de un microscopio.

A veces lograba abrir una ventanita a lo que ocurría en su escritorio cuando alzaba la vista y me preguntaba un sinónimo. Estaba convencida de que existía cierta palabra o sustantivo para nombrar la pérdida de sentimientos por alguien a quien alguna vez se ha amado, para nombrar el acto de desenamorarse. Le dije que no se me ocurría otra cosa. Tampoco había nada en el diccionario, o al menos no el término que ella deseaba. En momentos como éstos sabía que estaba en peligro de caer en las redes de Wikipedia. Observaba cómo el pensamiento de renunciar a mi experimento y

buscar la respuesta en internet atravesaba su rostro, y entonces le señalaba con determinación el calendario hecho a mano que habíamos colgado en la pared. Aún no. Aún no se acababan los treinta días.

De ese modo, abandonadas a nuestros propios recursos no electrónicos, nos convertimos en un culto, uno en el cual nunca me quedó claro quién de las dos era la líder carismática y quién la seguidora ingenua. Continué sin saber si fui yo quien ejerció un control tiránico sobre Mizuko o si fue ella, o si sigue siendo ella. Me sentaba a su espalda en la bañera y le lavaba el pelo, en la zona que le habían rasurado y donde ahora tenía puntos. Pero, conforme fueron acabándose los treinta días, empecé a desconfiar también de ellos. Los acariciaba con dedos curiosos. Llegué a la conclusión de que podían significar toda clase de cosas, pero nada me aseguraba a ciencia cierta que Mizuko hubiera perdido la memoria. Ahora me arrepentía de haberme deshecho de su móvil y su ordenador. De haber estado más tranquila, de haber tenido más tiempo para ocultar las cosas y tomar buenas decisiones, habría desbloqueado sus dispositivos electrónicos y extraído la información de su ubicación durante el período en el que me había sido imposible contactar con ella. Esas cajas negras seguían en algún lugar del río y sus zumbidos se iban apagando poco a poco. No quería lavarle el pelo en exceso, así que desarrolló cierta textura pegajosa que me agradaba. Me gustaba mirar el pequeño parche de su cráneo en donde el cabello empezaba a crecer con rapidez, lo que me hacía creer que ella no tenía manera de saberlo. Gradualmente, mis propios moretones de la noche de la fiesta se fueron tornando grisáceos. Mizuko nunca preguntó por ellos. Cuando por fin desaparecieron, experimenté una sensación de angustia. La tenía en mi mano, del tamaño de una ciruela, y por momentos era un objeto y un ser vivo al que temía.

Se suponía que Mizuko debía hacerse revisiones periódicas, pero el hospital no tenía forma de contactar con ella, y, según ella, tampoco servirían de mucho. La experiencia hospitalaria le había resultado traumática y,

además, la forma en que la habían dejado marchar de urgencias la primera vez demostraba que eran incompetentes. Ni siquiera habían logrado mantener sus dispositivos electrónicos a salvo en el almacén con las pertenencias de los pacientes. No quería volver a ese lugar bajo ningún concepto.

Trabajaba todas las tardes hasta las seis o siete. Luego, por lo general, pedíamos comida y bebíamos cerveza. Y con frecuencia la despertaba sin querer en mitad de la noche.

«Deja de moverte.

»No dejas de moverte.»

A veces era feliz al imaginar un futuro benevolente, pero el ánimo alegre siempre cambiaba de la noche a la mañana, y despertábamos en distintas posiciones y enredos extraños, y las cosas marchaban mal sin que yo supiera por qué.

Durante la última semana, sentí cómo se iba alejando de mí. Lo que alguna vez había estado en todas partes, ese océano en el que imaginaba que me ahogaba, ahora no tenía siquiera la profundidad suficiente para bañarme. Vi cómo su calor se iba drenando sin poder detenerlo. La noche del día veintinueve no pude dormir, así que me levanté para ir al baño. Cuando encendí la luz, el extractor comenzó a zumbiar y la despertó, por lo que tuve que apagarla y orinar en la oscuridad. Al volver a la cama, noté que ella seguía despierta. Estaba furiosa, pero en silencio, y tenía los ojos cerrados con fuerza. Luego los abrió de repente y estiró la mano. Yo creí que quería agarrarme, así que fui hacia ella y sin querer le golpeé el brazo, el cual tiró el vaso que pensaba coger y se rompió al caer al suelo.

—Déjalo. Ya lo recogerás por la mañana.

—Del día treinta —dije.

—Lo sé.

Al despertar, encontré una mancha de sangre en las sábanas. Por un instante, aún adormecida, temí que se le hubiera abierto la herida de la cabeza. Luego caí en la cuenta de que era mi período. Era el primero desde el

aborto, lo que confirmaba que ya no estaba embarazada. Fue un alivio ver esa mancha roja redonda en medio de la sábana blanca. Cuando me levanté para limpiarla, olvidé el vaso roto y me corté en el pie.

Mizuko estaba furiosa conmigo y me dijo que también limpiara el suelo. Me agaché y recordé la pesadilla que había tenido la noche que Silvia se había puesto mal. Llevaba semanas sin pensar en Silvia.

Se notaba que Mizuko extrañaba la novedad. No era necesario meterse en su cabeza para saberlo. Se le notaba en cada movimiento y en cada palabra que pronunciaba. Poco a poco, mi presencia se fue volviendo parte del mobiliario, pero ocurrió antes de que yo estuviera lista y sin que se produjera aquel abrazo tan esperado.

Aquel día, el treinta, nevó. Mientras ella trabajaba en el último párrafo del último capítulo, yo decidí no salir del apartamento. Me asomé por la ventana, como desde un barco que recuperaba la calma, mientras a nuestro alrededor todo se volvía blanco y apacible. Luego me levanté. Cambié algunas cosas de sitio. Por lo general, cuando lo hacía, llamaba su atención, pero esta vez no fue así. No podía sentarme, pero tampoco podía seguir de pie.

Como a las seis de la tarde, Mizuko se levantó de su silla y caminó hacia la pared para tachar el último día del calendario con una línea roja.

—Se acabó —anunció—. He terminado. —Intenté sonreír—. Creo que deberíamos celebrarlo. Para señalar la fecha.

Se acercó a mí por la espalda, cogió el vaso de agua que yo tenía en la mano, lo dejó en la mesa de centro y luego se colocó frente a mí. Imaginé que se inclinaba hacia delante y que su boca se acercaba a la mía como un capullo húmedo y metálico de color rosa. Imaginé que se levantaba el vestido y deslizaba mis dedos entre sus piernas hasta un lugar duro que me hacía contener el aliento y presionar la lengua contra los dientes. Imaginé que los empujaba hacia dentro con tanta fuerza que me dolía el pequeño triángulo de piel entre los dedos.

Quería quitarle tensión al momento y liberar la presión imaginaria de mi

dedo. Miré su rostro y me pregunté qué querría que hiciera, pero ella tenía los ojos cerrados. Esta vez tendría que ser yo quien lo hiciese. Me pregunté si durante todo ese tiempo ella no había hecho más que desafiarme a tomar el control. Mi mano tembló al alzarla tanto como cuando dejé de seguirla en las redes. Era ahora o nunca.

El timbre de la puerta sonó con tanta fuerza que pareció sacudir el apartamento. Ambas nos sobresaltamos.

—¿Quién diablos puede ser? Contesta tú —susurró.

Me aclaré la garganta.

Alguien no quitaba el dedo del timbre. La voz de Rupert se oyó al otro lado de la puerta. Estaba llamándola por su nombre. Noté que ella también reconocía su voz, pero, por lo demás, su expresión era indescifrable. Me asomé por la mirilla y, al ver que su rostro abultado se me venía encima, me tambaleé hacia atrás.

—¿Qué hago? —pregunté.

Al darme la vuelta, descubrí que Mizuko se había metido corriendo en su dormitorio.

—No puedo permitir que me vea así —exclamó—. Dile que enseguida salgo. Entretenlo.

Miré hacia la escalera de incendios. Estaba oscuro y la nieve la cubría casi por completo. Los rellanos blancos hacían parecer que el suelo estaba más cerca. Sopesé cuánto tiempo tardaría en quitar el seguro de la ventana.

La oí poniéndose ropa. Cogí mi mochila, caminé hasta la ventana y descubrí que el seguro estaba lleno de polvo, pero era fácil de quitar. Con un movimiento veloz, me escabullí y salí al frío.

Mientras bajaba por un lateral del edificio, no podía deshacerme de la sensación de que era exactamente el tipo de cosas que uno de sus personajes, el que se llamaba Conejo, haría en la última escena. Cuando llegué al último piso, me pregunté si ella me estaba obligando a hacerlo, si me ordenaba que huyera y yo sólo la obedecía. No me detuve hasta llegar a la calle.

Al llegar abajo, me agaché, sin aliento, y volví a alzar la mirada en busca de un rostro blanco en la ventana. Parpadeé al ver la luna. La gente caminaba a toda prisa por la calle, junto a los muros grises. Por primera vez vi con claridad que la ciudad había cambiado de estación. Todo se veía homogéneo y extraño, y una capa de nieve ocultaba objetos que no podía identificar. Apoyé una mano en el metal gélido de una farola de la calle. El mundo se quedó en silencio, y yo me quedé quieta. No podía huir. Seguí mirando la ventana, a la espera. Esperé tanto que el frío hizo que me doliera la garganta y la espalda a la altura de los riñones. Sentía que no tenía otra alternativa que aguardar. Alguien como Susy habría vuelto. Lo habría negado todo. Se habría peleado con la situación hasta tenerla bajo control. Pero algo me instaba a quedarme donde estaba para ver si Mizuko venía a por mí. Tal vez, como había sugerido la adivina, un espíritu malvado venía siguiéndome y quería que me quedara sola. Media hora después, la abrumadora sensación de rechazo se volvió excesiva, así que empecé a caminar por la calle. «Nunca, nunca jamás volveré —le dije en mi cabeza—. ¿Quién te va a cuidar ahora? Yo seguiré caminando y, si no me detienes, se acabó. Fin. Punto final. Lo nuestro estará muerto y enterrado.» Al llegar a la esquina de Nussbaum & Wu, me detuve de nuevo. Esperé a sentir su mano en mi hombro. La nada flotaba en el aire. Era peor que el rechazo. «Aquí se acaba. Justo cuando doble esta esquina. Justo ahora.»

Por un instante sentí cierto alivio. Era una sensación parecida a la caída libre que había experimentado al caminar por primera vez por las calles de Nueva York. Podía ir a cualquier parte, ser cualquier persona; nadie me

conocía. Empecé a seguir los carteles que colgaban de las farolas y que anunciaban una exposición gratuita de Romare Bearden en Columbia, que se titulaba «Odisea negra». Cerraba al cabo de quince minutos. Las salas de la exposición tenían calefacción, pero a mí me costaba mucho descifrar las escenas que se representaban dentro de los marcos. Cuando salí de nuevo, estaba muy oscuro, no había estrellas y hacía mucho más frío. Hacía demasiado frío para que nevara.

El brillo de las farolas me inundó con pesadumbre. Caminé sin rumbo hacia el centro y volví a mis teorías de que Mizuko y yo compartíamos el equivalente pictórico del ADN; que existía una mágica simpatía entre nosotras, sin importar cuán lejos estuviéramos; que desafiábamos las leyes del tiempo y el espacio, las ondas, la gravedad y todas las otras reglas que según los físicos determinan el mundo material (terremotos, tsunamis) y los cuerpos. Aun así, nuestra conexión provocó lo contrario de la intimidad. Mi búsqueda derivó en lo contrario. Jamás me había sentido tan aislada y desconectada, incluso de mí misma.

Me pregunté si irme de esa manera había sido una mala idea. Me pregunté si debía volver. Había estado muy ensimismada y tensa la semana anterior, esperando el final, tanto que no había hecho más que correr por mi vida. Supuse que el zumbido de la puerta era la señal para huir: «ZZZ, ZZZZZ, ZZZZZ, ZZZZZZZ. ¡SE HA ACABADO EL TIEMPO! SE HAN TERMINADO LOS TREINTA DÍAS. Intrusa detectada». Sólo llevaba conmigo mi pequeña mochila, donde guardaba el ejemplar de Mizuko de *La copa dorada*. Me había ido sin llevarme las cosas de mis cajones y sin recoger mi móvil del almacén de Perry.

Aunque sólo fuera por eso debía volver. Me ayudaría a asentarme, a frenar la sensación de que estaba flotando. Y quizá la encontraría allí, en el vestíbulo, o saliendo del ascensor. ¿Con Rupert?

—Me has pillado por los pelos. Estaba a punto de irme. Toma —dijo Perry mientras me lo pasaba por encima del mostrador—. Ni siquiera lo has

echado de menos, ¿verdad? —preguntó en tono sarcástico.

—Claro —contesté con una sonrisa forzada mientras lo agarraba con mi mano helada—. ¿Lo has dejado subir tú?

—¿A quién?

Lo miré con fijeza, y él pareció ponerse un poco nervioso.

—He bajado al almacén apenas un minuto. ¿Hay algún problema?

—No —respondí, pero noté que mi voz me delataba—. Todo va bien.

—¿Quieres comprobar si sigue funcionando?

Miré la pantalla oscura, le di un par de golpecitos con la punta de un dedo. Vi el reflejo de mi propio rostro. Esperaba que Mizuko viniera y me llevara al apartamento entre lágrimas.

—Supongo que no tiene batería.

Igual que yo. Volví a la calle y me alejé de su edificio, como si fuera a la deriva en el espacio sideral. Subir, bajar, izquierda o derecha ya no eran decisiones significativas; tomara el camino que tomase, no había nada más allí. Caminé sin rumbo hacia Riverside Drive. El enrejado pertenecía a un parque nuevo y desconocido, envuelto en su apariencia brillante como mejillas incrustadas de sal. Caminé hasta que el frío me caló tanto los huesos que dejé de sentir que mis pies tocaban el suelo. Fui a la tumba de Grant, luego al parque Sakura, donde vi que la pagoda estaba cubierta de nieve. Quité la nieve de los columpios. Nunca había visto tanto silencio en la ciudad.

A través de los finos árboles desnudos veía el apartamento de los Rooiakker con claridad, así que crucé un sendero de lo que resultó ser nieve muy profunda e intacta. Cada pisada se sostenía sólo un instante en la superficie, pero luego mi propio peso hacía que la pierna se me hundiera hasta la rodilla. La nieve se me metió en los zapatos y se derritió. Llegué al borde del parque, en el extremo que da a Claremont, y vi que las luces se encendían justo cuando llegaba allí. Me agaché y me quedé ahí largo rato, preguntándome si saldría alguien. Veinte minutos después, al ver que no salía

nadie, me enderecé. Estaba entumecida y mojada, y tenía frío. Luego seguí andando, andando y andando por la calle hasta llegar a la tienda de Apple que está al final del parque, donde empezó a reunirse una multitud que me permitió entrar en calor. Alguien me preguntó por una dirección, pero no logré pronunciar una sola palabra.

Cuando aparecí en casa de Dwight, en DUMBO, ya no sentía el cuerpo.

—Necesito que me prestes dinero para pagarme el billete de avión a casa.

—Hola —me saludó.

La mitad superior de su cuerpo estaba envuelta en una camisa entallada de color azul marino. Noté que emanaba un aroma ahumado. Afirmó que se alegraba de verme, y yo le respondí que igualmente en un tono que a alguien que no había crecido entre mormones podría haberle parecido poco sincero. Dijo que había tenido suerte de encontrarlo, pues últimamente viajaba mucho por trabajo y en la actualidad no tenía huéspedes de Airbnb. Al instante recordé todo lo que despreciaba de él. Pero, en cierto sentido, era reconfortante saber que no había cambiado en absoluto.

La compañía de Dwight me hizo sentir incluso más alienada. Nos observé sin mayor interés, nos escuché casi desde lejos, como si fuéramos un par de extraños al otro lado de la ventana.

Me habló sobre su último cliente.

—Queríamos que fuera «Conocemos el potencial de un mundo interconectado», pero ya se le ocurrió a otro. —Llevaba en la mano una botella plateada que tenía impreso el nombre del gimnasio al que iba. Esperé mi respuesta, pero yo no tenía nada que decir sobre su eslogan—. También me invitaron a participar en un congreso sobre ciudades inteligentes.

Seguí callada. Ni siquiera podía fingir. Luego me mostró la liebre que tenía en el congelador, con la que pensaba cocinar un ragú. Le pedí que me explicara qué eran las ciudades inteligentes para que continuara hablando mientras yo usaba su portátil. Su protector de pantalla continuaba siendo el incomprensible mapa del metro. Empecé a buscar vuelos.

—Ay, mira —exclamó con una sonrisa—. Ése es uno de mis anuncios.

Apareció a un lado de la pestaña que acababa de abrir: «¿Por qué motivo viajas? ¿Negocio, placer, visita familiar?».

Dwight me hizo la cena, aunque ya era casi medianoche. *Pappardelle* de liebre. Dijo que pensaba que sería gracioso, ya que mi apellido en inglés significa eso: liebre. Supongo que me quedé en blanco porque después dijo que no lo hacía para molestarme. Le contesté que no estaba molesta, sino cansada e incómoda por otra cosa. Él seguía convencido de que mi molestia se debía a la salsa de la pasta; como las liebres son parientes de los conejos, pero tienen unas patas que parecen raquetas para la nieve, sería mejor que lo llamáramos así: ragú de raqueta. Lo dijo como si yo fuera una niña. Una que necesitaba que le dieran de comer en la boca fingiendo que un trencito entraba en un túnel. Luego se rio, se rio y se rio.

Dwight había cazado la liebre en el norte del estado. Llevó incluso sus raquetas de nieve a la sala para darle un efecto dramático al relato. Señaló que tenían sujeciones especiales. Imaginé a Dwight siguiendo la pista de la liebre, y a la liebre pensando que el tipo no era más que un payaso con unas carísimas raquetas de nieve. Era probable que la liebre lo considerara un completo payaso si él había logrado dispararle, y seguro que se detuvo para carcajearse y no pudo parar. La liebre que murió riendo ahora se cocía a fuego lento mientras él me contaba la historia. Cuando nos fuimos a dormir, el apartamento seguía oliendo al guiso. Dwight había deshuesado la carne y la había cortado en trozos lo suficientemente pequeños para pasar por un colador y caer en un recipiente brillante. Después de cenar, me di cuenta de que había olvidado el nombre de todo y ya no recordaba dónde estaba ni si era infeliz.

Mientras Dwight me levantaba del sofá en brazos, afirmó que estaba demasiado cansado para cambiar las sábanas que había usado el huésped anterior, y me preguntó si no me importaría dormir en ellas.

—Oh.

—¿Sí?

—¿Era una pareja?

—No, una mujer sola.

—Resulta un poco perturbador.

—Bueno, en realidad no.

—Toma, pon a cargar mi teléfono.

Tengo lo que denomino *pequeños grandes sueños*. No son exactamente sueños, sino que me esperan en la frontera entre el sueño y la vigilia. Los tengo desde siempre. Se suman a la sensación de caer que experimenta mucha gente justo antes de quedarse dormida. Al decir que son pequeños y grandes me refiero a la grandeza que se mezcla con la insignificancia, a una escala extraña que parece tan contradictoria que cuando se encuentran se produce como una explosión y después, por un instante, colapsa toda diferencia entre ellas. La unión de los opuestos. Primero no soy más que una persona diminuta, diminuta, con una mano diminuta, y empujo una puerta que va del suelo al cielo en cámara muy muy lenta. Mi diminuta mano tarda lo que parece una eternidad en tocar la puerta, pero la explosión que ocurre cuando mi mano se encuentra con la puerta gigante dura un clic, un simple segundo. O quizá menos. El instante posterior a la explosión invierte las proporciones y entonces soy un dedo gigante y cada línea de mi mano parece la marca de una llanta aumentada miles de millones de veces. Hay un diminuto alfiler con la punta afilada hacia arriba, y mi dedo espacial se mueve lentamente hacia él a través del espacio. Cuando atraviesa la piel tiene lugar una explosión, y las proporciones se invierten de nuevo hasta que concilio el sueño o despierto.

En la visita a Japón nos mostraron unas rocas que surgen del mar como enormes dientes, en las que se excavó una casa con techo y todo, aunque la puerta de entrada sólo es un diminuto arco esculpido por el mar. Mis pequeños grandes sueños se asemejan a eso. Unos diminutos dedos con un poder magnánimo. Una cosa que se convierte una y otra vez en su opuesto

incompatible. Sabía que esa sensación indicaba que estaba a punto de despertar. Mi dedo comenzaba a desplazarse por encima de una enorme muñeca con los rasgos de Mizuko. Entonces, en algún punto de la noche, Dwight empezó a tener relaciones sexuales conmigo. Yo sentía la barriga hinchada de la cena y no tenía fuerza en las extremidades ni voz para detenerlo. Hacía poco, aunque no mucho, que se había rasurado el escroto, así que raspaba mi piel como una lija.

Cuando desperté por la mañana, tuve que recordar el dolor una vez más. Había un sol blanco e invernal que me entristeció. Dwight caminaba de un lado a otro de la habitación mientras hablaba con alguien.

—Al parecer, es muy buena para el HTML, y eso es lo único que me importa... Sí, sí. —Pausa—. Sí, mi parte favorita es: «Steve, ¿necesitas que te lo condense?». —Se dio una palmada en el pecho y rio—. Claro, claro. Les dije que se fue por el desagüe porque no es el hijo de nadie.

Me descubrió mirándolo desde la cama y se mostró avergonzado.

—Lo siento —susurró.

Yo me encogí de hombros.

Si me quedaba demasiado tiempo en una posición, el dolor punzante de perder a Mizuko me sobrecogía. Me levanté de la cama. Pensé en ella. Me contuve. ¿Me echaría de menos? Me contuve. Silvia había escrito: «Debes desarrollar un poco de autocontrol». Esa idea me hizo pensar en que Mizuko había escrito *Kegare* en treinta días y en las monjas budistas zen, lo que me hizo pensar en Mizuko sentada en un pequeño *dojo* con un kimono negro de mangas muy largas, rastreando su linaje hasta Shakyamuni Buddha y olvidándose de mí y de mis secretos.

Dwight colgó el teléfono.

—¿Así que necesitas que te preste dinero para el vuelo?

Le dije que era muy amable. Él cerró los ojos y la cara se le iluminó con una expresión de indefensión beata, como para dar a entender que no podía

frenar el flujo de generosidad que llegaba hasta mí y que él mismo derramaba. Sin embargo, yo ya no quería su ayuda.

—En serio, no pasa nada. Tengo una *app* que me permite encontrar los billetes más baratos que hay disponibles, como por quinientos dólares. Déjame prestarte el dinero. Ya me lo devolverás cuando estés en casa de tu madre.

—No. No importa. —No quería deberle nada.

Me dirigí a Amsterdam Avenue. Cuando salía a hacer encargos para Mizuko, tenía cuidado de no pasar por allí. Casi no reconocí la residencia porque los bancos metálicos, las barandillas y la franja de césped que serpenteaba en el exterior estaban cubiertos de nieve.

Nat estaba en la habitación de Silvia, vestida de negro y con unas gafas oscuras sobre la cabeza. Recogía las cosas de Silvia con ayuda de una enfermera. Sin más preámbulos, me informó de que el funeral había sido esa misma mañana. La enfermera parecía a punto de darme el pésame, pero Nat la interrumpió:

—No se moleste. Que no la engañen sus buenos modales. —Luego se volvió hacia mí—. Ya se lo he contado todo. Les he dicho que eres un demonio.

Clavé la vista en el suelo mientras los ojos se me llenaban de lágrimas y la mirada se me nublaba.

—Es un diablo disfrazado de una pobre huerfanita perdida —exclamó con voz aguda, como si se dirigiera a la habitación vacía. Me quedé en silencio y volví a sentir el mareo de las semanas anteriores—. Aunque engatusaste a Silvia con todos tus «por favor» y tus «gracias».

La enfermera, a quien no reconocí, salió de la habitación tan rápido como pudo con una pila de sábanas dobladas en las manos. Quería apelar a su compasión con la mirada, pero Nat tenía los ojos clavados en los míos, así que no pude hacer más que devolverle el gesto mientras se me saltaban las lágrimas. El dolor intenso y superficial porque me trataran con tanta rudeza

empañoó un dolor más profundo, que aún no se convertía en algo rígido y pesado.

Salí de allí sin decir una palabra.

De pronto me encontré dando vueltas sin rumbo por Morningside Heights, con la esperanza de toparme con Mizuko y Rupert. No quería hablar con ellos, sólo verlos. Anduve por la calle de un lado al otro. Fui al café húngaro y a todas sus guaridas habituales. Detrás de la iglesia de Riverside, encontré más carteles pegados en los postes que anunciaban la exposición. Fui a verla de nuevo: seguía siendo gratuita y dentro no hacía frío. No eran muchas salas ni había demasiada gente, por lo que no tardé en descubrir que Mizuko y Rupert no estaban entre los presentes. En esa ocasión presté más atención a las pinturas y a las figuras negras que las poblaban. Las miré fijamente durante largo rato, mientras me preguntaba qué estaba pasando y cómo lo haría para volver a casa. Cuando salí, ya anochecía.

Caminé hasta el apartamento de Silvia. Dos de los Tony me ofrecieron sus condolencias, pero yo fui incapaz de abrir la boca. La sensación de estar flotando empezó a fortalecerse, y llegó la pesadumbre. Me senté en el suelo.

Sonó el teléfono inalámbrico de Silvia. Eran de la funeraria, que llamaban por equivocación, pues buscaban a Nat. Tras disculparse por su error, el hombre me deseó que no sufriera ningún percance en mi viaje de regreso a casa. Me sentí tan pesada que imaginé que mi cuerpo atravesaba el suelo de todos los pisos hasta llegar a la base del edificio. Es desconcertante que un empleado de una funeraria te desee un viaje sin percances. Tampoco era que hubiera decidido irme definitivamente, pero la forma casual y tajante con que me habló el hombre me hizo darme cuenta de que, en efecto, todo había terminado.

No sabía de dónde sacaría el dinero para volver a casa. Durante el último mes había vivido de Mizuko. Antes de eso, usaba la tarjeta de crédito de Silvia cuando lo necesitaba, pero suponía que para entonces ya estaría cancelada.

Me quedé tumbada en el apartamento y seguí postergando lo que fuera que debía hacer después. Abrí un libro sobre el poder curativo de los delfines. Los copos de nieve resbalaban en las ventanas, mientras a lo lejos otros volaban con el viento.

El apartamento siguió llenándose de flores, aunque no sé quién creían los remitentes que estaría ahí para recibirlas. Cogí algunos billetes de dólar que Silvia tenía en la bandeja de la calderilla. Cogí también algunos billetes de mayor cuantía que sabía que Silvia guardaba en un cajón en su estudio. Salí a dar una vuelta por la manzana para ir a una tienda que tenía un cartel que decía SE COMPRAN PIELS. Llevé algunos de los abrigos de Silvia que encontré en su armario, pero el hombre los miró con desprecio, y en ese momento yo no entendí que era el preludio a la oferta, así que me fui. Volví al apartamento y aguardé. Esperaba que alguien viniera a detenerme. Mientras me desplazaba en mi propio olvido personal y me golpeaba con las cosas que quedaban por debajo de mi cintura, entendí por qué Silvia había seguido durmiendo en el sofá después de la muerte de Rex. Si todo permanece igual, parece posible que la otra persona vuelva. Una parte de mí no quería esperanza, quería que alguien decidiera por mí, pero otra no quería que nadie más decidiera.

La última noche que pasé allí hubo una gran luna amarilla. La observé con los prismáticos de Silvia. Recordé el *tour* por Japón y al padre de Rupert. La gente del pueblo lo celebraba haciendo «bolas de arroz para ver la luna» y recolectando *aki no nanakusa*, una clase de hierbas que florecen en otoño. Según nos explicó la guía mientras nos daba un puñado, eran flor de trébol, hierba de la Pampa, arruruz, clavellinas, eupatorias y campanillas chinas. Hay un *emoji* que probablemente no conozcas, que es el *emoji* ceremonial para ver la Luna. Está la Luna, un montoncito de *minimochis* y hierba de la Pampa. Todavía tengo el puñado envuelto en el folleto de papel que cuenta la historia:

Una vez, el anciano de la Luna bajó la vista hacia un gran bosque en la Tierra

y vio a tres amigos sentados alrededor del fuego. Eran un conejo, un mono y un zorro. Decidió descubrir cuál de los tres era el más generoso, así que bajó a la Tierra y se disfrazó de mendigo. Pidió ayuda a los tres amigos con el argumento de que estaba muy hambriento. El mono le llevó fruta, y el zorro le llevó un gran pescado. Sin embargo, el conejo fue incapaz de encontrar comida, así que le pidió al mono que juntara leña y al zorro que hiciera una gran fogata. Una vez que la fogata estuvo ardiendo en todo su esplendor, el conejo le explicó al mendigo que no tenía nada que darle, así que se lanzaría al fuego para cocinarse y que el mendigo pudiera comérselo. Justo antes de que el conejo se arrojara al fuego, el mendigo recuperó su forma de anciano de la Luna y le dijo al conejo que era muy generoso, pero que no debía hacer nada que le hiciera daño. Como decidió que el conejo era el más generoso de los tres, se lo llevó a la Luna para que viviera con él.

Comprendí que necesitaba a mi madre. Quería conocer la sensación que había descrito Mizuko y que había experimentado cuando se había reunido con la suya en el hospital. Fue una llamada breve. Le expliqué dónde estaba y qué necesitaba que hiciera, y luego tuve que corregir los tiempos verbales para hablar de Silvia en pasado. Susy hablaba en voz baja pero reconfortante.

—Entonces vuelve a casa —me dijo.

En el aeropuerto me retrasó el hombre que revisó mi pasaporte. Llegué con muchas horas de antelación, pero olvidé que mi visado había expirado. Logré subirme al avión cuando la puerta estaba a punto de cerrarse. Los acentos británicos que se oían en el interior, en especial el del piloto, que sonaba por el sistema de megafonía de la cabina, me recordaron más a Robin que a mi madre o a mí. Lloré en silencio durante la mayor parte del vuelo. Cuando la persona del asiento contiguo me pidió que apagara la luz de lectura, fijé la mirada en la pantalla de vuelo que tenía delante. Era una extraña cartografía digitalizada. Una raya roja. Verde y azul. Fronteras. Mar. Problemas técnicos. Fundido en negro.

Al llegar, enseguida me dirigí a la máquina de control automático de pasaportes. No quería que ningún rostro viera el mío ni repetir mi llegada o mi partida del JFK. Quería escabullirme en silencio al interior del campo electromagnético de casa. Y para eso era ideal la validación impersonal de mi

identidad, de mi invariabilidad, que hacía el sistema inteligente de control de fronteras. Mi máquina tardaba más que la de la gente que tenía a ambos lados. Me pregunté si el cambio que había sentido que había tenido lugar en mi interior había sido realmente tan radical. Empujé el chip contra el lector con más fuerza y miré el monitor de reconocimiento facial con expresión más seria. Nada. Pensé en la nueva historia de Mizuko, su novela. El ser humano tiene unos medios impenetrables para impedir que el mundo exterior entre en él, pero muy pocos para impedir que el mundo interior rebose y se someta a cualquier intruso del exterior. Puse a prueba un viejo truco. «Soy una de vosotros —le dije a la máquina—. Déjame entrar.» La máquina se negó, así que tuve que ponerme a la cola de la de al lado.

Estaba lista para coger el tren. Planeaba desplazarme a toda velocidad por la zona de llegadas para no experimentar la deprimente sensación de que no hubiera nadie esperándome, pero en la puerta vi que Susy había ido a buscarme y sujetaba un cartel decorado con conejos dibujados a carboncillo y mi nombre. Quizá ella también me había llamado *Conejo* alguna vez, pero, si así fue, no lo recuerdo.

El vacío en mi interior y el adormecimiento que había reemplazado a mi apetito habían aumentado desde que salí de Nueva York. En cierto modo, eso me ayudó a sentirme más cerca de Mizuko, como la manera en que Silvia dormía en el sofá me hizo sentir que las cosas no se habían asentado aún y que el *shock* todavía era reciente. La normalidad resultó ser mucho peor.

—Cariño.

Cogió mis maletas. Estaba igual que siempre. Intenté que me devolviera una.

—No es necesario —insistió—. Soy libra: bien equilibrada.

Era una frase que le había oído decir muchas veces antes, pero volver a oírla en ese instante, con una ecuanimidad tan simple, me hizo llorar de nuevo.

Con sólo ver a Silvia había aprendido que una de las peores partes de estar enfermo es que la mayoría de la gente siente que tu dolor es incomprensible. Con esa tristeza era distinto. Sentí que necesitaba nutrirla y protegerla del entendimiento ajeno. Quería la comprensión de Susy porque deseaba sentirme reconfortada y menos sola, pero al mismo tiempo no la quería, pues

no deseaba que en ese instante mi luto personal se volviera parte de algo universal.

—Está bien —me tranquilizó—. No te culpo por irte. No veía que yo era... No me di cuenta de cómo me estaba comportando.

Una vez había buscado nuestra casa en Google Earth y se la había mostrado a Mizuko. Está al final de una calle larga con forma de anzuelo. En la última parte el camino es de grava y rodea la casa, de modo que siempre que llega alguien lo oyes. Como de costumbre, nuestro perro con manchas salió a ahuyentarme hasta que me reconoció, y entonces pareció avergonzado. Entré en el vestíbulo, donde estaba la mesa redonda de madera de nogal en la que Susy dejaba el correo.

—Olvidé decirte que el lavavajillas se ha estropeado, así que tendrás que llevarte contigo tus vasos, tus platos y tus cubiertos a la ducha para ahorrar agua caliente.

—Vale.

Solté la maleta y el perro la miró con interés, luego seguí a Susy a la cocina. No tenía noción de la hora. Había un reloj encima del estante de las tazas de porcelana, pero hacía mucho que no funcionaba. En el fondo de los vasos había flores secas e insectos muertos. Todo estaba tal y como lo había dejado.

Susy estaba en el fregadero, dándome la espalda y escuchando «Hora de jardinería». El sonido de las voces, los acentos y las entonaciones..., toda esa normalidad me parecía de locos.

—Es un regalo que me envió Charles —me informó, y señaló la mesa, donde al parecer se había dado por vencida al intentar montar una especie de robot de cocina.

Recuerdo lo extraños que me parecieron sus ojos nacarados y de color lila. Combinaban con su chaqueta polar extragrande de color azul cielo, se veían aumentados por las gafas y parecían nadarle en las cuencas. Me froté los míos propios, que tenía reseco por la calefacción del avión.

—¿Quién es Charles?

—Según él, sirve para hacer batidos. No sé por qué cree que quiero hacer batidos.

El corazón se me encogió más aún que en el suelo de casa de Silvia, como si se me estuviera cayendo a los pies como una roca dispuesta a hundirse en lo más profundo del océano.

—No sé quién es Charles, mamá.

—Es mi nuevo amigo. —Su mirada se clavó en la puerta—. Es quien saca esta nueva faceta de mí. —Sonrió, pero luego sacudió la cabeza—. Me he llevado el impermeable. Espero no habérmelo dejado en el aeropuerto.

—Está debajo de esa silla. ¿Qué significa eso de *tu nuevo amigo*?

Mi madre no tenía amigos nuevos desde hacía años, mucho menos hombres.

—Mi amigo especial.

Alzó la mirada por un instante y esbozó otra ligera sonrisa. Tal vez sí había cambiado. De cerca, se veía mayor de lo que la recordaba. Se movía más despacio y llevaba su cabello canoso todo enmarañado. Sobre todo, parecía inusualmente servicial.

—Voy a guardar las maletas. Estoy destrozada.

Subí la escalera de madera. El otro perro, un labrador decrepito que ya no podía subirla, estaba tumbado al pie y me observó mientras subía.

Desde que me había ido a la universidad, mi habitación era conocida como el cuarto de las visitas. Alguien había dejado un cojín en forma de corazón sobre la cama. Me quité los zapatos y los calcetines. Tenía los pies hinchados después del largo vuelo y marcados por las cicatrices de viejas ampollas.

Me desperté de madrugada y decidí deshacer las maletas. Me di cuenta de que había olvidado cosas en casa de los Rooiakker y en la de Mizuko, pero había llevado conmigo algunas pertenencias de Silvia. Por la mañana subí al desván, donde unas cosas corrieron y se refugiaron bajo mis pies. Dejar las cajas intactas en su mayoría parecía reconfortar a Susy. Era como si las cosas

podieran cambiar en cualquier momento y Mark fuera a volver para reclamarlas. Ahora entendía su estrategia. Ya no me parecía tan descabellada. De hecho, tenía todo el sentido del mundo. Encontré una caja que contenía la única copia que había hecho Susy de *Alice en Dallas*.

Hubo una época en la que aún estaba todo unido...

—Hola.

Al volverme, encontré a Susy de pie detrás de mí. Traía consigo un trozo de cuerda brillante y delgada y lo que parecía una sábana doblada encima del brazo.

—Hola.

—Hola. —Se detuvo en el hueco donde yo había apoyado la escalera.

—¿Qué haces?

—He pintado el perro de un amigo de Charles. He empezado a pintar retratos de perros. Éste es una mezcla de terrier tibetano y caniche. ¿Quieres verlo? Charles se ofreció a llevárselo a su amigo esta tarde, así que debo envolverlo. Es el que está allí. —Me hizo una seña para que la siguiera a donde estaba la pintura.

—Muy bonito. ¿Cuánto te pagará?

—Bueno, es árabe, así que prometió pagarme con pistachos.

—¿Pistachos?

—Sí.

—O sea, que el tipo está loco.

Susy pareció indignarse, así que me disculpé.

—He hecho pastel de café para celebrar tu vuelta.

—Qué bien.

—Debería deshacerme de todas estas cosas. Charles me regaló un libro de una japonesa que dice que...

—Lo sé —la interrumpí, haciendo un gesto de dolor. Mizuko me había contado el fenómeno cuando vaciamos su apartamento.

—Su método implica juntar todas las cosas y entrar en comunión con tus pertenencias, y luego...

—Ya sé de qué va. —Se me quebró la voz.

—Está bien. —Parecía alarmada, herida—. ¿Quieres que bajemos y hablemos de lo que está pasando?

Bajamos una detrás de la otra y fuimos a la cocina. Fuera había una peculiar tormenta de invierno. Al otro lado de la ventana, el cielo de hojalata destellaba y agitaba el marco, y cada tanto se dibujaba en él un tridente, como una vena. Me asomé por la otra ventana, que daba al otro lado de la casa. Había poca luz, pero se veía el muro que había sido afectado por la última gran tormenta, el poste de telégrafos achicharrado y el árbol quemado. En la mesa, Susy se sentó frente a mí y dobló y redobló con delicadeza su servilleta. Se notaba que quería que yo diera el primer paso, pero me contuve.

—Tu vestimenta es muy alegre.

Llevaba puesto mi vestido negro estilo saco.

—Gracias.

—¡Espera!

Decidió que era un buen momento para entregarme algo, así que fue a su dormitorio y regresó con una esfera transparente que contenía una pequeña figurita.

—¿Qué es eso? —La miré como si hubiera visto un borrego vestido. Apenas reconocí que era un adorno navideño barato que alguna vez habíamos colgado en el árbol. No parecía nuevo.

—Es un regalo de Navidad.

—¿No pensabas envolverlo?

—Creía que era buena idea dártelo de una vez, por si vuelves a irte. Quería que supieras que lo lamento.

Asentí. Esas palabras tocaron una fibra muy profunda. Había odiado a mi madre por su sufrimiento, pero ahora, por una razón que seguía sin entender, ya no me sentía así.

—Está bien —respondí—. Ya lo he trabajado por mi cuenta.

—Entonces cuéntamelo todo.

—¿Qué es *todo*? —Mi necedad salió a flote. Nuestro reciente entendimiento se convirtió en amargura al instante. Ahora que ella era amable conmigo, me pareció buen momento para ser la adolescente rebelde que nunca había tenido la oportunidad de ser cuando ella era difícil.

—Tu viaje.

Volví a romper en llanto.

—¡Ay, Alice! ¿Qué pasa?

—Nada —contesté entre sollozos.

—Vamos —insistió—. Soy tu madre.

—Lo sé. Y eso es parte del problema.

Los padres siempre les dicen a los hijos que no hablen con desconocidos, pero las estadísticas demuestran que los extraños rara vez son el problema. Suelen ser los ex, los familiares, los vecinos. Además, ya casi nadie puede clasificarse como desconocido, pues *todo el tiempo* hablamos con desconocidos. Me preocupaba que se identificara en exceso con mi historia si se la contaba. Temía que su compasión, a pesar de ser bienintencionada, me volviera posesiva e iracunda una vez más. Para ella todo era personal, pues sólo se fijaba en cómo la afectaban las cosas a ella, en lugar de reflexionar sobre la complejidad del asunto. Aun así, me conmovió que me lo pidiera. Como una piedra que me golpeaba aunque intentara esquivarla.

—Bueno, ¿y ahora cuál es el plan? No puedes quedarte aquí para siempre.

Mi plan era quedarme allí para siempre.

Me levanté de la mesa y me dirigí a su estudio, que estaba a oscuras salvo por el brillo de la pantalla de su ordenador. No tenía permiso para usarlo. Nadie tenía permitido tocarlo, pero su contraseña era la misma de siempre:

MARK1968

Los dedos se me enredaron en el teclado al intentar escribir su nombre.

MISUKOP MIZUKO HIMRIENA HIMUA HIMURA

Susy se acercó y se quedó de pie en el umbral.

—¿Qué haces en mi ordenador?

Todo rastro de dulzura se había esfumado de su voz.

Son las 23.32. Sigo creyendo en la simetría, así que ésta será la última parte. Llegas al final cuando regresas al principio. También sigo siendo supersticiosa con ciertos números. Por ejemplo, suelo buscar el 23 y el 32 cuando compro lotería. Lo mismo pasa con las fechas. Continúo encontrando *señales*. Hoy siento que es el día adecuado para hacer esto público, pues encontraron una pieza del avión desaparecido en la costa de Reunión, una isla del océano Índico. Es muy humano tejer nuestras pequeñas historias con algo más grande, pero el recuerdo de algunas personas contiene mucho más de lo que abarcó su vida. Sugihara, el rebelde diplomático japonés de Mizuko, nació el primer día del siglo: 01/01/1900. Me gusta imaginar a sus padres asimilando la fecha mientras buscaban en el rostro de su hijo señales de su propia existencia y las comadronas comían raíz de bardana hervida con frijoles negros, acariciándolo detrás de las orejas, pues todos sabían que sería un niño especial, destinado a hacer grandes cosas. Pero ahora la parte de aquella conferencia sobre el Holocausto que resuena más en mi interior ya no es la del heroísmo de Sugihara y cómo firmó todos aquellos visados falsos. Es más bien lo que le ocurrió después, cuando vivió en la sombra vendiendo bombillas de puerta en puerta.

Además de la cuestión de los números, creí que tenía mi problema bajo control cuando empecé a hacer jardinería. Deseaba tener herramientas en las manos, cortar el césped y escuchar la radio mientras el sol se reflejaba en el cable alargador, como si fuera un río en medio de la hierba. Quería adoptar un estilo de vida saludable, subir un poco de peso. Fui a ver a un médico. Fui por si acaso quedaba algún rastro del verano dentro de mí, como pequeñas

espinas pegajosas de pescado que hay que tirar a la basura. Él no le dio mayor importancia a mis inquietudes y afirmó que, si hubiera algo de que preocuparse, mi cuerpo ya me lo habría hecho saber. ¿Acaso era mi intuición femenina? Yo creía que mi intuición femenina había desaparecido por completo.

Dejé a Susy en primavera. Hice la mudanza a principios de abril, el mismo día que me fui a Nueva York el año anterior. Pensé que sería una buena forma de empezar desde cero. Silvia me dejó el dinero que tenía después de que su albacea cubriera todos los gastos médicos, legales y fiscales. De otro modo, no podría haberme mudado. Conseguir un apartamento propio fue esencial para volver a empezar y a sentirme mejor de nuevo. No imaginaba que ser dueña de un espacio físico marcara semejante diferencia. Ahora tengo un umbral que cruzar, y soy la única que posee la llave. Disfruto de la independencia y la autosuficiencia.

Llegué en la segunda oleada de aburguesamiento que irrumpió en Wood Green, con bolsas de cultivo, semillas y pequeñas macetas. Recuerdo que en las iglesias de Harlem había unas pancartas hechas a mano con advertencias como ABRAN PASO A LOS BURGUESES SODOMITAS Y PARASITARIOS, pero en Wood Green no hubo tal resistencia. Aquí no pasa gran cosa, lo cual es agradable. Es el tipo de vibración que busco. Tampoco es un lugar de moda al que la gente venga a no hacer nada. No hay letreros de HE SALIDO A PESCAR. Tan sólo es un buen lugar donde vivir. Elegí este vecindario porque cuando lo visité por primera vez me causó indiferencia, y eso era justo lo que quería sentir. Desde que me mudé aquí, el restaurante de comida china de la calle principal cambió su nombre a Copa Dorada, lo que me pareció inquietante, pero aparte de eso el paisaje no me recuerda en absoluto a Mizuko.

Me gusta pasar las horas en cuclillas sobre el suelo húmedo y tibio, bajo las lonas, en busca de mosquitos y ácaros, dando palmaditas y dejando que me caigan terrones negros en la blusa. Lo que más disfruto es podar y hacer

cualquier cosa con herramientas. Escucho la radio todo el tiempo, de modo que siento el alivio de oír las voces sin tener que ver las caras.

«La primula busca privacidad, no enclaustramiento. Si observas cómo crece, te envolverá...» Hoy están emitiendo «Hora de jardinería» desde Weymouth. Anoto cosas. Están hablando sobre una «maravillosa ciruela energética». Y tienen razón, primula. Para estar a salvo del mundo no debería ser necesario aislarnos. Pero ahora tengo más cuidado para mantener fuera lo exterior y dentro lo interior. Tengo un par de pantuflas de interior y un zapatero para mis herramientas de jardinería. Durante un tiempo pareció que era suficiente y me hizo sentir que cualquier contaminación que hubiera ayudado a difundir, o cualquier ruptura de límites que hubiera fomentado, rociando pedazos de mí sobre la superficie de Nueva York como si fuera alimento para peces, me había sido perdonada.

Pero entonces encontraron el cuerpo.

Durante días no fue más que un cadáver de una desconocida que hallaron cuando se congeló el agua en invierno. Más tarde, con ayuda de los registros dentales, su información biométrica y algunas llamadas telefónicas, identificaron a la mujer. Los informes decían que Hiromi Himura, de cincuenta y seis años, de una familia de banqueros, había estado en Nueva York visitando a su hija. Añadían que encontraron el cadáver de Ume Himura en avanzado estado de descomposición poco después de hallar el cuerpo de Hiromi. La foto de Mizuko que había hecho Hiromi, *Kakusei!*, «¡Despertar!», circulaba por internet de nuevo.

Leo los mismos artículos una y otra vez. Ume no supo que Hiromi estaba desaparecida a pesar de que no había vuelto. Sentí alivio de que no la hubieran llevado a una residencia. Creo que a Ume no le habría gustado que volvieran a moverle el suelo bajo sus pies. Imaginé su muerte solitaria y sus restos en avanzado estado de descomposición sobre la alfombra. Mientras leía, empecé a emitir unos ligeros gemidos que provenían del estómago. El único alivio que me procuraba ese final era el intenso dolor que me causaba.

Supongo que querréis saber qué decía la carta. No la mía, pues no deseo compartirla, ya que algunas cosas deben mantenerse en secreto, sino la traducción de la carta de Hiromi. De ese modo, su destinataria por fin podrá recibirla.

Querida M:

Lamento todo esto. Es otro fracaso, lo sé. Sé que no me creerás, pero al final vine a Estados Unidos para intentar ser una buena madre. Di de comer a Michi y compré una arrocera, por ejemplo. Esperé a que despertaras para decírtelo en persona. De ahora en adelante seré una buena madre. Tu abuela también quería venir, pero es demasiado vieja para hacer un viaje tan largo, por lo que la dejé en casa. Pero estaba muy preocupada. Me alegró mucho que empezaras a despertar, así que le envié una foto por mensaje, aunque creo que nunca enciende el móvil que le regalé.

La espera me hizo pensar en cosas de las que me arrepiento. Por primera vez me di cuenta de cuánto te quiero, así que me prometí que te cuidaría cuando despertaras. Pensé que podríamos empezar de cero y que te contaría las cosas que siempre quisiste saber.

Eso era lo que planeaba mientras seguías inconsciente, y luego aquella tarde, cuando abriste los ojos por primera vez, me enviaron a casa y me pidieron que volviera a la mañana siguiente. Me fui llena de esperanzas y grandes planes, pero cuando llegué a tu apartamento había un sobre esperándote. Decía que era urgente, así que lo abrí. Lo lamento mucho, pues ya sabes que soy una persona muy respetuosa con la privacidad de los demás. Incluso me resulta difícil escribirlo, pero sé que es la única manera de que ambas logremos lo que queremos. Yo elijo guardar un secreto, así como tú puedes elegir dar a conocer el tuyo, si es lo que deseas, cuando yo no esté.

Tu abuela dice que, aunque sobrevivas al terremoto, después vendrá el tsunami, y aunque sobrevivas al tsunami, tendrás que enfrentarte a la

radiación. Nunca llegamos al final. Fue una tontería creer que sí. Al saber que estabas bien, sentí un gran alivio y pensé que todo había cambiado..., incluso esa sensación de entumecimiento y la ira que albergué contra ti durante tanto tiempo. Pero me equivocaba. No es culpa tuya, y ahora desearía poder darte tanto amor que por fin me permito sentirlo. Entiendo por qué querías conocerlo y entiendo por qué querías que te conociera a ti, pues sé lo que es que te rechacen. Por favor, comprende que nunca fue mi intención mantenerte oculta. Crees que no entiendo por qué escribes historias que disgustan a las personas que están cerca de ti y benefician a las que están lejos, gente a la que nunca conocerás. Alguna vez sentí algo así, y alguna vez intenté decirle a gente extraña lo que me había ocurrido, aunque nunca os lo confié a tu abuela y a ti. Te lo contaré ahora para no desaparecer sin que obtengas las respuestas que buscas. Pensé que te resultaría obvio. Simplemente no me atrevía a decirlo.

En 1981 me violaron. Nueve meses después naciste tú. Tu padre — decirlo me sigue pareciendo extraño— vivía en la misma residencia universitaria que yo. Cuando volví, le dije a la gente que me había dado de baja, pues al final sólo había estado un semestre. Fue tu abuela quien quiso que estudiara, pues estaba decidida a que me convirtiera en científica, como Kathleen Drew. Tuvo una gran pelea con mi padre para que me permitiera ir, hasta que él acabó cediendo. Llegué a la universidad, y al final de la tercera semana me metí en el baño y olvidé cerrar la puerta con llave. Cuando regresé, había un hombre en mi dormitorio. Dijo que había entrado para decirme que no dejara la puerta abierta. Parecía mucho más grande que yo. Al principio creí que trataba de ser amable, pero la siguiente vez que fui al baño en mitad de la noche volví a dejar la puerta sin echar la llave. Esta vez, cuando regresé, estaba de pie justo detrás de la puerta. Estaba furioso. Dijo que me había advertido que no lo hiciera. Que yo debía de ser tonta. Dijo que no me

deseaba, pero que tan sólo quería que comprendiera que debía respetar las normas.

Cuando se fue, yo tenía demasiado miedo para salir del dormitorio. No sabía cuál de las habitaciones del pasillo era la suya, ni si vivía en otro piso. Me quedé despierta toda la noche. Si necesitaba orinar, lo hacía en un bote. Me sobresaltaba cada vez que oía pasos fuera. Esperé a que amaneciera, a que llegara la hora de las clases, y entonces fui a buscar al representante de los estudiantes extranjeros, quien me dijo que hablara con la policía.

La primera pregunta que me hicieron después de que les relatara los hechos fue por qué no había cerrado la puerta con llave. Cuando me di cuenta de que no me creían, me enfurecí. No sabía cómo hacerme entender, ni siquiera en mi propio idioma. Me confundí y empecé a sentirme avergonzada. Mi inglés no era muy bueno por aquel entonces, ni siquiera cuando estaba tranquila. Cuando me llevaron a la comisaría de policía, el segundo recuento de mi historia que hice frente a los agentes especializados fue ligeramente distinto. Me pareció que pensaban que no les estaba contando la verdad. Les expliqué que no había dormido en toda la noche y que me gustaría que un intérprete me ayudara, pero dijeron que no había nadie que hablara chino.

Cuando una declaración queda por escrito, se acabó. Ni siquiera recuerdo qué fue lo que escribí ni si tenía sentido alguno. Sus preguntas me hicieron pensar que todo había sido producto de mi imaginación. Sugirieron que sentía nostalgia del hogar al haberme mudado de país, y que sólo intentaba llamar la atención. Entonces yo tenía dieciocho años. No sabía nada de sexo ni de violaciones. No sabía que debía exigirles que me examinara un médico allí mismo. En vez de eso, tuve que irme de la comisaría y volver a mi dormitorio.

Tampoco dormí esa noche ni la siguiente. Dijeron que buscarían a alguien que coincidiera con la descripción que les había dado, y esperé a

que me llamaran o fueran a verme, pero nadie hizo nada. Entonces volví a ver al representante internacional y le dije que quería cambiar de cuarto, a lo que él contestó que haría lo posible por trasladarme. Después de unas semanas, vino un oficial a decirme que lo habían encontrado. Robin Quinn admitió que había estado en mi habitación, pero afirmó que no había entrado en contra de mi voluntad. Aseguró que yo lo había invitado. Según el oficial, eran mis dos versiones ligeramente distintas contra su única versión consistente. Robin Quinn insistió en que yo le había dado mi consentimiento y que casi con seguridad me había arrepentido de hacerlo. Me catalogaron como la niña extranjera que extrañaba su hogar y había tomado una mala decisión. La niña que se arrepentía de haber perdido la inocencia. No hubo nada más. Llamé a mi madre para avisarla de que volvería a casa. Le dije que había cometido un gran error. Cuando regresé, me negué a hablar de ello. Apenas podía hablar, en realidad. Cuanto más tiempo pasaba callada, menos palabras me quedaban dentro y menos lograba hablar.

Eso me convirtió en una persona difícil de querer. Hasta tu abuela dice que cuando volví a casa dejé de parecerle tan agradable como antes. Creía que la culpaba por enviarme lejos. Por cierto, dile que no es verdad. Desearía que hubiera alguien a quien echarle la culpa. A diario leo cosas sobre gente como él.

Saqué la idea para mi empresa del odio que sentía al pensar en que una persona pudiera sentirse aterrada en su propia habitación. Recuerdo estar boca abajo, con los brazos atados a la espalda, en el suelo de mi propio dormitorio, rodeada de mis propias cosas, pues había traído de Tokio mi cama individual, las zapatillas que tenía guardadas debajo, mi escritorio, mi lámpara y mi estuche para lápices. Entonces pensé: «¿Por qué no me ayudan? ¿Por qué no activan las alarmas?». Cuando la policía entró a echar un vistazo, quise gritarles a mis cosas: «¡Contádselo! Vosotras lo visteis todo. Pasó justo aquí. No puedo demostrárselo yo

sola». Después de eso, ya no confiaba en ellas. Sentía que mis pertenencias cotidianas, los fragmentos de mi hogar, me habían traicionado cuando más las necesitaba de mi lado. Al volver a Tokio, dejé allí la mayor parte de mis cosas.

Digo que entiendo por qué necesitas contar tus historias, y quizá ahora puedas entender por qué nunca he contado la mía. El riesgo de que no me creyeran me sobrepasaba. Empecé a pensar que tal vez lo había inventado todo. Quizá todo estuviera en mi mente, pero luego supe que venías de camino. Y todo volvió a empezar. Coges cosas de la realidad y las conviertes en ficción. Me gustaría decir que fuiste una niña deseada, pero la verdad es que no te deseaba y sabía que no quería ni podía amarte. Al principio continué con el embarazo porque no tenía la suficiente confianza en mi propia mente como para detener nada de lo que me sucedía. Me aterraba la idea de ser incapaz de distinguir lo verdadero de lo falso. Si no podía confiar en mí cuando salía por la puerta de casa, mucho menos podía confiar cuando tomaba una decisión. Desconocerme fue más aterrador que encontrar a aquel desconocido en mi habitación. Eso fue lo peor: sentirme así de vacía. Al final, por eso te tuve. Quería saber que había sido real, que hubiera una marca permanente. Y tú soportaste la carga de la prueba.

Mi madre intentó que abortara. Creo que sospechaba. Mi padre, como era de esperar, estaba furioso, pero eso sólo me enfrió más el corazón y me convenció de seguir adelante con el embarazo. Recuerdo que, mientras crecías dentro de mí, pensaba que no volvería a permitir que un hombre me hiciera algo nunca jamás. Tenía la esperanza de que, si te expulsaba con todas mis fuerzas en lugar de dejar que otro hombre me metiera las manos entre las piernas para sacarte mientras yo yacía inconsciente, el último rastro que quedaba de él desaparecería.

No anticipé que al verte me sentiría peor. Fue como revivirlo todo en cámara lenta. Ésa es la única razón por la que no hay fotos tuyas de bebé,

salvo las que te hizo tu abuela. En aquella época no podía mirarte directamente a la cara. Cuando estabas en mi interior, te convertiste en algo abstracto, una desconocida en el peor de los casos; pero cuando saliste, eras como una enemiga. Te temía porque estaba segura de que él y tú erais lo mismo. Cuando te pusieron sobre mi pecho en el hospital, me sentí atrapada, encarcelada por un bebé indefenso, detenida en contra de mi voluntad.

Tu abuela quiso cuidarte, y yo se lo permití. Intentó convencerme de que te cambiara el nombre que te había puesto. Argumentó que, aunque estuviera deprimida, no era justo que te diera un nombre triste. Sé que ahora serás tú quien la cuide.

Me repetí que estaba haciendo lo correcto, pues ¿qué niña querría saber que ésa es su historia? Un padre criminal, una madre víctima, y ella la mitad de ambos. Pensé que el silencio sería mejor que una mentira. Muchas veces, cuando discutíamos, deseaba tirarme al suelo como una hoja para que me pisotearan. Y desaparecer. Temía que lo trajeras de vuelta a nuestra vida. Desde que había hablado con la policía, no había vuelto a decir su nombre en voz alta. Nunca lo busqué. Ni siquiera supe que se había cambiado el apellido hasta ahora. Cuando leí el contenido de esa carta que recibiste, no anticipé lo mucho que me dolería, ni que me convertiría en madre, en alguien que sentía ganas de protegerte y dolor al mismo tiempo, no sólo por él, sino también porque al encontrarlo me estabas rechazando.

Quiero morir lejos de casa. En Japón mucha gente va a los mismos sitios. El Mar de los Árboles está lleno de turistas morbosos que sacan fotos de los cuerpos colgantes e incluso roban sus pertenencias. No quiero que un depravado se haga una foto conmigo de fondo.

Siempre estaré ahí si me necesitas, porque siempre seré parte de ti.

Seré la parte de ti que no te rechazará.

Recuerdo que la carta me hacía llorar cuando la leía, y hasta puedo oír los sollozos que dejaba escapar mientras contenía el llanto. Pero ya no conozco a esas personas por las que lloro. No me permito compadecerme, pues siento que está mal. Ya no comparo a Robin con mi propio padre, ni me comparo con Hiromi, ni a Ume con Susy, ni a Mark con Mizuko, aunque ambos sean expertos en esfumarse. No sé, no puedo saberlo, aunque estuve a punto de lograrlo. Ahora, cuando la leo es como si me hubiera incrustado en una realidad que no es mía y, cuando salgo de ella, me resulta fácil cerrar la puerta a mi espalda, como si me quitara los auriculares y volviera a oír los ruidos de la ciudad.

Lo que sí puedo vincular son las dos cartas. Al principio sentía que apenas había una ligera conexión entre mi confesión y la suya. Era una circunstancia de la vida de Mizuko que yo desconocía, que no formaba parte de la imagen que me había construido de ella, así que no podía existir. Tampoco era capaz de admitir que Hiromi se había ido para siempre. Podía concebir que se hubiera marchado a Tokio, claro. La gente es materia, y la materia es energía, y la energía nunca muere, sino que sólo se transforma. Intentaba pensar en la muerte, imaginarla, pero no podía. Mizuko habría dicho que, si alguien de mi generación muere, su vida virtual continúa en internet. Nos rodean por todas partes y chocan contra nuestros dedos como objetos afilados que atraviesan una tela barata, como la del forro de un monedero. Su mundo huele a chicle, y el aire sabe a monedas de cobre, a sangre. Tanto nosotros como ellos sabemos que están perdidos para siempre, pero nadie es capaz de abandonar la búsqueda. No obstante, poco a poco fui entendiendo cuál era mi papel en esta historia y qué coste había tenido para Mizuko la pérdida de su madre justo cuando había encontrado a su padre.

Entender que yo no soy Mizuko fue un paso importante para sentirme mejor. Si hay una moraleja es ésta: el cuerpo es nuestra barrera natural. Hay líneas que no debería haber cruzado y que crucé sin permiso. Siempre iba en busca de correspondencias, pero el significado se encuentra en la diferencia.

Y luego está la herencia. Supongo que las líneas se difuminan a medida que lo asimilamos. Empecé a recuperarme. Mudarme me hizo sentir que construía un muro entre esa época y el presente (aunque mi nueva vida estaba financiada por el dinero que había heredado), pero entonces recibí el contenido físico del apartamento de Silvia, que incluía tres cajones de almacenaje. Me senté en el jardín y fui sacando objeto por objeto y dejándolos en el suelo. Primero fue como si me encontrara en la escena de un crimen, pero, a medida que iban acumulándose objetos, fue como si hubiera habido un tsunami. Su pastillero azul, con compartimentos para los días de la semana y las horas del día, me disparó una ligera descarga eléctrica que me recordó que Silvia no estaba simplemente en otro lugar, sino que ya no estaba en absoluto. Leí y examiné los objetos, y vi en ellos cosas que nunca había observado. Aún conservo el sobre cerrado con el pez rojo dentro, así como la última carta que me dictó Silvia, y que nunca envié. Tal vez en el futuro no sea un problema, pues es difícil que queden rastros de una vida humana, ya que no haremos más que dejar en herencia a nuestros nietos nuestros dispositivos electrónicos. ¿Os imagináis intentar repartir su contenido? «Para Carol, este archivo adjunto.» Tal vez, como decía Mizuko, en realidad no morimos, sino que seguimos participando del ciclo de retroalimentación en el que estamos inmersos. En lugar de conectar con cosas nuevas y ampliar nuestro mundo, los algoritmos lo han reducido a una diminuta habitación cubierta de espejos.

Sobreviví un mes en mi nueva casa con todos esos viejos objetos — mientras pintaba las paredes, lijaba la madera y me sentía estable, en términos generales— sin intentar contactar con ella. Pero una mañana se me fue la cabeza y desayuné dos modafinilos. Luego vi los vídeos que me había enviado de su viaje a la zona de exclusión con Ume, escuché la charla sobre el Holocausto en internet y abrí una nueva cuenta de Instagram disfrazada de pequeña empresa: New Leaf Gardening. La carta de la Cabra —la que había leído con Mizuko en el café— sugería que ésa era la profesión adecuada para

mí. El nombre lo saqué de una camioneta que había visto estacionada en los Hamptons, de unos jardineros mexicanos que estaban podando el césped del chalet de Walter. Como no pude contenerme, busqué el parque triangular de Roosevelt Island en Google Earth, junto al hospital de la viruela, cubierto de un verde asfixiante. Bajé y bajé hasta llegar al césped, a los excrementos de ganso y al rocío. Sentí cómo mi autosuficiencia, mi propio Walden Pond, se me escurría como si tuviera una fuga. Mi yo empapó todo lo que me rodeaba: el suelo, los muros, la ventana, la hierba. Las palabras que había en aquella página.

Volví a aquel capítulo del libro de Silvia sobre las vestales. Cuando las vírgenes entraban en un *collegium*, dejaban atrás la autoridad paterna y se volvían hijas del Estado. Por tanto, cualquier relación sexual que tuvieran con un ciudadano se consideraba *incestium*, impura. Como había permanecido bajo la tutela estatal hasta que fui adoptada, suponía que yo también había sido culpable de eso muchas veces, empezando por la vez en que perdí mi virginidad con Dwight. El castigo de romper el voto de celibato, según leía, era ser enterrada viva en el *campus sceleratus*, en una cámara subterránea. Una virgen vestal tenía que ser enterrada viva, pues era la única forma de matarla sin derramar su sangre, lo cual estaba prohibido. Para matarla creaban una especie de ficción legal que explicaba que en realidad no la estaban matando. Entonces enterraban a la sacerdotisa que ya no era virgen con una cantidad simbólica de provisiones para que técnicamente no pareciera que estaba descendiendo a su lecho de muerte, sino a una recámara habitable en la que moriría poco a poco por falta de oxígeno. Mientras instalaba las puertas del armario del baño y las abría para probar las bisagras, me quedé un rato pensando en que ése podría haber sido mi destino, y entonces me vi como en una regresión infinita que se iba haciendo más, más y más pequeña, un corredor sin fin en el que podía volver sobre mis pasos.

Estuve siguiendo los hallazgos de un estadounidense, un «aventurero» que bien podría haber sido cualquiera que buscara la pista del avión perdido. En Nosy Boraha, una isla de Madagascar, había hallado recientemente una bolsa de cuero de color café, con unas costuras discretas y tartán verde. Estaba carcomida por la sal y manchada por el agua de mar, y el cierre se había desprendido, salvo en los bordes. En esa misma playa había hallado la funda de una cámara fotográfica, la suela de un zapato y un *kufi*. Encontró otra bolsa que se dio la vuelta por completo y que estaba tan estropeada que las costuras colgaban de los lados como tentáculos. En un banco de arena en Mozambique encontró un triángulo blanco que parecía un pedazo de avión; tenía inscritas las palabras NO PISAR. Las autoridades de los países encargados de la búsqueda han decidido que, si no encuentran nada para cuando terminen de examinar el área de investigación, lo cual debe concluir este mes, el asunto quedará sin resolver. Pero el aventurero jura que no se dará por vencido.

No sé si yo puedo hacerlo. En este momento estoy usando Google Street View para seguir la ruta que podría haber recorrido Hiromi desde el apartamento de su hija hasta el río.

Viajo con la mirada por la 113 Oeste hasta Riverside Drive. Esta parte de la ruta fue fotografiada por el satélite a la hora en que hay más luz solar durante el verano. Cuando siento el impulso de seguir adelante y cruzar Riverside Drive hacia el agua, la imagen del satélite se vuelve invernal. A medida que avanzo por la arboleda que separa Riverside Drive del parque Henry Hudson, la deslumbrante luz veraniega, que brilla como oro blanco, se refleja en los capós de los coches y las hojas de los árboles, y se convierte en

un malévolo anaranjado invernal que emana desde el cielo de una fuente desconocida. Las imágenes corresponden a otro horario en la calle anterior, así que supongo que todo el mapa, y el mundo entero, están hechos de distintas bandas de luz. Pero no puedo evitar pensar en el *shock* que experimenté cuando, al salir del apartamento de Mizuko, por fin me di cuenta de que era invierno. Hacía mucho que se había acabado el verano, pero yo no lo noté hasta entonces.

Cuando llego al otro lado de la calzada de doble sentido y entro en Hudson River Greenway, los árboles pierden su follaje al instante, como si tuvieran miedo de la velocidad a la que me muevo y la intensidad del salto, y se quedan desnudos y oscuros. Sus siluetas se dibujan en un cielo aún más oscuro. Se apaga la escalofriante luz naranja. Es desolador. La ciudad tiene un aspecto desalentador, con agua grisácea y un cielo apenas visible. Fue ahí donde se tiró al río, con la maleta contra su pecho, cuya asa sujetó a su cinturón con un candado. Además de lo que había llevado consigo de Tokio, para no fallar metió un bloque de hormigón roto, un pisapapeles ornamental de Mizuko, un tope de puerta que también pertenecía a Mizuko —una enorme esfera de cristal con burbujas de aire suspendidas en su interior— y un diccionario grande encuadernado en cuero.

Cuando volví a pensarlo de esa manera, me sentí atrapada y supuse que comunicarme con Mizuko (o, en realidad, conmigo misma) era la única forma de salir de ese laberinto creado por mí. No sabía si ella había borrado sus cuentas o me había bloqueado. Me aferré a la idea de que estaba molesta porque la abandoné cuando todos la habían abandonado. No contestaba a mis correos, aunque me di cuenta de que sólo tenía su correo de la universidad, y quizá ya estuviera inactivo. Los mensajes debieron de quedarse atrapados en el tubo de luz que conecta Nueva York con Londres por debajo del mar. Quería decirle lo poco que sabía, pero no podía hacerlo.

«¡DÓNDE ESTÁS!», exclamé en silencio mirando la pantalla.

Al principio busqué activamente su nombre, pero después de un rato

empezó a aparecer aunque no lo buscara. Lo busqué tantas veces que para entonces cualquier cosa que tuviera que ver con ella me encontraba sin que yo lo solicitara. Al principio me reportaba cierta esperanza perversa, como si tratara de ponerse en contacto aunque pareciera que me había bloqueado en todo o que había anulado su presencia virtual para tener privacidad absoluta. Activé alertas con su nombre. Cuando intenté hallarla, descubrí que me habían robado mi identidad. Alguien había usado mis fotografías públicas para abrir una cuenta falsa. Había tres imágenes mías con Dwight y Mizuko, con nuestros nombres verdaderos y comentarios extraños y hostiles que yo nunca había escrito. La falsa sensación de control que había experimentado al crear aquellas pequeñas cuadrículas de fotos desapareció. Cualquiera podía hacerme lo mismo. Me convencí de que alguien me había estado observando.

Como mi ego seguía surgiendo por doquier, una parte de mí empezó a creer que quien lo estaba haciendo era Mizuko y no un desconocido. Eso despertó la esperanza de un posible reencuentro. Confiaba en que fuera posible con esa timidez maquiavélica con la que la esperanza sale de su escondite, de su recuadro mal traducido, en último lugar, cuando todos han escapado ya.

Supongo que en realidad sigo sin romper el patrón, porque ahora escribo esto casi con la misma compulsión con la que escribí mi primera confesión. Mientras escribía, me inundó una sensación de paz. Luego, cuando seguí escribiendo, la paz me abandonó y fue reemplazada por la tristeza, la culpa y luego la ira, una y otra vez, hasta volver a la paz. Escribir sobre Mizuko hacía que pareciera menos real, por lo que en cierto sentido creo que, cuando empecé, estaba intentando vaciarla en lugar de traerla de vuelta. Los breves arranques de escritura solían hacerme sentir ordenada y sólida, como si acabara de ducharme. Si escribía durante demasiado tiempo, empezaba a tener la impresión de que estaba teniendo una pesadilla. Sentía que no era yo quien escribía, como si observara a alguien que accedía a mi escritorio de

forma remota, o contemplara el grabado de las manos que se están dibujando entre sí.

Mis reflexiones construyen una historia de amor que es en su mayor parte un invento hecho a base de recuerdos, casi todos falsos, de gente que por lo general no estuvo ahí. Ahora los momentos en los que ella no participó parecen conservarla con más fuerza debido a su ausencia y al efecto que tiene en mi forma de recordarlos. Cada vez que percibo su ausencia en algo, Mizuko llega al instante, como si la llamara, y se aferra a mí con más energía que en los recuerdos de las ocasiones en las que sí estuvo ahí, de modo que el tiempo, la secuencia de lo que ocurrió realmente, parece curvarse a su alrededor. Me resultó difícil escribir las partes en las que lo que al principio me parecía sorprendente o impactante se volvió cada vez más normal hasta que fui incapaz de verlo bajo otra luz, pues todo lo demás apenas se movió un centímetro, a la velocidad a la que crecen las uñas, y al final todo encajó con exactitud en un lugar incorrecto.

La finalidad ya no es poseer a Mizuko, sino devolverle lo que le quité. La ley de los opuestos dice que no hay que enviar el mensaje a la destinataria si deseamos que sea ella quien lo lea. Así que lo estoy haciendo público. También fue una de mis reglas mientras escribía. Al principio creí que le escribía a ella, que escribía para ella, que escribía sobre ella. En apariencia, son todas esas cosas a la vez, pero también es algo más profundo, más extenso. Vuelvo a examinar las fotos que he guardado hoy en la nube, y de pronto todo regresa al principio a una velocidad impresionante. Siento que soy cómplice de lo que le ocurrió a Hiromi. Al principio, mi instinto era ocultar el papel que tuve en ello y no escribir al respecto. La confesión anterior salió tan mal que estaba avergonzada. Creo que lo volqué en lo real. Vuelvo a aquella tienda, y mis palabras están congeladas en la pantalla como si se hubieran tallado en piedra. No puedo borrarlas ni ahogarlas en el mar. Imagino su cuerpo hundiéndose bajo el peso de mis palabras. Cuando creo que han tocado fondo, salen de nuevo a flote y llenan el aire. Cuando la luz

del sol se refleja en las telarañas del jardín, pienso en ellas; se rompen y estallan a mi alrededor. Me quito cabellos que se me han caído y los suelto, pero luego vuelvo a encontrarlos en mi ropa. Se adhieren.

Espero que cuando esto termine pueda volver a mi feliz vida de jardinera que tanto bien me hacía. Quiero regresar a mi rutina y a mi ritual matutino con el fertilizante, pero es probable que mi vida se parta en dos. New Leaf Gardening en Wood Green ocurrirá en paralelo a una fantasía que se desarrolla en la parte inferior de la pantalla como una señal. Alice estará bien. Esta noche Conejo se mantendrá despierto, igual que todas las noches. Enviar una y otra vez, reabrir la página para ver si ya ha contestado, si alguien ha contestado. La rueda que me indica que la página se está cargando hará que me duelan los ojos, y el resto se oscurecerá.

Agradecimientos

A Emma Paterson, gracias por todo. A Lauren Wein y Elena Lappin, por ser las editoras más comprensivas. A Jon Gray, por la excelente cubierta. Por diversos motivos, a Pilar García-Brown, Rosie Price, Zoe Nelson, Stephen Edwards, Rachael DeShano y Liz Duvall. A Colin Thomas, tanto por su generosidad como por tener unas hijas tan maravillosas. A Quentin Jones, Osamu Watanabe, ONS y Taka Ota, por las presentaciones predestinadas, los *tours* guiados de Tokio, la reserva anticipada de los libros y las clases de idiomas. Por su inspiración, a Jane Partner, Tamara Follin y Gayle Guest. A mis abuelos, John y Su, por su cafetera, su dulzura y su apoyo moral, y a mis padres, por su infinita paciencia.

Notas

1 *Flaperon*: voz inglesa producto de un *portmanteau* entre *flap* ('aleta') y *aileron* ('alerón').

Una vida que no es mía
Olivia Sudjic

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Sympathy*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada: Jasper James/Millennium Images, UK

© Olivia Sudjic, 2017

© de la traducción, Adriana Molinari Tato, 2019
Publicado de acuerdo con Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Poema «Amenimo makezu» (*Not Losing to the Rain*) por Kenji Miyazawa, presentado por TRANSCEND miembro de Satoshi Ashikaya.
Esta versión del poema originalmente apareció en Transcend Media Service (TMS) el 4 de agosto de 2014.

Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-233-5512-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA NEGRA



¡Síguenos en redes sociales!

